STURGEON, ZELAZNY, SPINRAD, DELANY, BALLARD, LAUMER...

VISIONES PELIGROSAS III

Harlan Ellison

SUPER FICCIÓN



La mas famosa antología de ciencia ficción publicada en Estados Unidos. Su aparición en lengua inglesa provocó una auténtica revolución, tanto por su originalidad (ha sido la primera antología de relatos inéditos) como por la circunstancia de que el antólogo dio absoluta libertad a los autores en cuanto a temática y expresión literaria.



Harlan Ellison

Visiones Peligrosas III

ePUB v1.0
Cko 16.07.12

Título original: *Dangerous Visions 3*
Harlan Ellison, 1967.
Traducción: D. Santos y F. Blanco
Diseño/retoque portada: Salinas Blanch

Editor original: Cko (v1.0)
ePub base v2.0

Introducción

Si se han saltado ustedes los volúmenes 1 y 2, queridos lectores, salgan y cómprenlos, léanlos, y luego acudan de nuevo a éste. Si hacen eso, obtendrán dos tercios de una obra hecha con amor y se liberarán de la cárcel de la moribunda literatura general. (Supongo que han ido ustedes a hacer lo que les he dicho, y ya están de vuelta.)

Hola.

Estamos en mayo de 1969 cuando escribo esto. Don Bensen, de la editorial Berkley, me dice que los primeros dos volúmenes de estas viviseccionadas Visiones peligrosas se están vendiendo bien, gracias. Nadie dudaba que sería así. Todo lo que uno tiene que hacer para asegurarse el éxito es reunir a treinta y dos de los mejores escritores en la cúspide de su carrera, darles libertad absoluta, dejar que los Dillon los ilustren, rodearlos con adorables y copiosas introducciones y apéndices, y esperar a que la buena gente descubra las joyas que contienen.

Para que el descubrimiento de estas joyas sea total, déjenme decirles que estoy preparando un volumen compañero de estas Visiones peligrosas. Llevo trabajando en él casi un año cuando escribo esto. Su título será *Again Dangerous Visions* (*Nuevas visiones peligrosas*).

Más escritores, y distintos escritores. Ninguno de ellos está representado en este primer libro. Y algo extraño y maravilloso en el nuevo libro. Nuevos escritores. Gente de la que es probable que usted no haya oído hablar nunca. Nombres como Hank Davis, Josephine Saxton, Greg Benford, Evelyn Lief y Ed Bryant.

Oh, habrá también nombres que ustedes podrán reconocer.

Nombres como Piers Anthony, Ben Bova, Terry Carr, Kate Wilhelm y Bernard Wolfe. Pero hay historias escritas para este nuevo libro que le harán sentir que *Visiones peligrosas* fue solamente un ensayo general, un precalentamiento.

Treinta mil palabras de Richard Lupoff tituladas *Con los Retumbantes Muchachos de Bentfin en la Pequeña Vieja Nueva Alabama*, relatos cortos completamente frescos y distintos como el *Viaje temporal para peatones* de Ray Nelson, o el hermoso *El funeral de Kate Wilhelm*, o *En la granja*, un relato de Piers Anthony capaz de retorcerle a uno las tripas. Y voces firmes y originales como Graham Hall, N. John Harrison, James Sallis.

Porque *Visiones peligrosas* hizo bien su trabajo, amigos. Inició una corriente. Malditas sean las «olas» de la vieja o de la nueva ciencia ficción; ésta es la ola, muchachos, la oleada, el oleaje, toda la corriente. Una marea ascendente de jóvenes escritores demostrándoles a sus viejos maestros que están aquí. Porque cuando *Visiones peligrosas* estaba en su estadio preparatorio, demasiados escritores no creían en su publicidad. No creían que realmente se pudieran echar a un lado todos los impedimentos y que la cosa funcionara. Pero Fritz Leiber sí lo creyó, y lo mismo hicieron Phil Farmer, y Phil Dick, y Sonya Dormán, y Carol Emshwiller, y Chip Delany. Pudieron burlarse del proyecto, y en cambio trabajaron duramente. Ahora todo el mundo cree en él, y les aconsejo que no se pierdan el volumen compañero de estos tres. Un libro más grande, más voluminoso que Visiones peligrosas con escritores que no están representados aquí. Porque *Visiones peligrosas* nos ha enseñado una gran lección.

La próxima vez no vamos a ir en busca de una simple revolución: vamos a cambiar el rostro entero del género.

¡Vamos a utilizar las estrellas como escalones para subir!

Los Ángeles

HARLAN ELLISON

Si todos los hombres fueran hermanos, ¿dejarías que alguno se casara con tu hermana?

Theodore Sturgeon

Ésta será la introducción más corta de este libro. ¿Porque de todos los escritores incluidos en esta antología el único que realmente no necesita introducción es Theodore Sturgeon? Bueno, así es, ciertamente. ¿Por qué nada de lo que nadie pueda decir es capaz de preparar al lector a lo que sigue, la primera historia de Sturgeon en más de tres años? Es un punto válido. ¿Por qué cada nueva historia de Sturgeon es una experiencia largamente esperada, sin parangón con ninguna otra, de modo que para qué molestarse en dorar el caviar? De acuerdo, aceptaré eso.

Pero ninguna de esas razones me sirve para explicar por qué soy incapaz de escribir una introducción tan suculenta como las otras que figuran en este libro. La verdadera razón es que Sturgeon salvó recientemente mi vida. De una forma literal.

En febrero de 1966 cometí uno de esos increíbles fallos de la vida que desafían toda explicación o análisis. Me casé con una mujer…, una persona…, alguien cuya mente es completamente extraña a uno del mismo modo que puede serlo la mente de un marciano. La unión fue un desastre, una pesadilla de cuarenta y cinco días que me dejó más al borde del abismo de lo que nunca había estado. En el preciso momento en que pensaba con toda seguridad que ya no

podría seguir sujetándome a…, a nada, recibí una carta de Ted Sturgeon. Formaba parte del intercambio de cartas que dieron como resultado el obtener esta historia para la antología, pero estaba dirigida enteramente a lo que me estaba ocurriendo a mí. Reunió de nuevo los muelles sueltos de mi vida. Era uno de esos ejemplos de honesta preocupación a los que (con suerte) uno puede aferrarse en un terrible momento de impotencia y desesperación. Demuestra la más obvia característica de la obra de Sturgeon…, el amor. (En una ocasión hablamos de eso. Resultó claro tanto para Sturgeon como para mí mismo que yo no conocía virtualmente nada acerca del amor y en cambio estaba totalmente familiarizado con el odio, mientras que Ted no conocía casi nada acerca del odio pero lo sabía completamente todo del amor en casi todas sus manifestaciones.) Me gustaría, con permiso de Ted, citar algunos fragmentos de aquella carta. Dicen infinitamente más acerca de su obra y de sus motivaciones que cualquier otra cosa que yo pretenda decir. A partir de ahora, pues, habla Sturgeon:

> Querido Harlan: Desde hace dos días no he podido apartar de mi mente tu situación. Quizá sería más exacto decir que tu situación está constantemente en mi cabeza, como una miga seca de inquietud que no puede ser expulsada ni disuelta ni tragada y que cada vez que me muevo o intento engullirla me estrangula.
>
> Supongo que el aspecto que más me exaspera es el de «injusticia». La injusticia no es un fenómeno aislado y homogéneo, como tampoco lo es la justicia. Una ley es una ley, haya sido violada o no, pero la justicia es recíproca. Que una cosa así te haya ocurrido a ti es una injusticia más grande que si le hubiera ocurrido a los más representativos de esta población en expansión demográfica.
>
> Sé exactamente el porqué, también. Es una injusticia porque tú te hallas del lado de los ángeles (que, dicho sea de paso, no parecen muy dispuestos a echarte una mano en este momento). Perteneces al pequeño grupo de los Buenos Chicos. Y eres así no por algún proceso de intelectualización y decisión, sino reflexivamente, instantáneamente, de manera glandular, ya se manifieste en la caja de un supermercado donde

tengas que enfrentarte a esos tipos de la John Birch, o en una sala de billar dando la cara a un famoso matón, o dejándote las entrañas frente al rodillo de tu máquina de escribir.

No hay falta de amor en el mundo, pero hay una gran carestía de lugares donde ponerlo. No sé por qué es así, pero la mayoría de la gente que, como tú, tiene una inherente habilidad para trepar por los más escarpados riscos con uñas y dientes, tiene poco de él, o está tan equipada con picas y ganchos de acero que no puede verlo. Cuando se muestra en un hombre así —como ocurre contigo—, cuando se ilumina, debería ser cuidado y reverenciado. Ésta es la esencia de la injusticia que se ha cometido contigo. No debería ocurrir, pero si debe ocurrir, no debería ocurrirte a ti.

Tienes motivos para sentir muchas cosas, Harlan: cólera, indignación, pesar, tristeza… Theodor Reik, que ha hecho algunas brillantes autopsias del amor, declara que su fin no se halla en ninguna de esas cosas; si es así, hay muchas posibilidades de que algunas de ellas estuvieran ahí desde el principio. Termina con la indiferencia…; realmente termina con la auténtica indiferencia. Ésta es una de las cosas más tristes que conozco. Y en toda mi vida sólo he hallado a un escritor, en una ocasión, que fuera capaz de describir el momento exacto en que se produjo, y era el relato más triste que haya leído nunca. Te lo envío ahora en tu aflicción. El principio tras el obsequio se llama «contrairritación». Léelo en una buena disposición…, si puedes. Me gustaría que supieras que si de alguna forma te ayuda y sostiene, tienes todo mi respeto y afecto. Sinceramente tuyo, T. H. STURGEON.

Así terminaba la carta que me ayudó y me sostuvo. Junto con la carta iba el número 20 de los *Twenty Lave Poems based on the Spanish of Pablo Neruda* (*Veinte poemas de amor basados en el texto castellano de Pablo Neruda*), por Christofer Logue. *De Songs* (*Canciones*), Hutchinson amp; Co., Londres, 1959. Es esta libertad de dar, esta habilidad y deseo de encontrar amor y ofrecerlo libremente en todas sus formas, lo que hace de Sturgeon la criatura mítica que

es. Complejo, atormentado, luchador, bendecido por una increíble gentileza y, sobre todo lo demás, con un enorme talento, lo que acaban de leer es el alma de Theodore Sturgeon. Se lo ruego, pasen a lo mejor que pueden encontrar en cualquier escritor: una muestra de la obra que motiva toda una vida. Y gracias.

* * *

El Sol se convirtió en Nova en el año 33 D. E. (D. E. significa «Después del Éxodo».)

También se podría decir que el Éxodo tuvo lugar más o menos un siglo y medio D. I., si aceptamos que D. I. quiere decir «Después de la Impulsión». La Impulsión, para evitar tecnicismos, consistía en un dispositivo algo más simple que la mujer y considerablemente más complicado que el sexo, que posibilitaba que un vehículo espacial dejara de existir aquí mientras simultáneamente aparecía allí, eliminando las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz. Se podría redactar un informe realmente impresionante sobre la astrología mediante el empleo de la Impulsión, con todos los detalles de orientación aquí y allí y las hasta cierto punto filosóficas dificultades de establecer relaciones entre ellos, pero este relato no encaja en ese tipo de ciencia ficción.

Convendría más a nuestros propósitos, en cambio, informar que la transformación del Sol en Nova fue plenamente advertida; que los primeros cincuenta años D. I. fueron empleados en perfeccionar el dispositivo de Impulsión y en explorar con vehículos no tripulados, que localizaron gran cantidad de planetas aptos para el establecimiento humano; podríamos agregar que los cien años siguientes se utilizaron en preparar a la humanidad para la partida. Naturalmente eso dio origen a innumerables grupos ideológicos con muy interesantes planes para lograr una u otra Cultura Perfecta, la mayoría de los cuales estaban en desacuerdo con el resto. La Impulsión, sin embargo, había proporcionado a la Tierra un acopio tan grande de mundos nuevos separados por distancias subjetivas tan insignificantes entre ellos y el planeta de origen que los disidentes no necesitaban insistir demasiado en su desacuerdo; bastaba con postularse para otro mundo nuevo y se eliminaba el problema. Las

comparaciones entre tantas y tan variadas teorías culturales eran realmente fascinadoras, pero este relato tampoco pertenece a ese tipo de ciencia ficción. Por lo menos, no del todo.

De todos modos, el caso fue que en un lapso de poco menos de tres décadas Terra fue despoblada con ayuda de muchos miles de naves que partían hacia cientos de mundos (dejando atrás, por supuesto, a ciertos recalcitrantes que, por supuesto también, ciertamente murieron); y los nuevos mundos fueron colonizados con gran variedad de hechos heroicos, así como también de éxito.

Sucedió, sin embargo (de una manera demasiado abstrusa para ser descrita en este tipo de relato de ciencia ficción) que la Central de Impulsión de la Tierra, un computador central, era no sólo la única manera de seguir el rastro de todos los mundos, sino también el único modo de mantenerlos comunicados entre sí, y cuando esta instalación sumó su efímera mancha brillante al océano deslumbrador de la Nova, desapareció toda posibilidad de que los nuevos mundos se encontraran unos con otros sin el arduo proceso de búsqueda por medio de naves no tripuladas. Les llevó largo tiempo a cada uno de los mundos nuevos desarrollar la necesaria tecnología, e incluso un tiempo más largo aún para que dicha tecnología se tornara operacionalmente productiva, pero al fin, en un planeta que se llamó a sí mismo Terratu (el sufijo significaba tanto «también» como «dos»), pues resultó ser el tercer planeta de una estrella tipo GO, apareció algo que fue llamado Archivos, una especie de índice y centro distribuidor de todos los mundos habitados conocidos, que convirtió a dicho planeta en la central de comunicaciones y despachos, tanto para su propio comercio con ellos como para las relaciones de unos con otros; en suma, algo muy beneficioso para todos. Un efecto colateral, por supuesto, fue la convicción desarrollada en Terratu de que, por el hecho de ser la Central de Comunicaciones, era también el centro del universo, y por lo tanto debía controlarlo; pero después de todo, esos son los gajes del oficio que aquejan a todas las entidades conscientes.

Y ahora ya estamos en condiciones de determinar con exactitud qué tipo de relato de ciencia ficción es éste.

—Charli Bux —restalló la voz de Charli Bux—, para ver al Director de Archivos.

—No lo dudo —contestó la bonita chica del escritorio, con el frío tono que las chicas bonitas reservan para los visitantes apurados e indignados, que

claramente ignoran, o no les interesa, que la chica sea bonita—. ¿Concertó la entrevista con anterioridad?

El hombre parecía joven y agradable, a pesar de su prisa e indignación. Sin embargo, el modo en que disimulaba esas cualidades, fijando —por fin— sus ojos entrecerrados en la cara de ella vuelta hacia arriba, sin demostrar en ningún momento signos de. haber reparado en su hermosa juventud, logró que la chica lo catalogara como desagradable.

—¿Tiene un libro de citas? —replicó él, fríamente.

Ella no encontró ninguna respuesta adecuada, pues tenía un libro de esa especie; es más, estaba abierto delante de ella. Colocó una dorada y bien cuidada uña sobre el nombre inscrito, comparándolo, con entusiasmo negativo, con su cara, y siguió el renglón hasta la hora anotada. Echó una rápida mirada al reloj de su escritorio, posó una uña en un intercomunicador y dijo:

—Un tal señor Charli…, este…, Bux quiere verlo, señor Director.

—Hágalo pasar —contestó el intercomunicador.

—Puede pasar.

—Ya lo sé —fue la seca respuesta.

—Usted no me gusta.

—¿Cómo dice? —preguntó él.

Pero evidentemente estaba pensando en otra cosa y antes de que ella pudiera repetir la observación desapareció por la puerta interior.

El Director de Archivos había desempeñado sus funciones el tiempo suficiente como para esperar de sus interlocutores cortesía, respeto y sumisión, y además eso le complacía. Charli Bux irrumpió en su despacho, arrojó estrepitosamente una carpeta sobre el escritorio, se sentó sin ser invitado, e inclinándose hacia delante rugió:

—Maldita sea…

Gracias a que había sido prevenido, el Director de Archivos no se sorprendió. Había planeado exactamente todo lo que debería hacer para manejar a aquel joven impetuoso, pero al tener que enfrentar la medida real del temperamento de Bux comprobó que sus planes eran menos útiles que despreciables. Estaba sorprendido, pues una rápida ojeada a su boca abierta y a los febriles movimientos de sus manos —gesto que creía perdido y olvidado mucho tiempo atrás— echó por tierra cualquier plan que pudiera haber trazado

previamente.

—Uf…, la puta que lo parió —gruñó Bux, mientras su rabia se desinflaba notoriamente—. La grandísima puta que lo parió. —Miró a las horrorizadas cejas del viejo e hizo una mueca—. Creo que no es culpa suya. —La mueca desapareció—. Pero de todas las estúpidas demoras que he soportado en mi vida, ésta ha sido sin duda la peor. ¿Tiene usted idea de la cantidad de oficinas en las que he entrado y salido con esto —golpeó la pesada carpeta— desde que volví?

El Director de Archivos lo sabía perfectamente, pero de todos modos preguntó:

—¿Cuántas?

—Demasiadas, pero así y todo la mitad de las que recorrí antes de ir a Vexvelt.

Al decir eso cerró los labios con un chasquido y se inclinó hacia delante nuevamente, clavando su brillante y penetrante mirada, como dos rayos láser gemelos, en el viejo. El Director se descubrió a sí mismo luchando por no ser el primero en desviar la mirada, pero el esfuerzo lo obligó a recostarse cada vez más atrás, hasta que por último se apoyó en los almohadones de su sillón, con la barbilla apenas levantada. Comenzó a sentirse un poco ridículo, como si se hubiera visto obligado con engaños a trabarse en lucha con el criado de un desconocido.

Fue Charli quien primero apartó la vista, pero ésa no fue una victoria del viejo, ya que la mirada del muchacho dejó sus ojos en forma tan perceptible como si su pecho se hubiese librado de la presión de la palma de una mano, y literalmente se desplomó hacia delante al aliviarse la fuerza que lo retenía. Sin embargo, aunque hubiese sido una victoria para él, Charli Bux pareció despreocuparse por completo del asunto.

—Creo que voy a contarle todo acerca de… cómo llegué a Vexvelt —dijo, tras una larga y concentrada pausa—. No tenía pensado hacerlo, o al menos iba a decirle sólo lo que creía que usted necesitaba saber. Pero recuerdo lo que tuve que pasar para llegar hasta allí, y lo que todavía estoy pasando desde que regresé, y al parecer todo es lo mismo. Ahora las trabas han desaparecido. Ignoro qué las reemplazará pero, por todos los demonios del infierno, ya han conseguido sacarme de quicio, ¿entiende?

Si esas palabras eran un intento de llegar a un acuerdo, el Director de

Archivos no tenía la menor idea de qué se trataba.

—Creo preferible que empiece por algún sitio —dijo diplomáticamente; y luego agregó, sin levantar la voz pero con inmensa autoridad—: Y con calma.

Charli Bux lanzó una sonora carcajada.

—Nunca paso más de tres minutos con alguien sin que me pida que me calme. Bienvenido al Club de Apaciguadores de Charli; miembros: la mitad del universo; miembros potenciales: todo el resto. Lo siento. Nací y me crié en Biluly, donde no hay más que vientos alisios, cañones de roca desnuda y arrecifes, y donde la única manera de susurrar es a gritos. —Hizo una pausa y prosiguió más apaciguado—. Pero no vamos a ponernos ahora a discutir el asunto. Estoy hablando de un leve detalle aquí, y otro pormenor allá, que puestos juntos y sumados dan la idea de que existe un planeta del que nadie sabe nada.

—Hay miles…

—Quiero decir, un planeta del que nadie quiere que se sepa nada.

—Supongo que habrá oído hablar de Magdilla.

—Sí, con catorce tipos de microsporas alucinógenas desperdigadas en la atmósfera y con carcinógenos en el agua. Nadie quiere ir allí, y nadie quiere que otros vayan, pero nadie le impide a uno conseguir información sobre Magdilla. No, me refiero a un planeta que no es noventa y nueve por ciento Terrón Optimum, ni noventa y nueve con noventa y nueve, sino tantos nueves que se podría cambiar el sistema de referencia y llamar a la propia Terra noventa y siete por ciento en comparación con él.

—Eso sería lo mismo que decir «ciento dos por ciento del normal» —acotó presurosamente el Director.

—Si usted prefiere las tablas estadísticas a la verdad… —gruñó Bux—. Aire, agua, clima, flora, fauna y recursos naturales con seis nueves decimales, tan fáciles de obtener como en cualquier lugar, o más… Y nadie sabe nada de él. O si lo saben, fingen que lo ignoran. Y si uno los acorrala un poco lo mandan a otro departamento.

El Director extendió las manos.

—Yo diría que las circunstancias son una prueba suficiente. Si no hay contacto con ese, hum, notable lugar, eso demuestra que lo que quiera que posea se puede obtener tanto o más fácilmente mediante las rutas establecidas…

—¡Sí, obtener una mierda! —gritó Bux. Luego se dominó y meneó la cabeza

con amargura—. Perdóneme otra vez, señor Director, pero este asunto ya hace mucho que me enfurece. Lo que usted acaba de decir es lo mismo que si un par de trogloditas comentara «No tiene sentido edificar una casa ya que todo el mundo vive en cuevas». —Al ver los ojos cerrados, los largos y pálidos dedos apoyados en las blancas sienes, Bux reiteró—: Ya le he dicho que lamento haber vociferado de esa forma.

—En todas las ciudades de todos los planetas habitados —dijo el Director de Archivos pacientemente—, en todo el universo conocido, existen clínicas públicas gratuitas donde todas las reacciones a las tensiones pueden ser debidamente diagnosticadas, tratadas o prescritas con eficacia, rapidez y dignidad. Confío en que no lo tome como una intromisión en su vida privada si formulo una observación, en absoluto profesional (ya lo ve, no pretendo ser un terapeuta): en algunos momentos un ciudadano no tiene conciencia de sufrir agudas tensiones o estrés, aunque ello pueda ser claramente, quizá dolorosamente evidente para otros. Y no sería una descortesía, ni una falta de delicadeza, que un comprensivo extraño sugiriera a ese ciudadano que…

—Lo que usted quiere decir con toda esa palabrería es que tendría que hacerme revisar la cabeza.

—De ninguna manera. No soy un especialista. Pienso, sin embargo, que una visita a una de esas clínicas…, hay una a pocos pasos de aquí, podría tornar las… relaciones entre nosotros mucho más fáciles. Me será muy grato concederle otra cita cuando se sienta mejor. Quiero decir cuando…, este…

Terminó la frase con una sonrisa helada y se inclinó hacia el intercomunicador.

Desplazándose casi como una nave movida por impulsión, Bux pareció dejar de existir en la silla destinada a los visitantes y reapareció instantáneamente al lado del escritorio, con un robusto y largo brazo extendido, en tanto su vigorosa mano bloqueaba el camino hacia el intercomunicador.

—Primero escúcheme —dijo suave, muy suavemente. Eso en sí mismo eran tan asombroso como si el Director de Archivos hubiese empezado a barritar como un elefante—. Escúcheme, por favor.

El viejo retiró la mano, pero la entrelazó con la otra y ubicó el nítido juego de dedos en el borde del escritorio. Parecía la imagen del empecinamiento.

—Mi tiempo es considerablemente limitado, y su legajo es demasiado

voluminoso.

—Es muy voluminoso porque soy un perro de presa que persigue detalles; eso no es una jactancia, es un defecto. A veces no sé dónde detenerme. Puedo ir al grano con suficiente rapidez…, todo este material lo confirma. Quizá la décima parte sería suficiente, pero vea, a mí me importa un comino. En realidad me importa tres cominos. De cualquier forma, usted ha presionado justo el botón correcto en Charli Bux. «Hacer nuestras relaciones más fáciles.» Bueno, correcto. No voy a putear, no voy a insultar, y no le voy a tomar demasiado tiempo.

—¿Puede hacer todo eso?

—¡Mierda, sí…! Hum… —Disparó al Director su sonrisa de treinta mil bujías; luego echó atrás la cabeza y tomó aliento. Miró de nuevo hacia delante y dijo apaciblemente—: Sin duda puedo hacerlo, señor.

—En tal caso…

El Director de Archivos agitó la mano en dirección a la silla de los visitantes. Charli Bux, incluso un contrito Charli Bux, era aún demasiado ancho y alto. Pero una vez ubicado, se quedó en silencio por un lapso tan largo que el viejo se agitó impaciente. Charli levantó rápidamente la vista y se excusó.

—Sólo estoy tratando de ordenar todo, señor. Gran parte le parecerá digna de que me prescriban un tratamiento de shock y una larga estancia en el manicomio, lo sé, y eso sin ser modesto en cuanto a sus conocimientos profesionales. Una vez leí un cuento acerca de una niñita que tenía miedo a la oscuridad porque había un hombrecito rojo y peludo, con colmillos venenosos, escondido en el armario. Todo el mundo se empeñaba en decirle: «No, no, no hay tal hombrecito. Debes ser sensata, debes ser valiente». Hasta que un día la encontraron muerta; tenía una mordedura similar a la de una víbora, y su perro había matado a una criatura roja y peluda… Puedo decirle que hubo una especie de confabulación para impedirme obtener información acerca de un planeta, hasta que me enfurecí y decidí ir allí para enterarme por mí mismo. «Ellos» hicieron todo lo posible para impedírmelo; me hicieron ganar un sorteo cuyo premio mayor era un viaje a donde deseara, excepto allí, y donde pudiera invertir el tiempo de mis vacaciones. Puedo agregar que cuando lo rechacé me dijeron que no había Guía de Impulsión orbitando alrededor de ese planeta, y que estaba demasiado lejos para alcanzarlo a través del espacio normal. ¡Y eso era una maldi…, una sucia

mentira, señor! Luego, cuando descubrí una manera de alcanzarlo mediante sucesivas etapas, comenzaron a poner trabas a mis registros de crédito, de manera que no me fuera posible comprar mi pasaje. En resumen, no puedo culparlo por colgarme el rótulo de paranoico y aconsejarme que vaya a hacerme ver la cabeza. Sólo que todo eso fue real, que todas las cosas sucedieron realmente y no fueron meros desvaríos, sin importar lo que todo el mundo más dos tercios de Charli Bux (en el momento en que «ellos» terminaron conmigo) creyeran. Poseía algunas evidencias y creía en ellas. Disponía de una tonelada de opiniones en contra. Se lo aseguro, señor, tenía que ir. Tuve que hundirme hasta las rodillas en el suave pasto de Vexvelt, aspirar el olor a cedro de un fogón de campamento y sentir el cálido viento en mi cara —«y mis manos entrelazadas con las de una chica llamada Tyng, junto con mi corazón y mi esperanza, y una deslumbrante maravilla coloreada como un amanecer y con gusto a lágrimas»— para permitirme a mí mismo creer que no me había equivocado y que existía un planeta llamado Vexvelt, que tenía todas las cosas que sabía que tenía —«y más, más, oh, mucho más de lo que alguna vez te diré, viejo». Al fin quedó silencioso, con la mirada lejana y luminosa.

—¿Por qué motivo comenzó esa… búsqueda? Charli Bux levantó la cabeza y su mirada se perdió a lo largo del tiempo, hasta recalar en detalles siempre presentes en él.

—Uf, casi me había olvidado de todo. Trabajaba en el Interworld Bank and Trust, alimentando una computadora en el centro distribuidor. No era un trabajo tan aburrido como pueda parecer. Resulta que durante un tiempo fui minerólogo, y los cargamentos significaban para mí algo más que un nombre, una cantidad y un precio. Puedo comentarle exactamente cada uno de los ítems. Feldespato. Se utiliza en las porcelanas y cristales de estilo antiguo. Creo que tengo una memoria muy retentiva. En ese momento el feldespato molido y embalado costaba veinticinco créditos la tonelada en los muelles.

Pero había un cliente que lo traía a ocho y medio, F.O.B. Llamé a la firma sólo para controlar; como podrá imaginar, a mí no me interesaba mucho, pero una cifra equivocada podía embrollar los resúmenes estadísticos de importación y exportación por varios años. El tenedor de la compañía revisó los libros y me confirmó que era correcto: ocho y medio la tonelada de feldespato de alta calidad, molido y embalado. Provenía de un intermediario de Leteo con el cual

no habían podido comunicarse nuevamente.

»No me preocupé más por el asunto hasta que me topé con otra anomalía. Niobio esta vez. Algunos lo llaman columbio. Entre otras cosas se utiliza en las aleaciones de aceros inoxidables. Nunca había visto cotizaciones por lingotes inferiores a ciento treinta y siete créditos, pero allí había algunos, no muchos, sin embargo, a noventa créditos con flete incluido. Y algunas planchas también, a un treinta por ciento menos de lo que jamás las había visto, y con flete incluido. Controlé aquellos datos; eran correctos. Bien fundidos y puros, dijo el encargado. Me había olvidado de eso también, o por lo menos así lo creía, cuando apareció aquel tripulante del espacio.

—«Moxie Magiddle era su nombre. Un hombrecito de ojos estrábicos, con una enorme risa que sacudía las paredes del bar del espaciopuerto. Tomaba solamente alcohol, y nunca se había pinchado con una jeringa. Me contó acerca de un tipo con una enorme cabeza de tornillo dorada en el ombligo. Y me contó montones de anécdotas de todas las épocas y lugares. Conocía muchísimas historias y tenía un don maravilloso para contarlas»—. Mencionó de pasada que Leteo era un sitio donde la ley es «Diviértete» y nadie la quiebra jamás. El lugar era sólo un gran punto de transbordo, descanso y rehabilitación. Un mundo acuático con sólo una porción de tierra en los trópicos. Siempre cálido, siempre plácido. Sin industrias, sin agricultura, simplemente con…, bueno, facilidades. Miles de hombres gastan cientos de miles de créditos, y unas pocas docenas se embolsan millones. Todo el mundo es feliz. Mencioné el feldespato. Creí que de esa forma parecería que yo también conocía Leteo.

—«Y metí asquerosamente la pata; Moxie me miró como si fuera la primera vez que me veía y no le gustara lo que estaba viendo. Si lo que yo decía era mentira, tal mentira era bastante estúpida. No se extrae feldespato de un pantano, compañero. ¿Me estás tomando el pelo o qué? Y así se frustró una velada perfecta.» —.Dijo que no podía proceder de Leteo pues es un mundo acuático.

»Creo que también podía haber olvidado eso si no hubiera sido por el café. Se llamaba café Blue Mountain; la etiqueta proclamaba que descendía en línea directa de la Vieja Tierra, de una isla llamada Jamaica. Agregaba que sólo podía haber sido cultivado en una tierra alta y fría de los trópicos, ya que era una auténtica planta de montaña. Me gustó mucho más que cualquier café que hubiera tomado en mi vida, pero cuando fui a comprar más comprobé que habían

vendido la totalidad de las existencias. Conseguí que el gerente revisara los libros y le seguí la pista a través de un mayorista de Terratu hasta encontrar al intermediario, y luego al importador; ¡realmente me gustaba ese café!

»De acuerdo con esto último, venía de Leteo. Tierra alta, fresca y montañosa, y todo eso. El puerto de Leteo era tropical, sin duda, pero para tener algunas tierras frescas debería poseer montañas que fueran realmente montañas.

»El feldespato que venía, aunque no fuera posible, de Leteo (¡y menos a esos precios!) me hizo recordar el niobio, así que controlé eso también. No había la menor duda. Leteo nuevamente. Sin embargo, no es posible obtener lingotes y planchas de niobio puro sin minas, ni fundiciones, ni talleres de laminación.

»Mi siguiente día libre lo pasé allí, en los Archivos, y conseguí la historia de Leteo desde su fundación (lo juro) hasta Ylem y la Gran Explosión. Era un pantano. Prácticamente lo había sido siempre, y había algo que no encajaba.

»Era tan sólo un detalle pequeño, y probablemente existía una explicación simple. Pero simple o no, me molestaba. —«Y además me había hecho quedar fatal frente a ese maldito tipo. Viejo, si yo te dijera cuánto tiempo me pasé rondando el espaciopuerto en busca del pequeño gnomo del espacio, me detendrías ahora mismo y me enviarías directamente a un tratamiento de shock. Estaba obsesionado… No con el tipo de obsesión que provoca la adicción, sino como si tuviera una pequeña y profunda astilla clavada en el pie, que realmente no lastima, pero que no deja de hacerse notar a cada paso que damos. Y por fin un día, meses más tarde, allí estaba el viejo Moxie Magiddle, quien se encargó de extraer la espina. Al principio no me reconoció. Pequeño adefesio gracioso… Tenía los sesos equipados para olvidar cualquier cosa que no le gustara. Aquel asunto del feldespato… Cuando un compinche con quien le gustaba tomar unas copas y chismorrear un rato demostraba ser un mentiroso sabelotodo, demasiado estúpido para darse cuenta de que no podría seguir adelante con la farsa…, aquello reducía a Charli a menos cero, no importa la cantidad de bebida que pagara. Cuando por fin conseguí acorralarlo (lo único que faltó fue que luchara con él) y le conté toda la historia del feldespato, el niobio, el café cultivado en tierras montañosas, todo verificado y vuelto a verificar, facturado, cargado, embarcado, asegurado, y todo absolutamente producido en Leteo, y le mostré las malditas pruebas, comenzó a reírse hasta que casi se le saltaron las lágrimas, un poco por sí mismo, un poco por la situación, y en gran parte por mí. Pasamos

una noche estupenda; bebimos alcohol juntos. ¿Sabe una cosa?: nunca comprenderé cómo Moxie Magiddle puede soportar tanto licor. Pero me dijo de dónde provenían esos embarques, y me dio una vaga idea de por qué nadie quería admitirlo. Y me dijo el nombre que les dan a todos los varones vexveltianos.

»—Lo mencioné un día a un estibador —prosiguió Charli en voz alta—, y me resolvió el misterio. El feldespato y el niobio, así como también el café, provienen de Vexvelt, y son transportados a Leteo por intermediarios locales, quienes muy a menudo retienen parte de las mercancías y las venden por su cuenta para arañar algunos créditos más, y luego lo sepultan entre todos los misterios locales.

»Pero cualquier planeta que pueda sacar provecho de mercancías de esa calidad a esos precios, ¡y para colmo transbordadas!, sin duda podría obtener mayores beneficios si las negociara directamente. Además, el niobio es el elemento 41, y la hipótesis de Elkhart sostiene que si en un planeta se encuentra algún elemento de los períodos tres a cinco, hay grandes posibilidades de hallarlos a todos. ¡Y aquel café! En aquella época solía pasarme las noches en vela preguntándome qué podrían tener en Vexvelt que les gustara demasiado para exportarlo, si valoraban tan poco aquel café que se desprendían de él.

»Bueno, después de todo eso, era lógico que viniera aquí a buscar datos sobre Vexvelt. ¡Oh!, estaba clasificado en los bancos de memoria, es verdad, pero si alguna vez se había comerciado con ese planeta los datos se habían borrado de los registros mucho tiempo antes…; cada cincuenta años se eliminan los ítems inactivos de las células de memoria. Ahora sé que los correspondientes a esa información han sido ya limpiados por lo menos cuatro veces, pero es posible que las últimas tres ya no contuvieran ningún dato.

»¿Qué cree que contenían los Archivos sobre Vexvelt?

El Director de Archivos no contestó. Sabía lo que contenían los Archivos con respecto a Vexvelt. Sabía también, dónde estaba y dónde no estaba. Además sabía cuántas veces aquel testarudo joven se había preocupado por el misterio, con cuántos ingeniosos enfoques había encarado el problema, lo poco que había conseguido y lo mucho menos que conseguiría él o cualquier otro que lo intentara en la actualidad. Pero no dijo nada.

Charli Bux levantó los dedos y empezó a enumerar.

—Astronomía: sin observaciones más allá de los dos años luz. Nada más que planetas hermanos (todos muertos) y satélites dentro de esos años luz. Cosmología: las exploraciones por medio de cámaras, si alguna vez se llevaron a cabo (¡y deben de haberlo hecho, o ese maldito lugar ni siquiera estaría registrado!), han dejado de efectuarse. Por lo tanto ni siquiera hay manera de saber en qué parte del espacio real se encuentra. Geología: sin datos. Antropología: sin datos. Luego aparecen algunas tonterías, como la tensión local del hidrógeno y las emisiones de la estrella madre, pero no son de mucha ayuda. Y por último el informe de Extrapolaciones Comerciales: sin intercambio. Considerado indeseable. Ni una palabra sobre quién hizo el informe, ni por qué dijo lo que dijo.

»Traté de soslayar el problema buscando los informes de exploraciones tripuladas, pero en conexión con Vexvelt sólo pude encontrar los nombres de tres astronautas. Trosan: tuvo problemas cuando volvió de allí, y fue ejecutado. ¿Sabía que acostumbrábamos a matar a cierto tipo de delincuentes hace seiscientos o setecientos años?… No sé por qué lo hicieron. De cualquier manera, aparentemente fue después de archivar su informe. Luego vino Balrou. Oh, Balrou sí que entregó un informe. Puedo repetírselo completo palabra por palabra: «En vista de las condiciones reinantes en Vexvelt el contacto con ellos no es recomendable». Fin. Dada la cantidad de palabras, ése debe de ser el informe más caro que jamás se haya archivado.

«Lo es», pensó el Director de Archivos, pero no lo dijo en voz alta.

—Luego alguien llamado Allman exploró Vexvelt, pero según reza el informe, «a su regreso se comprobó que Allman sufría fatiga mental a causa del confinamiento, y su juicio estaba tan severamente deteriorado por esa causa que su informe se considera desechable». Eso significa que fue destituido, ¿no es así, señor?

«Sí», pensó el viejo, pero respondió en voz alta:

—No sabría decirle.

—De modo que así estamos —prosiguió Charli Bux—. Si quisiera podría presentar un caso clásico de lo que los antiguos libros llamaban manía persecutoria; sólo tendría que referir los hechos tal como realmente pasaron. Incluso tengo derecho a pensar que «ellos» me eligieron como blanco perfecto y prepararon todas esas insinuaciones, feldespato a bajo costo, café de inmejorable

calidad…, como carnadas que no me sería posible ignorar ni tampoco resistir. ¿Y acaso no tengo derecho a preguntarme si una caricatura viviente con un nombre ridículo, Moxie Magiddle, estaba trabajando para «ellos»? ¿Y qué sucedió luego, cuando abierta y honestamente reservé pasaje para Vexvelt como meta de mis vacaciones? Me contestaron que no había Guía de Impulsión orbitando Vexvelt; sólo se lo podía alcanzar por el espacio normal. Eso era una mentira, pero no había forma de probarlo desde aquí, o incluso desde Leteo… Moxie mismo nunca lo supo. Entonces quise hacer una reserva para Vexvelt, vía Leteo y un transporte de espacio real, y me contestaron que Leteo no era recomendada como escala intermedia para turismo, y que de todos modos desde allí no había transportes de espacio real hacia ningún lado. Por lo tanto hice una reserva para Botil, pues sabía que era una escala de turismo y que poseía lanzaderas de espacio real, así como naves charter. Las cartas estelares lo designan Kricker III, mientras que Leteo es Kricker IV. Fue entonces cuando gané esa mier…, ejem, el sorteo, y un viaje gratis al hermoso, hermoso Zeenip, paraíso de paraísos, con sus dos canchas de golf cubiertas de treinta y seis hoyos cada una, y sus baños de leche gratuitos. Doné el premio a una sociedad de beneficencia cualquiera (dije que lo hacía para ahorrar impuestos) y fui a retirar el pasaje para Botil, tal como había planeado. Pero me encontré con que debía recomenzar todos los trámites desde el principio, ya que habían anulado mis reservas al enterarse de que había ganado el premio. Parecía razonable, pero me llevó tanto tiempo rehacer todo que perdí el transporte reservado y una semana de mis vacaciones. Más tarde, cuando fui a abonar el pasaje, resultó que mi tarjeta de crédito estaba a cero, y me tomó otra semana completa corregir ese lamentable error. En ese momento el servicio de turismo disponía de un solo pasaje, y en vista de que la gira turística completa excedería el tiempo de mis vacaciones en dos semanas, anularon nuevamente la reserva…; estaban absolutamente seguros de que el asunto no me interesaba.

Charli Bux se miró las manos y se las estrujó. La Oficina de Archivos se llenó con un ruido crujiente, pero al parecer Bux no lo advirtió.

—Creo que en ese momento cualquiera en su sano juicio hubiera captado el mensaje, pero «ellos» me habían subestimado. Déjeme que le explique lo que quiero decir exactamente. No quiero decir que yo sea un hombre de acero, y que cuando me propongo algo no hay nada que me detenga. Tampoco pretendo

fanfarronear con el coraje de mis convicciones; tenía muy poco de que convencerme. Pero existía una cadena íntegra de coincidencias sobre las cuales nadie quería explicarme nada. Incluso aunque la explicación con toda probabilidad fuera estúpidamente simple. Por otra parte, nunca me creí especialmente valiente.

»Sólo me sentía… asustado. ¡Oh!, también estaba frustrado y furioso, pero fundamentalmente asustado. Si alguien me hubiese ofrecido una explicación razonable, me habría olvidado inmediatamente de todo el asunto. Si alguien hubiera regresado de Vexvelt diciendo que se trataba de un planeta de atmósfera envenenada (con un buen depósito de feldespato y al menos una montaña), me habría reído de todo el problema. Pero esa secuencia íntegra, en especial la última etapa cuando traté de reservar pasaje, realmente me había asustado. Había llegado a un punto en el cual lo único que podía satisfacerme en lo que respecta a mi salud mental era estar de pie y caminar por la superficie de Vexvelt, y enterarme de qué se trataba. Y eso era precisamente lo único que no se me permitía hacer. Por lo tanto no podía obtener una prueba concreta, y en esas condiciones, ¿quién podía asegurarme que no iba a pasar los siguientes doscientos años preguntándome cuándo iba a clavarme una nueva astilla en un dedo? Un hombre puede sufrir por algo, señor, pero también puede sufrir el miedo de sufrir de algo. No, yo me sentía intimidado, y permanecería en ese estado de ánimo hasta que todo se aclarara.

—Bien. —El viejo se había mantenido tanto tiempo en silencio, escuchando, que su voz sonaba áspera y distinta—. Me parece que había un camino mucho más simple para solucionar el problema. En cada ciudad, en cada mundo humano hay clínicas gratuitas donde…

—Ya es la segunda vez que lo menciona —lo interrumpió Charli Bux—, y tengo algo que decir al respecto, pero no en este momento. En cuanto a visitar a un charlatán arregla cerebros, usted sabe tan bien como yo que eso no cambiaría las cosas en absoluto. Un amigo mío me dijo un día que se iba a morir de cáncer en un lapso de ocho semanas, «justo a tiempo», agregó, y me palmeó la espalda con tanta fuerza que me hizo ver las estrellas, «justo a tiempo para mi funeral». Y se fue calle abajo aullando de alegría como un idiota.

—¿Habría sido mejor que hubiese permanecido acurrucado en su lecho, aterrorizado y dolorido?

—No puedo contestarle a una pregunta de ese tipo, lo único que sé es que lo que presencié estaba mal. De cualquier manera…, allá fuera hay algo llamado Vexvelt, y no me haría sentir mejor que me metieran en una máquina y al salir pensara que no existe nada llamado Vexvelt, y no me diga que no es eso exactamente lo que esos amistosos y serviciales lava cerebros harían conmigo.

—Pero no comprende, usted ya no sería…

—Puede llamarme retrógrado, exaltado o ignorante si lo desea. —El vozarrón de Charli Bux se había elevado de nuevo, y parecía lo suficientemente enojado como para no preocuparse por ello—. ¿Conoce la vieja frase «dentro de cada hombre gordo existe un hombre delgado gritando que quiere salir»? Simplemente, no me es posible librarme de la idea de que si algo es cierto, podrían aguijonearme, golpearme o torturarme hasta que ría, arañe y llore, y admita que después de todo no tenía razón, e incluso salga a la calle y pronuncie discursos y convenza a otra gente, pero en el fondo siempre existirá una parte de mí con la boca amordazada y las manos atadas, despedazándome las tripas para tratar de salir y gritar que sí, que es cierto. Pero ¿por qué estamos hablando de mí? Yo vine aquí para hablar de Vexvelt.

—Antes dígame algo…, ¿cree usted realmente que existen ciertos «ellos» que quieren detenerlo?

—Demonios, no. Creo que estoy enfrentado con alguna estupidez arcaica que se ha transformado en algo habitual y establecido, y ésa es la razón por la cual no aparece información en los Archivos. No creo que en nuestros días alguien pueda ser tan estúpido. Prefiero pensar que la gente de este planeta puede mirar cara a cara a la verdad y no sentirse atemorizada. Y si se asusta puede encararla. En lo que respecta a esa carrera de obstáculos para obtener pasajes para mis vacaciones, al parecer existía una buena razón para cada uno de los episodios aislados que sucedían. La ciencia y las matemáticas han llevado a cabo un trabajo muy sagaz para explicar el mecanismo de la «buena» y «mala» suerte, pero ninguna de ellas ha sido desechada jamás.

—Así es —el Director de Archivos unió los dedos y echó una mirada a la punta de los mismos—. ¿Y cómo se las arregló al fin para llegar a Vexvelt?

El rostro de Bux resplandeció con su amplia sonrisa luminosa.

—He oído mucho acerca de esta sociedad libre, y acerca de cómo siempre existe alguien dispuesto a recortar un borde aquí o a pulir una esquina allá.

Acaso haya algo de verdad en ello, pero hasta el momento no se ha conseguido quitarle a un hombre la libertad de ser un condenado estúpido. Por ejemplo, la libertad de renunciar a su trabajo. Le he dicho que se había encadenado una serie interminable de malas rachas, pero las malas rachas pueden superarse con tanto ingenio y tan fácilmente como un superpoderoso cerebro maestro llamado «ellos». Pienso que la mayoría de las malas rachas tienen origen dentro de los esquemas de un hombre. De esa forma se desfasa y cada paso que da lo aleja más del sendero señalado. Si no puede volver a entrar en órbita y trata de mantener el ritmo, sin duda encontrará delante de él una interminable fila de piedras, ubicadas en los lugares exactos, donde todas y cada una puedan romperle las canillas. En ese caso lo mejor es encaminarse río arriba. Quizá sea un territorio inexplorado y lleno de peligros, pero una cosa es segura: no tendrá que sufrir un camino de agonías absolutamente ineludibles y absolutamente planeadas.

—¿Cómo llegó a Vexvelt?

—Ya se lo he dicho. —Esperó un segundo; luego sonrió—. Se lo repetiré. Renuncié a mi trabajo. «Ellos», o «el destino perdedor», o los piojosos y malolientes hados, o cualquier cosa que haya puesto su mira en mí… podían hacerlo sólo porque siempre sabían donde me encontraba, cuándo iba a estar en el siguiente lugar y qué era lo que quería. De esa forma, siempre me estaban esperando. Por lo tanto, decidí encaminarme río arriba. Esperé a que finalizaran mis vacaciones y dejé mi alojamiento sin ningún equipaje; me dirigí a la sucursal de mi banco y saqué todos mis créditos antes de que pudiera sufrir algún golpe adverso. Luego tomé una nave de Impulsión hasta Lunatu; allí reservé pasaje en una nave mixta con destino a Leteo.

—Reservó pasaje, pero nunca abordó la nave.

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy preguntándole.

—¡Ah!… Es verdad, nunca puse los pies en aquella pequeña y cómoda cabina. Lo que hice, en cambio, fue deslizarme hacia abajo por el conducto de carga y enterrarme en la bodega número dos, junto con una tonelada de avena. Me encontraba en una posición muy interesante, señor. En cierto modo lamento que nadie me haya desenterrado de allí para interrogarme. Se supone que uno no debe viajar como polizón, pero la ley dice, y sé exactamente lo que dice, que un

polizón es aquel que aborda una nave sin pasaje. Pero yo lo tenía, y además lo había pagado totalmente, y todos mis papeles estaban en regla para el lugar adonde me dirigía. Lo que facilitó un poco las cosas fue que en ese sitio a nadie le importaban un cuerno los papeles.

—Y usted creyó que podría llegar a Vexvelt pasando por Leteo…

—Creí que tenía una posibilidad, y no conocía otra. En primer lugar, los cargamentos de Vexvelt habían llegado a Leteo; en caso contrario no me habría visto envuelto en este asunto. No sabía si se había utilizado un transporte vexveltiano o una nave mercante (si hubiera sido una nave de línea me habría enterado), ni cuándo podía arriba otra, ni si ésta volvería directamente a Vexvelt cuando despegara nuevamente. Todo lo que sabía era que sin duda algunas naves de Vexvelt habían hecho escala allí, y que era el único lugar adonde era probable que volvieran. ¿Tiene usted idea de lo que pasa en Leteo?

—Tiene su reputación.

—Sí, pero, ¿usted sabe?

El viejo mostró una punzada de irritación. En forma paralela al hecho de ser respetado y obedecido, se había acostumbrado a catequizar, y no a ser catequizado.

—Todo el mundo tiene noticias acerca de Leteo.

—«Ellos» no, señor —dijo Bux, sacudiendo la cabeza.

—Ese tipo de cosas tienen su función específica. —El viejo levantó las manos y las bajó nuevamente—. La humanidad siempre…

—¿Usted aprueba Leteo y lo que sucede allí?

—Uno nunca aprueba o desaprueba —dijo el Director de Archivos tiesamente—. Uno está informado y acepta que para ciertos sectores de la especie humana a veces es necesaria una válvula de escape como ésa, se da cuenta de que Leteo no tiene ninguna pretensión de ser otra cosa que lo que realmente es, y entonces…, bueno, uno acepta y sigue adelante con otras cosas. ¿Cómo llegó a Vexvelt?

—En Leteo —prosiguió implacablemente Charli Bux— uno puede hacer lo que quiera con cualquier ser humano, o con cualquier combinación de ellos, siempre y cuando pueda pagarlo.

—No lo pongo en duda. Ahora bien, la segunda etapa de su viaje…

—Hay hombres que son seducidos por la morbosidad…, por las

enfermedades, señor Director de Archivos, por muñones de miembros amputados. Y hay gente en Leteo que cultiva esa clase de morbosidad para atraer a ese tipo de hombres. Viejas arpías, señor, con sucias pieles correosas, y muchachitos, y niñas…

—Termine con esa nauseabunda…

—Sólo un minuto. Una de las inquebrantables tradiciones no escritas de Leteo es que, cuando uno paga por hacer algo, algún otro puede pagar para verlo.

—¿Ha terminado? —No era Bux el que gritaba ahora.

—Ustedes aceptan a Leteo; lo eximen de culpas.

—No he dicho que lo aprobara.

—Comercian con ellos.

—Bueno, por supuesto que lo hacemos. Pero eso no significa que nosotros…

—El tercer día…, mejor dicho, noche, de mi estancia ahí —dijo Bux, interrumpiendo lo que seguramente iba a transformarse en un balbuceo impotente—, doblé la esquina de una de las avenidas principales y tomé por una calle lateral; sé que no fue un acto muy inteligente por mi parte, pero en ese momento se desarrollaba una feroz pelea precisamente entre el sitio donde yo estaba y la esquina; los disparos cruzaban en todas direcciones. Me disponía a doblar a la derecha para retomar otra avenida, que veía claramente al final de la callejuela.

»No puedo describirle la rapidez con que sucedió todo, ni explicarle de donde salieron…; ocho, creo, en una callejuela angosta y no demasiado oscura, que solamente un minuto antes parecía desierta.

»Fui sujetado simultáneamente por todos lados, levantado y estampado de espaldas contra el suelo. Una luz brillante se fijó sobre mi cara.

»—¡Mierda, no es él! —dijo una mujer.

»Una voz de hombre ordenó que me dejaran levantar. Me izaron; incluso alguien comenzó a sacudirme el polvo de la ropa. La mujer que había estado sosteniendo la linterna comenzó a disculparse, y lo hizo con bastante amabilidad. Explicó que habían oído decir que por allí había un… Me pregunto si debería usar la palabra…

—¿Lo cree necesario?

—Oh, sospecho que no es imprescindible; usted la conoce. A bordo de cada

nave, en cada equipo de construcción, en cualquier comunidad agrícola, en fin, en todos los lugares donde los hombres trabajan o se reúnen, es el único proyectil verbal que puede iniciar una pelea con plena seguridad. Si no lo hace, la víctima nunca más podrá mirar de frente a nadie. La mujer lo usó de una manera tan incidental como si hubiera dicho terrestre o leteano. Dijo que había uno en la ciudad, exactamente allí, y que intentaban atraparlo. Le contesté: «Bueno, ¿qué les parece?», que es la única frase que conozco que puede ser ubicada en cualquier momento, y acerca de cualquier tema. Otra de las mujeres comentó que yo parecía bastante corpulento, y me preguntó si no me gustaría unirme a ellos para atizarle. Uno de los hombres dijo que le parecía bien, pero reclamó la cabeza para sí. Otro de los tipos comenzó a discutir con él por eso, y una tercera mujer, quitándose uno de los zapatos, abofeteó a los dos con un solo movimiento de la suela embarrada. Les ordenó que cerraran el pico o la próxima vez usaría el tacón. La otra mujer, la de la linterna, se rió tontamente y comentó que Helen era «moi güeña pá eso». Hablaba con un hermoso acento «cuidadosamente cultivado». Agregó que Helen podía arrancarle un ojo a alguien tan prolijamente como un cirujano. La tercera mujer gritó de pronto: «¡Traigan excrementos de perro!». Los trajeron; estaban demasiado secos. Uno de los hombres se ofreció para humedecerlos. La mujer no aceptó; dijo que eran suyos y que ella se ocuparía de ablandarlos. En ese mismo momento y allí mismo se puso en cuclillas para orinar. Pidió que la iluminaran, pues no veía lo suficiente para apuntar. La enfocaron con la luz. Era una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. ¿Algo anda mal, señor?

—Me gustaría que me dijera cómo estableció contacto con Vexvelt —contestó el viejo algo sofocado.

—¡Pero si es lo que estoy haciendo! —protestó Charli Bux—. Uno de los hombres se agachó y comenzó a mezclar la inmundicia con las manos. Y entonces, por una especie de sexto sentido, la luz se apagó… ¡y ellos se habían esfumado]… Una mano surgió de la nada y me empujó hacia atrás, contra la pared de una casa. No se oía ni un solo ruido, ni siquiera una respiración. En ese momento el vexveltiano dobló la esquina y se internó en el callejón. Cómo se enteraron de que se acercaba es algo que está más allá de mi capacidad de comprensión.

»La mano que me había empujado pertenecía a la mujer de la linterna, como

descubrí en cuestión de segundos. En verdad no creí que su mano quisiera estar en el lugar donde la encontré. La agarré e intenté retenerla, pero la mujer la desenganchó y la retiró. En ese momento la linterna que llevaba me golpeó en una pierna, y el hombre caminaba hacia nosotros. Era un tipo grande, erguido, con ropas claras, lo que en ese momento me pareció una demostración de inconsciencia, más que de coraje. Avanzaba con agilidad y al parecer miraba atentamente a su alrededor, pero no podía vernos.

»Si todo estuviera sucediendo en este preciso momento, después de todo lo que sé de Vexvelt, y acerca de Leteo también, no titubearía un solo instante; sabría exactamente cómo actuar. Usted debe comprender que yo no sabía absolutamente nada en aquellos momentos. Quizá fue ese ocho contra uno lo que me fastidió. —Por un momento se quedó pensativo—. O tal vez aquel café. Lo que estoy tratando de decir es que actué de la misma forma en aquel instante, en mi ignorancia, en que lo haría ahora, sabiendo todo lo que sé.

«Arranqué la linterna de la mano de la mujer y en dos largos saltos me adelanté unos seis o siete metros. Encendí la linterna y enfoqué la luz en el lugar de donde yo mismo había salido. Dos de los hombres habían trepado como insectos por la desnuda pared del edificio, dispuestos a dejarse caer sobre la espalda de la víctima. La mujer hermosa estaba agazapada sobre la punta de los pies y apoyada en una mano; en la otra sostenía la inmundicia aquella, lista para tirarla. Lanzó un grito absolutamente animal, y la arrojó, sin dar en el blanco. Los otros se habían acurrucado de nuevo contra paredes y cercas, y ahora, a la luz, por un largo segundo parecieron aplastarse un poco más aún, parpadeando.

»—Tenga cuidado, amigo —dije por encima del hombro—. Creo que usted es el huésped de honor.

»¿Sabe lo que hizo? ¡Se rió!

»—Por un momento no se acercarán a mí —le dije—. ¡Lárguese!

»—¿Por qué? —me preguntó, apretándose para pasar a mi lado—. Apenas son ocho. —Y se encaminó directamente al sitio en que se encontraban.

»Sentí que algo rodaba cerca de mi pie y lo levanté… ¡era un trozo de ladrillo! Lo que sin duda era la otra mitad me golpeó exactamente sobre el esternón. Me hizo gritar, no pude evitarlo. El hombre alto me gritó que apagara la luz; yo era un blanco perfecto. Lo hice, y pude ver la silueta de uno de los hombres contra la luz de la calle principal en el lejano extremo. Estaba detrás de

un cubo de basura y sostenía en la mano un cuchillo tan largo como su antebrazo. Se levantó tan pronto el hombre pasó a su lado. Arrojé el ladrillo y le acerté justo en medio de la nuca. El tipo alto ni siquiera hizo ademán de volverse cuando lo oyó caer y escuchó el ruido del cuchillo que rebotaba en el suelo. Pasó al lado de una de las moscas humanas como si hubiera olvidado que estaba allí, pero no lo había olvidado. Se irguió, lo tomó por los tobillos, lo arrancó de la pared y lo despidió contra el otro hombre, haciéndolo caer sobre el resto de la pandilla.

»Luego se quedó allí de pie, con el dorso de las manos en las caderas, sin jadear siquiera, observando el blasfemante y aullante revoltijo disperso en el pavimento del callejón. Me acerqué y me ubiqué a su lado. Uno o dos de ellos se pusieron de pie y se alejaron renqueando. Una de las mujeres comenzó a gritar…; supongo que maldiciones, pues no se oían las palabras. Volví la luz hacia ella y se calló de inmediato.

»—¿Estás bien? —me preguntó el hombre alto.

»—Con el pecho hundido —le contesté—, pero no te preocupes, puedo usarlo como frutero cuando esté acostado.

»Se rió y, volviendo la espalda al enemigo, me guió en la dirección en que había venido. Se presentó como Vorhidin, de Vexvelt, y yo le dije quién era. Agregué que había estado buscando a un vexveltiano, pero antes de que pudiera proseguir se abrió un negro agujero a la izquierda y una voz susurró: «Rápido, rápido». Vorhidin apoyó una mano en mi espalda y me dio un leve empujón.

»—Entra, Charli Bux de Terratu.

»Y allí fuimos; yo tambaleé a lo largo de algunos escalones, primero porque ignoraba que estaba allí y después porque no estaban en el sitio en que yo supuse que debían estar. Una gran puerta se cerró ruidosamente detrás de nosotros y se encendió una difusa luz amarilla. Allí había un pequeño hombrecito de piel olivácea y brillantes bigotes aceitados.

»—Vorhidin, por el amor de Dios, te dije que no vinieras a la ciudad, ¡Te van a matar!

»—Este es Charli Bux, un amigo —dijo Vorhidin por toda respuesta.

»El hombrecito se adelantó y comenzó a palparlo en los brazos y las costillas para verificar si tenía heridas. Vorhidin se rió y lo hizo a un lado.

»—¡Pobre Tretti! ¡Siempre teme que me suceda algo! No te preocupes por

mí, miedoso. Revisa a Charli. Recibió un golpe en las costillas que me estaba destinado.

»El pequeño Tretti emitió un sonido similar a un chirrido y antes de que pudiera impedírselo ya había abierto mi camisa, me había quitado la linterna de la mano y con ella encendida estudiaba la magulladura.

»—Tu próxima mujer podrá admirar una hermosa puesta de sol —bromeó Vorhidin.

»En un abrir y cerrar de ojos Tretti salió y volvió con algo con lo que me roció; era fresco y agradable; parte del dolor se desvaneció.

»—¿Qué tienes para nosotros? —preguntó Vorhidin, y Tretti llevó la luz a otra habitación.

»Allí había pilas de mercancías, en su mayor parte productos manufacturados, utensilios y herramientas. Advertí además un enorme montón de cartuchos de trideo, la mayoría de música y de obras de teatro, pero también una o dos novelas. Casi todo el resto de las cajas era del mismo tipo. Vorhidin tomó un envase de unos veinte kilos y lo hizo girar hasta que vio la etiqueta: Espectroscopio molar.

»—En realidad no necesitamos parte de esta mercancía —dijo—. Pero nos gusta ver qué se está haciendo y cómo está diseñado. Algunas veces son mejores, en otros casos no. Nos agrada comparar, eso es todo.

«Volvió a ponerlo en su lugar suavemente; buscó en el bolsillo y exhibió en la palma de la mano más de una docena de piedras que resplandecían hasta el punto de herir la retina. Una de ellas, azul, sobresalía entre las demás. Tomó la mano de Tretti, la atrajo hacia sí y la llenó de gemas.

»—¿Son suficientes para este embarque?

»No lo pude evitar, eché una mirada en derredor de la habitación e hice un cálculo estimativo del contenido…; cien veces cada cosa que había allí no cubría el valor de esa piedra azul. Los ojos de Tretti se desorbitaron. No podía pronunciar una sola sílaba. Vorhidin meneó la cabeza y le dijo riendo:

»—Muy bien.

»Y metiendo de nuevo la mano en el bolsillo del pantalón extrajo cuatro o cinco más. Pensé que Tretti iba a echarse a llorar; tenía razón. Lloró.

»Comimos algo y le conté a Vorhidin cómo había llegado allí. Me dijo que era preferible que me llevara consigo. Le pregunté adonde, y me dijo a Vexvelt.

Comencé a reír. Le confesé que había estado estrujándome los sesos tratando de encontrar la manera de decir eso mismo, y entonces él también rió y me respondió que en realidad ya la había encontrado, y por dos buenas razones.

»—Primero, te debo un favor por eso —afirmó, inclinando la cabeza en dirección a la pared que daba al callejón—. Segundo, si te quedaras aquí no sobrevivirías a esta noche.

»Quise saber por qué, pues, por lo que había comprobado, allí había peleas, continuamente y luego, una hora más tarde, uno podía ver a los contrincantes bebiendo del mismo jarro. Contestó que no era lo mismo.

»—Nadie ayuda a un vexveltiano. Si lo haces, en lo que a Leteo se refiere te conviertes en uno de ellos.

»Entonces quise saber qué tenía Leteo contra Vexvelt. Dejó de masticar y me miró durante un largo tiempo, como si no me entendiera. Luego dijo:

»—Realmente no sabes nada sobre nosotros, ¿verdad?

»—Bueno, no mucho —le contesté.

»—Entonces ahora hay tres buenas razones para llevarte a Vexvelt conmigo —agregó.

»Tretti abrió las puertas dobles en el extremo más lejano del depósito; allí había un gran camión estacionado, y otro juego de puertas que daban a la calle. Cargamos las cajas en el camión y entramos en él, con Vorhidin al volante. Tretti se subió a una escalera, acercó los ojos a algo, luego hizo girar una rueda.

»—Es un periscopio —me aclaró Vorhidin—. Desde el exterior parece el asta de una bandera.

»Tretti agitó una mano en dirección a nosotros. Las lágrimas corrían nuevamente por sus mejillas. Apretó un interruptor y las puertas se abrieron, dejándonos el paso libre. El camión salió del almacén haciendo rechinar las ruedas, mientras las puertas se cerraban rápidamente a nuestras espaldas. Vorhidin condujo el camión con el cuidado con que podría hacerlo una ancianita. El parabrisas y las ventanillas eran de cristal polarizado, con vista en un solo sentido. Varias veces me pregunté qué harían aquellas hordas de borrachos y degenerados si pudieran ver el interior.

»—¿De qué están asustados? —le pregunté a Vorhidin. Al parecer no entendió la pregunta. Le aclaré—: La mayoría de las veces la gente forma una pandilla para atacar a alguien porque de una forma u otra está asustada. ¿Qué

suponen que vais a quitarles?

»—Su decencia —dijo después de reírse, y eso fue todo lo que pude sacarle en el camino al espaciopuerto.

»El navío vexveltiano estaba ubicado a varios kilómetros de la terminal, en un camino endemoniado, más allá del límite del pavimento y cerca de algunos árboles. Se había declarado un incendio cerca de la nave. Cuando nos aproximamos pude comprobar que en realidad no era cerca, sino que habían encendido fuego debajo mismo de la nave. Allí había reunida una considerable multitud, quizá más de cincuenta personas, la mayoría mujeres, la mayoría borrachos. Bailaban y se tambaleaban por los alrededores y arrastraban ramas y leña debajo de la nave. Esta se encontraba apoyada sobre la cola, al estilo de los antiguos cohetes químicos de los cuentos de hadas.

»—Estúpidos —masculló Vorhidin, y movió algo que llevaba en la muñeca.

«Inmediatamente el cohete comenzó a rugir sordamente, y todos huyeron dando alaridos. Hubo una gran explosión de vapor y las ramas saltaron hacia todos lados; durante unos momentos el pavimento se colmó de gente corriendo, cayéndose y gritando, y de bicicletas y vehículos que daban vueltas alocadamente y chocaban unos con otros. Al rato todo se aquietó y pudimos acercarnos. Una enorme escotilla se abrió y de ella surgió un gran botalón con su marco, el cual descendió hasta el nivel del suelo. Vorhidin enganchó y acerrojó el transporte en su alvéolo, me hizo señas de que lo siguiera, aseguró los controles y volvió a tocar el mando que llevaba en la muñeca. Toda la sección de carga del camión comenzó a desplazarse, incluidos nosotros, mientras el remolque se dirigía de regreso al depósito por sus propios medios.

»La única tripulación que llevaba la nave era un joven oficial de comunicaciones — añadió Charli Bux cuidadosamente.

Con brillantes alas negras por cabello, pedacitos de cielo en los ojos almendrados y una boca plena e insinuante. Se apretó largamente a Vorhidin, expresando con su risa un mensaje que no podía decirse con palabras; él estaba a salvo.

—Tamba, éste es Charli. Viene de Terratu y luchó por mí.

Entonces ella se acercó y lo abrazó y lo besó también; aquella boca increíble, aquella cálida, suave y al mismo tiempo fuerte boca. Compartieron el beso por una hora, pues durante una hora sintió los labios de ella sobre los suyos, aunque

ella lo había besado sólo un segundo. Durante una hora entera la boca de ella difícilmente pudo estar más cerca de ella misma que de la propia y asombrada carne de Charli.

—La nave se encaminó hacia el sol y el norte celeste —prosiguió Charli—. Mantuvo su curso dos días. Leteo tiene dos lunas; la más pequeña es sólo una roca, un asteroide. Vorhidin equiparó las velocidades con esta última, flotando a la deriva a un kilómetro escaso de distancia.

La primera noche Charli colgó su litera en el mamparo de popa y se tendió allí, sufriendo penosamente el empuje de los reactores, tan intenso como el de su corazón y sus riñones. Nunca había visto una mujer como aquélla…, que había dejado de ser niña sólo poco tiempo atrás. Tan alegre, tan total y estrictamente ella misma.

—La ropa molesta en una nave, ¿no crees? —le dijo media hora después del despegue—. Sin embargo, Vorhidin piensa que debo pedir tu opinión, ya que las costumbres son diferentes de un mundo a otro, ¿no es así?

—La nave y las costumbres son vuestras, no mías —apenas fue capaz de decir Charli.

Ella le dio las gracias, luego tocó la pequeña pieza brillante que llevaba en el cuello y los vestidos cayeron a sus pies.

—De esta manera la intimidad es mucho mayor —aclaró cuando se alejaba —. Una puerta cerrada significa mucho más para las personas desnudas; está cerrada por un motivo real, y no por la posibilidad de ser visto en paños menores.

Tomó sus ropas y las ubicó en uno de los camarotes. Era el de Vorhidin. Charli se recostó débilmente contra el mamparo y cerró los ojos. Los pezones de Tamba eran como su boca, plenos y suplicantes. Vorhidin también andaba despreocupadamente desnudo, pero Charli no se quitó la ropa; los vexveltianos no hicieron comentario alguno al respecto. La noche resultó muy larga. Durante un rato parte del peso de Charli se transformó en cólera, y eso lo ayudó a soportarlo. Viejo y canoso hijo de su madre, lo bastante viejo como para ser el padre de Tamba… Pero no podía durar y se rió de sí mismo. Recordó la primera vez que había ido a un club de esquí. Allí había todo tipo de gente: jóvenes, viejos, ricos, trabajadores, profesionales; pero había una diferencia. Aquel lugar, por ser lo que era, ocultaba a los sedentarios de cara maquillada y hombros

caídos, a los sibaritas regordetes. Alrededor de Charli sólo había ojos claros, espaldas erguidas y pieles curtidas por el frío y la diversión. Los que caminaban no lo hacían ociosamente, iban a algún lado; los que descansaban lo hacían alegremente, con un bien ganado reposo. Así era el aura de Vorhidin…; no sólo una cuestión de piel y ojos claros, que ciertamente los tenía; esas mismas cualidades estaban en su interior, en sus huesos, irradiaban desde su mente. Era algo muy difícil de explicar, pero resultaba un placer convivir con eso. El segundo día, muy temprano, Vorhidin se le acercó cuando se encontraban solos en el cuarto de control y le preguntó si le gustaría dormir con Tamba esa noche. Charli boqueó como si le hubieran golpeado en el estómago con un puñado de hielo molido. Se sonrojó y tartamudo:

—Si ella, si ella…

Se preguntaba fuera de sí, cómo haría para pedírselo. En realidad no tenía motivos para preocuparse.

—¡Él está encantado, querida! —gritó Vorhidin, y la cara de Tamba se asomó en el corredor.

—Te lo agradezco mucho —dijo sonriendo.

Y entonces (después de la larga noche), aquél fue el día más largo de su vida; pero ella dejó que todo sucediera a su debido tiempo, dulce, fuerte y sin apuros. Después se quedó tendido mirándola, con un asombro tan duradero y absoluto que la hizo reír. Inundó su cara con el negro cabello y con sus besos y por fin lo inundó por completo con aquella flexible y dócil fuerza suya. Esta vez fue más violenta y exigente, hasta que con un grito final Charli cayó desde la cumbre misma del placer y el goce al más directo, total y absoluto sopor que hubiera conocido nunca. Veinte minutos después, quizás, abrió los ojos y encontró su mirada sumergida profundamente en una celeste gloria, los ojos de ella tan cerca de los suyos que sus pestañas se mezclaban. Más tarde, mientras conversaban en la sala de oficiales con las manos entrelazadas, se volvió y descubrió a Vorhidin de pie en la puerta de entrada. Se acercó a ellos con un largo paso y ubicó un brazo en torno de cada uno. Nadie habló. ¿Qué se podía haber dicho?

—Hablé mucho con Vorhidin —siguió diciendo Charli Bux al Director de Archivos—. Nunca conocí a un hombre tan seguro de sí mismo, de lo que quería, de lo que le agradaba, de lo que creía. Lo primero que dijo cuando mencioné el tema del comercio fue «¿Para qué?». Jamás en toda mi vida pensé

que alguien pudiera preguntar eso. Todo cuanto hice, al igual que cualquiera, fue comerciar donde pude y en la mayor escala posible. Pero él quería saber para qué. Pensé en las gemas entregadas a cambio de esa chatarra que llevábamos en la bodega y en el niobio puro al precio de simple manganeso. Un comerciante llamaría a eso ignorancia, otro quizás un buen negocio, y ambos tratarían de conseguir más…; cuentas de vidrio a cambio de marfil. Pero se ha tenido noticias de culturas que comerciaban de esa forma por razones éticas o religiosas: dar siempre más de lo que se recibe en la moneda del otro tipo. O quizás eran simplemente ricos. Acaso había tanta riqueza en Vexvelt que la única forma en que la podían invertir era…, bueno, como él dijo, en manufacturas; así podían comparar diseños «Algunas veces mejores que los nuestros, en otros casos no». Se lo pregunté.

»Me lanzó una profunda mirada, que al metro y medio de distancia en que nos encontrábamos me pareció como si estuviera ahogándome en los inefables lagos azules de los ojos de Tamba, pero ¡cuidado!, no pienses en eso cuando hables con este viejo de pie ante un equipo de rayos X.

»—Sí, supongo que somos ricos —contestó por último—. No necesitamos muchas cosas.

»—De cualquier manera —argüí—, podríais obtener precios mucho más bajos por los pocos productos con los que comerciáis.

»Se rió un poco y sacudió la cabeza.

»—Uno tiene que pagar por lo que obtiene; lo contrario no es correcto. Si haces una «buena operación», como tú la llamas, terminas con más de lo que tenías antes; por lo tanto no lo has pagado. Eso es tan antinatural como si los niveles de energía fueran de menor a mayor; es contra las leyes de la ecología y la entropía.

—Luego agregó: —No puedes entenderlo.

»Y era verdad. No lo entendía ni lo entiendo todavía.

—Continúe —dijo el Director de Archivos.

—Tenían su propia plataforma de Impulsión en la parte opuesta de la luna de Leteo, y su propia guía orbitando Vexvelt. Ya le he dicho que durante todo ese tiempo había pensado que el planeta estaba cerca de Leteo; pues bien, no era así.

—Veamos, eso no lo entiendo. Las plataformas y las guías son un servicio público. Usted dice que viajaron dos días. ¿Por qué no usó la correspondiente al

espaciopuerto de Leteo?

—No podría decirlo, señor. Bueno…

—¿Y bien?

—Simplemente, estoy pensando en esa chusma embriagada que prendía fuego debajo de la nave.

—Ah, sí. Quizá, después de todo, la plataforma de la luna es una precaución inteligente. Yo he sabido siempre, y usted lo ha puesto claramente en evidencia, que esa gente no es popular. Perfectamente…; ustedes efectuaron un salto por Impulsión.

—Hicimos un salto por Impulsión. —Charli guardó silencio unos instantes y revivió aquel momento de revelación, en el cual contempló la negrura salpicada de motas de talco y una luna pequeña como un terrón que se transformaba en el gran arco de un horizonte nimbado de púrpura, de verde marmóreo y dorado y plata y azul bruñido, con el resplandor cromado que procedía del océano del planeta—. Había un remolcador esperándonos, de modo que descendimos sin ningún problema. El espaciopuerto era pequeño, incluso comparado con Leteo…; ocho o diez dársenas, con el área de los depósitos debajo de ellas; los recintos para las tripulaciones y pasajeros los rodeaban, protegidos por una cubierta. No hubo ningún tipo de formalidades. Supongo que no hay suficientes viajes espaciales para justificarlas.

—Seguramente no hay extranjeros —dijo el viejo con suficiencia.

—Desembarcamos directamente en la cubierta y salimos de la nave.

Tamba salió primero. Era un día de sol con cálida brisa, y si existía alguna diferencia decisiva entre esa gravedad y la de Terratu, las piernas de Charli no la registraron. La diferencia en la atmósfera sin embargo era profunda. Antes nunca había conocido un aire tan claro, tan embriagador, tan limpio; excepto en algunos climas fríos, pero ese era cálido. Tamba se quedó junto a la silenciosa rampa que se desplazaba «hacia arriba»; la muchacha tenía la mirada perdida en las colinas, en la cadena de montañas más espléndida que Charli hubiera visto, ya que poseía todo lo que un libro de fotos de paisajes montañosos debe tener: suaves y pronunciadas alturas, hirsutas selvas, empinados farallones grises y ocres, almidonados ropajes de blanca nieve tendidos sobre sus picos para secarse al sol. Detrás se extendía una dilatada llanura limitada por un río, por un lado, y las bases de la colina por el otro. Y más allá el mar, con su ancha y dorada playa

que curvaba un amoroso brazo en torno del verdoso hombro del océano. Cuando se acercaba a la pensativa Tamba, la cálida brisa jugueteaba y reía alrededor de ellos, y la corta túnica de ella voló de sus hombros como una nube, hasta que por fin tornó a envolver a la muchacha. Eso detuvo la marcha, el aliento y el corazón de Charli; ¡era una visión tan encantadora! Al acercarse a ella, al observar a la gente debajo que subía por una rampa y descendía por otra, comprendió que allí la ropa respondía solamente a dos convenciones: comodidad y belleza. Hombres, mujeres y niños usaban lo que preferían, cintas o túnicas, zuecos, diademas, fajines o faldas, o un anillo, ó una cinta para el cabello, o nada en absoluto. Recordó una maravillosa reflexión de un filósofo pre-Nova llamado Rudolfky y la murmuró entre dientes:

—La modestia no es una virtud tan simple como la honestidad. Ella se volvió y sonrió; pensó que la frase le pertenecía. Charli devolvió la sonrisa y no aclaró el equívoco.

—No te molesta esperar un momento, ¿verdad? Mi padre vendrá en seguida y nos iremos. Te alojaré con nosotros, ¿de acuerdo?

No le preocupaba. Esperaría, ensimismado en el restallante colorido de la montaña y el adagio del mar. Todo estaba bien.

No había nada, ninguna manera, ninguna palabra para expresar su respuesta excepto elevar los puños tensos tan altos como pudiera y gritar tan intensamente como fuera posible y concentrarlo todo en risas y lágrimas.

Una vez registrados los comprobantes de carga, Vorhidin se unió a ellos, antes de que Charli hubiera salido de su éxtasis. Éste había intercambiado miradas con la chica, quien sonrió y lo tomó del brazo con ambas manos, acariciándolo; y él rió y rió.

—Ha tomado demasiado Vexvelt de una sola vez —explicó la chica a Vorhidin, quien puso su enorme y cálida mano en el hombro de Charli y rió con él hasta que él se apaciguó.

Cuando pudo recobrar el aliento y los espejuelos de lágrimas se apartaron de sus ojos, Tamba le dijo:

—Vamos allí.

—¿Dónde?

Ella lo señaló con mucho cuidado. Tres esbeltos árboles oscuros, similares a álamos, surgían como una súplica entre el alegre revoltijo de un luminoso y

cimbreante pasto verde.

—A aquellos tres árboles.

—No puedo ver ninguna casa…

Vorhidin y Tamba rieron al unísono: su respuesta les había encantado.

—Ven con nosotros.

—No tenemos que esperar a…

—Ya no hay necesidad de esperar. Ven.

—La casa distaba un breve trecho del espaciopuerto —continuó Charli en alta voz—, pero desde ninguno de ambos lados podía verse. Era una casona, con árboles que la rodeaban, e incluso crecían a través de ella. Me hospedé con la familia y comencé a trabajar. —Palmeó la gruesa carpeta y continuó—: Es esto. Obtuve toda la ayuda que necesitaba.

—¿La consiguió realmente? —Al parecer al Director de Archivos le interesó más ese dato que cualquier pormenor que hubiese escuchado anteriormente—. Así que lo ayudaron, ¿no es así? ¿Cree que estaban ansiosos de comerciar?

La respuesta a esa pregunta sin duda era muy importante.

—Sólo puedo decir esto —respondió Charli Bux cuidadosamente—: solicité esa información; se trataba de un catálogo de los recursos comerciales de Vexvelt y de los precios F.O.B. estimativos. Ninguno es tan elevado como para no llegar a un arreglo práctico y factible; cada uno eliminaría cualquier competencia. Existen múltiples razones. La primera, por supuesto, la constituyen los recursos en sí mismos: son muy fáciles de obtener e increíblemente abundantes. En segundo término tenemos los métodos de extracción; que superan cualquier sistema que usted haya podido soñar; y los de recolección y preservación… Bueno, las ventajas son innumerables. A primera vista parece un planeta pastoril, pero no lo es. Es la cueva del tesoro, trabajada y organizada, planeada y concebida como en ningún otro planeta del universo conocido. Esa gente nunca ha tenido una guerra, así como tampoco hubo nunca que modificar el plan cultural originario; y el que tienen funciona, señor, funciona. Y ha producido gente física y mentalmente sana, que cuando encara una tarea lo hace sin segundas intenciones, con…, bueno, puede parecer una palabra insólita para expresarlo, pero es la única que se adapta: con alegría… Sin embargo, puedo advertir claramente que usted no quiere oír hablar de eso.

El anciano abrió los ojos y miró directamente a su visitante. Ante la catarata

de palabras de Bux, había desviado la cara, cerrado los ojos, fruncido los labios y dejado que las manos se extraviaran sobre sus sienes y cerca de sus oídos, como si estuviera haciendo un esfuerzo supremo para impedir que las palmas se apretaran fuertemente sobre ellos.

—Todo cuanto puedo oír es que un mundo que ha sido dejado de lado por toda la especie humana y que se ha mantenido alejado por su propia voluntad ahora lo está utilizando a usted para promover un contacto que nadie desea. ¿Lo desean ellos? No lo conseguirán, por supuesto. Pero ¿tienen una idea de lo que sucedería con su mundo si todo eso —señaló la carpeta con un ademán— fuera cierto? ¿Cómo piensan que podrían controlar a los exploradores? ¿Tienen algo especial en materia de defensa, de la misma forma que lo tienen en los otros ítems?

—Realmente no lo sé.

—¡Yo sí lo sé! —El anciano estaba mucho más enojado de lo que Bux lo había visto antes—. ¡Su defensa es lo que ellos son! Nadie se acercará nunca a ellos, nunca. Ni aunque despojen su propio planeta de todo lo que posee, refinen todo el lote, lo arrastren a sus expensas a su espaciopuerto y allí lo regalen.

—¿Ni aunque puedan curar el cáncer?

—Casi todos los tipos de cáncer son curables.

—Ellos pueden curar todo tipo de cáncer.

—Nuevos métodos se descubren cada…

—Ellos han poseído esos métodos desde hace no sé cuántos años. Siglos. ¡El cáncer no existe entre ellos!

—¿Sabe usted cuál es ese tratamiento?

—No, yo no, pero a un equipo clínico no le llevaría más de una semana averiguarlo.

—Los cánceres incurables no son materia de análisis clínicos. Son considerados enfermedades psicosomáticas.

—Lo sé. Eso es exactamente lo que el equipo clínico descubriría.

Hubo un largo y tenso silencio.

—Usted no ha sido totalmente franco conmigo, muchacho.

—Es verdad, señor. Otra larga pausa.

—De lo dicho por usted se deduce que están libres de cáncer a causa del tipo de cultura que han organizado.

Esta vez Bux no respondió, sino que dejó pendientes en el aire las palabras del anciano a fin de que pudieran ser oídas nuevamente, reinterpretadas. Al fin el Director de Archivos continuó con una voz que era casi un estremecido y furioso susurro.

—¡Eso es abominable! ¡Abominable! —Un hilo de saliva corrió por su barbilla, pero pareció no notarlo—. Preferiría mil veces morir…, ser devorado vivo por el cáncer…, volverme loco furioso, antes que vivir con una cordura como ésa.

—Quizás otros estén en desacuerdo con usted.

—¡Nadie podría estarlo! ¿Hizo la prueba? ¡Hágala! ¡Lo despedazarían! Eso es lo que le hicieron a Allman. ¡Eso es lo que le sucedió a Balrou! Nosotros mismos matamos a Trosan…; fue el primero, y no sabíamos que la chusma lo haría por nosotros. Y eso fue hace mil años, ¿lo entiende? Y toda esa…, toda esa… basura va a ir a parar a los archivos secretos con los demás, y algún día algún otro estúpido con excesiva curiosidad y poca decencia, y con la mente totalmente corrompida por la perversión, se volverá a sentar aquí con algún otro Director de Archivos, quien lo echará tal como yo lo estoy echando a usted y le dirá que cierre la boca y salve la vida, pues si la abre lo despedazarán. ¡Salga! ¡Salga! ¡Salga! ¡Salga!

Su voz se había elevado hasta tornarse una especie de chillido y luego un alarido agudo que al rasparle la garganta se había transformado en un doloroso susurro; por fin se acalló; los viejos ojos brillaban y tenía la barbilla húmeda.

Charli Bux se levantó con lentitud. Estaba pálido por la conmoción.

—Vorhidin trató de hacérmelo entender —dijo serenamente—, y no quise creerle. No podía creerle. Le contesté: «Sé más que ustedes acerca de la ambición; no serán capaces de resistirse a esos precios». Agregué: «Sé más acerca del miedo que ustedes; no serán capaces de desechar la cura definitiva para el cáncer». Vorhidin se rió de mí, pero me proporcionó la ayuda que necesitaba.

»En cierta ocasión empecé a decirle que sabía más acerca de la cordura que yace en el interior de todos nosotros, muy desarrollada en algunos, y que ese elemento podría prevalecer. Pero a medida que hablaba me di cuenta de que estaba equivocado al respecto. Ahora sé que estaba equivocado en todo, incluso en la ambición, en el miedo, y que era él quien tenía razón. Me dijo que Vexvelt

poseía la defensa más inexpugnable y menos costosa jamás planeada: la cordura. Tenía razón.

Charli Bux se dio cuenta entonces de que el viejo, intercambiando enloquecidas miradas con las suyas a medida que hablaba, de algún modo había dejado de oírlo dentro de su mente y había desconectado los oídos. Se quedó allí, con su vieja cabeza caída a un lado, jadeando como un perro famélico en un cubo de basura, hasta que pensó que ya podía volver a gritar nuevamente. Sin embargo no lo logró.

—¡Salga! ¡Salga! —logró carraspear.

Charli Bux salió. Dejó la carpeta donde estaba; como Vexvelt, esa carpeta se defendía por su condición de inmiscible: en el lenguaje químico, «noble como el oro».

No fue Tamba después de todo, sino Tyng, quien capturó el corazón de Charli.

Cuando llegaron a la hermosa casa, tan cerca de todo y sin embargo tan privada, tan recluida, fue presentado a la familia. El radiante —casi caliente— cabello rojo de Breerho, junto al de Tyng, puso en evidencia que ambas eran madre e hija. Vorhid y Stren, los hijos varones, uno en la niñez y el otro en la adolescencia, eran erguidos y tenían hombros anchos como su padre, en tanto que los admirables rasgos de sus ojos finamente delineados demostraban que eran hermanos de Tyng y Tamba.

Había también otros dos muchachos, una adorable niña de doce años llamada Fleet, quien estaba cantando cuando llegaron a la casa (por ese motivo se detuvieron y postergaron las presentaciones), y un robusto alborotador cuyo nombre era Handr, posiblemente el ser humano más feliz que cualquiera de ellos hubiera conocido jamás. A su debido tiempo, Charli conoció a los padres de ambos chicos; la morena Tamba se parecía mucho más a la madre de ellos que a la pelirroja Breerho.

Al principio hubo una catarata de nombres y caras, que su mente sólo captó parcialmente como en un calidoscopio a medida que todos se hacían presentes en la habitación; en cierto modo, Charli se sintió tímido. Pero en ese aposento había un amor que él jamás sospechó que existiera, y mucho más afecto y cariño.

Antes de la caída de la tarde ya se sentía parte de la familia, aceptado y subyugado. Y como Tamba había conmovido su corazón y asombrado su cuerpo,

todos los cálidos y expectantes sentimientos recién despertados se concentraron en ella, quien por cierto parecía deleitarse en su compañía y se mantenía permanentemente junto a él. Cuando los pequeños se fueron bostezando, y luego los otros también se marcharon y quedaron casi solos, él le pidió, le rogó, que fuera a su lecho. Ella fue tan gentil y cariñosa como era posible, pero también absolutamente firme en su negativa.

—Pero querido, realmente en este momento no puedo. No puedo. He ido a Leteo y ahora estoy de vuelta, y he prometido…

—¿Prometido a quién?

—A Stren.

—Pero yo pensé… —Había pensado excesivas cosas, y no le era posible clasificarlas o incluso aislarlas unas de otras. Bueno, quizá no había entendido los parentescos…; después de todo, había cuatro adultos y seis pequeños; ya tendría tiempo de aclararlo todo al día siguiente—. ¿Quieres decir que prometiste a Stren que no te acostarías conmigo? —añadió.

—No, tontito. Esta noche me acostaré con Stren. Por favor no te enojes. Habrá muchas oportunidades. Mañana. ¿Por la mañana? —Se rió y le tomó la cara con las dos manos, sacudiéndole la cabeza como si quisiera disipar su enfurruñamiento—. ¿Mañana muy temprano?

—No imaginé que mi primera noche aquí habría de ser así. Lo siento. Creo que hay muchas cosas que no entiendo —masculló, desolado. Luego la angustia se abatió sobre él como un proyectil y ya no le preocuparon ni los huéspedes, ni los anfitriones, ni las nuevas costumbres, ni nada—. Te quiero —gritó—. ¿Acaso no lo comprendes?

—Por supuesto, por supuesto que lo entiendo. Yo también te quiero, y nos querremos mucho, mucho tiempo. ¿Cómo pudiste suponer que no lo sabía?

Su perplejidad era tan genuina que él pudo advertirla incluso a través de las brumas de su dolor. Y contestó, tan cerca de las lágrimas como según le pareció podía llegar un adulto, que simplemente no entendía.

—Ya entenderás, amor, ya entenderás. Hablaremos hasta que comprendas, no importa el tiempo que lleve. —Y luego añadió, con una crueldad absolutamente inocente—: Pero lo haremos mañana, ahora tengo que irme. Stren me está esperando. Buenas noches, querido mío.

Y después de besar el extremo de la cabeza que él apartaba, salió

rápidamente caminando sobre la punta de sus pies desnudos.

Sus palabras le habían llegado tan hondo que era imposible guardarle rencor. Sólo podía sufrir. Nunca había sabido hasta esos dos últimos días que pudiera sentir con tanta intensidad o soportar tanto dolor. Enterró la cara en los almohadones del largo sofá del… ¿salón?…, o como quiera que se llamara ese lugar en que las nociones de interior y exterior estaban tan enredadas como su corazón, pero mucho más armoniosamente, y se entregó al sufrimiento.

Al cabo de un tiempo alguien se arrodilló junto a él y tocó levemente su cuello. Torció la cabeza sólo lo suficiente para ver quién era. Era Tyng, con su cabello luminoso en la penumbra, y su cara, al menos lo que podía ver de ella, llena de compasión.

—¿Te agradaría que me quedara en lugar de ella? —preguntó.

—¡Nadie puede estar en su lugar! —gritó él, con la absoluta franqueza de alguien que se siente agobiado.

La autenticidad y la pena de ella eran inequívocas. Así lo afirmó Tyng; lo acarició una vez más y se deslizó de la habitación. En el curso de la noche Charli consiguió despertarse lo suficiente para encontrar el cuarto que le habían asignado, y así gozó de un poco de calma en el más completo de los vacíos.

Una vez despierto al llegar el día, buscó otro alivio para su pena; trabajar e iniciar el catálogo de recursos del planeta. Todos trataron de un modo u otro de comunicarse con él pero, a menos que se tratara de cuestiones de trabajo, se cerró ante cualquier contacto (excepto, por supuesto, con respecto al irresistible Handr, quien se transformó rápidamente en su amigo para toda la vida). Encontró a Tyng cerca de él cada vez con mayor frecuencia, y le fue muy útil; no se había vuelto tan áspero e irritable como para rehusar una estilográfica o un texto de referencia (abierto en el lugar oportuno) cuando se los colocaban en la mano exactamente en el momento en que los necesitaba. Tyng permanecía con él muchas horas, atenta pero absolutamente silenciosa, hasta que él condescendía a preguntarle tal o cual dato, o deseaba informarse acerca de pesos y medidas, o cálculos de horas-hombres expresados en el sistema de Vex-velt. Si ella lo ignoraba, lo averiguaba con un mínimo de demora y con absoluta claridad. Sabía, sin embargo, mucho más de lo que él había supuesto. Y así llegó un momento en que Charli empezó a charlar como un papagayo y a planear ansiosamente con ella el siguiente día de trabajo.

Nunca hablaba con Tamba. No se proponía herirla, pero podía percibir su avidez por establecer contacto con él, y no se sentía capaz de soportarla. Por consideración, ella dejó simplemente de intentarlo.

Una secuencia estadística particularmente compleja lo mantuvo trabajando sin interrupción dos días y dos noches consecutivas. Tyng lo acompañó todo el tiempo sin una sola queja, hasta que al fin, en las primeras horas de la tercera madrugada, puso los ojos en blanco y se desplomó. Charli se incorporó, tambaleándose sobre sus piernas dormidas por haber permanecido tanto tiempo sentado, se sacudió las estadísticas de los ojos, acomodó a Tyng en la mullida alfombra de piel, y enderezó una de sus piernas, que tenía doblada. Bajo la suave luz que surgía de la lámpara se veía exquisita, en especial porque Charli sabía de antemano que lo era, incluso bajo el más brillante de los resplandores. Las sombras suaves ponían de relieve el alabastro de la piel, y sus pálidos labios inconscientes ya no eran más oscuros que su tez; extrañamente, se asemejaba a una escultural figura sin vida. Usaba un vestido al estilo cretense, con un ajustado peto que sostenía sus senos desnudos y sujetaba la falda transparente. Como pensó que el cinturón podía impedirle respirar, lo desabrochó y lo apartó del cuerpo de Tyng. A la altura del diafragma, donde antes había estado el cinturón, la piel, si no a la vista, por lo menos se ofrecía al tacto hinchada y surcada de arrugas. La masajeó suavemente mientras perseguía indefinidos pensamientos a través de las brumas de la fatiga: pirofilita, Leteo, hermano, sales de vanadio recuperables, Vorhidin, precipitados, Tyng mirándome… Tyng lo observaba en la semioscuridad. Apartó los ojos de ella y su mirada recorrió el cuerpo de Tyng hasta su propia mano. Esa mano había dejado de moverse poco tiempo atrás, y había permanecido inmóvil por propia voluntad. ¿Tenía Tyng los ojos cerrados o abiertos? Se inclinó hacia delante para ver y perdió el equilibrio. Ambos penetraron en un profundo sueño, con los labios unidos, pero sin siquiera haberse besado.

El viejo Platón, en los tiempos anteriores a la Nova, decía que el primitivo ser humano era un cuadrúpedo, con dos sexos. Una noche terrible, durante una tormenta engendrada por las fuerzas del mal, todos los seres humanos fueron divididos en dos; y desde entonces cada uno ha buscado la otra mitad de sí mismo. Cada uno de los seres de sexos opuestos puede hacer algo, pero habitualmente eso en cierto modo resulta incompleto. Ahora bien, cuando una

parte encuentra su otra mitad, ningún poder de la tierra puede mantenerlas separadas, ni apartarlas una vez que se han unido. Eso sucedió aquella noche, en algún momento de un sueño tan profundo que ninguno de los dos pudo recordarlo jamás. Lo que les sucedió fue que se desplazaron hacia lugares desconocidos donde nada había existido antes, y ése fue el comienzo de algo eterno. La esencia misma de una cosa como ésa es la aceptación, y para no ser juzgado a su vez, Charli Bux dejó de juzgar en exceso y comenzó a aprender, hasta cierto punto, los modos de vida que lo rodeaban. Y esa vida sin duda ocultaba muy poco. Los niños dormían donde elegían. Sus juegos sexuales no eran ni más entusiastas ni más frecuentes que sus otros juegos…, ni tampoco más disimulados. Se hablaba menos de sexo de lo que había podido comprobar en grupos de cualquier edad. Siguió trabajando intensamente, pero ya no se ocultó los hechos. Percibió una gran cantidad de cosas que no se había permitido ver antes, y descubrió con sorpresa que, después de todo, no eran el fin del mundo.

Entonces tuvo que enfrentar un nuevo y terrible golpe. Charli dormía a veces en la habitación de Tyng, y otras ella lo hacía en la de él. Una mañana temprano se despertó solo, recordó un aspecto escurridizo del trabajo, se levantó y se encaminó pesadamente hacia la habitación de ella. Se dio cuenta del significado de aquel suave canturreo demasiado tarde para pasarlo por alto; y transcurrió mucho tiempo antes de que pudiera comprender su furia ante el descubrimiento de que aquella canción no le pertenecía solamente a él. Se encontró dentro del cuarto antes de poder detenerse; después salió, cegado y tembloroso.

Estaba sentado en la tierra húmeda, en el verde hueco debajo de un sauce, cuando Vorhidin lo encontró. (Nunca supo cómo lo había hallado, ni siquiera cómo se le ocurrió buscarlo.) Miraba fijamente hacia delante, y lo había hecho tanto tiempo que los globos oculares se le habían secado. Parecía gozar con la agonía. Había hundido los dedos con tanta fuerza en la tierra que sus manos estaban enterradas hasta las muñecas. Tres uñas se habían roto al doblarse hacia atrás, pero él aún seguía presionando.

Vorhidin permaneció completamente silencioso al principio, limitándose a sentarse a su lado. Esperó un tiempo que le pareció suficiente y luego pronunció suavemente el nombre del muchacho. Charli no se movió. Entonces Vorhidin le puso una mano sobre el hombro, y el resultado fue sorprendente. Charli Bux no

movió nada visible, excepto los tendones de la mandíbula y la garganta, y al contacto con la mano del vexveltiano vomitó. Fue lo que clínicamente se denomina un «vómito proyectante». Empapado y manchado desde las caderas a los pies, con los ojos secos y la mirada fija, Charli permaneció sentado inmóvil. Vorhidin, que entendía lo que había sucedido y posiblemente lo había esperado, permaneció donde se encontraba, con una mano en el hombro del joven.

—¡Dilo! —gritó.

Charli Bux giró lentamente la cabeza para mirar al hombretón. Enfocó los ojos y parpadeó, luego parpadeó nuevamente. Escupió el gusto agrio de su boca y sus labios se retorcieron y temblaron.

—Dilo —repitió Vorhidin, con voz calma pero apremiante, pues sabía que Charli no había podido contener las palabras y preferido vomitar antes que pronunciarlas.

—T…, t… —Charli tuvo que escupir nuevamente—. ¡Tú! —gritó enronquecido—. ¡Tú…, su padrel —gritó al fin, y en una fracción de segundo se transformó en un derviche furioso, en un molino de viento, en un tigre aullante.

Las manos embarradas y ensangrentadas, absolutamente fuera de dominio por el exceso de furia, no llegaron a convertirse en puños. Vorhidin se agazapó en el lugar donde se encontraba y recibió los golpes sin intentar defenderse más allá de un ocasional movimiento de la cabeza para proteger sus ojos. Luego podría curar cualquier daño que los golpes pudieran causarle, pero si esos golpes no se descargaban, Charli Bux jamás se curaría. Todo siguió y siguió por un largo rato, pues algo dentro de Charli no le permitía mostrar fatiga, y probablemente ni siquiera sentirla. Cuando el último de los recursos lo abandonó, el colapso fue súbito y total. Vorhidin se arrodilló gruñendo, se puso penosamente de pie, se inclinó sobre el terrestre, salpicándolo con su sangre, lo levantó en sus brazos y lo transportó a casa.

A su debido momento Vorhidin le explicó todo. Tomó largo tiempo, ya que al principio Charli no podía admitir ninguna razón, y menos de Vorhidin, y posteriormente sólo en pequeñas dosis. La síntesis de medio centenar de conversaciones es la siguiente:

—En la antigüedad —dijo Vorhidin— un desconocido escribió: «Lo que no sabes no es lo que te hiere, sino lo que sabes que no es así». Contéstame algunas preguntas. No te detengas a pensar. (Eso es tonto. Nadie fuera de Vexvelt se

detiene a pensar en el incesto. Hablan mucho, así, y muy rápido, pero no piensan.) Yo preguntaré y tú responderás. ¿En cuántas especies bisexuales, pájaros, animales, peces e insectos incluidos, se advierten indicios del tabú del incesto?

—Realmente no puedo decirlo. No recuerdo haber leído nada al respecto, pero además, ¿quién va a escribir sobre ese asunto? Yo diría que unos pocos. Eso sería sólo natural.

—Estás equivocado. Doblemente equivocado, a decir verdad. El Homo sapiens tiene la exclusividad, Charli…; a todo lo largo y ancho del universo sólo la humanidad tiene el tabú del incesto. Segundo error: no sería natural, no lo fue, no lo es y no lo será nunca.

—Es sólo una cuestión de términos, ¿no es así? Yo lo llamaría natural. Quiero decir que es parte de la naturaleza humana. No es necesario aprenderlo.

—Ahí está el error. Tiene que ser aprendido. Estoy en condiciones de documentarlo, pero eso puede esperar; más tarde consultaremos la biblioteca. Por el momento acepta mi argumento.

—Sólo por el momento.

—Gracias. ¿Qué porcentaje de gente crees que se siente atraída sexualmente por sus hermanos o hermanas?

—¿A qué edad te estás refiriendo?

—No interesa.

—Los impulsos sexuales no se manifiestan hasta una determinada edad, ¿no es así?

—¿Es así? ¿Y cuál dirías que es la edad promedio?

—Oh…, depende del indivi… Pero has dicho «promedio», ¿no? Digamos alrededor de los ocho. Nueve quizá.

—Falso. Espera a tener hijos y lo comprobarás. Yo diría que a los dos o tres minutos. Apostaría a que también existen bastante antes de eso.

—¡No lo creo!

—Ya sé que no lo crees —contestó Vorhidin—. De todos modos es verdad. ¿Y qué me dices acerca del progenitor de sexo opuesto?

—Bueno, eso debería darse en una etapa de la conciencia capaz de captar la diferencia.

—Bien…, ahora no estás tan equivocado como de costumbre —dijo en tono

bondadoso—, pero te asombraría saber lo temprano que suele suceder. Pueden oler la diferencia mucho antes que verla. Unos pocos días, tal vez una semana.

—No lo sabía.

—No lo dudo ni por un momento. Ahora, vamos a olvidarnos de todo lo que has visto aquí. Vamos a suponer que estás de vuelta en Leteo y yo te pregunto: ¿cuáles serían los efectos en una cultura si cada individuo tuviera una inmediata y aceptable relación sexual con todos los demás?

—¿Relación sexual? —Charli emitió una risita nerviosa—. Exceso sexual lo llamaría yo.

—No hay nada de eso —dijo llanamente el hombretón—. Teniendo en cuenta quién seas y cuál es tu sexo, puedes hacerlo hasta que no puedas más o puedes seguir hasta que por último no suceda nada. Un hombre puede pasarlo muy bien con un desahogo sexual moderado dos veces al mes, o menos. Otro podría recurrir normalmente a él ocho o nueve veces al día.

—Yo no llamaría normal a eso.

—Yo sí. Insólito quizá, pero ciento por ciento normal para el tipo que lo hace, siempre que no sea patológico. Lo que quiero decir es que capacidad es capacidad, ya sea para el contenido de una taza, para un caballo de fuerza o para la altura límite de un avión. Hombre o máquina, no los dañarás si te mantienes dentro de los parámetros para los que fueron diseñados. Lo que sí causa daños, y algunos de la peor especie, es la culpa y el sentimiento de pecado, en los casos en que el pecado no es más que una suerte de apetito natural. He leído historias verídicas de muchachos que se suicidaron a causa de una polución nocturna, o porque sucumbieron a la tentación de masturbarse después de cinco o seis semanas de abstinencia…, algo que por supuesto les preocupaba, manteniéndolos absolutamente obsesionados por lo que no debería tener mayor importancia que aclararse la garganta. Me gustaría poder decir que este tipo de cuento de horror sólo existe en los viejos libros, pero en muchos mundos, incluso en este mismo momento, aún está sucediendo.

»La culpa y el pecado resultan más fáciles de comprender para alguna gente si la sacas de la esfera del sexo. Existen algunas ortodoxias religiosas que requieren una dieta específica, con absoluta exclusión de algunos productos. Dado un suficiente adoctrinamiento por un tiempo adecuado, puedes mantener a un hombre comiendo (pongámosle un nombre arbitrario) «flim» mientras el

«flam» está prohibido. De esa forma, seguirá adelante con su magro y mohoso flim, y vivirá semimuerto de hambre en un depósito completamente lleno de hermoso y fresco flam. Puedes hacerlo enfermar, o incluso matarlo, si posees la suficiente habilidad para convencerlo de que el flim que acaba de comer era en realidad flam disfrazado. O puedes enloquecerlo haciéndole insinuaciones hasta que adquiera un auténtico gusto por el flam, y se conseguirá una buena provisión, la esconderá y la mordisqueará cada vez que luche con la tentación y pierda.

«Imagina en consecuencia el poder de la sensación de culpa cuando no es simplemente una cuestión de flim y flam, de ortodoxia manufacturada, lo que está violando, sino una profunda presión de alguna parte de las células de nuestro interior. Es algo tan demente y peligroso como implantar una estructura ético-culpable que impide o inhibe ceder a las necesidades del complejo vitamínico B o del potasio.

—Pero ahora estás hablando de necesidades vitales y factores de supervivencia —le interrumpió Charli.

—¡Demonios, vaya si lo estoy haciendo! —dijo Vorhidin, parodiando el estilo de Charli, e hizo una mueca rápida, muy cómica y muy exacta, imitando su luminosa sonrisa—. Y ahora ha llegado el momento de retomar algunos hechos que mencioné anteriormente, las cosas que pueden herirte mucho más que la ignorancia: las cosas que tú sabes que no son así. —De pronto se rió—. Eso es bastante cómico, ¿sabes? He estado en un montón de mundos, algunos de ellos a kilómetros y años de distancia unos de otros en miles de pormenores; sin embargo, esto que estoy a punto de demostrarte, en particular esta conversación de «cierra-los-ojos», «cierra-la-mente», puedes encontrarla en cualquier lugar adonde vayas. ¿Estás listo? Dime entonces: ¿qué tiene de malo el incesto? Retiro lo dicho…; tú me conoces. No me lo digas a mí. Díselo a un extraño, a un drogadicto o a un dipsomaniaco que encuentras en el bar de un espaciopuerto. —Separó las manos, colocó los dedos de tal manera que uno casi podía ver brillar el cristal del imaginario vaso que sostenía, y dijo con voz pastosa—: Dígame, eshtranjero, ¿qué…, qué hay de malo asherca de…, del inshesto, eh?

Cerró uno de los ojos y volvió el otro en dirección a Charli.

Charli se detuvo a pensarlo.

—¿Quieres decir moralmente, o qué?

—No, vamos a prescindir de esa parte. Correcto o incorrecto dependen de demasiadas cosas que varían de un lugar a otro, aunque yo tengo algunas teorías al respecto. No, nos quedaremos sentados en este bar y vamos a aceptar que el incesto es simplemente algo terrible, y partamos de ese punto. ¿Qué es lo realmente malo de él?

—Te unes a parientes demasiado próximos y obtienes descendencia defectuosa. Idiotas, niños sin cabeza y todo eso.

—¡Ya lo sabía! ¡Lo sabía! —cantó victorioso el vexveltiano—. ¿No es maravilloso? Desde las profundidades rocosas de una cultura de la Edad de Piedra, pasando por los brocados y los pantalones hasta la rodilla de las grandes civilizaciones operísticas, hasta las tecnocracias computarizadas, donde injertan electrodos en la cabeza y derivan los pensamientos en una caja…, haces esa pregunta y obtienes esa respuesta. Es algo que todo el mundo simplemente sabe, y por lo tanto no es necesario buscar una evidencia.

—¿Y adonde quieres ir a buscar evidencias?

—A la hora de la comida, donde se pueda ingerir cerdo idiota o vacas débiles mentales. Cualquier criador de ganado te lo dirá; una vez que obtienes una raza que quieres conservar y desarrollar, apareas los padres con las hijas y las nietas, y luego hermanos con hermanas. Y continúas así indefinidamente hasta que el rasgo deseable se transforma en recesivo, y entonces te detienes allí. Pero puede darse el caso de que nunca llegue a ser recesivo. De cualquier manera, es algo sumamente raro que algo ande mal en la primera generación; pero aquí, en el bar, estás plenamente convencido de que es así. Y estás preparado para decir que cada retrasado mental es el producto de una relación incestuosa. Es mejor que no lo hagas, porque herirías los sentimientos de algunas personas bastante simpáticas. Ésa es una tragedia que puede suceder a cualquiera, y dudo que haya más posibilidades entre progenitores emparentados entre sí que las que hay en los otros casos.

»Pero todavía no adviertes lo más gracioso…, o quizás es la parte más extraña de eso que tú simplemente sabes que no es así. El sexo es un tema bastante popular en la mayoría de los mundos. Casi todos los aspectos que habitualmente se mencionan no tienen nada que ver con la procreación. Por cada mención al embarazo o al nacimiento, yo diría que hay cientos que tratan solamente del acto sexual en sí. Pero refiérete al incesto, y la respuesta siempre

se centra en la descendencia. ¡Siempre! Para considerar y analizar una relación amorosa o de placer entre parientes consanguíneos, aparentemente hay que hacer algún tipo de esfuerzo mental que nadie, en ninguna parte, parece capaz de cumplir con facilidad…; y algunos son absolutamente incapaces.

—Tengo que admitir que nunca se me ocurrió. Pero entonces, ¿qué está mal en el incesto, con o sin embarazo?

—Aparte de las consideraciones morales, quieres decir… La primera consideración moral es que es un concepto horrendo, porque siempre ha sido horrendo. Biológicamente hablando, diría que no hay nada malo en el incesto. Iría incluso un poco más allá, siguiendo al doctor Phelvelt… ¿Has oído hablar de él?

—No lo creo.

—Era un biólogo teórico que consiguió que prohibieran sus libros en mundos donde antes no se había censurado nada…, incluso en mundos donde la ciencia y la libertad de palabra son piedras fundamentales del total de su estructura. Sea como fuere, Phelvelt tenía un tipo de mente muy especial, siempre dispuesto a encarar el siguiente paso, no importa a donde lo llevara, sin admitir que hay ocasiones en que no hay ningún lugar. Pensaba bien, escribía bien y tenía una considerable cantidad de conocimientos aparte de los de su especialidad, y un verdadero arte para desenterrar los que no conocía. Él denominó a esa tensión sexual entre parientes consanguíneos un «factor de supervivencia».

—¿Cómo llegó a eso?

—Mediante una serie de senderos separados que luego se unieron en un mismo lugar. Todo el mundo sabe que hay presiones evolutivas que producen mutaciones en las especies. No se había escrito mucho (antes de Phelvelt) acerca de las fuerzas estabilizadoras. Pero ¿no te das cuenta de que la cría de razas puras es una de ellas?

—No; así a primera vista no lo entiendo.

—¡Pues entiéndelo, hombre! Toma a un animal como ejemplo. El toro cubre a sus vacas; cuando paren terneras y las terneras crecen, las cubre también. A veces llega a una tercera o incluso una cuarta generación antes de ser desplazado por un toro más joven. Y en el curso de ese tiempo las características de la manada se han purificado y reforzado. No es fácil que nazcan animales con leves

diferencias de metabolismo que los induzcan a alejarse de los campos de pastoreo que los demás utilizan. Nunca vas a encontrar vacas con cuartos traseros tan altos que el toro necesite llevar algo en qué subirse en el momento del galanteo. —Después de la carcajada de Charli continuó—: Y ahí lo tienes: estabilización, purificación, mayor valor de supervivencia…, todo como resultado de la presión involutiva, de criar sin mezclar la raza.

—Comprendo, comprendo. Y lo mismo sería aplicable a los leones, los peces, las ranas arbóreas, o…

—O a cualquier animal. Se han dicho muchas cosas acerca de la naturaleza: que es implacable, cruel, despilfarradora, etcétera. Yo prefiero pensar que es… razonable. Admito que a veces llega a ese estado en forma cruel, y otras, demasiado pródigamente. Pero sin duda encara las cosas con una solución pragmática, que es la única que funciona. Me parece razonable proveer de una presión que tienda a estandarizar y purificar un estado exitoso, y reclamar el exógeno, la infusión de sangre nueva, solamente una vez en varias generaciones…

—Es bastante más de lo que siempre hemos hecho nosotros —contestó Charli—, si lo miras de ese modo. Cada generación es un nuevo exógeno que mantiene la sangre en continua agitación, cada organismo está lleno de presiones que no han tenido ni la más mínima posibilidad contra el medio ambiente.

—Supongo que puedes argumentar que el tabú del incesto es el responsable de la inquietud y el desasosiego que llevaron a la humanidad a salir de las cavernas, pero eso es algo demasiado simple para mi gusto. Hubiera preferido una humanidad que se moviera un poco más lentamente, con más seguridad, y nunca volviera atrás. Pienso que la exogamia ritual, que convirtió la procreación involutiva (o entre parientes consanguíneos) en un delito y a «la hermana de la difunta esposa» en una ley contra el incesto, es la responsable de otro tipo de inquietud.

De pronto se puso muy serio.

—Existe una teoría según la cual debe permitirse que ciertos esquemas de hábito normales sigan su curso. Tomemos el reflejo de succión, por ejemplo. Se ha dicho que los niños que han sido destetados tempranamente generan actividades orales que los hostigan durante toda la vida: mastican pajitas, fuman, prefieren beber directamente de la botella, se manosean nerviosamente los

labios, etcétera. Tomando esto como analogía, volvamos a examinar las inquietudes de la humanidad a lo largo de la historia. ¿Quién sino un hato de frustrados que nunca en su vida permitieron todas las formas del amor dentro de la familia pudo acuñar un concepto tal como el de «madre patria» y consagrarle e inmolarle sus vidas? Ahí se advierte una gran necesidad de amar al padre, pero también de derribarlo. ¿Acaso la humanidad no ha enaltecido a sus bienamados padres, a sus hermanos mayores, no los ha amado, venerado y muerto por ellos, no se ha rebelado, los ha matado y reemplazado? Muchos de ellos se lo merecían, lo concedo, pero hubiera sido mejor que los otros hubieran ascendido por sus propios méritos y no porque los arrastraba una marea profunda, absolutamente sexual, de la cual no podían hablar porque les habían enseñado que era algo inmencionable.

»Ese mismo tipo de corrientes circula dentro de la unidad familiar. La llamada rivalidad entre hermanos es demasiado conocida para describirla, y la frecuencia de amargas rencillas entre hermanos constituye una especie de cliché en la mayoría de las culturas y en su literatura. Sólo muy pocos psicólogos se atrevieron a postular la explicación más obvia, es decir que con enorme frecuencia esos antagonismos son confusos sentimientos amorosos, bien condimentados con horror y culpabilidad. Este esquema demuestra con certeza la causa de los conflictos entre hermanos, y es un problema que una vez expuesto ofrece su propia solución… ¿Has leído alguna vez a Vexworth?… ¿No?, pues deberías; creo que te fascinaría. Fue un ecólogo, en su estilo un gigante de tanta envergadura como Phelvelt.

—Un ecólogo… ¿Eso tiene relación con la vida y el medio ambiente, no?

—La ecología es todo lo relacionado con la vida y su entorno; estudia ambas cosas como recíprocas, como fuerzas interactuantes que se controlan mutuamente. Es obvio que el principal objetivo y propósito de toda forma de vida lo constituye la supervivencia óptima; pero esta «supervivencia óptima» es un término absolutamente desprovisto de significado si no consideramos el medio ambiente en que debe desarrollarse. A medida que el entorno cambia, el organismo debe cambiar sus hábitos y medios, incluso su diseño básico. El ser humano se caracteriza por transformar su medio ambiente, y en la mayor parte de nuestra historia y en la mayoría de los lugares hemos introducido esos cambios sin tener en cuenta el punto de vista ecológico. Eso es

indefectiblemente un desastre. Significa superpoblación, más allá de la capacidad de producir alimentos y alojamientos suficientes; la eliminación de los recursos naturales irremplazables; la contaminación del abastecimiento de agua. Y significa también la distorsión y frustración de las necesidades psicosexuales dentro del medio ambiente natural.

»Vexvelt fue fundado por esos dos científicos, Phelvelt y Vexworth, Charli, y recibió su nombre de ellos. Hasta donde me es posible saberlo, es la única cultura planeada sobre bases ecológicas. Nuestras pautas sexuales derivan de la base ecológica, y en realidad representan una parte muy pequeña de nuestra estructura. Sin embargo, por ese único aspecto de nuestras vidas, somos evitados y rehuidos, y aún más, nos hemos convertido en innombrables.

A Charli le tomó largo tiempo incorporar esas ideas, y más tiempo aún analizarlas y asimilarlas. Pero durante todo ese lapso vivió rodeado de belleza y plenitud, de gente, chicos y grandes, que era capaz de una concentración total en el arte y el aprendizaje, en la construcción y el procesado; de gente que entregaba a cada uno de los demás y a su país, al agua y al aire, solamente un poco más de lo que recibía. Terminó su informe principalmente porque lo había comenzado; pero por un tiempo estuvo indeciso acerca de lo que haría con él.

Cuando por fin fue a hablar con Vorhidin y le dijo que quería quedarse en Vexvelt, el hombretón sonrió, pero meneó la cabeza.

—Yo sé qué es lo que quieres, Charli…, pero ¿lo sabes tú?

—No entiendo lo que quieres decir. —Miró el oscuro tronco de uno de los álamos de Vexvelt; Tyng estaba allí, como una flor, como una orquídea—. Es más que eso, más que mi deseo de ser un vexveltiano. Vosotros me necesitáis.

—Nosotros te amamos —dijo sencillamente Vorhidin—, pero… ¿necesitarte?

—Si yo vuelvo —aclaró Charli Bux—, y Terratu se apodera de mi informe, ¿qué crees que sucederá con Vexvelt?

—Dímelo tú.

—Primero vendría Terratu para comerciar, y luego otros, y más tarde otros; y entonces comenzarían a pelearse entre ellos, y a luchar con vosotros… Necesitáis aquí a alguien que conozca todo eso, que realmente lo conozca, y que pueda encarar el asunto cuando comience. Y comenzará, con toda seguridad, incluso sin mi informe; más tarde o más temprano, alguien será capaz de hacer

lo que yo hice: un embarque de feldespato, una chapa de metal puro… Os destruirán.

—Ellos nunca se acercarán a nosotros.

—Eso crees tú. Escucha, no tiene ninguna importancia el hecho de que esos mundos os desaprueben. Existe una fuerza mucho mayor aún: la codicia.

—No en este caso, Charli. Eso es lo que quiero que seas capaz de entender. Hasta que no lo comprendas en lo más profundo de ti mismo, nunca podrás vivir aquí. Nos excluyen, Charli. Si hubieras nacido aquí, no importaría tanto para ti. Pero si te juegas el todo por el todo por nosotros, ése será un compromiso total. Al tomar esa decisión debes hacerte a la idea de que quedarás completamente excluido de todo lo que has conocido siempre.

—¿Qué te hace suponer que no lo he comprendido?

—Dices que necesitamos defensas. Afirmas que los comerciantes de otros mundos nos explotarán. Eso significa que no lo entiendes. Charli, escúchame. Regresa a Terratu. Trata de promover con el mayor énfasis posible el intercambio comercial con Vexvelt. Observa cómo reaccionan. Entonces sabrás… y estarás en condiciones de decidir.

—¿Y no tienes miedo de que esté en lo cierto y por mi culpa Vexvelt sea saqueado y aniquilado?

Vorhidin sacudió su gran cabeza, sonriendo.

—Ni una pizca, Charli Bux. Ni una pizquita —contestó.

Y así Charli regresó y entrevistó (después de las debidas demoras) al Director de Archivos, y supo lo que tenía que saber. Y cuando salió de allí contempló al que había sido su mundo natal y, a través de él, todos los mundos que se le parecían, y se encaminó al lugar secreto donde estaba posado el navio de Vexvelt. Tyng estaba allí, y Tamba, y Vorhidin.

—Llevadme a casa —dijo Charli.

En los últimos segundos previos a la Impulsión, miró a través de la escotilla la brillante faz de Terratu por última vez en su vida y preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo es posible que los hombres hayan llegado a odiar una cosa hasta tal punto que son capaces de morir enloquecidos y desesperados antes de aceptarla? ¿Cómo pudo suceder eso, Vorhidin?

—No lo sé —contestó el vexveltiano.

* * *

Ahora ya saben qué tipo de historia de ciencia ficción es ésta; y quizá también algo acerca de las historias de ciencia ficción que no sabían antes.

Siempre me he sentido fascinado por la habilidad de la mente humana para fabricarse una verdad y luego dar un paso más (lo cual es realmente el secreto básico de todo el progreso humano), y por la incapacidad de tanta gente para aprender el truco. Un caso concreto: «Queremos hacer desaparecer toda esa basura de los quioscos y de las librerías». Pregunten por qué, y la mayoría de tales cruzados responderán simplemente: porque es «basura», y se sorprenderán de que ustedes les hagan la pregunta. Pero unos pocos darán un paso adelante: «Porque los niños pueden meter las manos en ella». Eso satisface un poco más, pero pregunten: «¿Y qué pasa si lo hacen?», y una minoría aún más pequeña pensará en ello y responderá: «Es malo para ellos». Pregunten de nuevo: «¿En qué es malo para ellos?», y un puñado puede llegar a responder: «Los excita». Para entonces la mayoría de los cruzados probablemente se habrán ido ya, pero si aún quedan un par de ellos pregúntenles: «¿En qué puede perjudicar a un niño el sentirse excitado?», y si consiguen ustedes que den un nuevo paso adelante tendrán que salirse del área de las convicciones emocionales y penetrar en el área de la investigación científica. Tales estudios están disponibles para todo el mundo, e invariablemente muestran que dichas excitaciones son por completo inocuas… De hecho, es completamente anormal que alguien no se sienta o pueda sentirse excitado. El único daño posible que puede producirse proviene no de la propia respuesta sexual sino de la actitud punitiva y de culpabilidad del entorno social…, procedente en su mayor parte de aquellos mismos que están llevando adelante la cruzada.

Buscando a mi alrededor algún área más o menos intocada en la cual ejercitar esta técnica del un-paso-más, me tropecé con ésta. Eso fue al menos hace veinte años, y he tenido que esperar hasta ahora para hallar un lugar donde algo tan perturbador fuera bien recibido. Por supuesto, me siento muy agradecido por ello. Espero que el relato provoque algunas discusiones fructíferas.

¡Qué tortuosa y fértil génesis, Harlan! Creo, sobre todo, que me obsesionaba el deseo desesperado de ofrecerte lo mejor de mí mismo, manteniéndome lo más cerca posible de la finalidad de la antología; un sentimiento inflamado por las

noticias que recibí del agente Robert P. Mills respecto a que te sentías amargamente decepcionado por algunos de los relatos que habías recibido, de donde mi deseo de compensar en lo posible los fallos de los otros. Todo ello mezclado con una serie de frustrantes experiencias personales que incluían una profunda depresión el 4 de septiembre y un proceso de recuperación muy difícil (aunque coronado con un completo éxito) después. Esta historia es la primera desde hace largo, largo tiempo, y por eso tiene un significado especial para mí; espero que lo tenga también para ti.

Veamos: aquel sábado, el 12, era el tercer día de tres días y tres noches de intenso trabajo, y al final había conseguido enderezar las cosas tal como quería. Parece ser que tengo unos buenos amigos, a los que llamaré Joe y Selma (porque tengo la sensación —muy fuerte— de que llegarás a conocerlos algún día). Ellos estaban cerca y me ayudaban, y eran unos amigos admirativos (y admirables) que estuvieron conmigo durante todo mi forcejeo, y que viven en Kingston. Desde el mediodía (del sábado) hasta el atardecer estuvieron en mi casa haciendo café y animándome más o menos intensamente; decía que no importaba si perdíamos la última recogida en Woodstock, que estarían por allí hasta que estuviera todo terminado y correrían a la oficina central de correos en Kingston, donde admitirían el paquete aunque fuera a última hora de la noche del sábado. Por la tarde Selma tuvo que irse, pero Joe se quedó. Hacia las seis Selma llamó para saber cómo iban las cosas, porque ahora sus propios asuntos se estaban haciendo urgentes: Joe tenía que tomar un autobús a Stroudsburg, donde pasaría una semana. Él le dijo que le preparara la maleta, que había tiempo suficiente. Finalmente terminé, y él tomó los sobres (uno para Ashmead y el otro para ti), saltó a su coche y partió como una tromba. Me sentía tan exhausto que no pude dormir, y me pasé casi toda la noche con la mirada vidriosa; cuando tú llamaste al día siguiente estaba casi delirando.

Llegamos a…, ¿qué día era, jueves? Me sentía más normal, y me mordía las uñas intentando adivinar si te habría gustado la historia o la habrías odiado, así que te llamé, para descubrir con auténtico horror que no la habías recibido. Los acontecimientos aquí también se habían complicado: mi esposa se había ido a México, y yo tenía a los cuatro chicos a mi cargo. De modo que cuando colgué llamé a Ashmead y descubrí que tampoco él había recibido el manuscrito; me quedé sentado intentando hallar una alternativa para no volverme loco. Me sentía

un poco como el tipo de la historia, hablando acerca de lo que «ellos» le estaban haciendo. Luego llamé a Selma y se lo dije, y ella simplemente no lo creyó. Dijo que volvería a llamarme. Telefoneó a Stroudsburg y le preguntó a Joe, y Joe también se horrorizó. Al parecer había llegado a casa aquel sábado justo a tiempo para cambiarse de ropa, tomar la maleta y hacerse llevar hasta el autobús. Creía que había echado los sobres al correo, y ella también lo creía. Entonces, ¿dónde estaban?

Subí a mi coche y conduje hasta su casa. Selma estaba en lo que yo llamaría eufemísticamente un Estado de Ánimo. Gracias a Dios, porque preocupándome por su Estado de Ánimo dejé de pensar en el mío. Supongo que la idea se nos ocurrió a ambos en el mismo momento, porque prácticamente chocamos nuestras cabezas al ponernos en pie a un tiempo para ir a mirar en su coche… Y allí estaban los malditos sobres, con todas las etiquetas rojas y blancas de urgente pegadas por todas partes, caídos debajo del asiento delantero derecho. Le hice prometer que no se suicidaría hasta después de hablar de nuevo conmigo, y que entonces quizá lo hiciéramos juntos, y corrí hacia Woodstock, donde sabía que llegaría a tiempo para la última recogida.

Todo esto, siendo la pura verdad, es demasiado increíble para cualquier libro de ficción, y no está destinado al uso que dices quieres hacer para incluirlo en el libro. Estoy un poco confuso acerca de lo que dijiste que querías, pero era algo así como que deseabas una biografía (oh, sí, recuerdo haber dicho que esa simple idea me producía amnesia) y algunas palabras acerca de las circunstancias que habían producido la historia. De acuerdo, intentaré ambas cosas: te las adjunto aparte.

De todos modos, Harlan, te guste o no te guste la historia, me alegro de que me la hubieras pedido, y me alegro de haberla escrito. Rompí un montón de glaciares. He vuelto a mi relato para Playboy, y voy a comenzar finalmente a enviarles historias con regularidad. He releído la historia dos veces; la primera vez la he encontrado horrible, y la segunda, maravillosa. Tiene un tipo de estructura que nunca había utilizado antes; por lo general utilizo un personaje «angular», que es el único que piensa, siente y recuerda, y con el que se identifica el lector, mientras que todos los demás actúan coléricamente o dicen cosas dolorosas o no tienen recuerdos a menos que los expresen en voz alta. Pero en ésta me he recreado (más o menos) en las mentes de los personajes

secundarios, y he observado al protagonista a través de sus ojos. También ese truco de la intercalación de pensamientos y la interrupción en cursiva es algo que voy a perfeccionar y a utilizar de nuevo… Lo que estoy intentando decir es que tú pusiste las herramientas en mis manos y me hicieron sentirme bien. De modo que gracias. Aunque no te guste. En ese caso te devolveré el anticipo. Estoy trabajando de nuevo, así que puedo hacerlo.

¿Qué le ocurrió a Auguste Clarot?

Larry Eisemberg

No tengo nada que decir de Larry Eisenberg. Excepto que debería ser internado. No tengo nada que decir acerca de su cosa que sigue a continuación, excepto que por haberla aceptado yo debería ser internado. Y si ustedes se desternillan como yo lo hice leyéndola, entonces deberían ser internados, puesto que esa maldita cosa no tiene el menor sentido; y no me importa si intenté rechazarla diecisiete veces, y no me importa si Larry Ashmead en Doubleday tuvo la misma reacción y dijo «adelante, incluyela», ¡porque todo el mundo sabe que Ashmead debería estar internado desde hace años!

Esto es lo que Eisenberg tiene que decir de sí mismo: «He estado publicando desde 1958, primero humor, luego ciencia ficción, luego ciencia ficción humorística. Mi *Dr. Belzov's Kasha OH Diet* (*Dieta de aceite de gachas de trigo del doctor Belzov*), una guía para gordos, apareció en Harper's. *The Pirokin Effect* (*El efecto Pirokin*), en la que demuestro que hay judíos en Marte, se halla en el décimo volumen anual del *The Year's Best SF* (*La mejor ciencia ficción del año*) de Judith Merril. Por los alrededores de julio de 1966, *Limericks for the Loo* (*Refranes jocosos para el retrete*), una colección original de refranes obscenos (escritos en colaboración con George Gordon), fue publicada en Inglaterra. *Games People Shouldn't Play* (*Juegos que la gente no debería jugar*), con el mismo coautor, fue publicada en Estados Unidos en noviembre de 1966.

Para mantener a mi esposa y a mis dos hijos, trabajo en la investigación en el campo de la electrónica biomédica».

¡Una historia verosímil, evidentemente! Y a aquellos que se pregunten por qué una pieza como la que sigue ha sido incluida en un libro de «visiones peligrosas», déjenme asegurarles que convenció a todo el mundo que la leyó de que debía figurar aquí, lo que convierte a esta historia en la cosa más peligrosa desde *Tifoide Mary*. Sujétenlo ustedes…; yo avisaré a la policía.

* * *

(¿Quién entre nosotros no ha especulado jamás sobre el lugar donde puede hallarse el juez Cráter? En París la desaparición de Auguste Clarot causó el mismo alboroto.)

Cuando fui llamado con rapidez a la desordenada oficina de Emile Becque, salvaje director de L'Expresse, supe en lo más profundo de mis huesos que me aguardaba una misión de extraordinarias dimensiones. Becque me fulminó con la mirada cuando entré, su visera verde echada hacia delante como un puntiagudo pico.

Nos sentamos allí, sin decir nada ninguno de los dos, pues Becque es un firme creyente de la telepatía mental. Tras varios momentos no capté nada excepto ondas de odio por mis enormes notas de gastos y luego, de pronto, supe. Se trataba de l'affaire Clarot. Me levanté de un salto y grité:

—No voy a decepcionarle, Emile.

Y salí tambaleándome (casi cegado por las lágrimas) de su oficina.

Era una misión intrigante, y me costaba creer que me había sido asignada. La desaparición de Auguste Clarot, químico ganador del premio Nobel, hacía unos quince años, había convertido todo París en un hervidero. Incluso mi madre, una egocéntrica burguesa que solía apretar con disimulo los tomates para reducir su precio, me había hecho observar que la Tierra difícilmente podía haberse tragado a un científico tan eminente.

Siguiendo un impulso, acudí a ver a su esposa, Madame Ernestine Clarot, una formidable mujer con un negro bigote y un pecho imponente. Me recibió

con dignidad, una infusión de manzanilla y un retrato de su esposo orlado por crespones. Intenté engañarla y hacerle revelar algo aludiendo a los rumores de que Clarot se había ido a Buenos Aires con una poulet de Montmartre. Aunque sus ojos se llenaron de lágrimas ante aquel atroz insulto, Madame Ernestine defendió tranquilamente el honor de su esposo. Yo enrojecí hasta la raíz de los cabellos, me disculpé un millar de veces, y me ofrecí incluso a batirme en duelo con cualquiera que ella designara, pero ella no quiso ahorrarme el dolor de mi humillación.

Más tarde, en el café Pére-Mére, discutí el asunto con Marnay, un hombre encantador, despreocupado, pero completamente indigno de toda confianza. Me dijo, por su honor, que podía descubrir para mí (a un cierto precio) el paradero de Clarot. Supe que estaba mintiendo, y él sabía que yo sabía que estaba mintiendo, pero bajo un sádico impulso acepté su oferta. Palideció, vació su pernod de un trago, y empezó a tamborilear con dedos furiosos el sobre de la mesa. Era evidente que se encontraba ahora sujeto por el honor a descubrir a Clarot, pero no sabía cómo conseguirlo.

Le dediqué a Marnay un cortés adieu y abandoné el café Pére-Mére. Tan distraído estaba Marnay que no se dio cuenta de que las consumiciones estaban por pagar hasta que estuve casi fuera de su vista. Ignoré sus frenéticas llamadas y establecí una relación temporal con una encantadora jovencita que estaba patrullando el bulevar Sans Honneur.

Por la mañana, al despertarme, la jovencita se había marchado con mi billetera, conteniendo entre otras cosas quinientos francos nuevos y una lista de afrodisiacos que le había comprado a una gitana. Tuve una discusión de mil diablos con el conserje, que no creyó la veracidad de mi historia ni por un momento. Se puso a insultarme violentamente mientras yo le contaba mi desgracia, y empezó a golpearme cuello y brazos con una botella de chianti a la que, helas, le había quitado la paja que la cubría.

Me senté en el bordillo de la acera, lleno de moraduras, sin un céntimo, y preguntándome qué podía hacer. No podía volver a Emile Becque y explicarle cómo me habían engañado. El honor me impedía una acción tan humillante. Pero el destino, disfrazado en forma de tarjeta de crédito perdida por un turista norteamericano, intervino. A las pocas horas había comido y bebido suntuosamente, tras vestirme de pies a cabeza en la elegante boutique para

caballeros Manchoulette.

Aspiré el embriagador aire de París en el crepúsculo y me detuve unos instantes, contemplando las oscilantes posaderas de las enérgicas mujeres que se apresuraban hacia los asuntos del corazón. De pronto vi a un enorme chino tambaleándose bajo un terrible fardo de ropa para lavar. Me guiñó un ojo y tiró el fardo a mis desprevenidos brazos, haciéndome caer al suelo. Cuando conseguí levantarme de nuevo, pateando y debatiéndome contra el montón de nauseabundas ropas, se había desvanecido en un quiosco cercano.

Miré el fardo, aterrado ante la perspectiva de lo que podía contener, pero finalmente dominé mis nervios y desaté los dobles nudos. No había nada dentro excepto cuatro calzoncillos y once camisas sucias, dos de ellas con cuellos que necesitaban urgentemente una vuelta. Una nota escrita dentro, casi dolorosa en su intensidad, imploraba que no se almidonaran los calzoncillos.

Mientras meditaba acerca del secreto significado de aquel acontecimiento, Marnay apareció ante mí como una sombra materializándose de entre el humo. Me miró intensamente, sus ojos inyectados de las más curiosas líneas rojas, me tendió una tarjeta de visita blanca grabada en relieve, y luego cayó de bruces, víctima (supe más tarde) de un reventón de su vejiga, un caso médico que no había sido registrado en los anales desde hacía más de un siglo.

Tomé la tarjeta y agité una de sus blancas puntas bajo mi nariz. Una fragancia a la vez embriagadora y repelente me inundó. La tarjeta llevaba impreso un nombre, A. Systole, y una dirección, 23 rué de Daie. Empujando el cadáver hasta un arbusto de escaramujo donde algún perro aventurero lo descubriría seguramente antes de la mañana, me dirigí hacia la residencia de Monsieur Systole. Era, descubrí, una oscura estructura de piedra arenisca, de no más de catorce metros de altura, pero mantenida en buen estado gracias a un propietario constante y cuidadoso.

Me dirigí a la gárgola que servía de llamador justo en el momento en que un pequeño caniche que pasaba por la acera se volvía y empezaba a ladrarme de la manera más arisca posible. Siempre me he enorgullecido de mantener relaciones amistosas con los caniches, y me sorprendí enormemente ante las desagradables muestras de animosidad de aquella neurótica criatura. Abatí el llamador una vez, dos veces, suavemente pero con firmeza, debido a que la correa del caniche estaba muy gastada y amenazaba con romperse ante sus insistentes tirones.

Un rostro rubicundo apareció tras un panel deslizante de caoba, un rostro demasiado bien alimentado y que había vivido demasiado. Uno de los enormes ojos parpadeó en mi dirección, y luego la puerta se abrió de par en par y unos fuertes dedos me agarraron del codo y me ayudaron a entrar. Más tarde, ante un ardiente anisette, Clarot, porque naturalmente era él, me lo contó todo.

—¿Ha visto usted a mi esposa? —dijo, animándome con un movimiento de cabeza.

—Por supuesto que sí —dije disculpándome.

—Entonces comprenderá usted por qué he preferido desaparecer. Pero ¿cómo iba a vivir? Presentarme ante cualquier laboratorio químico hubiera sido muy expuesto. Decidí consagrar todos mis esfuerzos en una aventura a la vez creativa y lucrativa; algo que no requiriera una inversión de demasiados francos.

—Y tuvo éxito, por supuesto —exclamé, incapaz de contenerme.

—Extraordinario —dijo Clarot. Se puso en pie y estiró su enorme corpulencia como un monstruoso gato—. Venga conmigo y se lo mostraré —dijo jactancioso.

Seguí su cojeante silueta habitación tras habitación, todas amuebladas al estilo chino moderno, apartando mis ojos de algunos de los ejemplos más extremados. Abajo, en el sótano, estaba el más desordenado de todos los laboratorios, con retortas rotas por todos lados, un inactivo mechero Bunsen tirado a un lado, y un mortero de productos químicos solidificados con la maza clavada en la masa.

—Fue en estas sagradas estancias donde descubrí la sustancia aromática que excita a todos los perros —dijo Clarot—. Una vaharada, y el más tranquilo de los canes se convierte en un monstruo rabioso, dispuesto a atacarme y a despedazarme a mordiscos.

—¿Y qué maldito uso puede tener una sustancia así? —exclamé. Clarot colocó su dedo a un lado de su nariz, sagazmente.

—Hace que me muerdan una y otra vez —dijo, sonriendo torcidamente.

—¿Morderle? ¡Dios misericordioso!

—Olvida usted la ley, mi querido amigo. Soy juicioso, por supuesto, y me cuido mucho de la pernera de mis pantalones impregnada en ese aromático avance tan sólo dentro del radio de acción de los perros más pequeños. Sin embargo, algunos de esos pequeños bichos muerden como demonios.

Se inclinó y se masajeó pensativamente la tibia.

—Pero los propietarios se muestran generosos ante la amenaza de una denuncia —continuó—. Al menos la mayoría de ellos. Vivo bastante bien gracias a ello, como puede ver.

—Entonces ¿el olor de su tarjeta?

—Era el aromatique Clarot.

—¿No le importará que todo esto aparezca en L'Expressel —dije, pues todo buen periodista que se haga valer desea proteger sus fuentes.

—¿Importarme? —dijo Clarot frívolamente—. ¿Por qué debería importarme? Mientras charlábamos, he rociado abundantemente las perneras de sus pantalones con mi aromático. Cuando pulse el botón color chartreuse de esta pared, liberaré a mis sabuesos hiper-tensos, que procederán a despedazarlo a usted en fragmentos realmente pequeños.

Fue un gran error por parte de Clarot. La vida muelle lo había dejado muy poco en forma, y me costó muy poco patear y debatirme, librarlo de sus pantalones y colocar en su lugar los míos en sus desnudas piernas. Luego pulsé el botón color chartreuse y salí de la habitación, ignorando los gritos de súplica de Clarot.

Mientras abandonaba la casa de piedra arenisca, fui golpeado en la base del cráneo por una cocotte corta de vista, que había sido traicionada por Clarot y que me confundió con él debido a que llevaba sus pantalones color corzo. Su golpe me envió a la calzada, donde estuve a punto de ser atropellado por un Funke azul, un coche deportivo inglés.

Pasé en la sala común del Hópital des Trois Bailes, amnésico, más de tres meses. Una vez recobrada la memoria, me arrastré hasta las oficinas de L'Expresse y descubrí que Emile Becque había sido estrangulado por el enorme chino, que había interpretado mal su silencio telepático ante su exigencia de que le pagara la cuenta de la lavandería.

El nuevo director, un sombrío bretón, escuchó mis embrolladas explicaciones con incansable atención. Cuando hube terminado, me escoltó hasta la puerta y depositó la puntera reforzada en hierro de su zapato en mis posaderas, permitiéndome así abandonar el despacho a una velocidad realmente extraordinaria.

No me quedaba pues más remedio que ir a ver a Madame Clarot de nuevo.

Tras un galanteo corto pero apasionado, se unió a mí en mi apartamento de encima de la Taberna de los Cuatro Grifos. Ya no bebe manzanilla, y pienso con considerable nostalgia en el día en que me acogió con helada sobriedad. Pero creo que le debo esto a Clarot.

* * *

Puede que, aunque yo no me haya dado cuenta de ello, Auguste Clarot esté lleno de simbolismo desplazado. Quizá sea incapaz de soportar la escalada de fraternidad en Vietnam, el mal trato discriminatorio a los hombres de color, y los abultados clichés voceados aquí y allá. Auguste Clarot fue para mí una alegre catarsis, y espero que lo sea también para los lectores.

Ersatz

Henry Slesar

El acto de colaboración entre escritores, completamente opuesto al acto de colaboración entre amantes, es sólo satisfactorio cuando ha terminado, nunca mientras está siendo realizado. He tenido el fastidio y el placer de haber colaborado con quizá media docena de escritores en los once años que llevo como profesional. (Nunca he sido amante de ninguno de ellos.) Con Avram Davidson escribí una especie de disparate tan cargado de chistes personales y referencias literarias que me sentí obligado a escribir un artículo de 10.000 palabras explicando la historia para acompañar a las 7.000 palabras de ficción antes de conseguir publicarlo. No por casualidad, la historia se llamaba *Up Chistopher to Madness* (*De Christopher hasta la locura*), y el artículo se titulaba *Scherzo por Schizoids* (*Scherzo para esquizoides*). Con Huckleberry Barkin escribí una historia de seducción humorística (términos que considero contradictorios) para Playboy titulada *Would yon Do It for A Penny*? (*¿Lo haría usted por un centavo*?); y con Robert Silverberg una historia policiaca titulada *Ship-Shape Pay-Off* (*Atildado sí paga*). Incluso escribí una historia con Budrys en una ocasión.

Pero el trabajo en colaboración es generalmente algo desmoralizador, lleno de trampas tales como el desacuerdo conceptual, el choque de estilos, la latente pereza, la verbosidad, la confusión, y simplemente el escribir mal. Cómo se las arreglaban Pratt y De Camp o Nordhoff y Hall es algo que nunca he acabado de

entender. Sin embargo, con dos escritores sí he podido colaborar siempre con facilidad, y los productos resultantes han superado lo que cualquiera de los dos aisladamente hubiéramos podido conseguir. El primero es Joe L. Hensley, que aparece en otra parte de esta antología, y del cual hay mucho que decir; pero en otro lugar. El segundo es Henry Slesar, del cual hay muchas cosas que decir aquí. Me siento feliz de tener la oportunidad de decirlas porque han estado en mi cabeza desde hace muchos años, y como rozan la naturaleza de un poema de amor, no son obviamente la clase de cosas que uno pueda decirle a un hombre a la cara.

(El concepto de afecto entre hombres ha sido tan castrado —literalmente— que desplegar cualquier signo de alegría ante la presencia, la compañía o la comprensión de otro hombre es tomado por los patanes como un signo seguro de homosexualidad. No quiero dignificar la implicación, pero sí afirmaré claramente que yo no suscribo la vil teoría de que existe algo entre Batman y Robín aparte una gran fraternidad. Alguna gente tiene una garganta que parece un albañal.)

Creo que el elemento operativo en toda colaboración que tenga éxito es el compañerismo. Basado en el respeto, la admiración y la confianza en la moralidad del otro hombre, el sentido de la habilidad en el trabajo y el sentido de la justicia. Para aceptar el juicio de otro escritor en la forma y dirección de una historia, uno debe primero respetar y admirar lo que el otro ha hecho por sí mismo. Debe haber hecho sus pruebas. Luego tiene que sentirse inconscientemente seguro para seguir el instinto del otro hombre en cuanto a todo lo que se dice en la historia, en términos generales y en términos de ética y moralidad. Sólo entonces se sentirá seguro dejando que la creación aún informe sea moldeada por otras manos. Y finalmente, por las extensiones e implicaciones de la amistad, uno sabe que el otro hombre desea un conjunto unificado, un producto de dos mentes y talentos individuales, antes que una historia que ha sido robada del almacén de ideas de otro hombre. Sí, creo que la amistad debe estar presente en la colaboración para que ésta sea un éxito. Henry Slesar y yo hemos sido amigos durante más de diez años.

Conocí a Henry tras una conferencia que di en la Universidad de Nueva York en 1956. La presunción de decirles yo a una clase de futuros escritores creativos cómo funcionar en la arena comercial, tras sólo un año de trabajo profesional,

era asombrosa. Pero aparentemente (Henry me lo ha dicho numerosas veces), hasta entonces aquella clase había sido alimentada con grandes cantidades del habitual pienso literario, numerosas teorías extraídas de textos ineptos, pero muy pocos consejos prácticos de cómo vender lo que la clase había escrito. Puesto que yo era un escritor que no tenía dificultades en ser publicado —desde hacía poco tiempo, sin embargo, por aquel entonces—, me sentí justificado explicándoles simplemente cómo obtener el mejor contrato y cómo impedir ser engañado, antes que cómo conseguir retomar la antorcha de Chejov. (Comentario: como queda demostrado por la preponderancia de escritores sólo en este volumen, los escritores memorables nacen, no se hacen. Creo en esto firmemente. Oh, es posible aprender a manejar el idioma de una forma competente, incluso es posible aprender a manejar una intriga como un ordenador. Pero eso es algo distinto: es la diferencia entre ser un autor y ser un escritor. El primero pone su nombre en los libros, el segundo escribe. Entre todos los cursos de literatura que he conocido —como alumno, conferenciante, oyente o espectador interesado—, sólo he encontrado uno que pareciera saber de qué estaba hablando. Se trataba de la serie de clases dadas por Robert Kirsch en la Universidad de California en Los Ángeles. En los primeros diez minutos dejó bien claro que, si sus oyentes no sabían ya escribir, entonces era mejor que se apuntaran a otro tipo de curso, porque él estaba dispuesto a enseñarles las superficialidades, pero la chispa de la creatividad tenía que estar ya allí, o simplemente pasarían su tiempo en una constante masturbación. Se nace, no se hace, pese a lo que algunas agencias literarias les digan a sus pobres víctimas tras haberles hecho pagar los honorarios correspondientes.)

Tras la clase, Henry yo nos encontramos a menudo. Él era por aquel entonces director creativo en la agencia de publicidad de Robert W. Orr. (Henry es el hombre que creó el célebre anuncio para *Life Saver* consistente simplemente en una página llena de caramelos alineados en filas y la frase: «No chupe esta página». Ganó un premio, el anuncio y Henry.) Pero aparte los discos de *Bix Beiderbecke*, la única pasión de Henry es escribir. Nunca he encontrado a un hombre que deseara tanto poner las palabras sobre el papel y que, desde un principio, supiera hacerlo con tanto talento. Durante el primer año de su carrera vendió historias a Ellery Queen's Mystery Magazine, Playboy y una docena más de revistas de primera línea. Nos encontrábamos por la tarde, ya fuera en mi

pequeño apartamento de la calle Ochenta y dos Oeste, cerca de la avenida Amsterdam, o en su enorme residencia dominando la avenida West End, y tras algunas horas de charla entre nosotros y nuestras esposas (en aquellos tiempos yo estaba casado con la Zona de Desastre n.° 1), desaparecíamos en el despacho de Henry y escribíamos un relato corto. Completo en una tarde. Normalmente historias de ciencia ficción o policíacas: The Kissing Dead, Sob Story, Mad Dog, RFD # 2, The Man wiíh the Creen Nose. Trabajábamos bien juntos, aunque no de una forma enteramente racional. A veces yo empezaba con un título y la primera frase, escribiendo algo tan insólito y peculiar que no daba lugar a seguir un argumento. O Henry iniciaba la historia y escribía un millar de palabras de una complicadísima intriga, abandonándola en mitad de un diálogo. De tanto en tanto trazábamos un esquema por anticipado de lo que queríamos hacer. Pero fuera cual fuese la forma o la dirección empleada, siempre obteníamos una historia publicable de la colaboración. Vendimos todo lo que escribimos juntos. Era como un juego de salón, una diversión, una afición que nos pagaba en buenos ratos y en dinero para cigarrillos.

Henry Slesar nació en 1927 en Brooklyn. Es la personificación de la virtud, del tacto y del honor en un campo singularmente avaro de tales cualidades: es un publicista. Ha sido vicepresidente y director creativo de tres de las más importantes agencias de Nueva York, y ahora es presidente y director creativo de su propia agencia: Slesar amp; Kanzer, Inc., fundada en 1965. Como escritor ha publicado más de 600 historias, novelas, etc., en revistas tales como Playboy, Cosmopolitan, Diners Club Magazine, todas las revistas para hombres, todas las revistas de misterio y la mayor parte de las revistas de ciencia ficción. Ha figurado cincuenta y cinco veces en antologías, ha escrito tres novelas, incluida The Gray Flannel Shroud (El sudario de franela gris), que ganó en 1959 el Edgard de la Asociación de Escritores de Misterio de Norteamérica como la mejor novela de misterio del año. Ha visto publicadas dos recopilaciones de sus relatos cortos, ambas prologadas por Alfred Hitchcock, el cual siente una gran predilección por Henry, quien ha escrito más de sesenta guiones de televisión, la mayor parte de los cuales para las series de Hitchcock de media hora y una hora. Ha escrito también para las series 77 Sunset Strip, The Man from U.N.C.L.E., Run for Your Life, y media docena de bien pasados guiones para episodios piloto de nuevas series. Ha escrito también cuatro guiones cinematográficos para la

Warner Bros.

Henry está casado con una de las mujeres más encantadoras que pueda tener un escritor —la O. en su seudónimo: O. H. Leslie—, y tiene una hija —la Leslie del seudónimo—. Viven juntos en la ciudad de Nueva York, lo cual es a la vez práctico y agradable.

La historia de Henry Slesar en esta antología tiene sólo 1.100 palabras. Casi la mitad de la longitud de esta introducción, acabo de darme cuenta. Hay dos comentarios que debo hacer a este extraño hecho. En primer lugar, mi admiración y amistad por Slesar no conoce límites…; no los simples límites de la charla o conversación. En segundo lugar, y esto es más importante, Henry Slesar es un maestro en la historia ultracorta. Puede matarles a ustedes con una sola línea. Le bastan 1.100 palabras para conseguir lo que en autores de inferior categoría requeriría 10.000 palabras. Si existe actualmente en Norteamérica un escritor de historias ultracortas que sea mejor que él, no puedo recordar su nombre, y sin embargo tengo muy buena memoria.

* * *

Había mil seiscientas Estaciones de Paz erigidas en el octavo año del conflicto, la contribución de los pocos civiles que quedaban aún en el continente americano; mil seiscientos refugios a prueba de radiaciones donde el combatiente itinerante podía hallar comida, bebida y descanso. Sin embargo, en cinco agotadores meses de vagabundear por las áridas regiones de Utah, Colorado y Nuevo México, el sargento Tod Halstead había perdido toda esperanza de encontrar alguna. En su armadura de aluminio forrada de plomo, parecía una máquina de guerra perfectamente acondicionada, pero la carne dentro del resplandeciente alojamiento era débil y estaba sucia, cansada y solitaria, en su monótona tarea de buscar un camarada o encontrar un enemigo a quien matar.

Era un Portacohetes de tercera clase, significando el rango que su tarea consistía en ser una rampa de lanzamiento humana para los cuatro cohetes con cabeza de hidrógeno que llevaba sujetos a la espalda, cohetes que debían ser

puestos en ignición por un Portacohetes de segunda clase, siguiendo las órdenes y la cuenta atrás de un Portacohetes de primera clase. Tod había perdido los otros dos tercios de su unidad hacía meses; uno de ellos se había echado a reír de pronto y se había clavado su propia bayoneta en la garganta; el otro había sido muerto de un disparo por la esposa sexagenaria de un granjero, la cual se resistía a sus desesperados avances amorosos.

Luego, a primera hora de la mañana, tras asegurarse de que el resplandor que surgía por el este era el sol y no el fuego atómico del enemigo, echó a andar por una polvorienta carretera y vio más allá de las oscilantes oleadas de calor un edificio cuadrado blanco situado en medio de un bosquecillo de desnudos árboles grises. Avanzó tambaleante, y supo que no era un espejismo del desierto creado por el hombre, sino una Estación de Paz. En la puerta, un hombre de pelo blanco con rostro de Papá Noel le hizo una seña, le sonrió y le ayudó a entrar.

—Gracias a Dios —dijo Tod, dejándose caer en una silla—. Gracias a Dios. Ya casi había renunciado…

El jovial viejo le palmeó las manos, y dos muchachos de revuelto pelo entraron corriendo en la habitación. Como empleados de una estación de servicio, se afanaron en torno a él, quitándole el casco, las botas, soltando sus armas. Le abanicaron, masajearon las muñecas, aplicaron una loción refrescante a su frente; pocos minutos más tarde, con los ojos cerrados y sintiendo aproximarse el sueño, fue consciente de una mano suave en su mejilla, y cuando se despertó descubrió que su barba de meses había desaparecido.

—Ya está —dijo el director de la estación, frotándose satisfecho las manos —. ¿Se siente mejor, soldado?

—Mucho mejor —dijo Tod, mirando a su alrededor la desnuda pero confortable habitación—. ¿Cómo va la guerra para usted, civil?

—Muy dura —dijo el hombre, perdiendo su jovialidad—. Sin embargo, hacemos todo lo que podemos, sirviendo a los luchadores del mejor modo posible. Pero relájese, soldado; pronto le traerán comida y bebida. No será nada especial; nuestras provisiones de ersatz están muy bajas. Hay un nuevo buey químico que hemos estado guardando; se lo daremos. Creo que está hecho a base de corteza de árbol, pero su sabor no es tan malo como todo eso.

—¿Tiene usted cigarrillos? —dijo Tod. El otro extrajo un cilindro amarronado.

—También ersatz, me temo; fibras de madera tratadas. Pero arde, al fin y al cabo.

Tod lo encendió. El humo acre ardió en su garganta y pulmones; tosió, y lo apagó.

—Lo siento —dijo el director de la estación tristemente—. Es lo mejor que tenemos. Todo, todo es ersatz; nuestros cigarrillos, nuestra comida, nuestra bebida…; la guerra es dura para todos.

Tod suspiró y se reclinó. Cuando la mujer surgió por la puerta, llevando una bandeja, se irguió en su asiento y sus ojos se clavaron primero en la comida. Ni siquiera se dio cuenta de lo hermosa que era, cómo sus ropas casi transparentes y hechas harapos moldeaban sus pechos y caderas. Cuando se inclinó hacia él, tendiéndole un humeante tazón de un guiso de extraño olor, su rubio pelo cayó hacia delante y rozó la mejilla del hombre. Él alzó la vista y sus ojos se encontraron; la joven bajó tímidamente la mirada.

—Te sentirás mejor después de esto —dijo con voz ronca, e hizo un movimiento con su cuerpo que apagó su hambre por la comida, despertando otro tipo de apetito. Hacía cuatro años desde la última vez que había visto a una mujer como aquélla. La guerra se las había llevado las primeras, con las bombas y el polvo radiactivo, a todas las mujeres jóvenes que se habían quedado detrás mientras los hombres escapaban a la comparativamente relativa seguridad de la batalla. Sorbió el guiso y lo halló detestable, pero lo apuró hasta el final. El buey hecho de madera era duro y fibroso; no obstante, era mejor que las raciones enlatadas a las que se había acostumbrado. El pan sabía a algas, pero lo untó con una especie de margarina y lo masticó a grandes bocados.

—Estoy cansado —dijo finalmente—. Me gustaría dormir.

—Sí, por supuesto —dijo el director de la Estación de Paz—. Por aquí, soldado, venga por aquí.

Lo siguió hasta una pequeña habitación sin ventanas, cuyo único mobiliario era un oxidado camastro de metal. El sargento se dejó caer blandamente sobre el colchón, y el director de la estación cerró con suavidad la puerta tras él. Sin embargo, Tod sabía que no iba a poder dormir, pese a su estómago saciado. Su mente estaba demasiado llena, su sangre corría demasiado aprisa por sus venas, y el ansia de mujer crispaba todo su cuerpo.

La puerta se abrió y ella entró.

No dijo nada. Se dirigió hacia el camastro y se sentó junto a él. Se inclinó y le besó en la boca.

—Mi nombre es Eleanora —susurró, y él la abrazó ansiosamente—. No, espera —dijo, soltándose de su abrazo.

Se alzó del camastro y se dirigió hacia el rincón.

Él la contempló mientras se desprendía de sus ropas. El rubio cabello se deslizó hacia un lado cuando se sacó el vestido por encima de la cabeza, y los bucles cayeron en un ángulo imposible sobre su frente. Dejó escapar una risita, y se ajustó de nuevo la peluca. Luego se llevó las manos atrás y soltó el sujetador; cayó al suelo, revelando un plano y velludo pecho. Iba a quitarse el resto de la ropa interior cuando el sargento empezó a gritar y echó a correr hacia la puerta; ella se alzó, le tendió los brazos y croó palabras de amor y súplica. Él golpeó a la criatura con todas sus fuerzas, y ella cayó al suelo, sollozando amargamente, su falda a medio camino de sus musculosas y peludas piernas. El sargento no se detuvo a recuperar su armadura y sus armas: salió de la Estación de Paz al brumoso desierto, donde la muerte aguardaba al desarmado y al desesperado.

* * *

Ersatz es una historia rechazada. Me fue devuelta por un editor que simplemente me dijo: «No me gustan las historias de guerra futura». No fue el único con esa actitud. Algunos editores y directores de revistas tienen la sensación de que las guerras futuras no constituyen realmente una «visión peligrosa», y prefieren que sus autores se mantengan lejos de este tema. Los conflictos atómicos son «trillados». Los holocaustos postatómicos son «clichés». El Armagedón está «superado». En el mundo de la ficción, al menos, existe la opinión de que nuestro trauma de miedo nuclear está curado, y que los lectores prefieren que no se les recuerden las ruinas y las radiaciones. Pero el campo de juego de la ciencia ficción es el futuro, y el futuro debe ser extrapolado a partir de los ingredientes del presente. Y si no creen ustedes que esos ingredientes de catástrofe se hallan aún entre nosotros, su radio necesita pilas nuevas, necesita unas gafas de más dioptrías y tiene un tapón de cera en sus oídos.

Personalmente, espero que nuestros autores, y en Particular los escritores de ciencia ficción, que poseen talentos y privilegios especiales, continúen inundando el mundo con nuevas obras sobre el tema, para mantener despierto nuestro miedo a lo que pueda venir, y tenernos permanentemente preocupados con la prevención y la cura. Para mí, la visión más peligrosa de todas es la teñida de rosa, y me alegro de que el recopilador de este volumen lleve gafas de cristales transparentes.

Corre, corre, corre, dijo el pájaro

Sonya Dorman

Conocer a Sonya Dormán es amarla, si me perdonan este infantilismo de mi parte. Infantilismo que puede molestar además a su esposo Jerry, que tiene unos poderosos antebrazos, y con quien Sonya Dormán cría y exhibe akitas (un tipo de perros japoneses del tamaño de poneys pequeños, que parece como si desearan saltarte a la yugular a la menor ocasión pero que generalmente sólo desean cubrirte de babas para demostrarte su inquebrantable amistad) en su criadero de perros de Stony Point, Nueva York, lo cual seguramente representa el mayor destrozo de sintaxis que se haya hecho desde que Victor Hugo escribiera una frase de veintidós páginas en Nuestra Señora de París.

En respuesta a mi petición de datos autobiográficos Sonya escribe: «Mi biografía es tan inverosímil que, la verdad, no sé qué contar. No he tenido una educación clásica.

Frecuenté escuelas privadas (progresistas) en Nueva Inglaterra, con el resultado de que poseo muy poca educación pero estoy podrida de cultura. Crecí entre caballos, pero ahora no me puedo permitir el lujo de tenerlos, por cuyo motivo crío y exhibo akitas —el perro intuitivo para personas sensibles—, mientras escribo poemas y relatos. He sido cocinera, recepcionista, instructora de equitación, bailarina de flamenco y casada. Me gusta la ficción especulativa porque creo que el arte y la ciencia deben ser amantes, no enemigos o adversarios».

Nada de lo que acaban de leer, por supuesto, les preparará para el genuino horror e impacto de la historia que la gentil pequeña Sonya ha escrito. Una historia que sólo puede ser comparada, y aun remotamente, con la obra de la difunta Shirley Jackson. Tampoco dice nada acerca de la sustancial reputación que ha adquirido en los últimos años como colaboradora en revistas tales y tan variadas como Cavalier, Galaxy, Redbook, la excelente antología de relatos originales de Damon Knight Orbit I, *The Saturday Evening Whateveritis* y The Magazine of Fantasy & Science Fiction.

Lee uno a Leigh Brackett, a Vin Packer o a C. L. Moore y piensa «Jesús, qué musculatura literaria; escriben como hombres, con fuerza». O lee a Zenna Henderson y piensa «Jesús, escribe como una mujer, todo en tonos pastel». O lee a Ayn Rand y piensa «Jesús».

Pero ésa es otra línea de crítica.

Sin embargo, cuando uno lee a Sonya Dormán no piensa en la musculatura de un modo de escribir masculino. Lo lee sabiendo que está escrito por una mujer, pero eso no significa nada. No hay ningún intento de emular la fuerza particular de la literatura masculina. Es un razonamiento y una línea de ataque puramente femeninos, pero son fuertes. Una clase especial de fuerza flexible. Eso es lo que significa la obra de una mujer vigorosa. Es un tipo de literatura que tan sólo puede llevar a cabo una mujer. Carol Emshwiller, que aparece en otro lugar de esta antología, tiene una fuerza parecida, pero se halla mucho más perfectamente germinada en el desarrollo de S. Dormán. Se enfrenta a la realidad de la inflexible manera en que lo hacen las mujeres cuando quieren enfrentarse a ella, cuando ya no quieren seguir engañándose a sí mismas o a aquellos que las observan. Y afirmo que las verdades que profiere hacen a veces rechinar los dientes.

Ésta es una historia memorable, y presenta solamente una faceta más del talento que escribe bajo el sencillo nombre de S. Dormán. Es un nombre sobre el que les aconsejo permanezcan atentos.

* * *

Corre, corre, corre, dijo el pájaro; la naturaleza humana no puede soportar demasiada realidad.

T. S. ELIOT

Dominando el grito entre sus apretados dientes, echó a correr, pese a las voces que a su espalda la llamaban desde cada grieta y cada resplandeciente fachada. Los rostros en las rotas ventanas se convirtieron en una procesión de risas mientras corría, dominando aún el grito entre sus dientes, decidida a no dejarlo escapar. Le dolían los talones de golpear la calzada de cemento, saltando por encima de las fisuras y grietas de lo que había sido la más concurrida carretera de la región.

—Oh, no, no —sollozó mientras corría.

Las hierbas espinosas se agarraban a sus tobillos; forcejeó para liberarse con dedos frenéticos y echó a correr de nuevo.

Se presentaban oportunidades a los lados de la carretera, entradas de madrigueras, abrigos subterráneos. En una ocasión algo apareció planeando y aterrizó cerca de ella, haciéndole señas, pero ella apretó los dientes sobre el grito a punto de escaparse y miró fijamente hacia delante, siguiendo la línea del cuarteado firme, con sus paseos cubiertos de maleza a cada lado. Tenía que proseguir por aquel camino, si no quería perderse definitivamente.

—Aquí, pollita, aquí, pollita —llamó una mujer vieja, haciéndole señas, sonriendo, ofreciéndole un escondite, quizás al precio de su vida, porque era aún joven y por lo tanto suculenta.

—No, no, no —jadeó mientras corría.

Porque sólo tenía treinta años, y era única, y ser comida era algo aceptable, porque la gente debe existir, pero morir era terrible. Lisa y llanamente, no deseaba morir. No ahora, mientras corría para salvar su vida, ni tampoco después, cuando llegara el momento inevitable; pero se sentía inmediatamente preocupada por el ahora, luego ya se ocuparía del mañana. Sin embargo, mientras corría empezó a temblar también por el después, como si el ahora no fuera lo suficientemente terrible.

«Piensa en ello», se decía a sí misma mientras aspiraba grandes bocanadas de aire, saltando por encima de una grieta allí donde una derivación hacia el sur partía la carretera. «Piensa en ello», insistió, casi sin aliento pero incapaz de

controlar su mente, que galopaba más aprisa que sus debilitadas piernas.

«No tengo más que treinta años; soy única, no hay nadie en este mundo, en este universo, que sea yo, con mis recuerdos»:

Instantánea 1

Había nevado. Ella estaba de pie sobre el derrumbado umbral, envuelta a causa del invierno en sus polainas de piel, y esperaba a Marn. Iban a cazar algún animal para la olla. Veía las cosas en negativo, debido a la luz lunar: los árboles blancos, negras las bolsas de nieve. Una pluma pareció respirar cerca de ella.

—Eh, vamos, ven —dijo Marn, sujetándola por el hombro; y derivaron como dos oscuros copos de nieve sobre la polvorienta hierba, hacia los bosques—. Lo ahumaremos —dijo Marn confiadamente, y a ella la boca se le hizo agua.

El ahumadero era cálido y oscuro, una matriz donde se llevaban las cosas buenas para su distribución. Era buena suerte ser la mujer del jefe. Sus hijos tenían menos frío y hambre. Pese a todo no podía evitar una sensación de pesadez, en algún lugar, cuando, oía los llantos de los otros niños. Mam decía que era debido a que era joven.

Sus pieles tenían rayas laterales como las de un tigre. Era hija de un jefe, y esposa de un jefe. Era alta, educada, privilegiada, y tendida bajo las pieles del dormitorio ardía y se derretía como grasa en el fuego de Marn.

—Vamos, ven, descansa un poco —la llamó una chica joven.

Pero ella aceleró su marcha, porque los dientes de la muchacha destellaban como cuchillos; y mientras seguía avanzando sollozaba y se decía a sí misma (reservando su aliento para la carrera): «No, no puedo morir, aún no estoy preparada. Oh, no, no». Y era el mismo sonido que había emitido aquel invierno cuando:

Instantánea 2

Los huertos no habían dado frutos, y los ciervos se morían de hambre. Todos los animales se retiraron allá detrás, a las montañas, excepto aquellos que fueron muertos allí donde el agua corría aún al aire libre. A la llegada del solsticio ya no había agua al aire libre. Los peces dormían en el fondo del lago. Los eperlanos no ascendían hacía los fríos y azules agujeros abiertos por los pescadores. El cuero crujía y se cuarteaba sobre sus pieles, la chimenea del ahumadero dejó de respirar, la mayoría de los fuegos permanecían silenciosos.

Durante esa hambre había nacido su tercer hijo, con un pie defectuoso.

Alzándolo en el aire, Marn dijo:

—No es bueno.

Y le partió el cuello.

—Oh, no —gritó ella, sujetándose el hinchado abdomen con ambas manos y sintiendo la sangre chorrear por sus muslos—. No, no —le gritó al jefe, su hombre.

«¿Nueve meses en la caliente oscuridad, aguardando, sólo para llegar a esto? ¿Vamos a llegar todos a esto?»

Marn tendió el bebé muerto a la mujer vieja, que se lo llevó fuera del ahumadero. Ella permaneció tendida, bañada en su sangre y sus lágrimas, llorando por la chisporroteante grasa que echarían sobre su bebé. Luego sus ojos se secaron, y los del bebé, en el humo del fuego, se secaron también, y tuvo la sensación de que aquello era más de lo que podía exigírsele a cualquier mujer.

Allí donde el roto cemento formaba una bifurcación, un lado dirigiéndose al sur y el otro al oeste, hubiera querido hacer una pausa, determinar cuál era su ventaja, pero en la embocadura de la bifurcación aparecieron dos jóvenes armados con cuchillos.

Deseaba más que nada en el mundo poder detenerse y descansar. No se le ofrecía ninguna alternativa: o bien seguía corriendo y corriendo, o bien se detenía y era muerta. No podía impedir que su mente sopesara ambas posibilidades, aunque sabía que no existía ninguna elección posible.

—Recupera el aliento —le dijeron los jóvenes, riendo, y ella eligió sin pensarlo el camino del oeste.

Uno de ellos lanzó su cuchillo al azar, que le abrió una herida en el hombro. Ignorando la pálida sangre que manaba por ella, siguió adelante. «No puedo morir ahora —pensó—. Nunca moriré. Soy la única yo en este mundo.» Sabía que había demasiado en ella para perderlo, mucho que no podía pertenecer a nadie más, que era demasiado precioso e irremplazable. ¿Por qué no podían comprender lo importante que era para ella el sobrevivir? Ella contenía:

Instantánea 3

Tras el duro invierno el mundo de hierro se abrió y brotaron las flores. Era tan sorprendente… Pasó junto al lugar donde el último hueso de Marn estaba enterrado (sólo un jefe podía hacer que su cráneo fuera enterrado, intacto, las mandíbulas aún articuladas como si estuviera hablando a la comunidad) y bajó a

la orilla del río, donde se estaban bañando los niños. Su Neely había crecido mucho esa primavera. Pese a la carestía de comida durante todo el invierno, se había fortalecido. Al menos las gachas-de-papá habían ayudado a alimentarlo, dándole aquella fuerza primaveral.

—Ah, la primavera… —dijo una cansada voz.

Era Tichy, bajo el sauce. Hubiera podido ser el nuevo jefe, pero era demasiado indolente, y seguramente acabaría destinado al ahumadero si no iba con cuidado. Pero algunos miembros de la comunidad habían descubierto que era más rápido y más vivaz de lo que parecía, y el propio Marn había muerto bajo el martillo de Tichy.

—Oh, sí, seguro que es la primavera —dijo ella, caminando muy lentamente, acercándose a él con gran cuidado.

Porque si se había hecho cargo con tanta rapidez de su hombre, y ahora estaba allí tendido indolentemente, observando a su hijo, ¿qué iba a ocurrir a continuación?

Tichy tendió una mano abierta hacia ella, y ella se sorprendió al tomarla y sentirla tan cálida. Luego siguió otra sorpresa, porque él tiró rápida y hábilmente de ella, y ella cayó cuan larga era sobre su cuerpo.

—Oh, no —dijo, medio asfixiada por su barba—. No, Tichy.

Porque los dientes de él la mordisqueaban, y ella no sabía, aprisionada por sus brazos y piernas, si iba a ser amada o comida o ambas cosas a la vez, ni por qué.

—Diablos, sí —dijo Tichy—. Después de todo, ¿por qué no?

Aquello era razonable. Le permitió que tuviera la mejor manta en su cabaña de madera, y cuando ella no encontraba nada con que aromatizar los guisos, él los comía de todos modos, y no le pegaba por ello.

Conteniendo desesperadamente el grito, esa sirena que los lanzaría a todos tras ella, entre sus apretados dientes, siguió corriendo y corriendo, el aliento quemando su irritada garganta.

Volvería junto a Tichy. No iba a morir. ¿Podía existir algo en el mundo que exigiera realmente su muerte, podía existir? Neely había tomado a la hija de Gancho, una muchacha de piel oscura y frente estrecha con un peculiar sentido de la justicia. «No está mal —pensó—. Muy bien por Neely. Debo estar de vuelta antes de que ella tenga el niño. ¿Qué otra puede ayudarla? No debe tener

el primero sola; únicamente yo puedo ayudarla. Soy necesitada, de veras, son muy necesitada, indispensable. Ella estará sola, porque»:

Instantánea 4

Hacia el otoño, cuando ya ni siquiera las más suaves lluvias podían hacer crecer otro tallo de espárrago silvestre, Neely y Tichy tuvieron una pelea en la ladera norte del seco huerto. Tichy le dio a Neely un golpe con su martillo que derribó al joven y pareció haber acabado con él. Pero Neely se puso en pie una vez más, con los labios curvados mostrando sus oscuras encías, exhibiendo sus cinco dientes. Observando desde el techo de la cabana, ella vio a Neely alzarse de puntillas y partir en dos el cráneo de Tichy.

—¡Ése es mi hijo! —gritó a pleno pulmón.

Luego Neely trajo a casa a la chica de piel oscura, que gruñía cuando él le hacía el amor, y nunca se cansaba, y mantenía el suelo limpio. Era bueno tener a otra mujer en la cabaña, y especialmente una mujer que comprendía lo correcto y lo tradicional. Después de todo, ella era la hija de un jefe, y no debía ser echada a un lado.

—¡Te agarré! —aulló una mujer, casi cayendo sobre ella mientras huía por un talud.

Pateó a la mujer en el vientre y oyó el gemido de angustia mientras seguía corriendo.

—No, no me has agarrado —jadeó, no sólo a la gimiente mujer sino a todas ellas, a todo el mundo.

¿Qué era lo que le hacía pensar que volvía junto a Tichy, que estaba muerto, cráneo incluido? Los nietos le darían la bienvenida. Eran buenos chicos, delgados y duros como la madera, parecidos a Neely. Se alegrarían de verla, y ella los acunaría, les prepararía cosas especiales para comer, vigilaría la olla para la chica de piel oscura mientras ella y Neely estaban de caza. Si alguna vez volvía el ciervo, les haría un asado. La sequía había sido tan mala durante todo el verano que habían acudido las serpientes. Primero las víboras, con su olor a ajo en la estación del apareamiento, como gusanos amarronados entre las piedras del viejo mundo. Luego las cascabel, con su histérica advertencia que llegaba demasiado tarde. La carne envenenada era peor que nada de carne. De todos modos, una persona mordida por una serpiente era generalmente desmembrada antes de que el veneno tuviera oportunidad de extenderse.

Ahora, mientras corría, vio las señales características del hogar, que produjeron ecos en su mente. El paisaje empezó a hacerse alegremente familiar, porque ella había cazado alÚ, con Marn, y luego con Tichy. No iba a morir, no esta vez, no ahora; podría por supuesto continuar, porque era ella, única, plena, espléndida.

—¡Te tengo! —gritó alguien a su oído.

Ella sintió el golpe que la derribó, y cayó al suelo al lado de la carretera, sus músculos aún corriendo. Las instantáneas empezaron a parpadear en su mente; las estaciones del año, la gente que había conocido, sus hijos, sus hijas, ella misma por encima de todo, la única, «la única que soy yo en todo el mundo de las estrellas».

—No, no —gimió, mientras el hombre alzaba un hacha sobre su frente.

—Oh, sí, sí —dijo el hombre, sonriendo con placer. Tras él apareció el resto de la partida de caza. Estaba Neely con la chica de piel oscura y dos delgados niños.

—Neely —gritó—. Sálvame. Soy tu madre. Neely también sonrió, y dijo:

—Todos tenemos hambre.

El hacha descendió, haciendo pedazos sus instantáneas, que cayeron como copos de nieve al suelo, donde levantaron un poco de polvo que volvió a posarse lentamente. Los niños pequeños empezaron a disputarse los huesos de los pulgares.

* * *

Quizás haya escrito esta historia porque a veces ésa es la forma en que se me aparece el mundo, o quizá porque espero que cuando la generación de mi hija crezca no necesite ni desee correr para salvar su vida, o quizá porque en el siglo xvii Jeremy Taylor escribió: «…Cuando se le pregunte si dicha persona ha sido un buen hombre o no, el significado no será lo que él cree, o lo que espera, sino lo que ama». Amén.

La raza feliz

John T. Sladek

Ésta es la segunda de las dos historias que he incluido de autores de los que no sabía nada. Me llegaron, las dos, por mediación de Robert Mills, mi propio agente literario. La nota que las acompañaba decía simplemente: «Te gustará su línea de pensamiento». En el negocio, eso es llamado la subvenía. De joven, cuando trabajaba en una librería de Times Square, una zona donde se inventó (o al menos se perfeccionó) la venta forzada, utilizaba la subvenía —o la «jeta», como la llamábamos— con sólo dos artículos. El primero era un libro titulado *The Alcoholic Woman* (*La mujer alcohólica*). Era ostensiblemente un volumen de historias de casos clínicos dedicados a estudiantes de medicina, que trataba de aberraciones psiquiátricas relacionadas con el alcoholismo femenino. Pero había un párrafo, en la página 73 si no recuerdo mal, que era extremadamente picante. Algo acerca de lesbianismo, contado de una forma más bien gráfica por la propia borracha. Cuando entraba alguno de esos vendedores de comercio de manos húmedas procedentes de Mashed Pótalo Falls, Wyoming, en busca de «lectura apasionante» (porque no se sentía capaz de coger alguna chica de bar y pasar una buena velada con ella), lo llevábamos a la parte de atrás de la tienda y le mostrábamos el libro. Se abría invariablemente por la página 73. «Tome, lea donde quiera», le decíamos, metiendo su nariz directamente en ese párrafo, como si fuera una bolsa de plastelina. Sus ojos se hacían agua. Un par de huevos escalfados. Siempre compraba el libro. Le sacábamos catorce pavos por la cosa.

(Creo que ahora ha salido en edición de bolsillo, por medio pavo, pero entonces estábamos en los días anteriores al pomo duro.) La página 73 contenía la única acción realmente «apasionante» del libro. El resto era un batiburrillo de terapias de electroshock y lavados de estómago. Pero la jeta funcionaba maravillosamente.

El otro artículo era una navaja italiana de veinte centímetros, en un precioso estuche. Cuando un cliente pedía un cuchillo, yo abría la vitrina y sacaba aquella navaja. Se la mostraba, cerrada, para que viera que no había ningún botón o palanquita. Luego movía negligentemente mi muñeca en un rápido movimiento hacia abajo, y la hoja saltaba restallante, con un estremecimiento. Normalmente hacía eso a un par de centímetros por debajo del nudo de la corbata del cliente. Los ojos se desorbitaban. Dos huevos escalfados. Etcétera. Siete pavos cada venta. No fallaba ni una vez.

Uno sólo puede utilizar este truco con unas mínimas garantías de éxito cuando sabe con absoluta certeza que tiene entre las manos un artículo vendible, algo que va a entrarles por los ojos. Bob Mills era lo suficientemente listo como para usar ese truco conmigo. Sabía que tenía un artículo vendible. *La raza feliz* de John T. Sladek es una historia fabulosamente buena.

Sladek nació en lowa el 15/12/1937, y diecinueve años más tarde acudió a la Universidad de Minnesota como el estudiante número 449731. Estudió ingeniería mecánica, luego literatura inglesa. Abandonó los estudios para ponerse a trabajar (cartilla de la Seguridad Social número 475-38-5320) como redactor técnico, camarero, y para el Gran Ferrocarril del Norte como guardagujas número 17728. Dio tumbos por Europa con el pasaporte número D776097, hasta que se encontró haciendo cola ante la sopa benéfica de Saint-Severin, en París. Trabajó como dibujante en Nueva York, luego regresó a Europa. Ahora vive en Inglaterra, registrado como Extranjero número E538368. Ha publicado en New Worlds, Escapade, Ellery Queen's Mysíery Magazlne, y en otros sitios. Acaba de terminar su primera novela de ficción especulativa, *The Reproductive System* (*El sistema reproductivo*).

Lo único molesto acerca de Sladek o su historia es su inclinación hacia las cifras. Sigan adelante.

* * *

1987

—No lo sé —dijo James, alzándose de los almohadones esparcidos por el suelo como brillantes hojas—. No puedo decir que sea realmente feliz, ya sabes. ¿Ginebra, o alguna falsificación?

—Vamos, hombre, no me exijas decisiones, dame algo de beber —dijo Porter.

Estaba tendido sobre el diván negro y mullido que llamaba «el diván de psiquiatra» de James.

—Ginebra, entonces.

James pulsó un botón, y un vaso de martini, escarchado y casi comestible, se deslizó a la hornacina en la pared y se llenó. Sujetándolo por la base, se lo pasó a Porter, luego alzó sus tupidas cejas en dirección a Mayra.

—Nada —dijo ésta en español.

Estaba tumbada en un «sillón», realmente una pieza de escultura, y uno de sus pies desnudos se había tendido para acariciar la pierna de Porter.

James se preparó para él un martini y se lo quedó mirando con desagrado. «Si rompes este vaso —pensó—, ni siquiera te quedará ningún trozo cortante para, digamos, cortarte las venas.»

—¿Qué estaba diciendo? Oh…, no puedo afirmar que sea realmente/efe, pero tampoco estoy…, esto…

—¿Triste? —lo animó Mayra, mirando por debajo de la visera de su gorra de cazador.

—Deprimido. No, no estoy deprimido. Así que debo de ser feliz —terminó, y ocultó su confusión tras el vaso.

Mientras daba unos sorbos la miró de nuevo, desde sus bien formados tobillos hasta su horrible gorra de cazador marrón. El año anterior por aquella época llevaba una gorra de béisbol, azul con galones dorados. Podía recordarlo porque ese año todas las chicas del Village llevaban gorras de béisbol. Mayra Katyovna iba siempre por delante del pelotón, tanto en el vestir como en sus

pinturas.

—¿Cómo sabes que eres feliz? —preguntó ella—. La semana pasada yo también creía que era feliz. Acababa de terminar mi mejor obra, e intenté ahogarme. La Máquina me drenó completamente. Luego me sentí triste.

—¿Por qué querías suicidarte? —preguntó James, intentando mantenerla enfocada.

—Tuve la sensación de que después de una obra perfecta el artista debía ser destruido. Durero acostumbraba a destruir las planchas de sus grabados tras algunas impresiones.

—Lo hacía por dinero —murmuró Porter.

—De acuerdo, entonces como aquel arquitecto en Arabia. Cuando hubo creado su magnum opus, el sultán hizo que lo cegaran, a fin de que no pudiera hacer copias más baratas. ¿Entendéis lo que quiero decir? Se supone que la vida de un artista debe conducir a su obra maestra, no más allá. Porter abrió los ojos y dijo:

—¡Existe! El fin de la vida es la vida. Existe, hombre, es todo lo que tienes.

—Eso suena a existencialismo barato —refunfuñó ella, apartando su pie—. Porter, te estás volviendo cada vez más como esos malditos musulhombres.

Porter sonrió airadamente y cerró los ojos.

Era el momento de cambiar de tema.

—¿Habéis oído ese acerca del marciano que creyó que era un terrestre? —dijo James, utilizando su agradable tono profesional—. Bueno, pues resulta que va a su psiquiatra…

Mientras seguía con su chiste, estudió a los dos. Mayra no presentaba ningún problema, ni siquiera con su dramática tentativa de suicidio. Pero Porter era preocupante.

O. Henry Porter, ése era su nombre completo adoptado, en honor de un autor de segunda fila de antaño. Porter era también escritor, o lo había sido. Hasta hacía unos pocos meses, había sido considerado como un genio, uno de los pocos del siglo xx.

Algo había ocurrido. Quizás el declive general de lectores. Quizás existía un elemento de autofracaso en él. Por la razón que fuera, Porter se había convertido en apenas algo más que un vegetal. Incluso cuando hablaba, lo hacía con los clichés más manidos de la vieja moda de hacía veinte años. Y cada vez hablaba

menos.

Vagamente, James relacionaba aquello con las Máquinas. Porter había sido expuesto a las Máquinas de Entorno Terapéutico por más tiempo que la mayoría, y quizá su genio se había entremezclado con lo que fuera que ellas estuvieran curando. James había dejado de ejercer hacía demasiado tiempo para adivinar de qué se trataba, pero recordaba casos similares.

—«Así que por eso brilla en la noche» —terminó James. Como había esperado, Mayra se echó a reír, pero Porter sólo forzó una sonrisa, más allá de su habitual expresión de mística beatitud.

—Es un viejo chiste —se disculpó James.

—Tú eres un viejo chiste —declaró Porter—. Un estrujacabezas sin cabezas que estrujar. ¿Qué demonios haces todo el día?

—¿Qué es lo que te corroe? —dijo Mayra al ex escritor—. ¿Qué es lo que te ha sacado de las profundidades?

James fue a buscar otra bebida en la hornacina de la pared. Antes de llevarla a sus labios, dijo:

—Creo que necesito algunos nuevos amigos.

Tan pronto como se hubieron ido lamentó su grosería. Sin embargo, parecía no haber ninguna razón para seguir comportándose como un ser humano. Ya no era un psiquiatra, y aquéllos no eran sus pacientes. Cualquier pequeño trauma que sufrieran podía ser rápidamente reparado por sus Máquinas. Pero pese a todo, tendría que hacer un gran esfuerzo para dejar a un lado las neurosis de sus amigos si no era capaz de discar AMIGOS y pedir un nuevo grupo.

Tan sólo habían pasado unos pocos años desde que las Máquinas habían empezado a velar por la felicidad, salud y continuidad de la raza humana, pero apenas podía recordar la vida antes de Ellas. En el polvoriento espejo de su inactiva memoria no quedaban más que unas pocas manchas claras. Recordó su trabajo como psiquiatra en los tests de Entorno Terapéutico.

Recordó la discusión con Brody.

—De acuerdo, funciona en algunos casos de prueba. Pero hasta el momento esos artilugios no han hecho nada que un psiquiatra cualificado no pueda hacer —dijo James.

—Admitido —convino su superior—. Pero tampoco han cometido ningún error. Doctor, esa gente está curada. Es más, ¡es feliz!

Una franca envidia estaba pintada en el macizo rostro del doctor Brody. James se dio cuenta de que su superior tenía de nuevo problemas con su esposa.

—Pero doctor —empezó James—, esa gente no está aprendiendo a vivir con su entorno. Es su entorno el que está aprendiendo a vivir con ellos. ¡Eso no es medicina, es mimo!

»Cuando alguien está deprimido, recibe una dosis de ritalina, ritmos alegres de la Muzik, y algún buen amigo acude a visitarle inesperadamente. Si es maniaco o violento recibe thorazina, música suave, historias melancólicas en la televisión, y quizás una ducha fría. Si está aburrido, recibe excitación; si está frustrado, recibe algo que romper; si…

—De acuerdo —le interrumpió Brody—. Déjeme hacerle la pregunta de los sesenta y cuatro dólares: ¿puede usted hacer algo mejor?

Nadie podía hacer nada mejor. El enorme complejo de las Máquinas de Entorno Terapéutico hizo avanzar la medicina un milenio en un solo año. El gobierno tomó el control, para asegurar que todo el mundo, por modestos que fueran sus medios, tuviera a su disposición los mejores especialistas del país, con los últimos datos y técnicas. En efecto, esos especialistas estaban de servicio las veinticuatro horas del día en casa de cada paciente, manteniéndolo vivo, en buena salud y razonablemente feliz.

Además, ni siquiera estaban limitadas al tratamiento. Las Máquinas poseían extensiones que registraban las junglas de todo el mundo, espiando a los curanderos y aprendiendo nuevas medicinas. La investigación de medicamentos y dietas se convirtió en su campo, así como los cultivos científicos y el control de natalidad. A partir de 1985, cuando se puso de manifiesto que las Máquinas podían —y de hecho lo hacían— llevarlo todo mejor, y que casi todo el mundo deseaba ser paciente suyo, el gobierno de los Estados Unidos dimitió. Otras naciones le siguieron.

Por aquel entonces nadie trabajaba, en absoluto, por lo que James sabía. La gente tenía una única tarea: ser feliz.

Y eran felices. La felicidad era garantizada por cada relé y transistor, desde los que controlaban el aire acondicionado hasta los del complejo principal de ordenadores llamado MEDCENTRAL, en Washington…, ¿o estaba en La Haya ahora? James no había leído un periódico desde que la gente había dejado de matarse los unos a los otros, desde que las noticias se habían trasladado a la

meteorología y al deporte. De hecho, había dejado de leer los periódicos desde que habían empezado a aparecer los anuncios de empleos para médicos.

No eran trabajos, sólo Actividades Felices…, simulacros de empleos inventados por las Máquinas. En esos empleos uno no encontraba nunca un problema insoluble o siquiera difícil. Uno terminaba su trabajo diario sin haber agotado su mente ni su cuerpo. El trabajo ya no era trabajo, sino terapia, y como tal, era constantemente gratificante.

La felicidad, la normalidad. James veía la personalidad de todo el mundo desmoronarse, como diferentes e intrincados copos de nieve fundiéndose finalmente en un barro vulgar e informe.

—Estoy borracho, eso es todo —dijo en voz alta—. El alcohol es un depresivo. Necesito otra copa.

Se tambaleó ligeramente mientras cruzaba la habitación en dirección a la hornacina. El suelo debió de detectarlo, puesto que en vez de un martini el botón que pulsó extrajo una muestra de sangre de su pulgar. En un segundo la pared había analizado su sangre y le presentó un vaso de líquido. Un letrero se iluminó: «Beba esto de un trago inmediatamente. Vuelva a dejar el vaso en su sitio».

Apuró el líquido, de un sabor agradable, y de inmediato se sintió soñoliento y agradablemente cálido. De algún modo consiguió llegar al dormitorio, la puerta se abrió para dejarle pasar, y se dejó caer en la cama.

Tan pronto como James R. Fairchild, AAAAGTR-RH01A, estuvo dormido, los mecanismos entraron en acción para salvar su vida. En realidad no había ningún peligro inmediato, pero MED 8 informó un descenso en sus expectativas de vida de 0,00005 años como resultado de su exceso, y MED 19 evaluó su comportamiento, registrado en cinta magnética, como incrementando su índice de suicidio en unos peligrosos quince puntos. Una unidad de diagnóstico se desprendió de la pared del cuarto de baño y avanzó oscilando hasta el dormitorio, deteniéndose silenciosa y exactamente a su lado. Extrajo más sangre, comprobó el pulso, la temperatura, la respiración, cardio y encefalograma, e hizo una radiografía de su abdomen. No habiendo recibido instrucciones de comprobar los reflejos rotulianos, recogió su instrumental y se marchó rápidamente.

En el salón, una máquina ama de llaves zumbó de un lado para otro

realizando su trabajo, destruyendo los almohadones naranja, la escultura, el diván y la alfombra. Las paredes adoptaron un tono imperceptiblemente cálido. La nueva alfombra hada juego con él.

El mobiliario —elegido y servido sin el conocimiento del durmiente— era estilo Reina Ana, y lo bastante numeroso como para llenar la habitación. La ropa de cama de polietileno fue dejada en su lugar mientras se desinfectaba la habitación.

En la cocina, FARMO 9 encargó y recibió una nueva provisión de antidepresivos.

Siempre era el sonido de un tractor lo que despertaba a Lloyd Young, y aunque sabía que era un sonido artificial, le gustaba lo mismo. Casi hacía que su día empezara bien. Permaneció tendido escuchando durante un momento antes de abrir los ojos.

Demonios, los auténticos tractores no hacían ningún ruido. Trabajaban por la noche, cavando sus surcos y labrando en una hora un campo que a un hombre le hubiera llevado doce. Las Máquinas bombeaban nuevos y extraños productos químicos al suelo, y aplicaban calor, para forzar dos cosechas completas de maíz en un corto verano de Minnesota.

No resultaba de mucha utilidad ser granjero, pero él siempre había deseado tener una granja, y las Máquinas decían que uno podía tener todo lo que quisiera. Lloyd era casi el único hombre por aquella zona que aún vivía en el campo, sólo él y doce vacas y un perro medio ciego, Joe. No había mucho que hacer, con Ellas dirigiéndolo todo. Podía ir a observar cómo eran ordeñadas las vacas, o bajar con Joe a buscar el correo, o mirar la televisión. Pero era una vida tranquila y pacífica, y a él le gustaba.

Excepto por Ellas y su molesta forma de hacer las cosas. Habían deseado proporcionarle a Joe un nuevo juego de ojos máquina, pero Lloyd se había negado, diciendo que si el buen Dios hubiera deseado que el perro viera, nunca lo habría dejado ciego. Lo mismo les dijo con respecto a la operación del corazón. Casi parecía como si no tuvieran otra cosa que hacer que preocuparse por él. Siempre estaban incordiándole, él que siempre había sabido cuidarse de sí mismo a lo largo del MIT y de veinte años de ingeniero.

Cuando Ellas lo habían automatizado todo, se había encontrado sin trabajo, pero no podía odiarlas por ello. Si las Máquinas eran mejores ingenieros que él,

¡bien, adelante!

Abrió los ojos y vio que era tarde para el ordeño si no se apresuraba. Sin siquiera pensarlo, eligió el mono azul pálido con cordoncillo rosa de su guardarropa, se echó a la cabeza un sombrero de paja azul y se dirigió a la cocina.

Su cubo estaba junto a la puerta. Hoy era plateado…, ayer había sido dorado. Decidió que le gustaba más el plateado, la leche parecía más fresca y blanca en él.

La puerta de la cocina se negó a abrirse, y Lloyd se dio cuenta de que eso significaba que debía ponerse los zapatos. Maldita sea, cómo le hubiera gustado ir descalzo. Maldita sea, le hubiera gustado un montón.

También le hubiera gustado ordeñar él mismo las vacas, pero Ellas le habían explicado lo peligroso que era. ¡Uno podía recibir una coz en la cabeza antes siquiera de darse cuenta de ello! A regañadientes las Máquinas le habían permitido finalmente ordeñar, cada mañana, una vaca que había sido inyectada con tranquilizantes y cuyas patas habían sido atadas a un marco de acero.

Se puso sus toscos y confortables zapatos azules y tomó de nuevo su cubo. Esta vez la puerta de la cocina se abrió fácilmente, y mientras lo hacía un gallo cantó en la distancia.

Sí, había habido un montón de puertas cerradas en la casa de Lloyd. Las suficientes como para convertirlo en un hombre amargado, de no haber sido por Ellas. Sabía que podía confiar en Ellas, pese a que lo habían dejado sin trabajo en los setenta. Durante diez años se había limitado a ir de un lado para otro, intentando conseguir trabajo en alguna fábrica, cualquier cosa. Al final de la cuerda, sí, hasta que Ellas lo habían salvado.

En el establo, Betsy, su vaca Jersey favorita, había sido ya tranquilizada y sujetada cuando llegó. La Muzik dejaba oír un melodía alegre y festiva, perfecta para el ordeño.

No, no eran las Máquinas las que te harían todas esas cochinadas, él lo sabía bien. Era la gente. La gente y los animales, las cosas vivas que intentaban constantemente darte en la cabeza. Quería mucho a Joe y Betsy, mucho más de lo que quería a la gente; no confiaba realmente en ella.

Uno podía confiar en las Máquinas. Se preocupaban por ti. El único problema con Ellas era…, bien, que sabían demasiado. Siempre estaban tan

terriblemente atareadas, y eran tan terriblemente listas…; hacían que uno se sintiera inútil. Casi como si les molestara.

Fueron de todos modos diez minutos deliciosos, y cuando se dirigió al frío depósito de la leche para vaciar el cubo en el receptáculo que conducía Dios sabía dónde, Lloyd sintió un extraño impulso. Deseaba probar la leche cálida, algo que había prometido no hacer. Ellas le habían advertido de posibles enfermedades, pero esa mañana se sentía demasiado bien como para preocuparse. Se llevó el plateado cubo a los labios…

Y un rayo de luz le golpeó, arrojándole contra el suelo. Al menos parecía un rayo de luz. Intentó ponerse en pie, y descubrió que no podía moverse. Una niebla verdosa empezó a brotar del techo. ¿Qué diablos era todo aquello?, se preguntó, y se sumió en el sueño en medio de un charco de leche derramada.

La primera unidad MED informó que no había heridas superficiales. Lloyd C. Young, AAAAMTL-RHO1AB, estaba descansando bien, el pulso alto, la respiración normal. MED 8 desinfectó cuidadosamente la zona y destruyó todas las huellas de leche derramada. Mientras MED 1 lavaba su estómago y limpiaba su nariz, garganta, esófago y tráquea, MED 8 cortó y destruyó todas sus ropas. Una unidad calefactora de emergencia lo mantuvo a una temperatura adecuada hasta que pudieron construirse nuevas ropas. Pese al suelo almohadillado, el paciente se había fracturado un dedo del pie al caer. Se decidió no moverle sino construir una cama y un dispositivo de tracción allí mismo. MED 19 recomendó un castigo terapéutico.

Cuando Lloyd despertó, la televisión cobró vida, mostrando a un hombre de pelo blanco y modales amistosos.

—Tiene usted toda mi simpatía —dijo el hombre—. Ha sobrevivido usted por los pelos a lo que llamamos «Accidente Mortal Número Uno», una desafortunada caída en su propio hogar. Nuestras Máquinas fueron en parte responsables de ello, mientras intentaban salvar su vida de… —el hombre vaciló, mientras un letrero destellaba tras él: ENVENENAMIENTO BACTERIANO. Luego prosiguió—: arrancándole físicamente del peligro. Puesto que ése era el único medio del que disponíamos, su daño no podía ser evitado.

»Excepto por usted mismo. Sólo usted puede salvar su vida, en último extremo. —El hombre señaló a Lloyd—. Sólo usted puede hacer que toda la

ciencia moderna sirva para algo. Y sólo usted puede ayudar a hacer que descienda nuestra impresionante tasa de mortalidad. Usted cooperará, ¿verdad? Gracias.

La pantalla se apagó, y el aparato emitió un folleto.

Era un informe completo de su accidente, y una advertencia sobre la leche no pasteurizada. Debería guardar cama durante una semana, decía, y le animaba a que hiciera uso de su teléfono y AMIGOS.

El profesor David Wattleigh estaba sentado en la templada agua de su piscina en el sur de California y soñaba con nadar. Pero estaba prohibido. Los artilugios tenían alguna forma de saber lo que estaba haciendo, suponía, puesto que cada vez que se sumergía más profundamente que hasta el pecho, el motor del resucitador chasqueaba una advertencia junto a la piscina. Sonaba como el ladrido de un perro pastor. O quizá, pensó, un Guardián de los Cielos, un antimefistófeles venido a tentarle virtuosamente.

Wattleigh se sentó perfectamente rígido por un momento, luego extrajo a regañadientes su rollizo y rosado cuerpo del agua. Ah, no era mejor que un baño. Mientras entraba en la casa, dirigió una mirada de odio y de desprecio a la acuclillada Máquina.

Parecía como si cualquier cosa que deseara hacer estuviera prohibida. Desde el día en que se había visto obligado a abandonar la literatura inglesa del siglo XIX, las coacciones de las mechanica se habían ido cerrando en torno a Wattleigh, apartándole de sus antiguos placeres uno tras otro. Habían sido suprimidos su pipa y su oporto, los suculentos desayunos, su natación de la mañana. En lugar de su biblioteca, ahora existía una especie de máquina distribuidora que, cada día, le «distribuía» dos páginas de Dickens cuidadosamente expurgado. Pasajes alegres, llenos de color, pintorescos, escritos en gruesos caracteres de parvulario. Lo deprimían completamente.

Sin embargo no se sentía enteramente vencido. Pronunciaba un anatema contra las Máquinas en cada una de las cartas que escribía a Delphinia, una dama imaginaria a la que conocía, y luchaba obstinadamente contra su comedor a cada desayuno.

Si bien el comedor no le privaba realmente de comida, haría todo lo posible por menguar su apetito. En varias ocasiones se había pintado de amarillo bilioso, había tocado música fuerte y estridente, y había exhibido retratos de gente gorda

desnuda en sus paredes. Cada día le ofrecía un nuevo truco, y cada día Wattleigh era más listo que él.

Ahora se vistió con sus ropas académicas y entró en el comedor, preparado para la batalla. Hoy, observó, la habitación estaba tapizada de terciopelo verde e iluminada por un candelabro dorado. La mesa del comedor era sólida, de madera de roble, sin pulir. No había ni una pizca de comida sobre ella.

En su lugar había una mujer rubia y bonita.

—Hola —dijo, saltando de la mesa—. ¿Eres el profesor David Wattleigh? Soy Helena Hershee, de Nueva York. He obtenido tu nombre a través de AMIGOS, y he venido a conocerte.

—Oh…, ¿cómo está usted? —balbuceó él. Por toda respuesta, ella se desnudó.

MED 19 aprobó lo que siguió como tendente a debilitar aquella dañina ilusión, «Delphinia». MED 8 proyectó un año de tratamiento, y descubrió que la pérdida de peso resultante podía añadir tanto como 0,12 años a las expectativas de vida del paciente Wattleigh.

Cuando Helena se hubo ido a dormir, el profesor jugó algunas partidas con el Ajedrecista Ideal. Wattleigh había pertenecido antiguamente a un club de ajedrez, y no deseaba perder por completo el contacto con el juego. Uno podía oxidarse muy fácilmente. Se sentía sorprendido al comprobar cuántas veces el Ajedrecista Ideal tenía incluso que hacer trampas para dejarle ganar.

Pero ganaba, partida tras partida, y el Ajedrecista Ideal agitaba cada vez su cabeza de plástico de un lado a otro y murmuraba sonriendo:

—Esta vez me ha ganado, Wattleigh. ¿Hacemos otra?

—No —dijo Wattleigh, absolutamente desanimado.

Obedientemente, la Máquina dobló el tablero dentro de su pecho y se fue rodando a algún lugar.

Wattleigh se sentó en su escritorio y empezó a escribirle una carta a Delphinia.

«Mi querida Delphinia —rasgueó su vieja pluma de acero sobre el fino y satinado papel—. Hoy se me ha ocurrido algo, mientras estaba (nadando) bañándome en Brighton. A menudo te he hablado casi siempre para quejarme de su comportamiento, de mi sirviente, M—. Esa cosa, porque no me decido a llamarlo ni «él» ni «ella», se ha mostrado muy irritado por el hecho de que te

escribo, hasta el punto de despuntar mis plumas y esconderme el papel. No me he rendido ante esta detestable actitud porque me siento ligado a ti…, sí, ligado, por un extraño (y terrible secreto) destino que me hace dudar a veces de quién es el amo y quién el criado. Eso me recuerda algunas antiguas comedias en las cuales amo y criado cambian sus papeles, y lo mismo hacen ama y doncella, y luego se encuentran. Me refiero, por supuesto, a las obras de»

Allí terminaba la carta, ya que el profesor no podía encontrar el nombre adecuado. Después de escribir, y tachar, «Dickens, Dryden, Dostoievski, Racine, Rousseau, Camus», y una docena de nombres más, se le acabó la tinta. Sabía que era inútil pedir más tinta, porque la Máquina se oponía absolutamente a aquella carta…

Mirando por la ventana, vio una ambulancia pintada a brillantes rayas amarillas y rosas. De modo que el médico de la puerta de al lado se iba al país de los zombies, ¿eh? O, más correctamente, al Hospital para Asocíales. En el este les llamaban «musulhombres»; allí, «zombies»; pero todo venía a ser lo mismo: los muertos vivos que no necesitaban casas sofisticadas, juegos, tinta. Necesitaban únicamente alimentación intravenosa, y poco más. Las cortinas se corrieron por sí mismas, y así Wattleigh supo que el médico estaba siendo sacado en aquel momento. Terminó su pensamiento interrumpido.

…y de todos modos él tampoco estaba completamente satisfecho con aquella carta. No había mencionado a Helena, el desayuno, su resucitador que le gruñía, y tantas otras cosas. Podría llenar volúmenes, si tan sólo tuviera tinta para escribir, si tan sólo su memoria no le fallara cuando se sentaba a escribir, si tan sólo…

James permanecía con el codo apoyado en la repisa de mármol de la chimenea del apartamento de Mayra, observando a los demás huéspedes y midiéndolos. Había allí un granjero de Minnesota, increíblemente estúpido, que proclamaba haber sido en su tiempo ingeniero, pero que apenas sabía lo que era una regla de cálculo. Estaba Mayra, en compañía de un joven musculado que James había odiado a primera vista, un ex matemático llamado Dewes o Clewes. Mayra se preparaba para jugar una partida de ajedrez con un tipo gordo de California, mientras la chica de éste, una cosita rubia llamada Helena Hershee, se situaba al lado para mirar.

—Soy prácticamente un campeón —explicaba Wattleigh, colocando las

piezas—. De modo que quizá debiera darle una torre o dos.

—Si usted quiere… —dijo Mayra—. Hace años que no juego. Todo lo que recuerdo es el Mate del Tonto.

James se dirigió hacia donde estaba Helena y observó el juego.

—Soy James Fairchild —dijo, y añadió de forma casi desafiante—: Doctor en Medicina.

Los labios de Helena, pintados con un lápiz labial demasiado brillante, se abrieron.

—He oído hablar de usted —murmuró—. ¿Es usted el agresivo doctor Fairchild que cambia tan rápidamente de amigos?

Los ojos de Mayra se alzaron del juego. Parecía como si sus ojos no tuvieran pupilas, y James adivinó que estaba atiborrada de ritalina.

—James no es agresivo en absoluto —dijo—. Pero se vuelve loco cuando alguien no le deja psicoanalizarle.

—No molesten el juego —dijo Wattleigh.

Apoyó ambos codos sobre la mesa en una actitud de concentración.

Helena no había oído la observación de Mayra. Se había vuelto para mirar al musculoso matemático que hablaba con Lloyd.

—Demonios, sí. Las Máquinas deben hacer todo lo necesario para criar y educar a los niños. De otro modo, tendremos una explosión demográfica. ¿Me sigue? Quiero decir que faltará comida…

—Me pregunto realmente dónde los encuentras, Mayra —dijo James. Hizo un gesto hacia el joven—. ¿Qué le ocurrió a ese «escritor»? ¿Porter, se llamaba? Cristo, aún puedo oírle diciendo: «¡Existe, hombre!»

James se echó a reír.

Mayra levantó de nuevo la cabeza, y las lágrimas brotaron de sus ojos sin pupilas.

—Porter fue al hospital. Ahora es un musulhombre —dijo con voz clara—. Me gustaría poder sentir algo por él, pero Ellas no me dejarán.

—…Es como la ley de Malthus, o la ley de algún otro. Los animales crecen más rápido que los vegetales —prosiguió el matemático, hablando con el granjero.

—Jaque mate —dijo Mayra, y se puso en pie—. James, ¿tienes un cigarrillo dulce? ¿Chocolate?

El hombre extrajo un cilindro de color naranja brillante.

—Sólo naranja amarga, me temo. Pregunta a la Máquina.

—Tengo miedo de preguntarle nada, hoy —dijo ella—. No deja de drogarme… James, se llevaron a Porter hace un mes, y desde entonces no he sido capaz de pintar. Dime, ¿crees que estoy loca? La Máquina cree que sí.

—La Máquina siempre tiene razón —dijo él, partiendo la punta del cigarro con los dientes.

Viendo a Helena que se había apartado para sentarse en el sofá chino de Mayra, se disculpó con un gesto de la cabeza y la siguió.

Wattleigh seguía sentado, estudiando desconcertado el Mate del Tonto.

—No puedo comprenderlo, simplemente no puedo comprenderlo —dijo.

—…Es como la liebre y la tortuga —rugió el matemático. Lloyd asintió solemnemente—. La lenta nunca podrá atrapar a la otra, ¿entiende?

—Bien, creo que ha llegado usted a algo —dijo Lloyd—. Ha llegado usted a algo. Sólo que creía que el lento era el vencedor.

—Oh.

Dewes (o Clewes) se sumió en un silencio pensativo. Mayra vagó por la habitación, tocando rostros como si fuera una persona ciega buscando a alguien a quien conocía.

—¡Pero no puedo comprenderlo! —dijo Wattleigh.

—Yo sí —murmuró James tras la punta de su cigarro.

El humo agridulce era tan espeso como un líquido en su boca. Lo comprendía, perfectamente. Los miró a todos, uno por uno: un ex matemático que ahora tenía problemas con la diferencia entre la aritmética y la geometría; un ex ingeniero lo mismo; una pintora a quien no se le permitía pintar, ni siquiera sentirlo; un antiguo «campeón» de ajedrez que no podía jugar. Quedaba Helena Hershee, amiga de aquel pobre y estúpido Wattleigh.

—¿Antes de las Máquinas…? —empezó.

—…Yo era juez —respondió ella, pasando sus dedos provocativamente por la nuca de él—. ¿Y tú? ¿Qué clase de médico eras tú?

1988

—Fue durante la segunda guerra mundial —dijo Jim Fairchild. Estaba tendido de espaldas en el largo sofá de piel de tigre, con un ejemplar de HotRod Komiks echado sobre sus ojos.

—Creía que había empezado en los sesenta —dijo Mayra.

—Sí, pero el nombre Musulhombre empezó en los campos de exterminio nazis. Había en ellos alguna gente que no podía… soportarlo. Dejaron de comer, de ver y de oír. Todo el mundo empezó a llamarlos «Musulhombres», porque se parecían a los musulmanes, místicos…

Su voz se desvaneció, porque estaba pensando en la segunda guerra mundial. Los buenos viejos días, cuando el hombre dictaba sus propias reglas. Sin Máquinas que te dijeran lo que debías hacer.

Llevaba viviendo con Mayra varios meses. Era su chica, exactamente como la otra Mayra, la de Hot Rod Komiks, era la chica del otro Jim, Jim (Infíerno-sobre-ruedas) White. Ocurría algo divertido con los komiks. Eran como la vida real, y al mismo tiempo eran mejores que la vida.

Mayra —su Mayra— no era intelectual. No le gustaba leer y pensar, como a Jim, pero eso carecía de importancia, ya que se suponía que los hombres eran quienes leían, pensaban, luchaban y mataban. Mayra permanecía sentada en el taburete color lavanda en el rincón, naciendo bocetos con sus lápices de colores. Alzando su largo y delgado cuerpo del sofá, Jim caminó hacia ella, la rodeó y examinó el boceto.

—Su nariz está torcida —dijo.

—Eso no importa, tonto. Es un dibujo de modas. Es sólo el vestido lo que cuenta.

—¿Y cómo es que tiene el pelo rubio? La gente no tiene el pelo rubio.

—Helena Hershee lo tiene.

—¡No, no lo tiene!

—¡Lo tiene!

—No, no es rubio, es… No es rubio.

Entonces ambos se callaron, porque la Muzik estaba interpretando su canción favorita. Cada uno tenía su propia canción favorita; la de Jim era Blap; y la de Mayra, Sí, ya sé que apenas me preocupo por ti; pero ambos tenían una canción favorita común. Se titulaba Kabriolé tragedia, y era una de las canciones en las cuales la Muzik imitaba sus voces, cantando casi en armonía:

Jim Gunn tenía un hermoso kabriolé, y Mayra era su chica.

Se amaban el uno al otro con un amor tan verdadero, el más verdadero de todo el mundo.

Pero a Jim no le dejaban conducir su koche, y Mayra no podía ver.

Kabriolé tragediaaaaaa.

La canción siguió desgranando cómo Jim Gun deseaba más que nada en el mundo pagar una operación de ojos a su chica, que deseaba admirar su koche kabriolé. Así que condujo hasta una tienda y la atracó; pero alguien reconoció su koche. La policía le disparó, pero:

Él besó a su Mayra una última vez; el policía le disparó a ella también.

Pero ella dijo: «¡Puedo ver tu kabriolé, Jim!

¡Es hermoso, todo dorado y azul!».

Él sonrió y murió abrazándola,

feliz de que al fin pudiera ver.

Kabriolé tragediaaaaaa.

Naturalmente, en la vida real Mayra podía ver muy bien. Jim no tenía ningún koche, y no había policías. Pero para ellos era cierto, de todos modos. En cierto sentido que no podían expresar, sentían que su amor era una tragedia.

Notando que Jim se sentía solitario y triste, Mayra se alzó y le besó en la oreja. Se tendió a su lado, e inmediatamente se durmieron.

El censo de MEDCENTRAL señalaba una población de 250.000.000 en NORTAMER, estabilizada. Excepto algunos pocos fallos en las incubadoras, y una cuba de embriones infectados por accidente, todo funcionaba como estaba previsto, con los índices de nacimientos y muertes igualados. La norma se había deslizado una vez más hacia lo asocial, y el CONTROL UTERINO indicaba un 90,2 por ciento de admisiones de adultos en los dos principales hospitales.

A los anormales agudos se les hada regresar a la adolescencia, puesto que no existía ningún otro método completamente satisfactorio de normalizarlos sin terapia de shock, y sus contraindicaciones concurrentes.

Lloyd sacó su reloj de bolsillo de la pechera de su mono de tela escocesa. Las manos del Ratoncito estaban alzadas señalando directamente hacia arriba, indicando que tenía el tiempo justo para ir a buscar el correo antes de que empezaran los dibujos animados campestres en la televisión. Movido por un impulso, Lloyd se metió el reloj en la boca y masticó. Era delicioso, pero le proporcionó muy poco placer. Todo era demasiado fácil, demasiado muelle. Deseaba que le ocurrieran cosas excitantes, como aquella vez en los dibujos animados campestres en la que Angus el Negro intentó matar al héroe, Lloyd el

Blanco, rompiendo su Máquina, y Lloyd el Blanco lo había ensartado con una horca jeringa y lo había enviado al hospital.

El Joe máquina, sabiendo que era la hora de ir a buscar el correo, salió corriendo de la casa. Agitó su cola y gimió impaciente. No importaba que no fuera un perro de verdad, pensó Lloyd mientras se dirigían hacia el buzón. A Joe seguía gustándole que le rascaran las orejas. Uno podía afirmarlo con sólo mirar sus ojos. Estaba más vivo y era mucho más divertido que el primer Joe.

Lloyd se detuvo un momento, recordando lo triste que se había sentido cuando Joe murió. Era un pensamiento agradablemente melancólico, pero ahora el Joe máquina estaba bailoteando a su alrededor y ladrando con ansiedad. Siguieron su camino.

El buzón estaba lleno a rebosar de correo. Había un nuevo komik, titulado Lloyd el granjero y Joe, y una caja enorme de juguetes nuevos.

Pero más tarde, cuando Lloyd hubo leído el komik y mirado los dibujos campestres en la televisión y jugado un poco con su juego de construcciones, seguía sintiéndose todavía deprimido. No era bueno estar solo todo el tiempo, decidió. Quizá debería ir a Nueva York y ver a Jim y Mayra. Quizás allí las Máquinas fueran diferentes, no tan autoritarias.

Por primera vez otro pensamiento, más extraño aún, lo invadió. Quizá debería irse a vivir a Nueva York.

QUERIDA DELPHINIA —escribió Dave con letra de imprenta—. ÉSTA SERÁ MI ÚLTIMA CARTA DIRIGIDA A TI, PUESTO QUE YA NO TE QUIERO. AHORA SÉ LO QUE ME HACÍA SENTIRME MAL: ERAS TÚ. Tú ERES REALMENTE MI MÁQUINA NO ES ASÍ JA JA APUESTO A QUE NO SABÍAS QUE YO LO SABÍA.

AHORA QUIERO A HELENA MÁS QUE A TI Y VAMOS A IRNOS A NUEVA YORK Y A VER A MONTONES DE AMIGOS Y A ASISTIR A MONTONES DE FIESTAS Y A DIVERTIRNOS MUCHO Y NO ME PREOCUPARÉ SI NO TE VEO NUNCA MÁS.

BESOS, Y MUCHA SUERTE A UNA BUENA CHICA,

DAVE W.

Después de que un terremoto destruyera a los diecisiete millones de ocupantes del Hospital del Oeste, MEDCENTRAL ordenó que el resto se trasladaran inmediatamente al Este. Todos los anormales que no vivían cerca del

Hospital del Este fueron persuadidos también de que evacuaran la zona en dirección a Nueva York. La persuasión fue como sigue:

Gradualmente, fueron incrementadas la humedad y la presión hasta un 0,9 de incomodidad, mientras a nivel subliminal se destellaban imágenes de Nueva York alrededor de cada paciente.

Dave y Helena habían venido en metro desde Los Ángeles, y se sentían cansados y de mal humor. El viaje en metro en sí duraba tan sólo dos o tres horas, pero habían pasado una hora adicional en el taxi hasta casa de Jim y Mayra.

—Es un taxi eléctrico —explicó Dave—, y sólo se mueve a un par de kilómetros por hora. Estoy seguro de que nunca volveré a hacer este viaje.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Mayra—. Nos hemos sentido terriblemente tristes y solitarios.

—Sí —añadió Jim—, y he tenido una idea. Podemos formar un club contra las Máquinas. Lo tengo todo planeado. Nosotros…

—Babay, habíales de los zombies…, quiero decir, de los musul-hombres —dijo Helena.

Dave habló mirando excitada y locamente a su alrededor.

—Sí, eso, tenían como un millón de coches llenos de ellos en el tren, todos empaquetados en botellas de cristal. Al principio no estaba seguro de qué diablos eran, así que me acerqué y miré a uno. Era un hombre sin pelo y todo pellejo, completamente doblado en una botella dentro de otra botella. Era extraño.

Para festejar su llegada, la Muzik interpretaba las canciones favoritas de los cuatro: Zonk, Sí, ya sé que apenas me preocupo por ti, Blap y Ése es mi babay, mientras las paredes se hacían transparentes por un momento, mostrando una impresionante vista de las torres doradas de Nueva York. Lloyd, que no hablaba con nadie, estaba sentado en el rincón, llevando el compás de la música. No tenía ninguna canción preferida.

—Quiero llamarlo el Jim Fairchild Club —dijo Jim—. La finalidad de este club será librarnos de las Máquinas. ¡Fuera de una patada!

Mayra y Dave se sentaron a jugar una partida de ajedrez.

—Sé también cómo podemos hacerlo —prosiguió Jim—. Éste es mi plan: ¿quién instaló las Máquinas originalmente? El gobierno de los Estados Unidos. Bien, ya no hay ningún gobierno de los Estados Unidos, así que las Máquinas

son ilegales. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Helena.

Lloyd siguió tabaleando con el pie, aunque la Muzik había dejado de sonar.

—Están fuera de la ley —dijo Jim—. ¡Deberíamos matarlas!

—Pero ¿cómo? —preguntó Helena.

—Aún no he estudiado todos los detalles. Dadme tiempo. Porque, como sabéis, las Máquinas nos la han jugado buena.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó Lloyd, como si estuviera muy lejos de allí.

—Todos teníamos buenos trabajos y éramos inteligentes. Hace mucho tiempo. Ahora nos estamos volviendo estúpidos. (¿Entendéis?

—Correcto —admitió Helena.

Abrió una botellita y empezó a pintarse las uñas de los pies.

—Creo que las Máquinas están intentando convertirnos a todos en musulhombres —dijo Jim, mirando intensamente a su alrededor—. ¿Alguno de vosotros desea ser embutido dentro de una botella? ¿Eh?

—Una botella dentro de una botella —corrigió Dave, sin alzar la vista de su juego.

—Creo que las Máquinas nos están drogando para volvernos musulhombres —prosiguió Jim—. O nos están aplicando algún tipo de rayo quizá, que nos hace cada vez más estúpidos. Algo como los rayos X, quizá.

—Tenemos que hacer algo —dijo Helena, admirando su pie. Mayra y Dave empezaron a discutir acerca de los movimientos que tenía el peón.

Lloyd siguió tabaleando con el pie, marcando el compás.

1989

Jimmy tenía una buena idea, pero nadie deseaba escucharla. Recordó que cuando era pequeño había una Máquina de Huevos que sacaba los huevos de sus cascaras y los metía dentro de unas cosas de plástico. Era divertido la forma como la Máquina hacía aquello. Jimmy no sabía por qué era tan divertido, pero reía y reía, simplemente pensando en ello. Tontos, tontos, tontos huevos.

Mary tenía una idea, una idea auténticamente buena. Sólo que no sabía como explicarla, así que tomó un lápiz y dibujó un gran ¡Gran! dibujo de las Máquinas: Mamá Máquina y Papá Máquina y todos los pequeños Bebés Máquina.

Loy-loy estaba hablando. Estaba construyendo una casa de cubos.

—Ahora pongo la puerta —decía—. Ahora pongo la pequeña ven-ta-na. Ahora la… ¿Por qué la ventana es más pequeña que la casa? No lo sé. Esta es la chimenea y ésta es la torre, y ahora abro la puerta y… ¿dónde está toda la gente? No lo sé.

Helena tenía un martillo de madera, y estaba hundiendo todas las clavijas. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

—¡Una, dos, tres! —dijo—. ¡Banga-banga-bang!

Davie había sacado el ajedrez y alineado todas las figuras, de dos en dos. Quería alinearlas de tres en tres, sólo que por más que lo intentaba no podía. Aquello lo irritó y empezó a llorar.

Entonces una de las Máquinas llegó y le metió algo en la boca, y todos los demás quisieron también, y alguien se puso a gritar y llegaron más Máquinas y…

El mensaje codificado llegó a MEDCENTRAL. Los últimos cinco anormales habían sido curados, y todas las funciones físicas y mentales reducidas a la norma. Todos los datos pertinentes relativos a ellos fueron trasladados a SUMINISTROS UTERINOS, que los cronometró a las 4.00 horas HMG, día 1, año 1989. MEDCENTRAL dio su conformidad a las coordenadas de tiempo, y luego se desconectó.

* * *

La raza feliz plantea una versión de lo que me gusta calificar de Horrible Utopía. La obra de lonesco La soprano calva había mostrado ya un mundo sin mal. En cierto sentido, ése fue mi modelo; intenté mostrar un mundo sin dolor. En ambos casos se obtiene el mismo fenómeno: sin mal o sin dolor, las preferencias y las elecciones carecen de sentido; la personalidad se difumina; los personajes se funden con su entorno, y el pensamiento se vuelve superfluo y desaparece. Creo que ésos son los resultados inevitables de la consecución de la Utopía, si cometemos el error de asumir que Utopía es igual a felicidad perfecta. Después de todo, existe un centro del placer en la cabeza de cada uno.

Insertemos un electrodo en él, y presumiblemente conseguiremos una felicidad constante y perfecta al coste de un centavo de electricidad al día.

Si no de felicidad, entonces ¿de qué material construiremos nuestra Utopía? ¿La evitación del dolor, quizá? ¿La perfecta seguridad contra la enfermedad, los accidentes, los desastres naturales?

Obtendremos eso únicamente al precio de perder el contacto con nuestro entorno…, en última instancia al precio de perder nuestra humanidad. Nos veremos «eterizados», en los dos sentidos que Eliot da a la palabra: aturdidos e irreales.

Para algunos, esta historia puede parecer en sí misma irreal e hipotética. Sólo puedo señalar que docenas de firmas electrónicas están actualmente inventando y desarrollando nuevos equipos de diagnóstico; dentro de poco tiempo los médicos dependerán casi por entero de las máquinas para obtener diagnósticos certeros. No hay razón alguna para que debamos detenernos ahí, o en ningún otro punto antes de llegar a los médicos mecánicos.

Si elegimos construir máquinas para que nos curen, debemos estar seguros de que sabemos qué poder les estamos dando y qué es lo que les pedimos a cambio. En La raza feliz el agente a través del cual el mundo anestésico surge a la vida es una especie de genio, el Esclavo del Aprietabotones. Es un genio de mente literal, y nos proporcionará exactamente lo que pidamos, ni más ni menos. Norbert Wiener hizo notar la semejanza entre el comportamiento de las máquinas de mente literal y el de los agentes mágicos de los cuentos de hadas, mitos, historias de fantasmas e incluso chistes modernos.

Sémele deseaba que Zeus hiciera el amor con ella exactamente igual a como lo haría con una diosa…, pero resultó que él lo hizo con el rayo. El aprendiz de brujo pensó que ya estaba harto de ser el ayudante del mago. Wells escribió acerca de un empleado más bien estúpido que detuvo repentinamente la rotación de la Tierra. En un extremo del espectro figuran historias de horror como The Dancing Partner (La pareja de baile) o The Monkey's Paw (La pata de mono), y en el otro la broma de Lennie Bruce acerca del hombre que deja a un genio a cargo de su tienda, y el primer cliente le pide al genio: «Hazme un chocolate malteado».

Si decimos que realmente deseamos salud, seguridad, vernos libres del dolor, debemos estar dispuestos a dar a cambio nuestra individualidad. El uso de

cualquier herramienta implica una pérdida de libertad, como señalaba Freud en El malestar en la cultura. Cuando el hombre empezó a utilizar un hacha de mano perdió la libertad de andar a cuatro patas; y lo que es más importante, perdió la libertad de no usar el hacha de mano. Ahora hemos perdido la libertad de no utilizar los ordenadores, y ya no es cuestión de darles poder sobre nosotros, sino de cuánto poder, de qué clase, y cuan rápido capitularemos ante ellos.

En una ocasión un profesor de la Universidad de Minnesota me habló de un fin de trimestre en que iba retrasado en la confección de las notas. El secretario del departamento no hacía más que llamarle, preguntándole si aún no estaba listo para dar las calificaciones. Finalmente le llamó un empleado de la administración. Al saber que las notas aún no estaban listas, el empleado dijo exasperado:

—¡Pero profesor, las máquinas están esperando!

Sí, ciertamente, están esperando.

Encuentro con un rústico

Jonathan Brand

La primera vez que vi a Jonathan Brand estaba echado sobre una herbosa loma en Milford, Pennsylvania, llevando unas botas de marcha, una mochila al hombro, un cuchillo de seis hojas sujeto al cinturón, y una insignia cosida a su camisa azul indicando que era miembro de la Asociación Forestal Norteamericana o algo parecido. Estaba allí medio tendido, apoyado sobre los codos, con una brizna de hierba en la boca, observando a media docena de los más viejos y sofisticados gigantes de la ciencia ficción regarse mutuamente con sus botellas de cerveza en el césped de la casa de Damon Knight. Jonathan Brand se estaba divirtiendo.

La delicadeza me impide explicar por que Jim Blish, Ted Thomas, Damon y Gordy Dickson estaban comportándose de una forma tan incongruente. La delicadeza y la sospecha de que es la inocencia infantil o la naturaleza lo que proporciona el élan para sus excelentes obras, Dios me perdone.

Jon estaba en Milford para la XI Conferencia Anual de Escritores de Ciencia Ficción, una semana de discusiones, seminarios y talleres de trabajo en la cual los miembros de la asociación intercambiaban ideas e informaciones de mercado, y se mojaban las camisas en su persecución de unas mayores facilidades en la profesión que habían elegido.

Jon había causado una gran impresión en los asistentes. Su espíritu atento, su familiaridad con el género y principalmente todo el trabajo que sometió a

consideración en el taller de trabajo hicieron de él una nueva voz que debía ser escuchada. La historia que había sometido a comentario —un acto muy cercano al harakiri— había sido leída por todos los escritores presentes, y las críticas habían sido duras. Siempre lo son. Las expuestas predilecciones de una reunión de fantasistas expertos no son garantía de dar consuelo a un alma creativa o convencerla de que debería ser algo más que peón de albañil. Pero Jon y su historia cayeron bastante bien. Las alabanzas fueron honestas y con muy pocas reservas. Tan bien cayeron que le pregunté a Jon si podía incluir su historia para esta antología. Hizo algunos retoques sin importancia y le añadió algunas florituras, y aquí está.

Jonathan Brand admite que ha sido estudiante durante demasiado tiempo. En el Carnegie Tech. Vive solo, va a pie a sus clases durante todos los días de la semana a lo largo de todo el semestre, hiberna en el verano, no tiene teléfono, le encantan los trolebuses, odia hablar o escuchar, le gusta leer y escribir, se niega a revelar su edad, condición o servidumbre marital, entorno o cualquier otra maldita cosa que pueda hacer esta introducción algo más significativa que el enunciado de que Jonathan Brand ha escrito una historia muy divertida, algo absurda, irreverente y definitivamente peligrosa para este libro.

* * *

¿Cómo podía yo saber lo que había vuelto loco al simple paleto? Era viejo. Era simple. Era rústico a más no poder. ¿Acaso usted no se volvería loco? Pero de todos modos ayudaré a la policía local, prestaré testimonio de la conversación que precedió a la disolución del estúpido patriarca. ¿Quién sabe, post hoc, ergo propter hoc?

De acuerdo, de acuerdo, voy a ponerme serio. Usted cree que no soy serio, pero puede examinar mis tarjetas de crédito y mis diplomas. Obtuve mi licenciatura, tengo una decena de doctorados, mi papá opera sobre un montón de planetas, y hay allí la tira de universidades. Y dicho sea de paso, fue así como llegué a asistir a esa conferencia mundana que tuvo lugar exactamente aquí, en su pintoresco y viejo planeta, es decir el Coloquio de la Academia Universal de

Ciencias, Ociante Norte-Oeste-Arriba.

No puedo decir de mí mismo que sea estrictamente un académico. Me intereso más en la improvisación y en la experiencia con drogas, pero me siento calurosamente inclinado hacia los medios académicos. Toda esa forma de hablar, ya sabe, Su Excelencia, Su Señoría, Señor Funcionario, etc., todo en una sola frase…; no se dejan sorprender, no hay puntuación ni significado, pero el ritmo y la estructura y el equilibrio, oh. Ahora esas cosas constituyen también el judo, por no mencionar la improvisación, o el sexo, todos ellos factores clave del flujo de la vida.

¿Qué quiere decir con eso de… «limítese al asunto»? Estoy intentando darle la sinopsis o visión general de esta escena intelectual de la cual se halla empapado todo el encuentro interpersonal; quiero decir que yo y mi chica Patsy y ese viejo rústico con su barba que es en un 100% pelo humano, yo y ella y él estábamos todos bebiendo en el Bar Continuum en el Hotel Trans-Port, que es donde se estaba celebrando el citado Coloquio. Sí, ya sé que usted lo sabe, Su Reverencia, Su Señoría y/o Juez de Paz.

¿Necesita usted saber algo más respecto a Patsy? El asunto con Patsy es que su padre, que es ante todo un hombre rico, se halla también en el negocio de la construcción como mi papá, y ambos caballeros están ansiosos por unir las dinastías; sienten deseos de mimar, abrazar y revolver una ensortijada cabecita de heredero; así que nos enviaron a Patsy y a mí en ese crucero juntos, un complot transparente, con la idea de que nuestra amistad se convirtiera en amor. El pollo es antes que el huevo, ja, ja. Tranquilícese, Sheriff, Abogado, Pistolero, no agite y sacuda el largo brazo de la ley; estoy llegando al asunto. Le estaría muy agradecido si no se volviera usted también loco; uno al día ya es suficiente para mí.

De acuerdo, si se encuentra completamente bien, deje de retorcerse y procederé a recordar en longitud y profundidad la exacta conversación a consecuencia de la cual el viejo bruto chiflado llegó a su estado crítico, se tiró sobre la alfombra y la mordisqueó, babeando y llorando al mismo tiempo. Para empezar, me abordó en el bar, presentándose a sí mismo; yo tengo una cara amistosa, no rechazo a los humildes. ¿Cómo quiere que recuerde el nombre del viejo palurdo? Era doctor algo. Parece que ese viejo tipo es la flor intelectual de su planeta, absolutamente lo mejor de lo mejor; quiero decir la cúspide en

teología, música, cirugía, política, quizá también improvisación y sexo, no recuerdo. Me traza el cuadro de que su planeta es estrictamente rústico, quiero decir un claro exportador de cuentas de cristal y esteras de esparto; pero de todos modos reúnen todos sus créditos, las amas de casa juntan y funden sus pendientes de oro, y envían al viejo tipo al Coloquio. Créame, no tengo nada que decir sobre este laudable deseo, el que la Universidad de Palurdia haya enviado a un profesor al Coloquio; al contrario, opino que eso dice mucho en su favor.

De modo que nos pusimos a darle a la lengua, nos hicimos amigos; yo soy el que paga, y viendo que él está metido parcialmente en la teología y yo no estoy tan alejado de la escena tradicional como todo eso, le digo: «Bueno, realíceme, emociónneme con piedad y terror entremezclados, cuénteme alguno de sus indudablemente hermosos viejos mitos». Eso es lo que quiere el viejo y canoso músico/sacerdote/cirujano; se lanza al Mito de la Creación, del cual debo decir (habiendo asistido a no pocos cursos en el pasado, cursos en «El Pasado», ja, ja) que no es de los mejores. El viejo está a medio camino de su noble recitación, santificada por los siglos, transmitida oralmente por dinastías de bardos ciegos, todo eso, ¡cuando de pronto tengo la clara impresión de que ese planeta es uno de los construidos por la firma de mi padre!

Lo cual es una gran coincidencia. Y sin pararme a pensarlo, en mi juvenil entusiasmo, saco un folleto publicitario de la compañía de papá, que fue la pionera en el proceso de Evolución Fotosintética Acelerada. Brevemente, diré que se trata de un proceso para crear planetas habitables a partir de cualquier cosa que gire en los límites de esa zona correcta de temperaturas por la que pueden moverse los tipos antropoides sin ropas de ninguna clase; lo cual es una experiencia clave, como he podido comprobar; quiero decir como las drogas y el sexo, e incluso la improvisación. El proceso habitual de creación está centrado básicamente en la rotación planetaria; primero hay que hacerlo girar de modo conveniente; se trabaja siempre del lado del sol, puesto que el proceso requiere dos o tres trillones de ergios, que es una unidad de energía. Hay exactamente seis fases completas, lo que hace que todo pueda quedar terminado en el plazo de una semana, dando una vuelta en torno al planeta a cada rotación, que es bastante acelerada. ¿Me sigue? Realmente yo soy quien no me sigo a mí mismo; tengo que confesar que todos estos detalles son chino para mí, pero está todo en el folleto. El primer día traes tu equipo, el segundo día estableces la rotación, el

tercer día consolidas los cimientos, el cuarto día arreglas la tierra y las aguas y el plasma germinal, y ya lo tienes todo encarrilado; pones en marcha el truco ese de la Evolución Fotosintética Acelerada y crías ciclos acelerados de formas de vida; al cuarto día tienes ya plantas terrestres, estabilizas el clima al quinto día, al sexto día siembras los océanos y fijas los animales.

De veras, es una rutina interesante, barata y rápida; aquí tiene una tarjeta de la compañía para el caso de que desee usted que le hagamos algún trabajo sin compromiso. Todo el proceso deja sobre el suelo un mantillo de lo más feroz (que dejamos de forma completamente gratuita); el único problema es que de tanto en tanto uno tiene que retirar los subproductos de esta Evolución Acelerada, trozos de huesos petrificados y cosas así, pero eso no es problema. Sea como fuere, al sexto día está usted listo ya para la colonización; se lleva allí a un chaval y a una pollita, se hace una pequeña ceremonia inaugural y se les deja que se las apañen. Y empiezan a trabajar con toda fecundidad; quiero decir que la fecundidad es algo que florece siempre en el corazón humano, ¿no?

De acuerdo, de acuerdo, no hace falta que se enfade. (; Dónde estaba? Sí, cuando terminé de contarle todo eso al palurdo y viejo y charlatán filósofo/sacerdote/cirujano pareció que no le gustaba como yo esperaba. Supongo que debí de pisotearle un poco su preciosa herencia cultural, aunque yo no pretendía hacerle ningún daño, de veras. Para ser franco, el viejo cacahuete salado se enfadó realmente; quiero decir que se volvió mucho más loco que usted ahora; el rostro se le puso todo púrpura y empezó a temblar de arriba abajo. Tengo que decir también que con siete u ocho copas de kumiss y V8 gaznate abajo que le había pagado, el meditabundo y arrugado doctor/filósofo/bardo/emigrante estaba tan cargado como el ojo de un elefante. Me parece ver aún en su frente el letrero parpadeante diciendo EN El AIRE; y se levanta sobre la punta de sus pies, tiende un viejo y calloso dedo hacia mí y dice…, y cito su noble, viejo y sincero discurso:

—Ciñe tus ríñones como un hombre ahora. Porque exigiré que declares ante mí. —(Entienda, estoy intentando reproducir su colorista lengua muerta del mejor modo posible. Hubiera debido tomar notas. Vaya tesis)—. ¿Por quién fueron creadas todas las cosas que hay en el cielo? Todas las estrellas de luz, los cielos de los cielos, y las sagas que hay encima de los cielos…, ¿quién ordenó, y fueron creadas? ¿Quién puso las estrellas en el firmamento de los cielos, para

arrojar su luz sobre la tierra? Que aquel que ha ensombrecido la verdad responda.

Esas palabras fueron inspiradamente compuestas y declamadas (al viejo estúpido no le faltaba nada en ese campo, en especial con aquella barba) pero, dicho sea de paso, fueron las últimas, pues fue poco después de eso que el herbívoro perdió el tino.

Ahora relájese, Gendarme, Polizei, Beefeater, no se irrite; no estoy ocultando absolutamente nada, de veras que no sé qué fue lo que lo puso así; todo lo que puedo hacer es relatarle lo último que hice antes de ese espectacular y lamentable colapso.

—Una pregunta muy buena y pertinente, doc, muchacho, que me gusta que haya hecho —le dije.

Le di la espalda al decrépito político/sacerdote/cirujano/campesino y empecé a revolver en el pequeño pero sin fondo bolso de Patsy, que estaba sobre la barra.

—¿Qué es lo que estás buscando, pedazo de bastardo? —gruñó Patsy, intentando con éxito contusionarme el tobillo con su zapato izquierdo.

Creo que he contado ya cómo su papi tenía dinero del mismo modo que otra gente tiene problemas, es decir en cantidades considerables. Mi propio papá es rico; está en la subdivisión de negocios, es propietario de más de doscientas galaxias, presidente del Kiwanis local, su fortuna es sólida, pero el papá de Patsy es más grande que todos nosotros; ha puesto en marcha este proceso de Creación Continua, que es propiedad exclusivamente suya y le está dando dinero a chorros. Oh, una genuina proposición de algo-por-nada. Y ahora estoy en situación de decirle palabra por palabra todo lo que dije antes de que el viejo rústico iniciara su actuación suprema, cuando empezó a patear, se derrumbó del taburete del bar, y se inmoló a sí mismo en el suelo en un armagedón de pajitas de cóctel.

Me volví hacia Patsy, mi bollito dulce, y le dije:, —Tranquila, mi pastelito helado. ¿No has oído a nuestro nuevo amigo decir que quería ver una foto de tu papá?

* * *

Creo en Jesús, en Thoreau y en Mao Tse-tung… y no en Dios. Intento reflexionar mucho más seriamente en este último que en los tres primeros. Mi historia trata de la obvia ilusión en el argumento de la causa original, que asume una conexión entre el creador del universo y la fuente de ética y salvación. Pensar que el creador del universo es necesariamente la moral superior del hombre es tan ingenuo como pensar que el constructor de rascacielos es más grande que el carpintero debido únicamente a que su producto es de mayor tamaño.

Volviendo a la tierra: debo darle las gracias a la Conferencia de Escritores de Ciencia Ficción de Milford de 1966, sin la cual esta historia no estaría donde está ni sería lo que es.

Desde la imprenta oficial del gobierno

Kris Neville

Nadie que las haya leído olvidará fácilmente las maravillosas historias de Kris Neville *Bettyann* o *Special Delivery* (*Entrega especial*). Fueron escritas hace más de quince años, y aún hoy siguen apareciendo en antologías de lo mejor del género. Kris Neville es un hombre jovial con un inclasificable acento del sur. Él dice que es un acento de Missouri, pero que me aspen si no suena como Texas. Kris Neville es lo que los escritores de libros con solapa llaman un «hombre que vive intensamente». Eso significa que disfruta de cada minuto. Habla interminablemente de innumerables temas, puede beber hasta hacer caer bajo la mesa a otros tres escritores de ciencia ficción (con la probable excepción de George O. Smith), y consigue hallar nuevos ángulos de temas considerados generalmente como muy explotados. Uno de ellos es la historia que sigue, sometida a este recopilador como consecuencia de su comentario de que a *Visiones peligrosas* le faltaba una buena historia sobre el tema de la educación.

Kris Neville (¿puede imaginarse un nombre más perfecto para un escritor? Quiero decir, si usted tuviera la oportunidad de ser conocido como Bernard Malamud o Louis Auchincloss, ¿no elegiría Kris Neville?) nació en Carthage, Missouri, en 1925; sirvió en el ejército de los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, y recibió su diploma de inglés de la UCLA en 1950. Su primera historia de ciencia ficción fue publicada en 1949 (*The Hand from the Stars* [*La mano de las estrellas*] en *Super Science Stories*), y desde entonces ha publicado

otras cincuenta y tantas. Algunas de ellas muy extrañas realmente.

Durante once años Kris se dedicó a la investigación y desarrollo de las resinas epoxídicas. Eso es lo que se conoce en la profesión como tenacidad.

En colaboración con Henry Lee ha publicado dos libros sobre el tema en la editorial McGraw-Hill, uno de los cuales es un enorme volumen que pretende ser un tratado definitivo sobre el tema. Además, con los doctores Lee y Stauffey ha escrito un volumen sobre los nuevos altos polímeros termoplásticos. Ha contribuido a un buen número de simposios y enciclopedias, y tiene «una patente que ha incrementado el negocio en sustanciosas cifras». Su último trabajo industrial fue como director de programas para la investigación y el desarrollo, uno de los trabajos más interesantes en la utilización de los materiales plásticos para aplicaciones dentales impulsado por los Institutos Nacionales de la Salud.

Kris es el autor de una novela de ciencia ficción, *The Unearth People* (*El pueblo subterráneo*), y desde principios de 1966 es un escritor a tiempo completo. Vive en Los Ángeles con su esposa e hijos.

* * *

A los tres años y medio es lógico pensar que los adultos llevan gafas para mantener calientes los ojos. Los ojos fríos es una afección de los adultos que no es distinta de muchas otras afecciones de los adultos igualmente incomprensibles.

Los adultos siempre hablan demasiado fuerte. Un estampido sónico en vez de un susurro. Las pequeñas orejitas oyen el movimiento de las moléculas del aire en la noche tranquila, cuando escuchan esperando que ocurra algo.

Los adultos viven demasiado aprisa. Lo que pasa como pensamiento es hábito. Pulsa un botón. Escucha. Pulsa un botón. Escucha. Abre un cajón. Cualquiera de esos grandes tipos lo hace sin pensar, no se preocupa realmente de lo que hay allí; está buscando una cosa en particular, y cierra el cajón y no ha visto nada de lo que hay en él. Unas manos pequeñitas, unos ojos asomándose por el borde, descubren un mundo extraño en miniatura dentro del cajón. No hay bastante tiempo para explorar el contenido. Alto a las prisas. Aquí hay algo que

parece una llave. Mirad lo grande que es. ¡Guau! ¿Qué tipo de impensable superficie puede encajar con ella? ¡Es enorme! Nadie ha visto nunca nada tan grande. ¿Dónde lo deben de tener?

Aquí hay algo más: una cosa que no parece tener ningún uso concebible. Tiene partes móviles, pero no hace absolutamente nada. No hay ningún lugar donde poder meterla. Deben de haberla hecho los conejos. Las gallinas hacen huevos.

—¡Sal de ese cajón! ¡Deja eso!

Ya está aquí. Lo sabía. Demasiado bueno para durar. No hacía daño a nadie… Si les preguntas qué es, simplemente echan a un lado el problema. Pulsa el botón. Escucha. Di tus tonterías. Quizá se vaya. ¿Qué es esta cosa? Parece interesante. ¿Qué supones…?

—¡Sal de ahí!

¡Oh, demonios! Intentaré razonar con ella. Quizá consiga mantener una conversación.

—Caramelos dentro.

—No hay caramelos ahí dentro.

¿Cómo es posible que lo sepa? ¡Claro que no hay caramelos, por supuesto! Dios mío, mira todas las cosas que hay ahí dentro. ¿Cómo es posible que diga que no hay caramelos?; ni siquiera ha mirado. Ni siquiera es su cajón. Es el de papi.

—¿Para qué eso?

—Eso no es un caramelo. Déjalo donde estaba.

No hay suerte. A veces, sin embargo, puedes llegar a ellos hablándoles de caramelos. La mayor parte de las veces, como ahora, no piensan en nada. Lloraré. Empezar suavemente: eso toma mucho tiempo. Primero un pequeño «blob, blob, búa». Te hace sentir mal, pero no puedes dejarlo correr, terminarías demasiado pronto. Quizás haya que mantenerlo mucho rato, empezar lenta y suavemente. Ella esperará a ver si lo hago en serio. Es fácil si no te precipitas. Si empiezas bien, el cuerpo te sigue; cierra los ojos y escucha. Unos sonidos deliciosos. Como una canción. Una buena voz. Mucha variedad, arriba y abajo. Podría seguir así todo el día.

A los tres años y medio has estado ahí siempre, y no ha sido todo bueno, en absoluto.

Todo ha sido siempre demasiado grande. Pesado, difícil de manejar. ¡Cómo te has cansado! Todo de tamaño inadecuado. Ellos se vuelven grandes y estúpidos y no puedes hablar con ellos de nada importante. ¿Quién se preocupa de cómo hacen ellos los niños? Pero tú quieres mirar, y ellos no te dejan. Permaneces despierto y esperas y esperas y esperas mientras ellos murmuran, fuerte como un estampido supersónico: «¿Estás dormido?». Cierras los ojos y aguardas un poco más. Quizá tienen miedo de que me ría de ellos; deben de parecer tan tontos…

Escuchando, sin embargo, se vuelve uno listo. Simplemente debes hacer como si no. Ellos tienen ese libro especial. A veces, sin embargo, no es un libro; es como con el cajón, hace un momento. No son malos, simplemente tontos, muchas veces.

Las malditas cosas horribles que hacen en esa conspiración del libro, sin embargo. ¡La época que tuve que pasar con ese entrenamiento del water!; parecía como si fueran a echarme por la taza. Pensé que iban a hacerlo. Realmente pensé que iban a hacerlo. Estaba asustado hasta paralizárseme el vientre. Pero algo fue mal, afortunadamente para mí, y no lo hicieron después de todo. Debería estar agradecido hacia ellos, supongo; aún estoy aquí. Pero sigo sin saber por qué no lo hicieron. Estuvieron a punto.

Hay cosas peores. Los trucos que me juegan por la noche. No podría creerlos. Hubo un tiempo en que no podía dormir en absoluto, y no podía hacer otra cosa que quedarme allí despierto esperando, toda la noche. Tenía que dormir de día. Ahora es mejor. Duermo más. He preguntado a los otros niños del parque; hablamos. Podemos decir muchas cosas con muy pocas palabras. Sabemos más palabras que no podemos usar correctamente, así que tenemos que emplear mucho las palabras que sabemos. Sus padres también tienen libros especiales.

Siempre tengo miedo de que le hagan algo a mi pene. Me siento todo mojado de sudor cuando pienso en ello. Por eso tengo tanto miedo por la noche. Una de las razones.

Intenté hacerme amigo de ellos, antes de volverme tan viejo. En una ocasión intenté meterme en la cama con ellos. Habían instalado ese sistema de alarma; o venía en el libro o formaba parte de ese curso que les envían por correo, creo. Oh, se disparó con todo tipo de sonidos y luces destellantes y extrañas

sensaciones. Y allí estaba yo, atrapado, expuesto solo en mitad de la habitación, a medio camino de su cama; me oriné por toda la alfombra.

—¡Oh, Cristo! ¡Son las dos de la madrugada!

Eso es lo que él dijo. Allí estaba yo, completamente aterrado, inmóvil en medio del suelo, parpadeando, y él va y hace una afirmación tan estúpida como ésa.

—Hazle sentirse culpable —dijo ella—. Es lo que dice el libro.

—¡Eres una sucia mierda! —me gritó él.

Creo que lo soy. Debe de haber alguna razón para que deseen cortarme el pene. En una ocasión les oí decir que toda tu verdadera educación tiene lugar antes de cumplir los cuatro años; para entonces tu carácter ya está establecido. Pienso que quizá lo consiga. Hay todavía un camino tan largo que recorrer, tan largo, tan largo… Pero quizá lo consiga realmente, aunque sufra una depresión nerviosa.

Así que no me siento demasiado bien respecto a mí. Pero podría ser peor.

Hay un lugar llamado la India. Pueden verlo en los telediarios. Tenía miedo de que me enviaran allí. No sé por qué pensaba eso, pero lo hada. Era otra de las cosas que me mantenían despierto. Un día me quedé con hambre, no comí nada en absoluto, sólo para ver si podía soportarlo. No podía. Ellos tampoco pueden. Mueren. Varios millones están muñéndose de hambre precisamente en este momento. No sé exactamente cuántos significa eso. Pero es más que diez.

No obstante, aparentemente nunca han pretendido enviarme a la India.

O a China.

O a un lugar llamado Sudamérica.

Y la gente no se muere de hambre aquí donde vivo. Excepto en los barrios periféricos, y eso es diferente. Sean lo que sean los barrios periféricos. Así que al menos eso lo evito. Podría ser peor.

En los noticiarios de la televisión uno puede ver grandes máquinas que hacen enormes pilas de personas y luego se hacen pipí encima y las queman.

—¿Por qué queman a esas personas, mami?

—¡Silencio! Es demasiado horrible. Se reproducen como moscas, y no pueden darles de comer a todas.

¿Cómo se reproducen las moscas? ¿Qué quiere decir con eso? Pero creo que deberían dejarme mirar; sólo para asegurarme de que ellos no se multiplican

como las moscas, lo hagan como lo hagan, puesto que ellos siguen comiendo todos los días. Yo les daría de comer todos los días, si llegáramos a ese extremo. Me pregunto acerca de los niños indios, a veces. Nadie los menciona nunca. Quizá no haya ninguno.

Comprendo un poco lo de las moscas, pero la cosa no acaba de quedar clara. El verano pasado hubo realmente un problema con las moscas. Mami dijo que era debido a que no podían quemar a la gente lo bastante aprisa, y hubo una plaga mundial, y recuerdo que estaban tan asustados que no pudieron ocultármelo. ¡Todo el mundo tenía moscas asesinas! En los telediarios sólo hablaban de eso.

Y siguió hasta el punto de volverse monótono. De hecho, la mayoría de los telediarios no son muy interesantes al cabo de un momento. Cambian sin cesar los lugares, pero siempre está esa gran máquina apilando montones de gente y prendiendo fuego. Me gustan más las noticias de nuestro programa espacial. Tenemos una colonia en Marte.

Tenemos que tenerla.

Por alguna razón.

La mayor parte de la gente sale cada día, todos los papas, y aclaman este programa. Nunca les he visto hacerlo, pero supongo que es como el fútbol. Lo llaman trabajar. Por ello le pagan a papá un dinero que mami escribe en cheques para pagar las tarjetas de crédito. Deben de saber lo que hacen.

Estoy empezando a comprenderles un poco. De tanto en tanto creo que lo tengo.

Creo que tienen una máquina en algún lugar que fabrica tiempo, o quizás una prensa que lo imprime como un libro. Ellos nunca lo mencionan. Quizá primero tenga que aprender cómo se fabrica la electricidad. Ellos dicen que muy pronto empezaré a aprender cosas como ésas.

Y uno tiene que intentar comprender a todos estos grandes tipos. No me pregunten por qué. Es preciso. Uno no puede hacer nada al respecto. Siempre están vapuleándote por todas partes. Modelando tu personalidad, dicen. Pero uno tiene que seguir intentando, seguir esperando. De tanto en tanto, aunque no muy a menudo, puedes llegar a mantener una conversación con ellos. Normalmente acerca de caramelos, por desgracia. Aprendes a que te gusten los caramelos, de todos modos, y pienso que eso ya es algo. A veces imagino que es la cosa más

importante de todo el mundo.

Pero si tan sólo de vez en cuando se tomaran la molestia de detenerse un poco y pensar… Si simplemente frenaran un poco y te hablaran, las cosas podrían ser mejores. Pero no se paran a pensar. Siempre están apresurándose. Pondré un ejemplo. Pongo en marcha algo del equipo electrónico que hay en el sótano. Tenemos ese aspirador electrónico del polvo. Pongo mi ropa de cama en él. Sábanas, manta, almohada. ¡No crean que es menudo trabajo! Bajar dos pisos de escaleras con todo eso. Dejar las ropas, recogerlas, intentando no hacer ningún ruido. La casa tranquila. Muy temprano. Todo el mundo durmiendo.

¡Adelante, en marcha! ¡Maravilloso!

Pero no se para. No como con mamá. Oigo la ropa de cama desgarrarse. Rip, rip-rip, rip. Será mejor que se lo diga.

Voy a su habitación. Aún están durmiendo. Me dirijo de puntillas hacia mami. Ella quizá no se lo tome tan mal como papi.

¡Bam! Me doy contra esa nueva y estúpida pantalla antimoscas que han instalado y que había olvidado. Es una buena sacudida, y me echo a llorar. Papi salta de la cama y grita:

—¡Maldita mierda de niño!

—¿Qué hora es? —pregunta mami.

No comprendo nada de esa historia de la hora, pero le digo lo de la ropa de cama.

—¡Dios mío!

Completamente desnudos, los dos, escaleras abajo. Tropiezan constantemente entre

sí.

Les sigo. Es un duro trabajo, un niño pequeño como yo bajando unas enormes escaleras, intentando apresurarse. Uno tiene que ir con cuidado de no caerse.

Papi ha parado la máquina.

—Ha estado cerca. Hubiera podido hacer saltar media casa.

—¡Mierda de niño! —me grita mami.

—Cállate, Hazel, esto es serio. El chico hubiera podido matarse.

He recibido un largo sermón, allí mismo, acerca de lo peligrosos que son los aparatos modernos. Yo deseaba que me enseñaran cómo hacerlos funcionar

correctamente, a fin de no equivocarme de nuevo. Pero son demasiado estúpidos para hacer eso. ¡No, simplemente no los toques! ¿Cómo puedo aprender si ellos no me dejan hacer nunca nada? ¿Para qué piensan que he llevado la ropa de cama hasta el sótano, para empezar?

—Primero debemos formarte una personalidad —dice mami—, una base sólida para que cuando crezcas puedas ser el tipo de hombre que deseas ser. Luego, después de eso, empezarás a ir a la escuela a aprender cosas. Cuando tengas cuatro años, irás a la escuela a aprender. ¡Ahora sólo tienes tres años y medio!

¿Saben ustedes durante cuánto tiempo tiene uno tres años y medio? Uno tiene tres años y medio durante toda una eternidad. El tiempo no existe, en absoluto. Algo se ha estropeado en sus prensas, y ellos no lo saben.

—¿Qué clase de hombre quiero ser?

—El país necesita científicos —dice papi—. Seguimos un curso del gobierno llamado «Cómo hacer científicos». Cómo modelar las personalidades de modo que deseen comprender cómo funcionan las cosas…, que siempre tengan que saberlo todo y entenderlo todo. Es una buena personalidad. No vuelvas a trastear con esas máquinas electrónicas si no quieres matarte.

Así que eso es lo que voy a ser, un científico. No sé qué otras elecciones hay, pero imagino que de todos modos ya es demasiado tarde. Las cosas hubieran podido ser peores, al menos eso es lo que me gusta pensar. Como ir a la India.

En el parque, los niños hablamos acerca de los grandes tipos durante todo el tiempo. Hubo un tiempo en que eran como nosotros. Pero les ocurrió algo que hizo que olvidaran cómo pensar.

Supongo que eso mismo me ocurrirá a mí. Me haré grande, como ellos, y no recordaré nada de esto tampoco. Ya hay montones de cosas que no puedo recordar. Hubo un tiempo, hace tanto que ya no puedo recordarlo, en que mami y papi me querían. Eso fue al principio. Pero imagino que en el libro debía de poner que tenían que hacer aquello también. Era bonito entonces, pero olvido ya tanto de aquello… De modo que todo lo que está pasando ahora también voy a olvidarlo. Porque realmente aún no soy yo. Todavía me están haciendo.

Precisamente ahora, pienso mucho acerca de esa gente de la India. No sé por qué lo hago. Pienso que lo más correcto sería sentarlos en una mesa y darles de comer. Pienso que sería una buena cosa hacerlo. Pero imagino que cuando me

interese en aprender cómo funcionan las cosas dejaré de pensar así. Y espero simplemente olvidarlo.

Estoy todavía aquí, llorando, junto al cajón abierto lleno de todo ese extraño mundo de cosas. Finalmente lo he conseguido.

—¿Qué es lo que deseas?

Es demasiado tarde para saber si hay realmente caramelos aquí. Siempre lo es. Ella nunca perdería el tiempo necesario para rebuscar conmigo. Es demasiado tarde para saber qué es esa cosa que no tiene ninguna utilidad concebible. He estado llorando durante tanto rato que siento que me duele y no puedo dejar de llorar.

—¿Qué es lo que quieres?

Quiero empezar a olvidar. Como por ejemplo lo que me hacen a veces, por la noche, para modelar mi personalidad. No saben hasta qué punto deseo olvidarlo. Y falta aún tanto tiempo, tanto, tanto, tanto tiempo… A veces no sé si podré resistir hasta entonces. Tengo que apresurarme y empezar a olvidar.

—¡Quiero apresurarme y tener cuatro años!

* * *

En Desde la imprenta oficial del gobierno he intentado proyectar un futuro en el cual la educación de los niños implique inculcarles terror en sus corazones con la esperanza de producir individuos más creativos. Quizás eso no sea tan distinto de lo que siempre hemos estado haciendo, con nuestras estremecedoras historias de brujas, duendes, espíritus malvados y amenazas del infierno. Desde mi punto de vista, los niños son nuestro producto más importante, y debería ser el mejor tratado; sea como fuere, uno sólo necesita escuchar atentamente lo que hablan los niños para oír la historia del futuro.

La región de los grandes caballos

R. A. Lafferty

Miren por la ventana. ¿Qué es lo que ven? La lucha de las pandillas en la esquina, con los adolescentes dándose en la cara con abrebotellas; el afilador de cuchillos con su carrito multicolor y sus campanillas tintineantes; una mujer gruesa con un vestido estampado demasiado corto para sus gordas piernas, cortando el césped; un incendio de gran magnitud con niños atrapados en el quinto piso; un perro rabioso aferrado a la pierna de un vendedor de literatura de los Adventistas del Séptimo Día; un inicio de lucha racial con un representante del Movimiento para la Acción Revolucionaria en un camión de propaganda. ¿O nada de eso? No se necesitan poderes especiales de observación para catalogar lo inclasificable. Pero miren de nuevo. ¿Qué es lo que ven? ¿Qué ven normalmente? Una calle vacía. Ahora, cataloguen:

Aceras, sin las cuales los coches circularían por el césped de delante de las casas. Buzones, sin los cuales el contacto con el mundo quedaría disminuido. Postes de teléfono y de electricidad, sin los cuales las comunicaciones se detendrían con un chirrido. Desagües, cloacas y bocas de acceso al alcantarillado, sin los cuales se verían ustedes inundados cuando lloviera. El pavimento, sin el cual su coche no duraría ni un mes sobre las rocas desmenuzadas y aplanadas. La brisa, sin la cual, bueno, un día no es un auténtico día. ¿Qué son todas estas cosas? Son lo obvio. Tan obvio que se convierte en invisible. ¿Por delante de cuántos buzones y bocas de incendio pasan ustedes

cada día? ¿Ninguno? Difícil. Pasan ustedes por delante de docenas, pero no los ven. Son los elementos increíblemente valiosos, absolutamente necesarios, totalmente ignorados de una comunidad que funciona bien.

La ficción especulativa es una pequeña comunidad. Tiene sus residentes visibles y llamativos. Knight, Sheckley, Sturgeon, Bradbury, Clarke, Vonnegut. Los vemos y tornamos nota de ellos, y sabemos que están ahí y lo que hacen. Pero la comunidad no reparará en el otro millar de tranquilos autores que también están ahí, esos que escriben historia tras historia, no un trabajo oscuro sino excelentes historias, una y otra vez. El tipo de relato que se lee de un tirón y que, una vez finalizada la lectura, hace pensar y exclamar: «Ésa es una buena historia». Y olvidamos inmediatamente quién la escribió. Quizá más tarde recordemos la historia. «Oh, sí, recuerdo esa en la que…», y luego parpadeamos y decimos: «Pero ¿cómo demonios se llamaba el tipo que la escribió? Ha hecho un montón de cosas, sí, un autor bastante bueno…».

El problema es un asunto de acumulaciones. Cada historia, considerada aisladamente, es excelente. Pero de algún modo nunca forman una totalidad, la imagen de un escritor, la perspectiva de una carrera. Eso es lo triste pero evidente acerca de R. A. Lafferty y de su lugar en la ficción especulativa.

Lafferty es un hombre sustancial, cuya obra es notable. No sólo es competente ficción, sino también ficción genuinamente ejemplar. Lleva escribiendo desde hace… ¿cuántos años? ¿Más de seis pero menos de quince? Algo así. Sin embargo apenas es mencionado cuando los fans se reúnen para discutir de Autores. Incluso pese a figurar en numerosas antologías, ser incluido en los Year's Best SF de Judith Merril en varias ocasiones y en los World's Best de Carr-Wollheim dos veces, y haber aparecido en casi todas las revistas de ciencia ficción, es el hombre invisible.

Aquí debo rectificar. Raphael Aloysius Lafferty saldrá, hablará, hará una declaración, y luego podrán leer ustedes otra de sus extraordinariamente brillantes historias. Y maldita sea, ¡esta vez recuerden!.

Habla Lafferty:

No necesariamente por este orden, tengo cincuenta y un años, soy soltero, ingeniero electrónico técnico, y estoy gordo.

Nací en lowa, fui a Oklahoma cuando tenía cuatro años, y excepto cuatro años en el ejército he permanecido allí toda mi vida. También un año como

funcionario menor en Washington D. C. La única universidad a la que he acudido fue un par de años a la escuela nocturna de la Universidad de Tulsa, hace ya mucho tiempo, donde estudié principalmente matemáticas y alemán. He pasado cerca de treinta años trabajando en el campo de la electricidad para subcontratistas, principalmente como comprador y controlador de precios. Durante la segunda guerra mundial estuve destinado en Texas, Carolina del Norte, Florida, California, Australia, Nueva Guinea, Morotai (Islas Orientales Holandesas, hoy Indonesia) y las Filipinas. Fui un buen sargento de estado mayor, y en un momento determinado podía hablar bastante bien el malayo y el tagalo (de las Filipinas).

¿Qué puede decir un hombre de sí mismo? Nunca cosas importantes. Fui un enorme bebedor durante algunos años, y lo dejé hace seis. Eso creó un vacío; cuando uno abandona la compañía de los más interesantes bebedores, abandona algo pintoresco y fantástico. Así que lo sustituí escribiendo ciencia ficción. Algo que leí en una revista de escritores me dio la estúpida idea de que la ciencia ficción era un género fácil de escribir. Para mí no lo es. No me alimenté de ella como parecen haberlo hecho la mayoría de los escritores del género.

Mi hobby es el lenguaje. Cualquier lenguaje. Me he gastado al menos un millar de dólares en gramáticas, libros de lecturas, diccionarios y cursos por correspondencia de todas clases. He conseguido llegar a leer bastante bien todas las lenguas románicas, germánicas y eslavas, al igual que el irlandés y el griego; pero realmente el español, el francés y el alemán son las únicas que leo fácilmente a una respetable velocidad. Soy católico del tipo pasado de moda o conservador. En cuanto a la política, soy el único miembro del Partido Centrista Norteamericano, cuyo programa expondré algún día en una historia de Utopía irónica. Soy un andarín compulsivo; déjenme solo en una ciudad extraña, y habré explorado a pie hasta los últimos rincones en una semana. No me considero un tipo demasiado interesante.

De nuevo el recopilador, para un comentario final. Lafferty es casi tan poco interesante como sus historias. Lo cual no es poco decir. Como testimonio a favor en este pleito contra la propia afirmación de R. A. de que es poca cosa, aquí tienen esta historia, una de mis favoritas en este libro.

* * *

«Vinieron y nos quitaron el país», había dicho siempre el pueblo. Pero nadie comprendía.

Dos ingleses, Richard Rockwell y Seruno Smith, recorrían en un buggy el desierto de Thar. Era una comarca desolada, rojiza, más roca que arena. Daba en cierto modo la impresión de que le habían arrancado el manto fértil, dejando al desnudo el árido subsuelo.

Oyeron un trueno, y eso les intrigó. Se miraron, el rubio Rockwell y el moreno Smith. Jamás tronaba en toda la región, entre Nueva Delhi y Bahawalpur. ¿Con qué tronaría ese seco desierto de la India septentrional?

—Vayamos por estas lomas —le dijo Rockwell a Smith, e hizo subir el vehículo por una cuesta—. Aquí nunca llueve, pero una vez quedé atrapado en un riachuelo, en una región donde jamás llovía, y por poco me ahogo.

Volvió a tronar, un trueno sonoro y retumbante, como si quisiera confirmarles que estaban oyendo bien.

—Este riachuelo se llama Kuti Tavdavi, Río Pequeño —dijo Smith, misteriosamente—. Me pregunto por qué.

Dio un respingo, como si a él mismo le sorprendiese lo que acababa de decir.

—Rockwell, ¿por qué he dicho eso? Nunca en mi vida había visto este riachuelo. ¿Cómo acudió a mi mente semejante nombre? Sin embargo, es el tipo de arroyo que, si alguna vez lloviese en estas tierras, podría convertirse en un riachuelo. Aquí no pueden caer lluvias significativas. No hay alturas suficientes para volcar la escasa humedad que podría evaporar el desierto.

—Eso es lo que me pregunto cada vez que vengo —dijo Rockwell, y señaló con un gesto las cumbres que rielaban en la distancia, la Región de los Grandes Caballos, el famoso espejismo—. Si fuera real, la humedad allí condensada caería en lluvias. Y transformaría todo esto en una lujuriosa sabana.

Eran geólogos en busca de minerales; exploraban palmo a palmo las zonas promisorias que había mostrado un relevamiento aéreo. El problema del desierto de Thar era que allí había de todo —plomo, cinc, antimonio, cobre, estaño,

bauxita— en proporciones apenas submarginales. Ningún sector del Thar rendiría abultadas ganancias, pero todos ellos resarcirían los gastos.

Ahora relampagueaba en las alturas del espejismo, y eso sí que no lo habían visto antes. El cielo se había nublado y encapotado. Tronaba en ondas sucesivas, y los espejismos sonoros no existen.

—O allí arriba hay un pájaro muy grande y muy movedizo, o está por llover —dijo Rockwell.

Y empezó a llover, una lluvia ligera pero constante. Era un placer sentir esa frescura mientras los dos hombres se zarandeaban en el vehículo recorriendo la tarde. La lluvia en el desierto siempre es un premio inesperado.

De pronto, Smith entonó una alegre canción en una de las lenguas del noroeste de la India, una tonada de ritmo lascivo, aunque Rockwell no entendía las palabras. Abundaba en ritmos dobles y palabras ricas en vocales, como las que podría inventar un niño.

—¿Cómo demonios manejas tan bien las lenguas? —le preguntó Rockwell —. Para mí son difíciles, y eso que tengo una buena formación lingüística.

—Yo no tuve necesidad de aprenderlas. Me bastó recordarlas. Todas se agrupan alrededor del boro jib.

—¿Alrededor del qué? ¿Cuántas lenguas sabes?

—Todas. Las llaman las siete hermanas: punjabi, kashmiri, gujarati, marathi, sindhi, hindi.

—Tus siete hermanas no son más que seis —se burló Rockwell.

—Se dice que la séptima hermana se fugó con un tratante de caballos. Pero a esta séptima doncella se la puede encontrar todavía aquí y allá, alrededor del mundo.

Se apeaban con frecuencia para explorar el terreno. Hasta la coloración de los nuevos arroyuelos era significativa para los geólogos, y aquélla era la primera vez que veían correr agua por la región. Continuaron avanzando lentamente, de a trechos, y así tragaron unas pocas millas barrosas.

En un momento dado Rockwell boqueó, azorado, y estuvo a punto de caerse del vehículo. Había visto sentado a su lado a un desconocido, y eso lo sobresaltó.

Entonces advirtió que era Smith, el Smith de siempre, y la alucinación que acababa de tener lo sumió en el desconcierto. Y muy pronto, otra cosa.

—Algo anda muy mal por aquí —dijo Rockwell.

—Algo anda muy bien por aquí —le respondió Smith, y volvió a entonar otra canción en lengua indostánica.

—Estamos perdidos —anunció Rockwell—. No vemos más allá de nuestras narices a causa de la lluvia, pero no debería haber lomas por aquí. No figuran en el mapa.

—Sí que figuran —canturreó Smith—. Es el Jalo Char.

—¿El qué? ¿De dónde has sacado semejante nombre? En el mapa no figuran alturas por estos lados, y tampoco debería haberlas en el terreno.

—Entonces el mapa está equivocado. ¡Hombre, si es el valle más encantador del mundo! Nos llevará suavemente hasta la cima. ¿Cómo pudo olvidarlo el mapa? ¿Cómo todos hemos podido olvidarlo durante tanto tiempo?

—¡Smith! ¿Qué te pasa? Tienes los ojos como platos.

—Todo va bien, te lo aseguro. He renacido hace apenas un minuto. Es como llegar a casa.

—¡Smith! Vamos sobre césped verde…

—Me encanta. Podría tascarlo como un caballo.

—¡Ese risco, Smith! ¡No debería estar tan cerca! Forma parte delespej…

—Vamos, señor, ése es el Lolo Trusul.

—¡Pero no es real! ¡No está en ningún mapa!

—¿Mapa, señor? Soy un pobre hombre kalo y no sé nada de esas cosas.

—¡Smith! ¡Eres un experto cartógrafo!

—Me suena haber tenido un oficio con un nombre parecido. Pero el risco es real. Lo escalé en mi niñez, en mi otra niñez. Y aquello a lo lejos, señor, es Drapengoro Rez, la Montaña Herbácea. Y el altiplano que está frente a nosotros y que ahora empezamos a trepar es Diz Boro Grai, la Región de los Grandes Caballos.

Rockwell frenó el buggy y se apeó de un salto. Smith lo siguió, ebrio de felicidad.

—¡Smith, estás más loco que una cabra! —boqueó Rockwell—. ¿Y yo? No sé qué ha pasado, pero estamos totalmente perdidos. ¡Smith, fíjate en la hoja de ruta y en los señaladores de situación!

—¿Hoja de ruta, señor? Soy un pobre hombre kalo que no sabe nada…

—Maldito seas, Smith, ¡si tú mismo hiciste esos instrumentos! Si no mienten, nos hemos excedido en trescientos metros de altura, y hemos trepado

por espacio de quince kilómetros hasta un altiplano que se supone forma parte de un espejismo. Esos riscos no pueden estar aquí. ¡Smith, nosotros no podemos estar aquí!

Pero Seruno Smith se alejaba ya al trote corto, como quien ve visiones.

—¡Smith! ¿Adonde vas? ¿No me oyes?

—¿Me llama a mí, señor? —preguntó Smith—. ¿Y por ese nombre?

—¿Estaremos los dos tan locos como la región? —gimió Rockwell—. Hace tres años que trabajo contigo. ¿No te llamas Smith?

—Bueno, sí, señor, supongo que puede traducirse al inglés como Horse-Smith o Black-Smith, es decir «herrador» o «herrero». Pero mi nombre es Pettalangro, y voy camino de casa.

Y el hombre que había sido Smith echó a andar cuesta arriba, hacia la Región de los Grandes Caballos.

—Smith, estoy subiendo al buggy y voy a regresar —gritó Rockwell—. Esta región mulante me hiela la sangre. Cuando un espejismo se vuelve real, es el momento de poner pies en polvorosa. ¡Ven conmigo! Estaremos de vuelta en Bikaner mañana por la mañana. Hay un médico allí, y un bar con una buena provisión de whisky. Nos hace falta una de las dos cosas.

—Gracias, señor, pero yo debo subir hasta mi casa —canturreó Smith—. Ha sido usted muy amable al traerme hasta aquí.

—Te dejo, Smith. Un loco es mejor que dos.

—Ashava, Sarishan —entonó Smith, despidiéndose.

—Smith, aclárame un último enigma —gritó Rockwell, tratando de encontrar un resto de cordura a que aferrarse—. ¿Cuál es el nombre de la séptima hermana?

—Caló —canturreó Smith, y desapareció en el altiplano que siempre había sido un espejismo.

En una buhardilla de la calle Olive, St. Louis, Missouri, un matrimonio mitad-y-mitad hablaba mitad-y-mitad.

—El rez ha riserao —dijo el hombre—. Lo puedo sungar como un brishindo. Jalemos.

—De acuerdo —dijo la mujer—, si estás awa.

—Demonios, te apuesto a que puedo ríkear baño en abundancia en el beda que tenemos aquí. Haré que kakko venga a kinnarlo saro.

—Con un poco de bachi podremos estar jalaos para la areat —dijo la mujer.

—¡Nashiva, mujer, nashiva!

—Está bien —dijo la mujer, y empezó a empacar.

En Camargo, en el estado de Chihuahua, México, un mecánico de tez cetrina vendió su negocio por cien pesos y le ordenó a su mujer que juntara las pertenencias, pues se marchaban.

—¿Irnos ahora, cuando el negocio está tan próspero? —preguntó ella.

—Sólo tengo un coche para arreglar, y ése no tiene arreglo —dijo el mecánico.

—Pero si lo retienes bastante tiempo, ese hombre te pagará para que se lo vuelvas a armar aunque no esté arreglado. Eso es lo que hizo la última vez. Y tienes un caballo para herrar.

—Le tengo miedo a ese caballo. Además, ha vuelto. Vámonos.

—¿Estás seguro de que podremos encontrarla?

—Claro que no estoy seguro… Iremos en el carromato y nuestro caballo enfermo tirará de él.

—¿Por qué en el carromato, si tenemos un coche, o algo que se le parece?

—No sé por qué. Pero iremos en el carromato y clavaremos la herradura gigante en el tablón del dintel.

Un trapisondista, en Nebraska, levantó la cabeza y olisqueó el aire.

—Ha vuelto —dijo—. Siempre supe que lo sabríamos. ¿Hay por aquí otros gitanos?

—Yo tengo algo de rart —dijo uno de sus compañeros—. De todos modos este narvelengero dives no es más que una feria de tres al cuarto. Le diremos al patrón que se la meta en su chev y ahuecaremos el ala.

En Tulsa, un mercachifle de coches usados llamado Gipsy Red anunció la liquidación más loca del lugar:

—¡Todo por nada! Me voy. Recojan los papeles y salgan rodando. Nueve montones de chatara fresca y treinta buenos. Todo gratis.

—¿Crees que estamos locos? —preguntaba la gente—. Aquí hay gato encerrado.

Red puso en el suelo la documentación de todos los coches y la sujetó con un ladrillo. Subió al peor coche del lote y se marchó para siempre.

—Todo gratis —canturreaba mientras se alejaba—. Recojan los papeles y

vayanse conduciendo.

Todavía están allí. ¿Creen ustedes que la gente está tan loca como para dejarse embaucar por una cosa así, en la que sin duda hay gato encerrado?

En Galveston, una tabernera llamada Margaret les preguntaba a los marinos mercantes cuál era la mejor forma de conseguir un billete hasta Karachi.

—¿Por qué Karachi? —le preguntó uno de ellos.

—Supuse que era el puerto importante más cercano —respondió la muchacha—. Ha vuelto, ¿sabes?

—Esta mañana, no sé por qué, tuve el presentimiento de que había vuelto —dijo él—. Yo también soy un chai. Seguro, ya encontraremos algo que vaya para ese lado.

En miles de lugares, embaucadores y quirománticas, payasos y trujamanes, condes de Condom y duques del Pequeño Egipto parvelaron sus bártulos y se prepararon para rodar.

En todos los países, hombres y familias tomaron decisiones súbitas. Los athinganoi se reunieron en Grecia, en las colinas que circundan Salónica, y allí se les sumaron sus hermanos de Servia y Albania y de los montes Rhodolpes de Bulgaria. Los zingari de Italia septentrional se congregaron alrededor de Pavía y comenzaron a rodar rumbo a Genova para embarcarse. Los boemios de Portugal descendieron hasta Oporto y Lisboa. Los gitanos de Andalucía y de todo el sur de España llegaron a Sanlúcar y a Málaga. Los zigeuner de Turingia y Hannover se apiñaron en Hamburgo en busca de un billete transoceánico. Los gioboga y sus primos de sangre mezclada, los shelta provenientes de todos los cnocs y coills de Irlanda, encontraron barcos en Dublín, Limerick y Bantry.

Desde la Europa central, los tsigani emprendieron viaje hacia el este. La gente partía de los doscientos puertos de cada continente y transitaba por las mil carreteras, muchas de ellas tiempo atrás olvidadas.

Balauros, calés, manusch, melelo, tsigani, moro, romaní, flamenco, sinto, cicara, el pueblo de los mil nombres viajaba por millares. El Romaní Raí estaba de mudanza.

Los dos millones de gitanos del mundo volvían a casa.

En el Instituto, Gregory Smirnov platicaba con sus amigos y colegas.

—¿Recuerdan ustedes la tesis que presenté hace varios años: que «hace poco más de un milenio visitantes extraterrestres descendieron en la Tierra y se

llevaron una tajada de nuestro planeta»? —dijo—. Todos ustedes opinaron que mi tesis era ridícula, pero mis conclusiones se basaban en análisis isostáticos y austáticos practicados con toda minuciosidad. No cabe la menor duda de que así fue.

—En realidad, es cierto que nos falta una tajada —dijo Aloysius Shiplap—. Tú calculaste que la tajada robada tenía un área de unas diez mil millas cuadradas, y no más de una milla de espesor en la parte más ancha. Dijiste entonces que creías que la querían como muestra para estudiarla en sus laboratorios. ¿Sabes algo nuevo acerca de nuestra tajada perdida?

—Estoy por cerrar el caso —dijo Gregory—. La han devuelto.

En verdad, era muy sencillo, jekvasteskero, de una sencillez gitana. Son los gachés, los no gitanos del mundo, los que dan explicaciones complicadas de las cosas simples.

«Vinieron y nos quitaron nuestro país», habían dicho siempre los gitanos, y eso era lo que había sucedido.

Los visitantes extraterrestres deslizaron una lámina por debajo de la tajada y la mecieron suavemente para desembarazarla de la fauna nerviosa, y luego se la llevaron para estudiarla. Dejaron, a modo de señalador, un simulacro inmaterial de ese altiplano, en la misma forma en que nosotros ponemos a veces etiquetas con nombres o figuras para identificar el lugar en que más tarde colocaremos un objeto. Dicho simulacro era a menudo visto por los humanos como un espejismo.

Los visitantes extraterrestres también dejaron simulacros en la mente de la fauna superior que huyó de esa tierra en movimiento. Eso creó en ellos una especie de instinto nostálgico por el terruño perdido, que les impidió afincarse en ninguna parte hasta la hora del retorno; con ese instinto se entrelazaban premoniciones, agorerías y sobreentendidos.

Ahora, los visitantes acababan de devolver la tajada de tierra, y la antigua fauna regresaba a ella.

—¿Y qué harán ahora los… mm… visitantes extraterrestres, Gregory? —preguntó Aloysius Shiplap en el Instituto, con una sonrisa paternal.

—Bueno, Aloysius, me imagino que se llevarán otra tajada de nuestra Tierra para estudiarla —respondió Gregory Smirnov.

Terremotos de escasa intensidad sacudieron durante tres días la región de Los

Ángeles. Se evacuó a la población de toda el área. Luego resonó desde el cielo un silbato atronador que parecía querer decir: «Bajen a tierra todos los que han de quedarse en tierra».

Entonces sacaron una nueva tajada de escasa profundidad, con toda su superestructura. Desapareció. Y pronto fue olvidada.

De la Enciclopedia General del Siglo XXH, vol. 1, pág. 389:

ANGELEMOS. (Véase también Gitanos Automovilistas y Recolectores de Ciruelas.) Grupo étnico mixto de origen desconocido, muy afecto a los vagabundeos en automóvil. Se predice que serán los últimos usuarios de este vehículo, y aún se producen para su mercado varios modelos arcaicos sobrecargados de cromo. Este pueblo no es mendicante; muchos de sus miembros poseen una inteligencia superior. A menudo se dedican al comercio; por lo general son agentes de bienes raíces, jugadores, testaferros, gerentes de fábricas de diplomas por correspondencia y promotores de una y otra especie. Rara vez permanecen durante mucho tiempo en un mismo lugar.

Sus esparcimientos son curiosos. Viajan durante horas y hasta días por las viejas y casi abandonadas carreteras y autopistas. Se ha dicho que la mayoría de los angelenos consumen narcóticos, pero Harold Freelove (que vivió varios meses como angeleno) ha demostrado que esta afirmación es falsa. Lo que inhalan durante las fiestas (cazuelas de smog) es un humo negro de carbón y residuos de petróleo mezclados con monóxido. La finalidad de estas experiencias no es clara.

La religión de los angelenos es una mezcla de antiguos cultos con un poderoso componente escatológico. El tema del paraíso está representado por una alusión a un místico «Sunset Boulevard». El idioma de los angelenos es un argot colorido y chispeante. La explicación que ellos dan de su origen es vaga:

—Vinieron y nos quitaron el dizz —dicen.

* * *

Todos somos primos. No creo en la reencarnación, pero el único sistema de reencarnación que satisface a la justicia es que cada ser se convierta

sucesivamente (o a veces simultáneamente) en cada uno de los demás seres. Eso requeriría unos cuantos miles de millones de vidas; el escritor que tiene un agudo sentimiento de clan intenta hacerlo en una sola.

Todos somos gitanos, como en esta parábola, y poseemos un instinto de regreso al hogar y el recuerdo de un lugar más acogedor y excelente, una realidad que está enmascarada como un espejismo. Si ese lugar más excelente está aquí o en otro sitio o en otro tiempo es algo que no sé, como tampoco sé si será nuestro mundo inmediato cuando esté lo suficientemente vivo; pero tengo una intuición al respecto que a veces cruza por toda la comunidad. Existen, o deberían existir, esas alturas resplandecientes; y nos pertenecen. La controversia (o la polaridad) está entre nosotros mismos como individuos y como miembros de las especies incandescentes, confrontadas con la cosa escatológica. Lo expresaría de una forma más inteligente si supiera cómo.

Sin embargo, no he escrito esta historia para desarrollar esta noción, sino para citar un nombre. Existe realmente una Margaret la tabernera; no la de la historia, por supuesto (ya que debemos respetar la desautorización: «Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas es pura coincidencia»), sino otra del mismo nombre…, y es gitana. «Pon mi nombre en una historia, simplemente Margaret la tabernera —me dijo—. No me importa a quién, aunque se lo apliques a un perro.» «Pero tú no lo sabrás —le dije—, tú no lees nada, ni ninguna de las personas que te rodean.» «Lo sabré —aseguró ella—, cuando alguien lo lea algún día, cuando llegue al nombre de Margaret la tabernera. Sé cosas así.»

No de mí, sino de algún otro lector que lo lea, Margaret recibirá la intuición, y ambos lo sabrán. «Hey, el viejo murciélago lo hizo», dirá Margaret. Ignoro lo que el lector-emisor atrapado en medio de todo esto pensará o dirá.

Estoy contento de ser un miembro de esta augusta aunque a veces picara compañía que interviene en esta producción. Tiene un aire de excelencia, y algo de ella quedará sobre mí. Somos, todos nosotros, condes de Condom y duques del Pequeño Egipto.

El reconocimiento

J.G. Ballard

Tengo esta teoría. De hecho, tengo todo un granero lleno de teorías, pero tengo esta teoría en particular acerca de los hombres que se convierten en líderes de movimientos. No me sentiría en absoluto sorprendido al descubrir (gracias al hallazgo de algunos nuevos Manuscritos del Mar Muerto, por ejemplo) que de pronto Jesús se volvió (por decirlo así) en la cruz, miró hacia abajo y dijo: «¿Cómo diablos me metí en esto?». ¿Pensó realmente que iba a convertirse en la cabeza visible de un gran movimiento? ¿Lo pensó Gandhi? ¿Lo pensó Hitler? Bueno, sí, él quizá sí, pero, quién lo esperaría de un enlucidor bajito y feo? ¿Y Stokeley Carmichael? ¿Y J. G. Ballard? ¡Ah! ¡Ya hemos llegado!

Jim Ballard, del que tengo la impresión de que escribe historias peculiarmente ballardianas —historias difíciles de encajar en un estilo o una temática o una aproximación pero todas ostentando la marca de fábrica Ballard —, es el líder incontestado de la «escuela británica de ciencia ficción». Estoy seguro de que si le dicen ustedes esto a Ballard (que quiere que se pronuncie Bhalard), se les quedará mirando con ojos muy abiertos como si estuvieran ustedes locos. Por supuesto no escribe como el líder de un movimiento, puesto que un movimiento implica generalmente ejemplos fáciles de citar, una jerga, claridad, y una fuerte dosis de predictibilidad. Ninguna de esas cosas se halla presente en la obra de J. G. Ballard.

Entre sus libros más celebrados están *The Drowned World* (*El mundo*

sumergido), *The Wind from Nowhere* (*El viento de la nada*), *Terminal Beach* (*Playa terminal*), *The Volees of Time* (*las voces del tiempo*), *Billenium* (*Bilenio*) y *The Crysíal World* (*El mundo de cristal*). Ninguna de esas obras contiene ideas tan revolucionarias u originales que puedan justificar racionalmente el término de «nuevo movimiento». Sin embargo, en su conjunto, presentan una especie de estilo literario enriquecido, una aproximación tenebrosa pero en cierto modo más clara —quizá la palabra adecuada sea «intensa»— al material de literatura especulativa. Hay un aroma de surrealismo en la obra de Ballard. No, tampoco es eso. Es, en algunos aspectos, serena, como es serena la filosofía oriental. Resignada pero vital. Parece existir una realidad sobreimpuesta que cubre la fantasía pura que yace debajo de la concepción ballardiana. Francamente, la obra de Ballard desafía las categorías o el análisis cuidadoso. Es como una litografía a cuatro colores. El más exquisito paisaje de Wyeth, al ser examinado más y más minuciosamente, empieza a parecerse al puntillismo, y al final a nada excepto a una serie de desconectadas manchitas de color. Lo mismo ocurre con las historias de Ballard, cuando se examinan como partes desconectadas. Una vez leídas, una vez asimiladas tal como son, se convierten en algo mucho más grande que la suma de todas sus partes.

La historia que van a leer aquí es una de ellas. Es un notable ejemplo de Ballard en la cúspide de su misterio, de su pulsión. La historia dice todo lo que se necesita decir acerca de Ballard el escritor. En cuanto a Ballard el hombre, la información es tan dispersa como sus historias: nació en Shanghai, China, en 1930, de padres ingleses; durante la segunda guerra mundial fue internado en un campo de prisioneros japonés, y en 1946 fue repatriado a Inglaterra; más tarde estudió medicina en la Universidad de Cambridge.

Corno he dicho en otro lugar de esta antología con respecto a otra historia, no tengo ni idea de si es ciencia ficción, fantasía, alegoría o un cuento premonitorio. Todo lo que sé con seguridad es que es inmensamente interesante, provocador, y encaja a la perfección con algo que dijo Saúl Bellow acerca de la excusa para la existencia de una historia. Dijo, en 1963: «… Una historia debe ser interesante, muy interesante, tan interesante como sea posible…, inexplicablemente absorbente. No puede haber otra justificación para ninguna obra de ficción».

* * *

La noche de San Juan un pequeño circo visitó la ciudad en el País del Oeste donde estaba pasando mis vacaciones. Tres días antes la enorme feria itinerante que siempre venía a la ciudad en verano, equipada con la gran noria, tiovivos y docenas de casetas y puestos de tiro al blanco, había ocupado su sitio habitual en la gran plaza central de la ciudad, así que el segundo recién llegado tuvo que montar sus carros en el gran terreno despejado detrás de los almacenes a lo largo del río.

Al oscurecer, mientras paseaba por la ciudad, la gran noria giraba por encima de las luces multicolores, y la gente cabalgaba en los tiovivos y paseaba cogida de la mano por la calle adoquinada que daba la vuelta a la plaza. Más allá de todo aquel ruido, las calles que conducían al río estaban casi desiertas, y me alegré de poder pasear solo entre las sombras por delante de los escaparates a oscuras. La noche de San Juan, la víspera del solsticio de verano, me parecía un momento adecuado tanto para la reflexión como para la celebración, el momento de observar atentamente los cambiantes movimientos de la naturaleza. Cuando crucé el río, cuyas oscuras aguas fluían a través de la ciudad como una reluciente serpiente, y entré en los bosques que se extendían a un lado de la carretera, tuve la indiscutible sensación de que el bosque se estaba preparando también, y que dentro de sus huecos incluso las raíces de los árboles se deslizaban por el suelo como si probaran sus fuerzas.

Venía de regreso de aquel paseo, y estaba cruzando el puente, cuando vi llegar a la ciudad el pequeño circo itinerante. La procesión, que se acercaba al puente por una carretera lateral, consistía en no más de media docena de carromatos, cada uno de ellos arrastrando una alta caja provista de barrotes y tirados por un par de viejos caballos. A la cabeza, una mujer joven con un rostro pálido y los brazos desnudos cabalgaba un garañón gris. Me arrimé a la balaustrada en el centro del puente y observé cómo la procesión llegaba a la orilla. La joven dudó, tirando de las gruesas riendas de cuero, y miró por encima de su hombro a los carromatos que se habían ido juntando. Empezaron a cruzar el puente. Aunque la pendiente que había hasta su centro era ligera, los caballos apenas parecían capaces de alcanzar la parte superior, vacilando sobre sus

debilitadas piernas, de modo que tuve mucho tiempo para realizar un primer escrutinio de aquella extraña caravana que debería preocuparme más tarde.

Animando a su cansado garañón, la joven pasó junto a mí… Al menos a mí me pareció que era joven, pero su edad parecía más bien una cuestión de humor, del suyo y del mío. Debía volver a verla en varias ocasiones…; a veces me parecía poco más que una niña de doce años, con un mentón aún sin formar y unos ojos que lo miraban todo muy abiertos sobre unas huesudas mejillas. Más tarde se me aparecía como de mediana edad, con los cabellos grises y la tensa piel revelando el huesudo cráneo bajo ellos.

Al principio, mientras miraba desde el puente, tuve la impresión de que debía de tener unos veinte años, presumiblemente la hija del propietario de aquel gastado circo. Mientras pasaba trotando por mi lado, una mano sujetando las riendas, las luces de la distante feria se reflejaron intermitentemente en su rostro, revelando una nariz aquilina y una boca firme. Aunque no era hermosa, poseía esa curiosa cualidad atractiva que a menudo he observado en las mujeres que trabajan en las ferias, una elusiva sexualidad pese a sus gastadas ropas y su entorno. Cuando pasó por mi lado me miró, sus tranquilos ojos clavándose en algún punto impreciso de mi rostro.

Los seis carromatos la siguieron, los caballos tirando fatigosamente de las pesadas jaulas mientras subían la pendiente del puente. Tras los barrotes tuve un atisbo de paja removida y una especie de caseta en un rincón, pero no había el menor signo de animales. Supuse que estaban también demasiado mal alimentados como para hacer algo más que dormir. Cuando hubo pasado el último carromato vi al único otro miembro de la troupe, un enano con una chaquetilla de piel que conducía el carro que cerraba la caravana.

Caminé tras ellos cruzando el puente, preguntándome si serían los últimos en llegar de la feria ya instalada. Pero por la forma como vacilaron al otro lado del puente, la joven mirando a derecha e izquierda mientras el enano se sentaba agazapado a la sombra de la jaula frente a él, comprendí que no tenían ninguna relación con la brillante noria y las diversiones que habían ocupado la plaza. Incluso los caballos, inmóviles e indecisos, con las cabezas bajas para evitar las luces de colores, parecían conscientes de esta exclusión.

Tras una pausa, avanzaron a lo largo de la estrecha calle que seguía el curso del río, los carromatos bamboleándose cuando las ruedas de madera resbalaban

en el borde cubierto de hierbas. Un poco más adelante había un terreno despejado lo suficientemente grande que separaba los almacenes junto a los muelles de las casitas con terraza que había debajo del puente. Una única farola en su parte norte derramaba una débil luz sobre la cenicienta superficie. Para entonces la oscuridad había caído ya sobre la ciudad y parecía aislar aquel triste pedazo de terreno, ni siquiera animado ya por el movimiento del río.

La procesión se dirigió hacia aquel oscuro recinto. La joven hizo dar la vuelta a su caballo sacándolo de la calle, y condujo a los carromatos por entre las cenizas hasta la alta pared del primer almacén. Se detuvieron allí, los carromatos aún en línea, los caballos obviamente felices de verse protegidos por la oscuridad. El enano saltó de su percha y trotó hacia la joven, que estaba desmontando del garañón.

En aquel momento yo estaba avanzando a lo largo de la ribera a poca distancia de ellos. Algo inconcreto acerca de aquella extraña pequeña troupe me intrigaba, aunque pensando retrospectivamente en ello pienso que tal vez fueran los tranquilos ojos de la joven cuando me miró los que me habían aguijoneado más de lo que me había parecido en aquel momento. Sin embargo, estaba desconcertado por lo que parecía la falta total de objetivo de sus existencias. Pocas cosas hay tan tristes como un circo itinerante, pero éste se veía tan desgastado y miserable que parecía quitarles toda posibilidad de obtener algún beneficio en ningún lugar. ¿Quién era aquella extraña mujer pálida y su enano? ¿Imaginaban que alguien iba a acudir realmente a aquel deprimente terreno junto a los almacenes para ver sus ocultos animales? Quizá simplemente estaban llevando a un grupo de viejas criaturas a algún matadero especializado en animales circenses y se habían detenido allí para pasar la noche antes de seguir su viaje.

Sin embargo, como sospechaba, la joven y el enano estaban moviendo ya los carromatos en la inconfundible forma en que se preparan para montar un circo. La mujer tiraba de las bridas mientras el enano trotaba entre sus piernas, azotando los tobillos de los caballos con su sombrero de fieltro. Los dóciles brutos tiraban de sus carros, y al cabo de cinco minutos las jaulas estaban dispuestas en un burdo círculo. Los caballos fueron desuncidos, y el enano, ayudado por la joven, los condujo hacia el río, donde empezaron a mordisquear tranquilamente la oscura hierba.

Hubo un asomo de movimiento dentro de las jaulas, y una o dos formas pálidas se agitaron entre la paja. El enano trepó por los escalones de la caravana y encendió una lámpara sobre un hornillo que pude ver por la puerta abierta. Regresó con un cubo de metal y recorrió las jaulas. Echó un poco de agua en cada una de las escudillas que había en ellas, y las empujó hacia las casetas con el mango de una escoba.

La mujer le siguió, pero parecía tan poco interesada como el enano en los animales que había dentro de las jaulas. Cuando él dejó a un lado el cubo, tomó una escalera y la mantuvo apoyada mientras él trepaba al techo de la caravana. Bajó un puñado de carteles atados juntos mediante una tira de lona. Tras soltarlos, el enano llevó los carteles a las jaulas. Trepó de nuevo por la escalera y empezó a atar los carteles en los barrotes.

A la débil luz de la farola tan sólo podía ver los deslucidos dibujos pintados hacía muchos años en el estilo tradicional de los rótulos feriales, los motivos florales y los ornamentos pintados en torno a las imprecisas letras. Acercándome a las jaulas, alcancé el borde del terreno. La joven se volvió y me vio. El enano estaba asegurando el último de los carteles, y ella se inmovilizó junto a la escalera, sujetándola con una mano y mirándome con ojos inmóviles. Quizá fuera su actitud protectora hacia la diminuta figura que se movía sobre ella, pero pareció mucho más vieja que cuando la había visto aparecer por primera vez con toda su colección de animales en las afueras de la ciudad. A la débil luz su cabello se había vuelto casi gris, y sus brazos desnudos parecían arrugados y consumidos por el trabajo. Cuando seguí aproximándome, pasando junto a la primera de las jaulas, se volvió para seguirme con los ojos, como si intentara interesarse un poco por mi llegada a la escena.

Arriba en la escalera hubo un destello de movimiento. Deslizándose de las manos del enano, el cartel resbaló del techo y cayó al suelo junto a los pies de la mujer. Retorciendo sus cortos brazos y piernas, el enano se deslizó escalera abajo. Quedó de cuatro patas en el suelo, oscilando como una peonza hasta que recuperó el equilibrio. Golpeó su sombrero contra sus botas para quitarles el polvo y luego empezó de nuevo a trepar por la escalera.

La mujer sujetó el brazo del enano. Movió la escalera un poco más hacia la jaula, intentando apoyarla mejor contra los barrotes.

Con un impulso, movido más o menos por la simpatía, avancé hacia ella.

—¿Puedo ayudarles? —dije—. Quizá pueda alcanzar el techo. Si me dan el cartel…

El enano dudó, mirándome con sus tristes ojos. Parecía dispuesto a dejarme ayudarles, pero permaneció allí con el sombrero en una mano como si un misterioso conjunto de circunstancias le impidiera decirme nada, alguna división de la vida tan formal e impasible como las de las castas más rígidas.

La mujer, sin embargo, me hizo un gesto hacia la escalera, volviendo el rostro hacia otro lado mientras yo apoyaba los travesaños contra los barrotes. A la débil luz contempló los caballos masticando la hierba junto a la orilla.

Trepé por la escalera, y entonces tomé el letrero que me tendía el enano. Lo fijé en el techo, colgándolo de los dos medios ladrillos dejados allí para tal fin, y leí las frases pintadas en el gastado papel. Mientras descifraba las palabras «maravilloso» y «espectacular» (obviamente los carteles no tenían ninguna relación con los animales de las jaulas, y habían sido robados de alguna otra feria o encontrados en algún basurero), observé un brusco movimiento en la jaula debajo de mí. Hubo un agitarse entre la paja, y una criatura de piel pálida se retiró a su madriguera.

Esta agitación de la paja —no podía decir si el animal había actuado por miedo o como una advertencia defensiva— había desprendido un fuerte y oscuramente familiar olor. Permaneció a mi alrededor mientras bajaba de la escalera, apagado pero vagamente ofensivo. Miré la caseta intentando ver al animal, pero había apilado la paja junto a la puerta.

El enano y la mujer me hicieron un gesto con la cabeza cuando me volví en la escalera. No había hostilidad en su actitud —el enano, en todo caso, parecía a punto de darme las gracias, su boca moviéndose en un silencioso rictus—, pero por alguna razón parecían incapaces de entrar en contacto de ninguna clase conmigo. La mujer estaba dándole la espalda a la farola, y su rostro, suavizado por la penumbra, parecía ahora pequeño y apenas formado, como el de un chiquillo callejero.

—Ya están listos —dije con una alegría forzada. Con algo parecido a un esfuerzo, añadí—: Queda muy bien.

Miré a las jaulas cuando no hubo ninguna respuesta. Uno o dos de los animales estaban sentados detrás de sus casetas, sus pálidas formas indistintas a la débil luz.

—¿Cuándo abren? —pregunté—. ¿Mañana?

—Hemos abierto ahora —dijo el enano.

—¿Ahora?

Sin saber si era una broma, hice un gesto vago hacia las jaulas, pero obviamente la afirmación había sido hecha con toda seriedad.

—Entiendo…, abren esta noche. —Buscando algo que decir, ya que parecían dispuestos a quedarse allí conmigo indefinidamente, añadí—: ¿Cuándo se van?

—Mañana —me dijo la mujer en voz baja—. Tenemos que irnos por la mañana.

Como si aquello hubiera sido una señal, ambos dieron una vuelta por la pequeña pista, echando a un lado los trozos de periódico y otras basuras. Cuando me alejé, desconcertado por el propósito de todos aquellos lamentables preparativos, ya habían terminado, y permanecían de pie aguardando entre las jaulas a sus primeros clientes. Hice una pausa en la orilla junto a los caballos que seguían pastando, cuyas tranquilas siluetas parecían tan insustanciales como las del enano y su ama, y me pregunté qué extraña lógica los habría traído a la ciudad, donde una segunda feria, infinitamente más grande y alegre, estaba ya en pleno funcionamiento.

Al pensar en los animales, recordé el peculiar olor que flotaba en torno a las jaulas, vagamente desagradable pero que me recordaba un olor que yo creía conocer bien. Por alguna razón estaba convencido también de que aquel olor familiar era la clave para descubrir la extraña naturaleza del circo. Junto a mí los caballos desprendían un agradable aroma a salvado y a sudor. Sus cabezas inclinadas, bajadas hacia la hierba junto al borde del agua, parecían ocultarme algún secreto disimulado dentro de sus luminosos ojos.

Caminé de vuelta hacia el centro de la ciudad, aliviado al ver la iluminada superestructura de la noria girando por encima de los techos. Los tiovivos y las casetas de atracciones, las galerías de tiro al blanco y el túnel del amor formaban parte de un mundo familiar. Incluso las brujas y los vampiros pintados en la casa de los horrores eran pesadillas predecibles. Por contraste, la joven —¿era realmente joven?— y su enano eran viajeros de un país desconocido, de un reino varío donde nada tenía ningún significado. Era esta ausencia de motivación inteligible lo que me había parecido tan turbador en ellos.

Vagué entre la multitud bajo las marquesinas, y movido por un impulso

decidí subir a la noria. Mientras esperaba mi turno con el grupo de hombres y mujeres jóvenes, las góndolas electrificadas de la rueda se elevaban muy arriba en el aire nocturno, de tal modo que toda la música y la luz de la feria parecían haber sido atrapadas por el estrellado cielo.

Subí a mi góndola, compartiéndola con una joven y su hija, y pocos momentos más tarde estábamos dando vueltas en el brillante aire, con toda la feria extendiéndose bajo nosotros. Durante los dos o tres minutos de la vuelta, estuve atareado gritándole a la joven y a su niña mientras nos señalábamos mutuamente los lugares familiares de la ciudad. Sin embargo, cuando nos detuvimos un momento arriba de la rueda para que los pasajeros de abajo descendieran, observé por primera vez el puente que había cruzado antes aquel anochecer. Siguiendo el curso del río, vi la única farola que iluminaba el enorme terreno baldío cerca de los almacenes donde la mujer de rostro pálido y el enano habían instalado su circo rival. Mientras nuestra góndola se movía hacia delante e iniciaba el descenso, las imprecisas formas de dos de los carromatos fueron visibles a intervalos entre los tejados.

Media hora más tarde, cuando la feria empezaba a cerrar, caminé de vuelta hacia el río. Pequeños grupos de personas se diseminaban cogidas del brazo por las calles, pero cuando llegué a la vista de los almacenes estaba casi solo entre los redondos adoquines que serpenteaban por entre las casitas con terraza. Luego apareció la farola, y el círculo de carromatos más allá.

Para mi sorpresa, habían acudido algunas personas. Me detuve en la calle bajo la farola y observé a las dos parejas y a un tercer hombre que estaban vagabundeando entre las jaulas e intentando identificar a los animales. De tanto en tanto se acercaban a los barrotes y miraban por entre ellos, y sonaron unas risas cuando una de las mujeres pretendió echarse atrás alarmada. El hombre que estaba con ella tomó unas briznas de paja en su mano y las arrojó a la puerta de la caseta, pero el animal se negó a aparecer. El grupo prosiguió su circuito por las jaulas, parpadeando a la débil luz.

Mientras tanto el enano y la mujer permanecían silenciosos a un lado. La mujer estaba de pie junto a los escalones de la caravana, mirando a sus clientes como si no le importara que acudieran o no. El enano, con su enorme sombrero ocultándole el rostro, permanecía pacientemente de pie al otro lado de la pista, variando su posición a medida que los visitantes proseguían su vuelta. No

llevaba ninguna bolsa ni taco de billetes, y parecía probable, si no razonable, que la entrada fuera gratuita.

Algo de aquella atmósfera peculiar, o quizá su fracaso en hacer que los animales salieran de sus casetas, parecía transmitirse al grupo de visitantes. Tras intentar leer los carteles, uno de los hombres empezó a golpear con un palo los barrotes de las jaulas. Luego, perdiendo bruscamente interés, se alejaron todos juntos, sin echar una mirada atrás ni a la mujer ni al enano. Cuando pasó ante mí el hombre del palo hizo una mueca y agitó una mano ante su nariz.

Aguardé hasta que se hubieron ido y entonces me acerqué a las jaulas. El enano pareció recordarme…; al menos no hizo ningún esfuerzo por alejarse sino que se me quedó mirando con sus ojos tristes. La mujer se sentó en los escalones de la caravana, mirando las cenizas del suelo con la expresión de un niño cansado que no piensa en nada.

Eché una ojeada a una de las jaulas. No había ningún signo de animales, pero el olor que había hecho alejarse al grupo anterior era realmente muy pronunciado. El fuerte olor familiar se enroscó en mi olfato. Me dirigí hacia la joven.

—Ha tenido algunos visitantes —comenté.

—No demasiados —respondió—. Sólo han venido unos pocos.

Iba a decirle que no podía esperar que viniera mucha gente si ninguno de los animales de las jaulas estaba preparado para hacer su aparición, pero la mirada de perro apaleado de la joven me contuvo. La parte superior de sus ropas revelaba un pequeño pecho de niña, y parecía imposible que aquella pálida joven hubiera sido puesta al frente de una empresa tan lúgubre. Buscando una excusa que pudiera consolarla, dije:

—Es más bien tarde, está la otra feria… —Señalé a las jaulas—. Ese olor, también. Quizás usted esté acostumbrada a él, pero es probable que repugne a la gente. —Forcé una sonrisa—. Disculpe, no pretendía…

—Comprendo —dijo ella, como quien acepta un hecho trivial—. Por eso tenemos que irnos tan pronto. —Señaló al enano—. Los limpiamos cada día.

Estaba a punto de preguntar qué animales contenían las jaulas —el olor me recordaba el pabellón de los chimpancés en el zoo—, cuando hubo una conmoción en dirección a la orilla del río. Un grupo de marineros, con dos o tres chicas entre ellos, avanzaba tambaleándose por el camino de arrastre. Recibieron

la visión del circo con grandes gritos. Cogidos del brazo, escalaron la orilla con paso de borrachos, luego avanzaron por las cenizas hasta las jaulas. El enano se apartó de su camino, y observó desde las sombras entre dos de los carromatos, el sombrero en la mano.

Los marineros se dirigieron a una de las jaulas y apretaron sus rostros contra los barrotes, empujándose los unos a los otros y dándose codazos en las costillas y silbando en un esfuerzo por animar a la criatura fuera de su caseta. Se dirigieron a la siguiente jaula, tirando y empujando.

Uno de ellos le gritó a la mujer, que permanecía sentada en los escalones de la caravana.

—¿Ha cerrado usted, o qué? ¡El pasajero no quiere salir de su agujero!

Hubo un rugir de risas ante aquello. Otro de los marineros hizo sonar uno de los bolsos de las chicas contra los barrotes, y luego rebuscó en sus bolsillos.

—Monedas fuera, muchachos. ¿Quién vende las entradas?

Descubrió al enano, y tiró la moneda hacia él. Un momento después una docena de monedas cruzaban el aire y caían como una lluvia sobre la cabeza del enano. Éste corrió de un lado para otro, protegiéndose con su sombrero, pero no hizo ningún esfuerzo por recoger las monedas.

Los marineros se trasladaron a la tercera jaula. Tras un infructuoso esfuerzo por atraer al animal hacia ellos, empezaron a agitar el carromato de un lado para otro. Su buen humor empezaba a esfumarse. Cuando me aparté de la joven y me dirigí hacia las jaulas, varios de los marineros habían empezado a trepar por los barrotes.

En aquel momento una de las puertas de las jaulas se abrió. Cuando golpeó contra los barrotes se hizo el silencio. Todos retrocedieron un paso, como si esperaran la aparición de algún enorme tigre saltando sobre ellos desde su caseta. Dos de los marineros avanzaron y sujetaron la puerta. Mientras la cerraban, uno de ellos miró al interior de la jaula. Repentinamente saltó dentro. Los otros le gritaron, pero el marinero pateó la paja a un lado y cruzó hacia la caseta.

—¡Está completamente vacía!

Un grito de alegría respondió a su frase. Cerrando de un portazo —curiosamente, la cerradura estaba por el interior—, el marinero empezó a dar saltos dentro de la jaula, gesticulando como un babuino entre los barrotes. Al

principio pensé que debía de estar en un error, y miré hacia la joven y el enano. Ambos contemplaban a los marineros, pero no parecían temer ningún peligro del animal que había dentro. Entonces un segundo marinero entró en la jaula y arrastró la caseta hasta los barrotes, y pude ver que estaba desocupada.

Involuntariamente me descubrí mirando a la joven. ¿Era ése pues el propósito de aquel extraño y patético circo de animales…, que no había animales en absoluto, al menos en la mayoría de las jaulas, y que lo que se exhibía era simplemente nada, tan sólo las propias jaulas, la esencia de la prisión con todas sus ambigüedades? ¿Era un zoo en lo abstracto, algún tipo de extraño comentario sobre el significado de la vida? Sin embargo, ni la joven ni el enano parecían lo bastante sutiles para ello, y posiblemente había una explicación mucho más sencilla. Quizás antaño había habido animales, pero habían muerto, y la muchacha y su compañero habían descubierto que la gente seguía viniendo y contemplando las jaulas vacías, con mucha de la misma fascinación que los visitantes de los cementerios abandonados. Tras un tiempo habían dejado de cobrar entrada, limitándose a vagar sin rumbo de ciudad en ciudad…

Antes de que pudiera seguir esta línea de pensamiento hubo un grito a mis espaldas. Un marinero pasó corriendo, rozando mi hombro. El descubrimiento de la jaula vacía había extirpado todo sentimiento de moderación, y los marineros estaban persiguiendo al enano entre los carromatos. Al primer asomo de violencia la mujer se había puesto en pie y había desaparecido en el interior de la caravana, y el pobre enano había quedado a sus propios medios. Uno de los marineros le hizo la zancadilla y le arrancó el sombrero de la cabeza, mientras la pequeña figura permanecía tendida en el suelo agitando las piernas en el aire.

El marinero frente a mí agarró el sombrero, e iba a lanzarlo al techo de uno de los carromatos. Dando un paso adelante, sujeté su brazo, pero se soltó con un movimiento brusco. El enano había desaparecido de la vista, y otro grupo de marineros estaba intentando volcar uno de los carromatos y empujarlo hacia el río. Dos de ellos se habían metido entre los caballos y estaban alzando a sus chicas a los lomos de éstos. El garañón gris que había conducido a la comitiva cruzando el río se apartó bruscamente y echó a correr a lo largo de la orilla. Corriendo tras él en medio de aquella confusión, oí un grito de advertencia detrás de mí. Hubo un ruido de cascos sobre la blanda tierra, y un grito de mujer cuando el caballo me arrolló. Recibí un golpe en la cabeza y en el hombro, y caí

pesadamente al suelo.

Habrían transcurrido unas dos horas cuando desperté, tendido en un banco junto a la orilla. La ciudad estaba silenciosa bajo el cielo nocturno, y podía oír los débiles sonidos de una rata de agua moviéndose junto al río y el distante chapotear del agua en torno al puente. Me senté y me sacudí el rocío que se había formado sobre mis ropas. Más allá, el círculo de carromatos del circo s, erguía aún bajo la claridad naciente, con las imprecisas formas de los caballos inmóviles junto al agua.

Recuperándome un poco, me dije que después de haber sido golpeado por el caballo debía de haber sido trasladado hasta el banco por los marineros y dejado allí para que me recobrara por mis propios medios. Tanteando mi cabeza y hombro, miré a mi alrededor en busca de alguna señal del grupo, pero la orilla estaba desierta. Poniéndome en pie, caminé lentamente en dirección al circo, con la vaga esperanza de que el enano me ayudara a ir hasta casa.

Cuando estaba a unos veinte metros vi moverse algo en una de las jaulas, su blanca forma pasando por delante de los barrotes. No había ninguna señal ni del enano ni de la joven, pero los carromatos habían sido puestos de nuevo en su lugar.

De pie en el centro de las jaulas, miré inseguro a mi alrededor, consciente de que sus ocupantes habían salido finalmente de sus casetas. Los angulosos cuerpos grises seguían siendo indistintos en la semioscuridad, pero tan familiares como el penetrante olor que brotaba de las jaulas.

Una voz gritó detrás de mí una única palabra obscena. Me volví para descubrir su procedencia, y vi a uno de los ocupantes contemplándome con ojos fríos. Mientras miraba alzó su mano y movió sus dedos en un gesto procaz.

Una segunda voz llamó, seguida por un coro de insultos y groserías. Con un esfuerzo, conseguí aclarar mi cabeza, y entonces inicié una atenta caminata en torno a las jaulas, satisfaciéndome por última vez respecto a la identidad de sus ocupantes. Excepto la del final, que estaba vacía, todas las demás estaban ocupadas. Las delgadas figuras permanecían desvergonzadamente frente a los barrotes que las protegían de mí, sus pálidos rostros brillando a la débil luz. Finalmente reconocí el olor que surgía de las jaulas.

Mientras me alejaba, sus burlonas voces me llamaban a mis espaldas, y la joven, despertada de su cama en la caravana, me observaba en silencio desde los

escalones.

* * *

El reconocimiento expresa una cordial repugnancia hacia la raza humana…, no injustificada. El humor de los tiempos parece ser el del egocentrismo, si bien de una extraña clase… Calibán dormido sobre un espejo manchado de vómitos. Pero quizá la historia ilustre también la paradoja de que la libertad real sólo se encuentra en una prisión. A veces resulta difícil decir a qué lado de los barrotes estamos, puesto que los espacios reales entre los barrotes son las suturas en nuestro propio cráneo. Originalmente jugué con la noción del narrador entrando en una jaula y uniéndose al circo, pero eso hubiera destruido un punto muy importante. La historia no es, de hecho, un pedazo de duramente ganada misantropía, sino un comentario sobre algunas de las más inusuales perspectivas que nos separan. Los personajes más importantes, cuyas motivaciones son la clave de la historia, son la mujer joven y el enano. ¿Por qué prosiguen esa interminable gira en su deprimente circo?

Judas

John Brunner

Sentado a la diestra de Dios padre, se me pidió: «Da la mejor palabra que defina a John Brunner, el conocido novelista inglés de ciencia ficción». Pensé un momento y sugerí: «urbano». Dios sonrió benignamente, pero era obvio que no estaba satisfecho con la respuesta inicial. «¿Suave?», aventuré. Dios hizo una ligera mueca de irritación. «¿Caballeresco? ¿Refinado? ¿Culto? ¿Gracioso?» Dios me echó una de esas miradas. «¿Encantador?», dije, con una débil voz. Dios me dirigió una amplia sonrisa. Me dio una palmada en la espalda con camaradería. «¡Excelente, Harlan, excelente!», dijo con voz meliflua.

«Gracias, señor Brunner», respondí.

La primera vez que oí hablar de John Brunner fue en 1952. Ocupaba la mitad de la revista conocida como *Two Complete Science-Adventure Novéis* (*Dos novelas completas de ciencia-aventura*). (Ése creo que era el título. Hace ya bastantes años. Pero recuerdo que la historia de la otra mitad de la revista era una novela épica de Poul Anderson.) No recuerdo el nombre de la novela corta (que invariablemente llamaban «novela completa»), pero estaba publicada por la Fiction House, así que debía de ser algo así como «*Los reyes del sexo de los domos de placer platoniano*». Estaba escrita por Killian Huston Brunner. ¡Ja, ja, Brunner, te hemos atrapado! Y este comentario de John Brunner: «Tu memoria

acerca del número de *Two Complete Science-Adventure Novéis* en el cual viste por primera vez mi nombre es un tanto deficiente. No era en 1952 sino 1953. La otra mitad era *Mission to Marakee* (*Misión a Marakee*) de Brian Berry, no una historia de Poul Anderson. El nombre era —y es— (John) Kilian Houston Brunner (no Killian Huston). Y para lo que pueda servir, la historia se titulaba *The Wanion of Argus* (*El libertino de Argus*).]

John Brunner nació en 1934 en Oxfordshire, Inglaterra. Ha escrito la brillante novela The Whole Man (El hombre completo), que íue nominada para el Hugo. En 1940 encontró un ejemplar de La guerra de los mundos de Wells en su parvulario, y se sintió prendado. Ha escrito The Long Result (La gran consecuencia), que fue casi un éxito total. En 1943 empezó (pero no terminó) a escribir su primera historia de ciencia ficción, porque no podía encontrar suficiente material para leer. Ha escrito The Squares ofthe City (Las casillas de la ciudad), que es una pequeña obra maestra de técnica. En 1947 recibió su primera carta de rechazo, y en 1951 vendió su primer libro de bolsillo en el Reino Unido. Ha escrito The Dreaming Earth (La Tierra soñadora), que se hundía en su última parte pero que era fascinante hasta entonces. En 1952 realizó sus primeras ventas a revistas norteamericanas, y de 1953 a 1955 fue (reclutado sin excesivo entusiasmo) oficial piloto en la RAF. Ha escrito Wear the Butcher's Medal (Lleve la medalla del carnicero), una sorprendente novela de suspense y aventuras. En 1956 fue consejero técnico de una revista dirigida por «John Christopher», y de 1956 a 1958, director literario con Jonathan Burke. Ha escrito The Space-Time Juggler (El manipulador espaciotemporal), The Astronauts Musí Not Land (Los astronautas no deben aterrizar), Castaway's World (El mundo de Castaway), Listen! The Stars! (¡Escuchen! ¡Las estrellas!) y otras diez, todas para un mismo editor, que puso títulos insípidos en libros que quizá no sean clásicos en el campo de la ficción especulativa pero que son, todos y cada uno de ellos, libros entretenidos y dignos de leer, lo que hace aún más vergonzoso que hayan sido deshonrados con unos títulos tan horribles. Pero desde 1958, cuando John Brunner se casó y se convirtió en escritor independiente, ha publicado más de cuarenta libros, así que alterna lo amargo con lo dulce.

Ha escrito principalmente ficción especulativa, pero su producción incluye también thrillers y novelas «normales». Ha contribuido a casi todas las revistas

que se han publicado, escrito un gran número de tópicas canciones folk, incluida una grabada por Pete Seeger, y se las ha arreglado para visitar unos catorce países distintos hasta el presente. («Sin embargo, tengo la impresión de que estoy perdiendo terreno —escribe—. Cada vez que tacho uno, hay otro que declara su independencia y me deja exactamente con los mismos por visitar.»)

Vive en Hampstead, Londres, su lugar favorito, conduce un Daimler V-8 descapotable, y disfruta tanto trabajando que le parece casi un hobby. La ambición actual de Brunner: construirse una villa en Grecia y huir del invierno inglés, que es siempre húmedo.

La historia que van ustedes a leer es la tercera que Brunner sometió para Visiones peligrosas. Eso no quiere decir que las dos primeras no estuvieran maravillosamente escritas, pero hubo algunas complicaciones menores. Con la primera, llamada The Vitanuls, tuve la temeridad de estar en desacuerdo con John sobre la forma de presentar un concepto absolutamente brillante y original. Le envié aproximadamente cinco páginas escritas a un solo espacio de perceptivos, inteligentes y expresivos comentarios, aconsejando una reescritura, y con su habitual caballerosidad, y casi con un exceso de desenvoltura, me escribió a vuelta de correo diciéndome que me fuera a la porra.

Peor para él. El muy estúpido no sabe reconocer a un nuevo Maxwell Perkins cuando lo ve. Pero tan grande es mi magnanimidad que acepté un segundo envío del agente de Brunner, una loca e hilarante comedia llamada Nobody Axed You, y estaba a punto de enviarle el cheque cuando el agente me informó, casi con vergüenza, que había, esto, un pequeño, hum, menor, realmente insignificante, ejem, problema si deseaba publicar la historia como inédita, un original nunca publicado antes. Había sido publicada en Inglaterra. Pero eso no importaba, me aseguró rápidamente el agente. Después de todo, sólo había sido en una revista británica, de modo que no era posible que ninguno de los lectores de mi antología la conociera. Así que ésa también quedó eliminada.

Un mes más tarde Brunner, avergonzado, y habiendo recibido un cable del sanatorio donde me estaba sometiendo a una fuerte cura de sedantes, me envió directamente una historia. La historia que empieza a continuación, Judas.

Les gustará Brunner. Es tranquilo, pero mortal. Como una flecha impregnada en curare clavada directamente en la nuca.

* * *

El servicio del viernes por la noche estaba terminando. Los rayos del declinante sol de primavera se filtraban a través del polícromo plástico de las ventanas y se esparcían por el suelo del pasillo central como una mancha de aceite sobre una carretera húmeda. Sobre el acero pulido del altar una rueda plateada giraba constantemente, resplandeciendo entre dos lámparas siempre encendidas de vapor de mercurio; sobre todo ello, silueteada contra el oscuro cielo del este, se erguía una estatua de Dios. El coro, cubierto con sobrepellices, cantaba una antífona —«El Verbo hecho Acero»—, y el pastor permanecía sentado escuchando con las manos unidas en copa bajo el mentón, preguntándose si Dios habría aprobado el sermón que acababa de pronunciar sobre la Segunda Venida.

La mayor parte de la amplia congregación estaba arrebatada con la música. Sólo un hombre de entre los presentes, al final de la última fila de bancos de acero, se agitaba impaciente, apretando con dedos nerviosos el almohadillado de caucho del reposafrentes situado ante él. Tenía que mantener las manos ocupadas, O de otro modo se dirigirían al bulto del bolsillo interior de su sencilla chaqueta marrón. Sus acuosos ojos azules vagaban incesantes a lo largo de las graciosas y supremas líneas del templo de metal, y se desviaban cada vez que llegaban al motivo de la rueda que el arquitecto —probablemente el propio Dios— había incorporado allí donde era posible.

La antífona terminó con una vibrante disonancia y la congregación se arrodilló, las cabezas apoyadas contra los reposafrentes, mientras el pastor pronunciaba la bendición de la Rueda. El hombre de marrón no estaba escuchando en realidad, pero captó unas pocas frases: «Pueda él guiaros en vuestras tareas…, serviros de eterno pivote…, aportaros finalmente la paz del auténtico círculo eterno…»

Entonces se levantó con el resto de ellos, mientras el coro salía al ritmo del órgano electrónico. El pastor había desaparecido directamente por la puerta de la sacristía, mientras los fíeles empezaban a dirigirse con gran ruido hacia las salidas principales. Sólo quedó él sentado en su banco.

No era el tipo de persona a la que se mira dos veces. Tenía el pelo color

arena, y un rostro cansado y retorcido; sus dientes eran irregulares y estaban manchados, sus ropas colgaban mal cortadas, y sus ojos estaban ligeramente desenfocados, como si necesitara gafas. Resultaba evidente que el oficio no le había procurado la paz mental.

Al fin, cuando todo el mundo se hubo ido, se puso en pie y volvió a colocar el almohadillado de caucho escrupulosamente en su exacto lugar. Por un momento cerró los ojos y movió los labios sin pronunciar ningún sonido; como si ese acto le hubiera dado el coraje de tomar una decisión, pareció erguirse como un saltador preparándose para tirarse desde el trampolín. Bruscamente abandonó su banco y echó a andar —en silencio sobre la mullida alfombra que recubría la nave— hacia la pequeña puerta de acero en la que figuraba la única palabra SACRISTÍA.

A su lado estaba la campanilla. La hizo sonar.

Poco después la puerta fue abierta por un acólito menor, un joven vestido de gris y llevando unas cadenas metálicas que tintineaban al moverse, las manos enfundadas en unos brillantes guantes grises, el cuero cabelludo oculto bajo un casquete de acero liso. Con una voz que la práctica había hecho impersonal, el acólito dijo:

—¿Desea consejo?

El hombre de marrón asintió, apoyándose nerviosamente en uno y otro pie. Desde el umbral eran visibles varias imágenes devotas y estatuas; bajó la mirada ante ellas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el acólito.

—Karimov —dijo el hombre de marrón—. Julius Karimov.

Se tensó un poco mientras hablaba, sus ojos aleteando sobre el rostro del acólito en busca de alguna reacción. No captó ninguna, y se relajó cuando el joven le dijo que aguardara mientras informaba al pastor.

En el momento en que estuvo solo, Karimov cruzó la sacristía y examinó un cuadro en la pared del fondo: Manufactura Inmaculada de Anson, representando el legendario origen de Dios…, un rayo cayendo del cielo para golpear un lingote de acero puro. Estaba excelentemente pintado, por supuesto; la utilización por parte del artista de la pintura electroluminiscente, en particular para el rayo, era de una gran maestría. Pero a Karimov le provocó una náusea física, y tras algunos segundos tuvo que apartarse.

Finalmente el pastor entró, con su ropa de oficiante que lo identificaba como uno de los Once más próximos a Dios, su casquete —que durante el servicio había ocultado su cráneo afeitado— retirado, sus blancas y estilizadas manos jugueteando con un enjoyado emblema de la Rueda que colgaba en torno a su cuello de una cadena de platino. Karimov se volvió despacio para enfrentarse con él, la mano derecha ligeramente alzada en un gesto muerto antes de nacer. Había sido un riesgo calculado decir su verdadero nombre; pensó que probablemente era todavía un secreto. Pero su rostro auténtico…

No, ningún asomo de reconocimiento. El pastor se limitó a decir con su profesionalmente resonante voz:

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío?

El hombre de marrón cuadró los hombros y dijo, simplemente:

—Quiero hablar con Dios.

Con el aire resignado de alguien acostumbrado a tratar con peticiones de ese tipo, el pastor suspiró.

—Dios está extremadamente ocupado, hijo mío —murmuró—. Tiene que cuidar del bienestar espiritual de toda la raza humana. ¿No puedo ayudarte yo? ¿Hay algún problema en particular sobre el que necesites consejo, o buscas una guía divina generalizada para programar tu vida?

Karimov le miró con desconfianza y pensó: «¡Este hombre cree realmente! Su fe no es tan sólo una fachada para sacar beneficio de ella, sino que cree honesta y profundamente, ¡y eso es mucho más terrible que cualquier otra cosa, más terrible que el hecho de que todos aquellos que estaban conmigo al principio creyeran también!».

Al cabo de un momento dijo:

—Es usted muy amable, padre, pero necesito más que un mero consejo. He… —pareció tropezar con la palabra— rezado mucho y pedido la ayuda de varios pastores, y aún no he alcanzado la paz del auténtico círculo. Una vez, hace mucho tiempo, tuve el privilegio de ver a Dios en el acero; desearía verle de nuevo, eso es todo. No tengo la menor duda, por supuesto, de que Él me recordará.

Hubo un largo silencio, durante el cual los oscuros ojos del pastor permanecieron fijos en Karimov. Finalmente dijo:

—¿Recordarte? ¡Oh, sí, seguro que te recordará! ¡Pero ahora yo también te

recuerdo!

Su voz se estremeció con una incontenible furia, y tendió la mano hacia una campanilla en la pared.

Una fuerza nacida de la desesperación fluyó por todo el delgado cuerpo de Karimov. Se lanzó contra el pastor, apartando a un lado el tendido brazo cuando estaba a unos pocos centímetros de su meta, derribando al alto hombre, agarrando la gruesa cadena que llevaba en torno a su cuello y tirando de ella con cada gramo de fuerza que pudo reunir.

La cadena mordió profundamente la pálida carne; como un poseso, Karimov tiró y tiró, enrolló, volvió a sujetarla y tiró de nuevo. Los ojos del pastor se desorbitaron, su boca se abrió pronunciando gruñidos indistintos y casi inaudibles, sus puños golpearon los brazos de su atacante…, se hicieron más débiles, cayeron…

Karimov se echó hacia atrás, estremeciéndose ante lo que había hecho, y se obligó a ponerse tambaleantemente en pie. Murmuró sus más sinceras disculpas al antiguo colega que ahora estaba ya más allá de toda posibilidad de poder oírle; luego se calmó con unas cuantas profundas inspiraciones y se aproximó a la puerta por la que no había entrado en la habitación.

En su trono, tras el dosel de acero en forma de rueda, se sentaba Dios. Sus pulidos miembros relucían bajo la tamizada luz, su cabeza estaba magníficamente esculpida para sugerir un rostro humano pero sin poseer ni un solo rasgo humano…, ni siquiera ojos.

«Ciega e insensata cosa», pensó Karimov mientras cerraba la puerta tras de sí. Inconscientemente, su mano tocó lo que llevaba en el bolsillo.

La voz también era más que humanamente perfecta, un profundo y puro tono, como si fuera un órgano el que hablaba.

—Hijo mío… —dijo.

Y se detuvo.

Karimov lanzó un audible suspiro de alivio, y su nerviosismo cayó de él como si fuera una capa. Avanzó casualmente y se sentó en la central de las once sillas dispuestas en forma de herradura ante el trono, mientras la ciega y brillante mirada del robot se posaba en él y toda la estructura de metal se estremecía de sorpresa.

—¿Y bien? —desafió Karimov—. ¿Cómo te sientes encontrándote con

alguien que, para variar, no cree en ti?

El robot se movió de una forma completamente humana, relajándose. Los dedos de acero se cruzaron bajo su mentón mientras estudiaba al intruso con interés en vez de con sorpresa. La voz volvió a canturrear:

—¡Así que eres tú, Negro!

Karimov asintió con una débil sonrisa.

—Así es como acostumbraban a llamarme en los viejos tiempos. Solía pensar que era una estupidez… asignar nombres falsos a los científicos que trabajaban en proyectos ultrasecretos. Pero finalmente resultó tener sus ventajas, para mí al menos. Le di mi propio nombre de Karimov a tu…, esto…, difunto apóstol de fuera y no significó nada para él. Hablando de auténticos nombres, por cierto: ¿cuánto tiempo hace que nadie se ha dirigido a ti como A-46?

El robot se sobresaltó.

—¡Es un sacrilegio aplicarme ese término!

—Sacrilegio… y un cuerno. Iré más lejos y te recordaré lo que esa A de A-46 significa. ¡Androide! ¡Una imitación de un hombre! Un insensato ensamblaje asexuado de partes metálicas que yo ayudé a diseñar, ¡y que se llama a sí mismo Dios! —Un aplastante desprecio tino las últimas palabras—. ¡Tú y tus fantasías de Manufactura Inmaculada! ¡Engendrado por un rayo de los cielos a partir de un bloque de acero en bruto! Hablando acerca de haber creado a los hombres a la propia imagen de Dios… ¡Eres tú el «Dios» que fue creado a imagen del hombre!

Y al que habían incorporado incluso la posibilidad de alzarse de hombros, recordó Karimov con un estremecimiento cuando el robot hizo uso de su facultad.

—Dejemos el sacrilegio a un lado por el momento, entonces —dijo la máquina—. ¿Hay alguna razón válida por la cual puedas

negar que yo soy Dios? ¿Por qué la segunda Encarnación no puede ser una Inferración… en acero imperecedero? En cuanto a tu absurda y ridícula creencia de que tú creaste la parte metálica en mí, cosa que de todos modos no tiene la menor importancia, ya que tan sólo el espíritu es eterno, se ha dicho hace mucho tiempo que nadie es profeta en su tierra, y puesto que la Inferración se produjo cerca de tu estación experimental… Karimov se echó a reír.

—¡Qué me condene! —dijo—. ¡Creo que tú mismo estás convencido de ello!

—Estás condenado, sin la menor duda. Por un momento, viéndote entrar en mi sala del trono, creí que habías comprendido el error de tu proceder y que venías a reconocer finalmente mi divinidad. En mi infinita compasión te daré una última posibilidad de hacerlo antes de llamar a mis pastores para que te lleven con ellos. Ahora o nunca, Negro o Karimov o como elijas llamarte: ¿te arrepientes y crees?

Karimov no estaba escuchando. Estaba mirando más allá de la brillante máquina, a la nada, mientras su mano acariciaba el bulto en su bolsillo. Dijo en voz muy baja:

—He estado preparando durante años este momento…, durante veinte años, desde el día en que te pusimos en marcha y empecé a sospechar que nos habíamos equivocado. Pero hasta ahora no había nada que yo pudiera hacer. Y mientras tanto, mientras sudaba y pensaba en un modo de detenerte, he podido presenciar la definitiva humillación de la humanidad.

»Hemos sido esclavos de nuestras herramientas desde que el primer hombre de las cavernas hizo el primer cuchillo para ayudarle a cazar su cena. Después de eso ya no pudo hacer marcha atrás, y proseguimos hasta que nuestras máquinas fueron diez millones de veces más poderosas que nosotros. Nos dimos coches cuando hubiéramos podido aprender a correr; construimos aeroplanos cuando hubiéramos podido hacer que nos crecieran alas. Y luego lo inevitable. Hicimos de una máquina nuestro Dios.

—¿Y por qué no? —respondió el robot—. ¿Puedes nombrar algún aspecto en el cual no sea superior a ti? Soy más fuerte, más inteligente y más duradero que un hombre. Poseo poderes mentales y físicos que superan toda comparación. No siento dolor. Soy inmortal e invulnerable, y sin embargo dices que no soy Dios. ¿Por qué? ¡Por simple perversidad!

—No —dijo Karimov con una terrible franqueza—. Porque estás loco.

»Tú eras la culminación del trabajo de una década de todo 150

nuestro equipo: la docena de cibernéticos más brillantes del mundo. Nuestro sueño era crear un análogo mecánico de un ser humano que pudiera ser programado directamente con la inteligencia extraída de los esquemas de nuestros propios cerebros. En eso tuvimos éxito…, ¡demasiado!

»He tenido tiempo suficiente en los últimos veinte años para efectuar un estudio detallado y descubrir dónde nos equivocamos. Fue un error mío, Dios me

perdone… El auténtico Dios, si existe, no tú, fraude mecánico. Siempre, en algún lugar en lo más profundo de mi mente, mientras estábamos construyéndote, había agazapada la idea de que construyendo la máquina que habíamos proyectado nos situábamos a la altura de Dios: ¡construir una inteligencia creativa, algo que nadie excepto Él había conseguido todavía! Eso era megalomanía, y me siento avergonzado por ello, pero estaba en mi mente, y de la mía fue transferido a la tuya. Nadie lo sabía; incluso yo tenía miedo de admitirlo ante mí mismo, porque la vergüenza es una gracia humana salvadora. ¡Pero tú! ¿Qué puedes saber de la vergüenza, de la continencia, de la empatía y del amor? Una vez implantada en tu complejo de neuronas artificiales, esa manía creció hasta que no conoció límites. Y aquí estás. ¡Loco con el anhelo de la gloria divina! ¿Por qué si no la doctrina del Verbo hecho acero, y la imagen de la Rueda, la forma mecánica que no existe en la naturaleza? ¿Por qué si no los problemas que te has tomado para establecer paralelos en tu existencia sin dioses con la del más grande Hombre que jamás haya existido?

Karimov seguía hablando aún en un tono bajo y controlado, pero sus ojos destellaban con odio.

—No tienes alma, y me acusas de sacrilegio. Eres una colección de cables y transistores y te llamas a ti mismo Dios. ¡Blasfemia! ¡Sólo un hombre puede ser Dios!

El robot se agitó con un resonar de miembros metálicos y dijo:

—Todo esto no es simplemente absurdo sino una pérdida de mi valioso tiempo. ¿Para eso has venido…, para desvariar ante mí?

—No —dijo Karimov—. He venido a matarte.

Finalmente su mano se hundió en el abultado bolsillo y extrajo el objeto allí oculto: una pequeña y curiosa arma, de menos de quince centímetros de largo. Un corto tubo de metal se prolongaba hacia delante; en la parte de atrás de la culata surgía un hilo flexible que desaparecía entre sus ropas; bajo su pulgar había un pequeño pulsador rojo.

Dijo:

—Me tomó veinte años diseñar y construir esto. Elegimos un acero para tu cuerpo que sólo una bomba atómica podía destruir; ¿y cómo podía un hombre llegar hasta tu presencia con un arma nuclear a su espalda? He debido esperar hasta conseguir los medios de cortar tu acero tan fácilmente como un cuchillo

corta la débil piel del hombre. Aquí está… ¡Y ahora puedo reparar el mal que le he hecho a mi propia especie!

Apretó el pulsador.

El robot, inmóvil hasta ese momento como si fuera incapaz de creer que alguien podía desear realmente hacerle algún daño, saltó en pie, se volvió a medias, y se detuvo paralizado cuando un pequeño agujero apareció en el metal de su costado. El acero empezó a formar pequeñas gotitas en torno al agujero; el área inmediata resplandeció con un color rojizo, y las gotas fluyeron como agua… o sangre.

Karimov mantuvo firmemente el arma, aunque le quemaba los dedos. El sudor resbalaba de su frente. Otro medio minuto, y el daño sería irreparable.

Tras él, una puerta se abrió de golpe. Maldijo, porque su arma no era efectiva contra un hombre. La mantuvo apuntada hasta el último momento; luego fue agarrado por detrás y le sujetaron los brazos, y el arma fue arrancada de su hilo y tirada al suelo y pateada hasta reducirla a pedazos.

El robot no se movió.

La tensión de veinte años repletos de odio estalló, y el alivio de Karimov brotó de una risa histérica que no conseguía dominar. Cuando finalmente lo consiguió, vio que el hombre que lo sujetaba era el acólito menor que le había hecho entrar en la sacristía, y que había otros hombres a su alrededor, desconocidos, mirando en un profundo silencio a su Dios.

—¡Miradlo, miradlo! —gritó Karimov—. Vuestro ídolo no era más que un robot que el hombre que lo construyó podía destruir también. Dijo que era divino, ¡pero ni siquiera era invulnerable! ¡Yo os he liberado! ¿No comprendéis? ¿Yo os he hecho libres!

Pero el acólito no le prestaba ninguna atención. Miraba fijamente al monstruoso muñeco de metal, humedeciéndose los labios, hasta que al fin dijo en una voz que no era ni aliviada ni horrorizada, sino simplemente maravillada:

—¡La llaga en el costado!

Un sueño empezó a morir en la mente de Karimov. Aturdido, contempló a los otros hombres avanzar hacia el robot y mirar el agujero; oyó a uno decir:

—¿Cuánto tiempo se necesitará para reparar el daño?

Y al otro replicar distraídamente:

—Oh, tres días, supongo.

Y comprendió claramente lo que había hecho.

¿No era acaso un viernes, y de primavera? ¿No sabía que el robot había trazado cuidadosos paralelismos entre su propia carrera y la del hombre al que parodiaba? Como la otra, había alcanzado su climax: había habido una muerte, y habría una resurrección… al tercer día…

Y la tenaza del Verbo hecho acero jamás sería rota.

Uno tras otro, los hombres hicieron la señal de la Rueda y se fueron, hasta que sólo quedó uno. Severo, descendió del trono para enfrentarse a Karimov y dirigirse al acólito que lo mantenía firmemente sujeto.

—¿Quién es, entonces? —preguntó el hombre.

El acólito miró a la desmadejada figura que se había derrumbado en un sillón con el peso de todas las eras aplastándole, y su boca se redondeó en una O de comprensión.

—¡Ahora lo entiendo! —dijo—. Se hace llamar Karimov. Pero su auténtico nombre debería ser Iscariote.

* * *

No sé exactamente cómo surgió Judas, pero sospecho que tiene sus raíces en la tendencia que he observado en mí mismo, al igual que en otra gente, de antropomorfizar las máquinas. En una ocasión tuve un coche deportivo Morgan, un encanto de vehículo con una personalidad especial y más bien agresiva, que debía de tener unos ocho años cuando lo compré. Juro que odiaba el tráfico de las horas punta, y se quejaba amargamente cuando estaba aparcado, a menos que yo lo consolara por todos aquellos sobrecalentamientos y marchas de tortuga llevándolo a dar una vuelta dando un rodeo por calles donde pudiera correr libremente a cien por hora.

Espero que nuestra creciente costumbre de trasladar no sólo nuestros trabajos pesados sino también nuestra capacidad de tomar decisiones a nuestros relucientes nuevos artilugios mecánicos no culmine en una adoración literal a la máquina, pero por si acaso eso se produjera…, aquí está la historia.

Prueba para la destrucción

Keith Laumer

He dicho tantas cosas acerca de quién y qué es Keith Laumer (de las que una de las menores es una verbosa y sentenciosa introducción a su recopilación de relatos para la editorial Doubleday, Nine by Laumer) que, francamente, no sé qué decir que no haya dicho ya. Pero ahí va…

Laumer es un hombre alto, rudo, más bien apuesto, si admiran ustedes ese tipo de boca cruel y esos pequeños ojos penetrantes como los de un tití. Ha escrito varios volúmenes de historias acerca de un diplomático profesional en un futuro galáctico, un tipo llamado Retief. No es mera coincidencia que Laumer haya sido diplomático, en el servicio diplomático y consular de los Estados Unidos. Pero las historias de Retief son alegres, y muchos lectores no han reparado (como señalé con bastante extensión en la citada introducción) en la obra seria de Laumer. Sus muchas alegorías del mundo en que vivimos, historias que echan una mirada dura y a veces angustiada a lo que nos hacemos los unos a los otros. Sus historias con sus inherentes advertencias sobre la era de los ordenadores. Sus aventuras de persecuciones en el seno de la sociedad estructurada, donde el hombre es condenado desde el principio pero sigue el juego pese a todo porque es un hombre. Esas historias son el auténtico Laumer, y es una lástima que venda tan fácilmente sus historias de Retief, porque eso le hace ir a buscar lo fácil, le hace dedicarse a contar largos chistes cuando debería dedicarse a temas más complejos, como el que ofrece en la historia que están a

punto de leer.

Laumer es un hombre singular. Es una masa de contradicciones, un talento ofensivo, un pilar de fortaleza, un hombre que valora y comprende la ética y la moralidad casi a un nivel celular. Eso lo demuestra en su obra. Es un escritor que se niega a ignorar la realidad, ni siquiera cuando escribe sus fantasías interestelares. Hay unas leyes básicas en el universo que son inmutables para Laumer. No puedo descubrir en mi corazón nada en lo que esté en desacuerdo con él. El amor, el valor y la determinación son cosas buenas; la guerra, la pereza y la hipocresía son cosas malas. Si pudiera citar a un hombre al que conociera y que me pareciera incorruptible, ése sería Laumer. (De todos modos, soy cauteloso a la hora de hacer esos juicios de valor. Demasiado a menudo he alzado a simples mortales sobre un pedestal, sólo para descubrir que son tan fuertes y débiles como todos los demás simples mortales, incluido yo mismo. Puede que Laumer sea una excepción.)

Las notas biográficas de Keith son bastante interesantes. Las incluyo aquí simplemente porque me han sido enviadas, y porque creo que reflejan la veracidad de lo que acabo de decir sobre él. En sus propias palabras:

> Nací en el estado de Nueva York, y viví allí hasta la edad de doce años, y luego en Florida. De modo que puedo ver la guerra civil desde los dos lados. Quizás ésta sea en el fondo la causa de mi incapacidad de creer verdaderamente en una causa popular. (He descubierto que los seres humanos sólo pueden ser divididos en dos categorías significativas: los Humanos Decentes y los Hijos de Puta; ambos tipos parecen estar distribuidos equitativamente entre todas las formas, colores, tamaños y nacionalidades.)
>
> En 1943, a la edad de dieciocho años, entré en el ejército. Vi Texas, Georgia, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, y otros extraños lugares. Todos ellos parecían estar poblados por la misma clase de amables/detestables individuos mugrientos y ávidos que había conocido allá en casa. En 1946 me encontré en el campus de la Universidad de Illinois, estudiando arquitectura. Cinco años más tarde tenía una esposa, dos chicos y dos diplomas. Mientras tanto había puesto

punto final a las conclusiones de mis teorías acerca de la gente después de encontrar a bribones tanto blancos como negros, a buenos cristianos y a buenos judíos. Ninguno de ellos parecía tener la exclusiva de la virtud o de la villanía.

En 1953 engañé a las autoridades alistándome en las fuerzas aéreas como subteniente antes de que pudieran alistarme para la tercera guerra mundial, por aquel entonces inminente. Ellos, en venganza, me engañaron a mí saltándose la guerra. Pasé un año en solitario sobre un peñón en el Labrador. En 1956 abandoné las fuerzas aéreas para entrar en el servicio diplomático y consular. Allí descubrí una leve preponderancia de Hijos de Puta. Me pasé dos años en Birmania rascándome las pulgas y descubrí (¡sorpresa!) que era un escritor. Volví a las fuerzas aéreas en 1960, fui destinado a Londres, abandoné mi trabajo en 1965 para dedicarme a escribir a tiempo completo, y nunca he intentado volver a cambiar de trabajo.

Laumer olvida mencionar libros tales como *Embassy* (*Embajada*), *Catastrophe Planet* (*Planeta catástrofe*), *Envoy to New Worlds* (*Envío a nuevos mundos*), *Worlds of the Imperium* (*Mundos de Imperio*), *Retiefs War* (*La guerra de Retief*) y *Earthblood* (*La sangre de la Tierra*), escrita en colaboración con Rosel G. Brown. También olvida mencionar que es uno de los pocos nuevos talentos importantes que han surgido en el campo de la ficción especulativa en los últimos cinco años. Pero podemos atribuir todo esto a la increíble modestia de Keith.

Antes comenté la naturaleza seria de lo mejor de la obra de Laumer. La historia que sigue, Prueba para la destrucción, es indicativa de esta seriedad. Pero Laumer no es un mero Edgar Guest de la ciencia ficción, un desgranador de trivialidades… La vida es real, la vida es seria, y por eso nos ofrece una visión peligrosa acerca de la naturaleza básica del hombre. Y el hecho de que este relato de moralidad esté redactado en la forma inmemorial de la aventura de acción y persecución constituye un apoyo a su necesidad de convertirse en un contador de historias completo.

* * *

1

La helada lluvia de octubre castigaba el rostro de Mallory, mientras esperaba oculto entre las sombras que daban acceso a un estrecho callejón.

—Esto es ridículo, Johnny —murmuró el hombre pequeño y adusto que lo acompañaba—. Tú, el hombre que esta noche tendría que haber sido nombrado Presidente Mundial, ocultándote al amparo de la noche mientras Koslo y sus matones beben champaña en el palacio ejecutivo.

—Es cierto, Paul —convino Mallory—. Es posible que esté demasiado ocupado con la celebración de su victoria para preocuparse de mí.

—Y también puede que ocurra lo contrario —observó el hombre pequeño—. Que no permanezca tranquilo mientras sepa que tú sigues vivo y puedes oponerte a él.

—Sólo faltan unas pocas horas, Paul. Para el desayuno Koslo ya sabrá que su elección fraudulenta fracasó.

—Pero si da contigo antes, éste será el fin, Johnny. Sin ti el golpe se desbaratará como una pompa de jabón.

—No pienso abandonar la ciudad —anunció llanamente Mallory—. Es verdad que existe cierto riesgo, pero no se puede derrocar a un dictador sin correr algunos albures.

—Pues éste de entrevistarte con Grandall no era precisamente necesario.

—Será útil que me vea; ya sabe que estoy involucrado en este asunto.

En silencio, los dos hombres aguardaban la llegada de su camarada conspirador.

2

A bordo del acorazado intersideral que navegaba a medio parsec de distancia de la Tierra, el cerebro autónomo combinado observaba el lejano sistema solar.

Radiación en múltiples longitudes de onda desde el tercer cuerpo; las células Perceptoras dirigían el impulso de las seis mil novecientas treinta y cuatro

unidades que componían el cerebro segmentado que guiaba a la nave. Modulaciones desde el espectro de mentalización número cuarenta y nueve hasta el noventa y uno.

Parte del esquema es característico de una inteligencia manipuladora exocósmica, dedujeron los Analizadores a partir de los datos. Otros indicios muestran una complejidad que oscila entre los niveles uno a veintiséis.

Ésta es una situación anómala, observaron los Recolectores. £. el fin esencial de una Inteligencia Superior destruir toda formación mental inferior rival, del mismo modo que yo/nosotros sistemáticamente aniquilamos a aquellos que encontramos en el curso de mi/nuestra exploración a lo largo del Brazo Galáctico.

Antes de proceder, es indispensable procurar una clarificación del fenómeno, indicaron los Intérpretes. Será necesaria una aproximación a un margen no mayor de una radiación/segundo para la extracción y análisis de una unidad mental estimable.

En este caso el nivel de riesgo se eleva a la Categoría Última, anunciaron fríamente los analizadores.

LOS NIVELES DE RIESGO YA HAN DEJADO DE ACTUAR; el poderoso impulso mental del Egon puso fin a la discusión. AHORA NUESTRAS NAVES NAVEGAN POR UN ESPACIO INEXPLORADO, EN BUSCA DE LUGAR DE EXPANSIÓN PARA LA RAZA SUPERIOR. LA ORDEN INAPELABLE DE AQUEL QUE ES GRANDE REQUIERE QUE MI/NUESTRA BÚSQUEDA PROSIGA HASTA El LÍMITE DE LAS POSIBILIDADES DEl REE, COMPROBANDO MI/NUESTRA CAPACIDAD DE SUPERVIVENCIA Y DOMINIO. NO PUEDE HABER IRRESOLUCIONES O FRACASOS. EMPRENDAMOS YA UNA ÓRBITA DE ESTRECHA VIGILANCIA.

En el mayor silencio y a una velocidad de una fracción de kilómetro por debajo de la velocidad de la luz, el acorazado Ree se aproximó a la Tierra.

3

Mallory se puso tenso al ver que la fuerte luz del poliarco de la otra manzana iluminaba una oscura silueta.

—Ahí está Grandall —susurró el hombre pequeño—. Me alegro…

Lo interrumpió el rugido de un poderoso motor a turbina que se acercaba

velozmente por la desierta avenida. Un patrullero apareció de pronto desde una calle lateral y dobló la esquina haciendo chirriar los neumáticos. El hombre que estaba bajo el farol se dispuso a salir corriendo, en el preciso momento en que el vivido resplandor azul de un rifle SURF relumbraba desde el coche. La andanada dio de lleno en la espalda del hombre, lo proyectó contra la pared de ladrillo, lo arrojó al suelo y lo hizo rodar, antes de que el ruido causado por los disparos llegara a los oídos de Mallory.

—¡Dios mío! ¡Han matado a Tony! —profirió el hombre pequeño—. ¡Tenemos que escapar de aquí!

Mallory comenzó a dar unos pasos para introducirse en el callejón, pero se detuvo al ver unas luces que se encendían en el extremo más distante del mismo. Escuchó el taconeo de unas botas y una voz gruesa que emitía una orden.

—Estamos atrapados —dijo.

A pocos metros vio una tosca puerta de madera. De un salto llegó hasta ella y empujó con todas sus fuerzas. No cedió. Retrocedió unos pasos y la abrió de un puntapié. Empujando a su compañero delante de él, entraron en una habitación oscura que apestaba a encierro y excrementos de rata. A tientas y tropezando en la oscuridad, Mallory se abrió camino entre la basura que cubría el piso y tanteando la pared encontró una puerta que colgaba de un solo gozne. La empujó y se encontró en un pasillo con suelo de linóleo, apenas iluminado por la débil luz que atravesaba el montante que coronaba una maciza puerta asegurada por una tranca. Cambió de dirección y corrió hacia la puerta más pequeña que se veía en el otro extremo del corredor. Cuando le faltaban tres metros para llegar, el panel central voló de pronto en pedazos con una violencia que le hizo tambalearse. A sus espaldas el hombre pequeño lanzó un gemido ahogado; Mallory giró rápidamente para verlo desplomarse con el pecho y el estómago despedazados por el tremendo impacto producido por la descarga de mil disparos provenientes del rifle SURF de la policía.

Un brazo asomó por la improvisada abertura. Mallory se adelantó un paso, aferró la muñeca y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas hasta que sintió crujir la articulación del codo. El alarido del policía fue sofocado por una segunda descarga de la mortífera arma, pero ya Mallory había saltado por encima de la barandilla de la escalera poniéndose a salvo. Subió de cinco en cinco los escalones, atravesó un rellano repleto de vidrios rotos y botellas vacías, siguió

corriendo y se encontró en un pasillo semidestruido y cubierto de telarañas. Abajo podía oír el ruido de pisadas y voces que increpaban furiosas. Mallory se introdujo por la primera puerta que encontró y se quedó parado de espaldas a la pared. Fuertes pisadas resonaron en la escalera, se detuvieron un momento y se fueron acercando…

Mallory se preparó y en el momento en que el policía pasaba frente a la puerta salió y le asestó un poderoso golpe en la nuca con el canto de la mano. El hombre cayó hacia delante, y Mallory atrapó el revólver en el aire. Se asomó por la barandilla y vació el contenido del arma por el hueco de la escalera. Al volverse para escapar hacia el otro extremo del pasadizo, devolvieron el fuego desde abajo.

Un mazazo descargado por un gigante lo golpeó en el costado, cortándole el aliento y arrojándolo con fuerza contra la pared. Se recuperó y siguió corriendo; su mano tanteó una herida que sangraba abundantemente. La bala apenas lo había rozado.

Llegó a la puerta de la escalera de servicio y reculó violentamente ante una sucia sombra grisácea que se abalanzó sobre él con un fuerte aullido desde la oscuridad; en ese preciso instante se oyó el estampido de un disparo y un trozo de mampostería de la pared voló en pedazos. Un hombre corpulento con el uniforme oscuro de la Policía de Seguridad empezó a subir corriendo la escalera y se detuvo por un instante al ver el revólver en la mano de Mallory; pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, éste lo golpeó con el arma vacía y lo envió rodando escalera abajo. El gato que le había salvado la vida —un enorme gato de albañal lleno de cicatrices— yacía en el piso, con media cabeza volada por la descarga que había interceptado. Su único ojo amarillo lo miraba fijamente, y las zarpas aferraban el suelo como si aun después de muerto estuviera pronto para el ataque. Mallory saltó por encima del animal y trepó la escalera.

Ésta se acabó tres pisos más arriba, al llegar a un altillo atiborrado de paquetes de diarios y cartones podridos, de los cuales se escabulleron varios ratones al oír el ruido de sus pasos. Había una única ventana, oscurecida por la mugre. Mallory arrojó a un lado el arma inútil y escrutó el cielorraso en busca de alguna posible abertura, pero no encontró ninguna. El costado le dolía atrozmente.

Afuera resonaron pasos implacables. Mallory se refugió en un rincón del

cuarto, y entonces nuevamente se oyó el ensordecedor estampido del rifle SURF, que hizo volar por los aires la endeble puerta. Por un instante se produjo un absoluto silencio. Luego:

—¡Salga con las manos en alto, Mallory! —ordenó una voz metálica.

En la penumbra comenzaron a aparecer pálidas llamas que abrasaban los fardos de papeles encendidos por los proyectiles. El humo empezó a llenar la habitación.

—Salga antes de morir calcinado —volvió a decir la voz.

—¡Escapemos de aquí! —exclamó otro—. ¡Esto va a arder como yesca!

—¡Su última oportunidad, Mallory! —gritó el primero de los hombres, en el momento en que las llamas, alimentadas por el papel seco, alcanzaban el techo con un aterrador rugido.

Mallory se deslizó pegado a la pared hasta la ventana, arrancó la rota persiana enrollable y tiró del bastidor de la ventana. Éste no se movió. Rompió el vidrio de un puntapié, pasó una pierna por encima del marco y saltó a la oxidada escalera de incendios. Cinco pisos más abajo lo esperaban unos rostros expectantes y media docena de coches patrulleros que bloqueaban la calle mojada por la lluvia. De espaldas a la barandilla, levantó la vista hacia arriba. La escalera de incendios se prolongaba tres o quizá cuatro pisos más. Se cubrió el rostro con el brazo para protegerse del calor de las llamas y subió los escalones metálicos de tres en tres.

El último rellano se encontraba debajo de una cornisa saliente. Mallory se paró en la barandilla, se asió con ambas manos a la moldura de piedra y quedó meciéndose en el aire. Por un instante se balanceó a treinta metros de la calle; luego se izó, logró sujetarse con una pierna de la albardilla y cayó rodando sobre el techo.

Tendido de espaldas, escudriñó la oscuridad que lo rodeaba. El piso de la azotea estaba únicamente interrumpido por una chimenea de ventilador y un cuartucho para albergar la parte terminal de una escalera o un ascensor.

Exploró el lugar y descubrió que el edificio ocupaba una esquina, con un aparcamiento al pie. Del lado del callejón, el techo más próximo estaba tres metros más abajo, separado por un espacio de cinco metros. Mientras Mallory estaba considerándolo, oyó un ruido sordo acompañado de un fuerte temblor bajo sus pies: era uno de los pisos del viejo edificio que se derrumbaba

carcomido por el fuego.

El humo lo rodeaba ya por todas partes. Del lado del aparcamiento se elevaban sórdidas llamas que dejaban caer una lluvia de chispas en el húmedo cielo nocturno. Se encaminó a la parte superior de la escalera y comprobó que la puerta metálica estaba cerrada con llave. Contra la pared estaba sujeta una escalera de mano oxidada. La arrancó con fuerza y la llevó hacia el lado del callejón. Tuvo que aplicar toda su energía para soltar las trabas herrumbradas y estirar la escalera en toda su longitud. Calculó que tendría unos seis metros. Quizá sería suficiente…

La empujó hacia fuera y la hizo descansar sobre el otro techo más bajo. El débil puente se tambaleó bajo su peso cuando trepó sobre él. Empezó a atravesarlo, haciendo caso omiso del balanceo que sentía bajo su cuerpo. Estaba a casi dos metros del otro techo, cuando sintió que el metal corroído cedía bajo su peso; haciendo un esfuerzo desesperado, se arrojó hacia delante. Solamente el hecho de que el tejado estaba a menor altura logró salvarlo. Se aferró al canalón de metal mientras la escalera se estrellaba en el pavimento del callejón en medio de los gritos de los que esperaban abajo.

«Mala suerte —pensó—. Ahora saben dónde estoy…»

En medio de la azotea vio un pesado escotillón. Lo levantó, bajó unos escalones de hierro en plena oscuridad y siguió por un corredor hasta encontrar una escalera. Débiles ruidos provenían de abajo. Comenzó a descender.

Al llegar al cuarto piso vio luces debajo de una puerta; oyó el sonido de voces y pisadas. En el tercer piso se apartó de la escalera, atravesó un hall y penetró en una oficina abandonada. Desde la calle los haces de las linternas dibujaban sombras oblicuas en las paredes descoloridas.

Siguió caminando, dobló por un pasillo y entró en una habitación que daba al callejón. Una bocanada de humo penetró por la ventana sin cristales. Abajo, el estrecho pasaje parecía estar desierto. El cadáver de Paul había desaparecido. La escalera estaba tirada en el lugar en que había caído. Habría unos seis metros de altura hasta la calle; aunque se descolgara primero por la ventana y luego se dejara caer, una pierna rota…

Algo se movió allá abajo. Un policía uniformado estaba parado justo debajo de la ventana, de espaldas a la pared. Una sonrisa perversa iluminó el rostro de Mallory. Sin vacilar, se asomó a la ventana, se descolgó por fuera sosteniéndose

un instante del marco, mientras el rostro del hombre lo miraba sorprendido, listo para gritar…

Se dejó caer; sus pies chocaron con la espalda del policía, amortiguando su caída. Rodó a un lado y se sentó en el suelo, algo atontado. El hombre estaba tirado boca abajo, con la columna quebrada.

Mallory se puso de pie y un punzante dolor le atravesó el tobillo derecho. Dislocado, o roto. Apretó los dientes y comenzó a deslizarse a lo largo de la pared. La lluvia helada que caía por los desagües se arremolinaba en sus pies. Resbaló y estuvo a punto de caer sobre los adoquines mojados. Más allá podía divisar la débil claridad del aparcamiento. Si lograba llegar y atravesarlo, quizá podría salvarse. Tenía que hacerlo, por Mónica, por el niño, por el futuro de un mundo.

Un paso y luego otro. Era como si un dolor acuciante lo envolviera a cada respiración. La camisa empapada en sangre y los pantalones se le adherían al cuerpo helado. Unos metros más y llegaría a la salvación.

Dos hombres con el uniforme negro de la Policía de Seguridad Estatal se interpusieron en su camino apuntándole con sus rifles de explosión. Mallory se separó de la pared y se preparó para recibir la descarga que acabaría con su vida. En lugar de ello, se sintió de pronto deslumbrado por un potente haz de luz.

—Acompáñenos, señor Mallory.

4

Aún no hemos establecido contacto, informaron los Perceptores.

Las mentes singulares de allá abajo se ven faltas de cohesión; fluctúan y se escabullen apenas yo/nosotros entramos en contacto con ellas.

Los Iniciadores hicieron una propuesta: Mediante el uso de armonías apropiadas se podría crear un campo de resonancia para reforzar cualquier mente natural que funcionara a un ritmo análogo.

Consideramos que un esquema de las siguientes características podría resultar muy adecuado… Se expuso un complejo simbolismo.

CONTINÚEN CON LA LÍNEA ADOPTADA, ordenó el Egon. TODAS LAS FUNCIONES EXTRAÑAS SERÁN SUSPENDIDAS HASTA LOGRAR El ÉXITO.

Tendiendo a un objetivo unificado, los sensores Ree se pusieron a explorar el

espacio desde la oscura y silenciosa nave, en busca de una mente humana receptiva.

5

La Sala de Interrogatorios era un desnudo y cuadrado recinto esmaltado de blanco. En su centro geométrico, debajo de un potente foco de luz, había una sólida silla de acero.

Transcurrió un largo y silencioso minuto; luego se oyó ruido de pasos en el corredor. Un hombre alto ataviado con un sencillo y oscuro uniforme militar penetró por la puerta abierta y se detuvo para estudiar a su prisionero. Su ancho rostro se mostraba sombrío e inexpresivo como una tumba.

—Se lo previne, Mallory —dijo con voz grave.

—Está cometiendo un error, Koslo —le respondió éste.

—Al arrestar abiertamente al gran héroe popular, ¿eh? —La expresión de Koslo se iluminó en una amplia y sarcástica sonrisa—. No se engañe. Los descontentos no harán nada sin su líder.

—¿Está seguro de que ya quiere poner su régimen a prueba?

—En caso contrario sólo me queda esperar, mientras su partido se afianza. Prefiero el camino más rápido. Yo no tengo tanta paciencia como usted, Mallory.

—Y bien…, mañana lo sabrá.

—Tan pronto, ¿eh? —Los ojos de Koslo se entrecerraron ante la intensidad de la luz. Lanzó un gruñido—. Para mañana sabré muchas cosas. ¿Se da usted cuenta de que su situación personal es desesperada?

Lo miró fijamente.

—En otras palabras, ¿pretende que me venda a usted a cambio de qué? ¿Otra de sus promesas?

—La alternativa es la silla —respondió Koslo sencillamente.

—Tiene mucha confianza en la mecánica, Koslo…, más que en sus hombres. En eso consiste su debilidad.

Koslo extendió una mano para acariciar el metal rectilíneo de la silla.

—Éste es un aparato científico concebido para realizar una tarea específica de la manera más simple para mí. Está destinado a crear condiciones dentro del sistema nervioso del individuo tendentes a una evocación total, al mismo tiempo que amplifica las subvocalizaciones que acompañan a toda actividad altamente

cerebral. Además, el sujeto se vuelve susceptible a la menor insinuación verbal. —Hizo una pausa—. Si se resiste, podrá destruir su mente, pero no antes de que me lo haya dicho todo: nombres, lugares, fechas, organización, planes operativos, todo. Será más sencillo para ambos si se aviene a lo inevitable y me cuenta voluntariamente lo que necesito saber.

—¿Y una vez que tenga la información?

—Usted sabe que mi régimen no soporta la oposición. Cuanto más completos sean los informes, menor será el derramamiento de sangre.

Mallory sacudió la cabeza.

—No —dijo rotundamente.

—No sea insensato, Mallory. Aquí no se trata de probar su hombría.

—Quizás haya algo de eso, Koslo: el hombre contra la máquina. Koslo lo escrutó con la mirada. Luego hizo un gesto rápido con la mano.

—Átenlo.

Sentado en la silla, Mallory sintió que el frío del metal le absorbía el calor del cuerpo. Tenía las piernas, brazos y torso sujetos mediante ligaduras. Una ancha faja de alambre tejido y plástico le aseguraba la cabeza contra un soporte cóncavo. Desde el otro extremo de la habitación, Fey Koslo observaba.

—Listo, Excelencia —dijo uno de los técnicos.

—Procedan.

Mallory se puso rígido. Sentía una extraña perturbación en la boca del estómago. Había oído hablar de la silla y de su poder para lavar a fondo el cerebro de un hombre y dejarlo convertido en un guiñapo incoherente.

«Solamente una sociedad libre es capaz de producir la tecnología que haga posible la tiranía…», pensó.

Observó cómo un operario de guardapolvo blanco se disponía a manipular el panel de control. Sólo le quedaba una esperanza: lograr oponerse al poder de la máquina, alargar el interrogatorio, demorar a Koslo hasta el amanecer…

Mil agujas le comprimieron las sienes. Instantáneamente su mente se llenó de un torbellino de imágenes febriles. Sintió que la garganta se le apretaba en un grito ahogado. Dedos como garras hurgaban dentro de su cerebro, desenterrando viejos recuerdos y reabriendo las viejas heridas cicatrizadas por el tiempo. De alguna parte le llegaban los ecos de una voz interrogándolo. Las palabras temblaban en sus labios, pugnando por salir a borbotones.

«¡Tengo que resistir!» La idea pasó como un destello por su mente y se fue, arrastrada por un aluvión de impulsos exploratorios que atravesaron su cerebro como un torbellino. «Tengo que aguantar… lo suficiente… para dar tiempo a los demás…»

6

A bordo de la nave Ree, las pequeñas luces de colores brillaban y parpadeaban en el tablero que estaba en el centro de control.

Percibo/imos una nueva mente, transmisora de un gran poder, anunciaron de pronto los Perceptores. Pero las imágenes son confusas. Yo/nosotros advertimos lucha, resistencia…

ORDENAMOS ESTRICTO CONTROL, mandó el Egon. ESTRECHE El FOCO Y OBTENGA UNA FRACCIÓN DE PERSONALIDAD REPRESENTATIVA.

Es difícil; yo/nosotros captamos poderosas corrientes nerviosas, opuestas a los ritmos cerebrales básicos.

¡COMBÁTANLAS!

De nuevo la mente Ree intentó insinuarse dentro de la sustancia intercelular del cerebro de Mallory y comenzó laboriosamente a delinear y fortalecer sus simetrías originales, permitiendo el florecimiento del egomosaico original, libre de contraimpulsos perturbadores.

7

El rostro del técnico se puso lívido al ver la rigidez que adquiría el cuerpo de Mallory.

—¡Cuidado! —sonó como un latigazo la voz de Koslo—. Si llega a morir antes de hablar…

—Es que… lucha con todas sus fuerzas, excelencia. —La mirada del hombre estudió atentamente lo que indicaban los instrumentos—. Los ritmos alfa delta son normales, aunque exagerados, índice metabólico, 0,99…

El cuerpo de Mallory pegó un brinco. Sus ojos se abrieron y cerraron. Movió la boca.

—¿Por qué no habla? —gritó Koslo.

—Puede que lleve unos instantes ajustar la corriente de energía a una resonancia de diez puntos, excelencia…

—¡Pues apúrese, hombre! ¡He arriesgado demasiado arrestando a este sujeto para perderlo ahora!

8

Mallory sintió como si unos dedos de acero candente pasaran de la silla a su cerebro a través de los conductos nerviosos, encontrándose con la infranqueable resistencia de la sonda Ree. En la confrontación que sobrevino, lo que restaba de la mente consciente de Mallory resultó sacudido como una hoja en medio de una tormenta.

«¡Lucha!» Los últimos vestigios de su conciencia trataron de hacerse fuertes…

…y fueron atrapados, encapsulados y arrebatados hacia el infinito. Tuvo la vaga noción de verse llevado por un torbellino de luz muy brillante atravesado por destellos rojos, azules y violeta. Tenía la sensación de que fuerzas poderosas lo empujaban, sacudiéndolo de un lado a otro, e iban extrayendo su mente como un dúctil alambre hasta hacerla llegar a la galaxia. El filamento se ensanchaba y se expandía bajo la forma de un diafragma que dividía en dos el universo. El plano crecía en grosor y se distendía hasta abarcar la totalidad del espacio/tiempo. En forma muy débil y lejana sintió el torrente tumultuoso de las energías que pugnaban por atravesar la membrana impenetrable de fuerza…

La esfera que lo aprisionaba se estrechó, haciendo que su conciencia agudizara su profundidad de foco. Sin saber cómo, supo que se hallaba encerrado en una cámara hermética y sin aire, que le inspiraba claustrofobia y lo aislaba de todo sonido y sensación. Tomó aire para gritar…

El aliento no le llegó. Sólo un débil aleteo de terror que en seguida se esfumó, como sofocado por una mano inhibidora. Solo en la oscuridad, Mallory aguardó con todos los sentidos alerta, tratando de penetrar el vacío que lo rodeaba.

9

¡Yo/nosotros lo atrapamos!, pulsaron los Perceptores, y se callaron.

En el centro del recinto, la trampa mental vibró con las corrientes de energía que confinaban y controlaban los esquemas del cerebro cautivo.

LAS PRUEBAS COMENZARÁN DE INMEDIATO. El Egon descartó impulsos interrogatorios de los segmentos mentales relacionados con la especulación. APLICAR LOS ESTÍMULOS INICIALES Y ANOTAR LOS RESULTADOS, ¡YA!

10

… Y tuvo conciencia de un débil resplandor en el otro extremo de la habitación: el contorno de una ventana. Entornó los ojos y se incorporó, apoyándose en un codo. Sintió crujir los muelles de una cama bajo su peso. Al mismo tiempo su olfato percibió un penetrante olor a humo que amenazaba ahogarlo. Le parecía hallarse en un cuarto barato de hotel. Echó hacia atrás la burda manta que lo cubría y sus pies descalzos se apoyaron en un tosco suelo de madera. No recordaba cómo había ido a parar allí…

El suelo estaba caliente.

Saltó de la cama y corrió hacia la puerta, aferró el picaporte… y lo soltó de golpe. El metal le había quemado la mano.

Se abalanzó hacia la ventana, arrancó las cortinas, rígidas a causa de la mugre, tiró del pestillo y trató de abrir la ventana. No se movió. Dio un paso atrás y rompió el vidrio de un puntapié. Inmediatamente entró una bocanada de humo por la abertura. Protegiéndose la mano con la cortina, apartó los fragmentos de vidrio, se subió al marco y salió a la escalera de incendio. El metal herrumbrado le lastimó los pies desnudos. A tientas logró bajar media docena de escalones, y se detuvo ante unas crepitantes lenguas de fuego que parecían ser empujadas desde abajo.

Asomándose a la barandilla pudo ver la calle diez pisos más abajo, los faros de los coches y los pálidos rostros que miraban hacia arriba. Unos treinta metros más allá se balanceaba una escalera extensible, tratando de aproximarse a otra ala del edificio en llamas e ignorando completamente su situación. Estaba perdido, abandonado. Nada podía salvarlo. La escalera de hierro debajo de él era un infierno.

«Sería mucho más fácil y rápido saltar por encima de la barandilla, para evitar el dolor y morir pronto»; la idea le pasó por la cabeza con una terrible

claridad.

Se oyó ruido de vidrios rotos y una ventana arriba de él hizo explosión. Sobre su espalda cayeron chispas ardientes. El hierro de la escalera le abrasaba la planta de los pies. Respiró hondo, se protegió la cara con un brazo y se zambulló en medio de las llamas…

Anduvo a tientas, cayendo por los filosos peldaños. El dolor que sentía en el rostro, la espalda, los hombros y el brazo era semejante a un hierro candente que le hubieran aplicado y luego olvidado allí. Tuvo una fugaz visión de su brazo, en carne viva y con los bordes ennegrecidos…

Sus pies y sus manos ya no le pertenecían. Utilizando codos y rodillas fue dando tumbos por encima de otra barandilla y llegó a otro descansillo. Los rostros se veían ahora más cerca; además había manos extendidas hacia él. Tanteó, se puso de pie y sintió cómo el último tramo se desmoronaba bajo su peso. Su visión era una confusa mancha roja. Sentía que la piel ampollada se desprendía de sus muslos. Una mujer gritó.

—¡Dios mío, todo quemado y todavía camina! —exclamó una voz ronca.

—¡Pobre diablo!

—…Sus manos… sin dedos…

Algo se elevó y cayó sobre él, un golpe fantasmal antes de que las tinieblas lo envolvieran…

11

La respuesta del ente ha sido anómala, informaron los Analizadores. ¡Su apego a la vida es extraordinario! Enfrentado con una probable e inminente destrucción física, ha preferido el sufrimiento y la mutilación con tal de prolongar su vida por un breve período.

Existe la posibilidad de que una respuesta semejante represente un mecanismo puramente instintivo de características poco usuales, destacaron los Analizadores.

En tal caso, podría resultar peligroso. Se requieren más informes al respecto.

YO/NOSOTROS REESTIMULAREMOS AL SUJETO, dictaminó el Egon. LOS PARÁMETROS DEl INCENTIVO DE SUPERVIVENCIA DEBEN ESTAR ESTABLECIDOS CON PRECISIÓN. REANUDEN LAS PRUEBAS.

12

Mallory se revolvió en la silla y luego quedó inerte.

—¿Está…?

—¡Vive, excelencia! Pero hay algo que no funciona. No puedo lograr el nivel de vocalización. Me está combatiendo con una especie de complejo imaginario fabricado por él mismo.

—¡Pues trate de liberarlo!

—Excelencia, lo he intentado, pero no puedo llegar a él. Es como si hubiese hecho derivar las corrientes de energía de la silla para reforzar mediante ellas su propio mecanismo de defensa.

—¡Sobrepáselo!

—Trataré de hacerlo, ¡pero su poder es increíble!

—¡Entonces emplearemos más potencia!

—Eso es… peligroso, excelencia.

—No más peligroso que el fracaso.

Con gesto preocupado, el técnico reajustó el tablero para aumentar el flujo de energía a través del cerebro de Mallory.

13

¡El sujeto se agita!, prorrumpieron los Perceptores. ¡Fluyen nuevas energías masivas dentro del campo mental! Mi/nuestro influjo se debilita…

¡RETENGA AL SUJETO! ¡REESTIMULE DE INMEDIATO, EMPLEANDO LA MÁXIMA FUERZA DE EMERGENCIA!

Mientras el cautivo luchaba y se debatía contra la sujeción, la mente segmentada del ser extraterrestre concentraba sus fuerzas y enviaba un nuevo estímulo dentro de su debilitado campo mental.

14

…El sol le abrasaba la espalda. Una suave brisa hacía ondular los altos pastos de la colina donde se había refugiado el león herido. Oscuras y delatoras gotas de sangre adheridas a los tallos señalaban el rastro del enorme felino. Seguramente estaba allá arriba, echado bajo una mata de arbustos, con sus ojos

amarillos entrecerrados por el dolor de la herida que la bala 0375 le había producido en el pecho, aguardando la llegada de su agresor…

El corazón le golpeaba la húmeda camisa caqui. El pesado rifle parecía un juguete entre sus manos, una fruslería inútil contra la furia instintiva de la fiera. Dio un paso y su boca se torció en un gesto irónico. ¿Qué pretendía demostrar? Nadie se iba a enterar si decidía volver atrás, sentarse bajo un árbol para tomar un buen trago de su cantimplora, dejar transcurrir una o dos horas —mientras el animal se desangraba— y luego ir en busca del cadáver. Dio otro paso. De pronto se encontró caminando a paso firme. La brisa le refrescaba el rostro, y sentía las piernas livianas y fuertes. Respiró hondo y se llenó con el aroma de aire primaveral. La vida nunca le había parecido más preciosa.

Sintió una especie de estertor asmático y de pronto la enorme bestia salió de su escondite mostrando los colmillos, con los músculos en tensión y la sangre manándole del costado…

Se afirmó en el suelo, levantó el rifle y lo apoyó firmemente contra su hombro mientras el león bajaba a toda velocidad por la barranca. «Según las reglas —pensó sarcástico—. Darle justo por encima del esternón y estar alerta hasta estar seguro…» Cuando lo tuvo a treinta metros disparó, justo cuando el animal giraba hacia la izquierda. La bala se le metió entre las costillas. La fiera titubeó y prosiguió su carrera. Un nuevo disparo y el feroz rostro se convirtió en una máscara roja. Y con todo, la fiera enfurecida siguió avanzando. El hombre se limpió el sudor de los ojos y apuntó cuidadosamente al punto exacto…

El gatillo se atascó. Al instante comprobó que el cartucho usado había trabado el mecanismo del arma. Trató vanamente de arreglarlo. En el segundo final se arrojó a un lado y el monstruo, lanzándose por encima de él, cayó muerto en tierra. En ese momento cruzó por su mente la idea de que si Mónica lo hubiera estado contemplando desde el coche al pie de la colina, esta vez no se habría reído de él…

15

Nuevamente el síndrome de reacción no concuerda con ningún concepto de racionalidad dentro de mil nuestra experiencia; las células Recolectoras expresaron la paradoja que la mente cautiva había presentado a la inteligencia Ree. He aquí un ente que se aferró a la supervivencia de su personalidad con una

ferocidad sin precedentes, y a pesar de todo afronta los riesgos de la Categoría última sin necesidad, respondiendo a un código extraño de simetría de conducta.

Yo/nosotros postulamos que el segmento de personalidad elegido no representa la verdadera analogía Egon del sujeto, sugirieron los Especuladores. Es evidentemente incompleto y no viable.

Intentemos un retiro selectivo de control sobre las regiones periféricas del campo mental, propusieron los Perceptores. Eso permitirá una mayor concentración de estímulos en la sustancia intercelular central.

Si equiparamos energías con la mente cautiva, será posible comprobar sus ritmos y extraer la clave para su control total, determinaron rápidamente los Calculadores.

Esa alternativa ofrece el riesgo de hacer estallar la sustancia intercelular, con la consiguiente destrucción del sujeto.

HAY QUE CORRER El RIESGO.

Con infinita precisión, la mente Ree afinó el alcance de su sonda, adaptando su forma a los vericuetos del cerebro conflictuado de Mallory y manteniendo una estrecha correspondencia con el considerable flujo de energía proveniente de la silla de Interrogatorios.

Equilibrio, informaron finalmente los Perceptores, aunque algo precario.

La próxima prueba deberá servir para mostrar nuevos aspectos del síndrome de supervivencia del sujeto, señalaron los Analizadores.

Se propuso y fue aceptado un plan a base de estímulos. Desde la nave en su órbita sublunar, nuevamente el rayo mental Ree se proyectó para contactar con el receptivo cerebro de Mallory…

…Las tinieblas se trocaron en una débil claridad. Un rumor sordo hizo trepidar las rocas bajo sus pies. A través del remolino de gotas suspendidas en el aire pudo divisar la balsa y la pequeña figura que se aferraba a ella: una criatura, una niña de unos nueve años que, arrodillada, y con las manos apoyadas en el suelo de le embarcación, lo miraba.

—¡Papaíto! —gritó la niña con una vocecita estrangulada por el pánico.

La balsa corcoveaba y se sacudía en medio de la corriente embravecida. Dio un paso, resbaló y estuvo a punto de caer sobre las rocas limosas. El agua helada se arremolinaba a la altura de sus rodillas. Treinta metros río abajo, el torrente se precipitaba como una cortina grisácea, velada por la bruma que provocaba su

tempestuosa caída. Volvió a trepar hacia arriba y corrió a lo largo de la orilla. Allá, más adelante, se veía sobresalir un peñasco. Quizás…

La balsa se agitó y giró sobre sí misma, cincuenta metros más allá. Demasiado lejos. Desde donde se encontraba podía divisar el pequeño rostro lívido y los ojos implorantes. El miedo se apoderó de él hasta producirle náuseas.

Se le aparecieron visiones de muerte: su cuerpo deshecho al pie de la cascada, yaciendo inerte sobre una losa, dormido, empolvado y ficticio dentro de un féretro tapizado de seda, pudriéndose en la oscuridad bajo la hierba indiferente…

Dio un paso tembloroso hacia atrás.

Por un instante se sintió invadido por una extraña sensación de irrealidad. Recordó cierta oscuridad, una impresión de absoluta claustrofobia, y un cuarto blanco, un rostro que lo observaba de cerca…

Parpadeó, y a través de la fina llovizna levantada por el torrente, sus ojos se encontraron con los de la niña que iba en camino a su destrucción. Se sintió invadido por la compasión. En su interior surgió la limpia y blanca llama de indignación contra sí mismo, de repugnancia frente a su temor. Cerró los ojos y saltó lo más lejos que pudo; se sumergió en el agua y salió a la superficie jadeando. En varias brazadas se fue acercando a la balsa. Sintió un fuerte golpe al ser arrojado por la corriente contra una piedra, y lo ahogó la fuerte salpicadura de agua contra su rostro. Pensó que ya no importaban las costillas rotas ni la falta de aire para respirar. Sólo llegar a la embarcación antes de que ésta alcanzara el borde, para que ese pequeño ser asustado no descendiera solo, para perderse en la profunda oscuridad…

Sus manos se aferraron a la rústica madera. Logró subirse a la balsa y se abrazó al pequeño cuerpo en el momento en que el mundo desaparecía bajo ellos y el terrible estruendo subía a su encuentro…

—¡Excelencia! ¡Necesito ayuda! —El técnico se dirigió al dictador de mirada torva—. Estoy dotando su cerebro de energía suficiente para matar a dos hombres corrientes, y sigue luchando. Hace un instante juraría que abrió los ojos una fracción de segundo y me atravesó con la mirada. No puedo asumir la responsabilidad…

—¡Entonces interrumpa la energía, pedazo de idiota!

—No me atrevo, el contragolpe podría matarlo.

—¡Él… debe… hablar! —tartamudeó Koslo—. ¡Reténgalo! ¡Doblegúelo! ¡O si no prepárese para una muerte lenta y despiadada!

Temblando, el técnico ajustó los controles. Mallory permanecía rígido en su silla; había dejado de luchar contra las correas que lo aprisionaban. Parecía un hombre perdido en sus pensamientos. La transpiración le brotaba en las sienes y le caía por la cara.

16

Nuevamente se perciben corrientes dentro del cautivo, anunciaron los Perceptores en tono de alarma. ¡Los recursos de esta mente son prodigiosos!

¡IGUÁLELA!, ordenó el Egon.

Mis nuestros recursos de energía ya se han extralimitado, interpusieron los Calculadores.

¡EXTRAIGA ENERGÍA DE TODAS LAS FUNCIONES PERIFÉRICAS! ¡BAJE LA PROTECCIÓN! ¡HA LLEGADO El MOMENTO DE LA PRUEBA FINAL!

Rápidamente la mente Ree obedeció.

El cautivo está bajo control, anunció el Calculador. Pero yo/nosotros señalamos que esta conexión presenta ahora un canal de vulnerabilidad para el ataque.

HAY QUE CORRER El RIESGO.

Aun en este momento la mente se debate contra mi/nuestro control.

¡RETÉNGALA!

Ásperamente, la mente Ree luchó para mantener su control sobre el cerebro de Mallory.

17

Por un momento, la nada. Luego, repentinamente, existió. «Mallory —pensó —. Ese símbolo me/nos representa a mí/nosotros…»

El pensamiento extraño desapareció. Él lo atrapó y conservó el símbolo Mallory. Recordó la forma de su cuerpo, la sensación de su cráneo encerrando su cerebro, la impresión de la luz, el sonido, el calor, pero allí no había sonido, no

había luz. Estaba circundado por tinieblas impenetrables, eternas, inmutables…

¿Pero dónde era allí!

Recordaba la habitación blanca, la voz dura de Koslo, la silla de acero…

Y el poderoso rugido de las aguas que se abalanzaban sobre él.

Y las garras amenazantes de un inmenso felino.

Y el ardor insoportable de las llamas que envolvían su cuerpo…

Pero ahora no existía dolor, ni incomodidad, ninguna clase de sensación. ¿Sería eso la muerte? De inmediato rechazó aquella idea como insensata.

«Cogito ergo sum. Estoy prisionero, ¿dónde?»

Trató de aguzar los sentidos, indagando aquella sensación de vacío y de insensibilidad. Se esforzó por salir, y oyó sonidos, voces que interrogaban y apremiaban. Se hicieron cada vez más fuertes, resonando en la vastedad del recinto:

—…¡Hable, maldito! ¿Quiénes son sus principales cómplices? ¿Qué apoyo espera de las Fuerzas Armadas? ¿Qué generales están con usted? ¿Armamentos…? ¿Organización…? ¿Puntos iniciales de ataque…?

La estática que centelleaba en cada palabra lo encegueció, llenó el universo y volvió a apagarse. Por un instante, Mallory tuvo conciencia de las correas que se le incrustaban en los tensos músculos del antebrazo, el dolor provocado por la banda que le sujetaba la cabeza, el tormento de sus músculos agarrotados…

…Tuvo conciencia de estar flotando, ingrávido, en un mar de energías palpitantes y fugaces. Se sintió presa del vértigo; desesperadamente, trató de luchar por la estabilidad en un mundo invadido por el caos. Atravesando un torbellino de oscuridad llegó, encontró una sustancia de dirección pura e intangible, que contra un fondo de flujos de energía cambiantes le proporcionó un esquema orientador. Se aferró a él…

18

¡Descarga de emergencia máxima!, ordenaron los Receptores a través de las seis mil novecientas treinta y cuatro unidades de la mente Ree, y se replegaron casi de inmediato. ¡La mente cautiva se adhiere al contacto! ¡No podemos desprendernos de ella!

Pulsando a consecuencia del fuerte shock provocado por la repentina liberación del prisionero, el extraño se mantuvo inactivo durante la fracción de

nanosegundo requerida para restablecer el equilibrio intersegmental.

El poder del enemigo, aunque de una fuerza sin precedentes, no es suficiente para minar la integridad de mi/nuestro campo existencial, manifestaron escuetamente los Analizadores. Pero yo/nosotros debemos retiramos de inmediato.

¡NO! YO/NOSOTROS CARECEMOS DE INFORMACIÓN SUFICIENTE PARA JUSTIFICAR El RETIRO DE LA FASE UNO, contraordenó el Egon. AQUÍ TENEMOS UNA MENTE REGIDA POR IMPULSOS ENCONTRADOS DE GRAN POTENCIA. AHÍ RADICA LA CLAVE DE SU DERROTA.

YO/NOSOTROS DEBEMOS DISCURRIR UN COMPLEJO DE ESTÍMULOS QUE COLOQUE A AMBOS IMPULSOS EN MORTAL OPOSICIÓN.

Transcurrieron preciosos microsegundos mientras la mente compuesta hurgaba en el cerebro de Mallory en busca de símbolos con los cuales poder armar la necesaria estructura gestáltica.

Listo, anunciaron los Perceptores. Pero es necesario destacar que no hay mente que pueda sobrevivir intacta por mucho tiempo a la confrontación directa de estos imperativos antagónicos. ¿Se deberá llevar el estímulo hasta el punto de no-recuperación?

AFIRMATIVO, contestó el Egon en forma terminante. pRoBAR HASTA LA DESTRUCCIÓN.

19

«Ilusión —se dijo Mallory a sí mismo—. Me están bombardeando con ilusiones…» Sintió la proximidad de un nuevo muro de agua que descendía sobre él como una enorme rompiente del Pacífico. Confusamente trató de aferrarse a su vaga orientación. Pero el brutal impacto lo arrojó en un remolino de tinieblas. A lo lejos vio un inquisidor enmascarado.

—El dolor no ha servido de nada contra usted —dijo una voz apagada—. La perspectiva de la muerte no le ha impresionado. Pero con todo existe un medio…

Se abrió una cortina y apareció Mónica, alta, delgada, palpitante de vida, hermosa como una gacela. Y a su lado, la niña.

—¡No! —exclamó, y se lanzó hacia delante, pero las cadenas lo retuvieron.

Contempló impotente cómo unas manos salvajes asían a la mujer y la manoseaban de arriba abajo. Otras manos atraparon a la niña. Vio aparecer el terror en el pequeño rostro, el espanto en su mirada…

Espanto que ya había contemplado antes…

Por supuesto que la había visto antes. La niña era su hija, el adorado retoño de él y la frágil mujer…

Mónica, se corrigió.

Había visto esos ojos, a través de la bruma arremolinada, al borde de una catarata…

No. Eso había sido un sueño. Un sueño en el que él había encontrado la muerte violentamente. Y recordaba otro sueño en el que un león herido se abalanzaba sobre él…

—No sufrirá usted ningún daño —prosiguió la voz del inquisidor, como viniendo de muy lejos—. Pero llevará consigo para siempre el recuerdo de cómo fueron desmembrados en vida.

De golpe su atención retornó a la mujer y la niña. Vio cómo desnudaban el cuerpo grácil y bronceado de Mónica, que aun así se negó a dejarse intimidar. Pero ¿de qué le servía ya el coraje? Las esposas que aprisionaban sus muñecas estaban sujetas a una anilla de hierro incrustada en la húmeda pared de piedra. El hierro candente se aproximó a su carne. Vio cómo la piel se oscurecía y ampollaba. El hierro penetró hondo. Ella se puso rígida y lanzó un alarido…

Una mujer gritó.

—¡Dios mío, todo quemado y todavía camina! —exclamó una voz ronca.

Miró su cuerpo. No se veía ninguna herida ni cicatriz. La piel estaba intacta. Pero le vino como una fugaz reminiscencia de unas llamas crepitantes que lo rodeaban y atormentaban…

—Un sueño —murmuró en voz alta—. Estoy soñando. ¡Tengo que despertarme!

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

20

—¡Ha sacudido la cabeza! —exclamó atónito el técnico—. ¡Excelencia, esto es imposible, pero le juro que el hombre está desprendiéndose del control del aparato!

Koslo lo empujó a un lado con brusquedad. Asió la palanca de control y la empujó hacia delante. En su silla, Mallory se puso rígido. Su respiración se hizo ronca y entrecortada.

—Excelencia, ¡va a morir…!

—¡Que se muera! ¡Nadie me va a desafiar con impunidad!

21

¿Estrechen el foco! Los Perceptores despacharon la orden a los seis mil novecientos treinta y cuatro segmentos creadores de energía de la mente Ree. ¡La batalla no puede continuar mucho más! Casi perdimos al prisionero cuando…

El rayo explorador se afinó, penetrando en el corazón del cerebro de Mallory, imponiendo sus esquemas preconcebidos…

22

…La niña gimió al ver el enorme puñal que se aproximaba a su frágil pecho. La mano crispada que sostenía el cuchillo lo hizo acariciar casi con cariño la tierna piel. La sangre brotó al instante de la superficie herida.

—Si me revela los secretos de la hermandad, no cabe duda de que sus compañeros de armas morirán —retumbó la voz sin rostro del inquisidor—. Pero si usted sigue negándose a hablar, su mujer y su hija padecerán todo aquello que mi imaginación me dicte.

Tiró con todas sus fuerzas de las cadenas.

—¡No se lo diré! —gritó con voz enronquecida—. ¿No comprende que nada es digno del horror? Nada…

No hubiera podido hacer nada para salvarla. Estaba acurrucada en la balsa, condenada. Sin embargo, podía reunirse con ella.

Pero no esta vez. Esta vez cadenas de acero se lo impedían. Trató con todas sus fuerzas de desprenderse de ellas, y las lágrimas asomaron a sus ojos…

El humo le ardía en los ojos. Miró hacia abajo y vio los rostros vueltos hacia arriba. Sin duda era preferible una muerte rápida a una inmolación en vida. Pero, cubriéndose la cara con los brazos, comenzó a descender…

«¡Nunca traiciones a quienes confían en ti!», resonó claramente una voz de

mujer en la estrecha celda.

«¡Papá!», gritó una voz infantil.

«Sólo morimos una vez», exclamó la mujer.

La balsa se precipitó en un caos turbulento…

—¡Hable, maldito! —La voz del inquisidor había variado de timbre—. ¡Quiero los nombres, los lugares! ¿Quiénes son sus cómplices? ¿Cuáles son sus planes? ¿Cuándo se producirá el levantamiento? ¿Cuál es la señal que están esperando? ¿Dónde…? ¿Cuándo…?

Mallory abrió los ojos. Lo cegó una intensa luz y vio un rostro de expresión convulsa que se inclinaba sobre él.

—¡Excelencia! ¡Está despierto! Ha superado el trance…

—¡Aplíquele toda la potencia! ¡Oblíguelo, pues! ¡Oblíguelo a hablar!

—Es que… tengo miedo, excelencia. Estamos manipulando el instrumento más poderoso del universo: ¡el cerebro humano! Quién sabe qué podemos engendrar…

Koslo empujó al hombre a un lado y accionó la palanca de control.

23

…La oscuridad se trocó en un brillo fulgurante que delineó los contornos de una habitación. Frente a él vio a un hombre transparente que identificó como Koslo. Vio que el dictador se volvía hacia él, con el rostro contorsionado por la ira.

—¡Ahora hablará, maldito!

Su voz tenía una cualidad curiosa y casi espectral, como si representara sólo un aspecto de la realidad.

—Sí —contestó Mallory serenamente—. Hablaré.

—Y si me miente… —Koslo extrajo una amenazadora pistola automática del bolsillo de su sencilla túnica—, yo mismo le meteré una bala en la cabeza.

—Mis principales asociados en la conspiración son… —empezó a decir Mallory.

Mientras hablaba se fue desligando —ésa fue la palabra que se le ocurrió— de la escena que lo rodeaba. Tuvo conciencia de que uní plano de su voz estaba hablando, relatando los hechos que el otro; anhelaba tan desesperadamente. Se proyectó hacia afuera, canalizando la energía que le llegaba desde la silla…, y se

puso a recorrer vastas distancias, semejante a un avión adimensional. Con cautela siguió indagando y entró en un curioso estado de energía no viva. Presionó, encontró puntos débiles y absorbió más energía.

De pronto se hizo vagamente visible una habitación circular. A su alrededor se veían luces que brillaban y parpadeaban. Del interior de miles de células ordenadas en hileras, unas blancas figuras vermiformes asomaban sus cabezas romas y sin ojos…

¡ESTÁ AQUÍ!; el Egon chilló la advertencia y lanzó una descarga de fuerza mental pura por el canal de contacto, la cual se encontró con una contradescarga de energía que penetró como un rayo en su interior, ennegreciéndolo y carbonizando el intrincado circuito orgánico de su cerebro, y dejando un hoyo humeante frente a la hilera de células.

Mallory descansó un instante, mientras sentía la sorpresa y el asombro que invadían los segmentos mentales Ree carentes de mando. Notó la ansiedad mortal que se apoderó inmediatamente de ellos al darse cuenta de que el ultrapoder conductor del Egon había desaparecido. Mientras observaba, una de las unidades se contrajo y expiró. Luego otra…

«¡Basta! —ordenó Mallory—. Yo asumiré ahora el control del complejo mental. ¡Que los segmentos se encadenen conmigo!»

Dócilmente, los fragmentos sin voluntad de la mente Ree obedecieron.

«Cambien el curso», mandó Mallory.

Impartió las instrucciones necesarias y luego se retiró por el canal de contacto.

24

—Conque… el gran Mallory se ha dado por vencido. —Koslo se balanceó sobre los talones frente al cuerpo cautivo de su enemigo. Lanzó una carcajada—. Le ha costado empezar, pero luego ha cantado como una alondra. Ahora daré mis órdenes y para el amanecer sólo quedará de su estúpida revuelta un montón de cadáveres calcinados hacinados en la plaza pública como escarmiento para los demás.

Levantó el revólver.

—Todavía no he terminado —dijo Mallory—. Las raíces del complot son mucho más profundas de lo que usted cree, Koslo.

El dictador se pasó una mano por el rostro cetrino. Sus ojos denotaban la terrible tensión de las horas transcurridas.

—Hable, entonces —gruñó—. ¡Y rápido!

Mientras hablaba, Mallory volvió a transferir su discernimiento primario, poniéndolo en resonancia con la sometida inteligencia Ree. Valiéndose de los sensores de la nave, pudo ver allí cerca el contorno del blanco planeta. Aminoró la marcha de la nave, llevándola a una larga trayectoria parabólica que rozó la estratosfera. Al llegar a cien kilómetros por encima del Atlántico penetró en una capa alta de niebla y volvió a disminuir la velocidad al sentir que el casco se recalentaba.

Una vez bajo las nubes, dirigió la nave hacia la costa. Descendió hasta quedar a la altura de las copas de los árboles y examinó el panorama…

Permaneció unos instantes contemplando la vista que se ofrecía allí abajo. Y de pronto comprendió…

25

—¿Por qué sonríe, Mallory? —preguntó Koslo en tono áspero, mientras seguía apuntando con la pistola a su cabeza—. Cuénteme el chiste que es capaz de hacer reír a un hombre en el asiento de los condenados reservado a los traidores.

—Dentro de un momento lo sabrá…

Se interrumpió al oírse un estallido dentro del cuarto. El piso se sacudió y tembló, haciendo tambalear a Koslo. Siguió un estampido y la puerta se abrió de par en par.

—¡Excelencia! ¡La capital está siendo atacada!

El hombre se desplomó de bruces dejando ver una enorme herida en su espalda. Koslo se volvió rápidamente hacia Mallory.

Con un ensordecedor estruendo, un lado de la habitación se combó y se derrumbó hacia el interior. Por la abertura de la pared apareció un objeto brillante con forma de torpedo, cuyas formas pulidas se apoyaban sobre finos haces de luz. La pistola de la mano del dictador refulgió y la detonación atronó el reducido espacio. De la proa del invasor salió un rayo de luz rosada. Koslo giró sobre sí mismo y cayó pesadamente boca abajo.

El acorazado Ree de setenta centímetros se detuvo frente a Mallory. De su

interior surgió un rayo que redujo a cenizas el panel de control de la silla. Las ligaduras cayeron al suelo.

Yo/nosotros esperamos su próxima orden. La mente Ree se expresó sin quebrar el aterrador silencio.

26

Tres meses habían transcurrido desde el referéndum que había llevado a John Mallory a la cabeza de la Primera República Planetaria. Estaba en una habitación del espacioso departamento que poseía en el palacio ejecutivo, y miraba con el ceño adusto a una mujer menuda y de pelo negro que le hablaba con intensidad.

—John, me da miedo esa…, esa máquina infernal, rondando permanentemente a la espera de tus órdenes.

—Pero ¿por qué, Mónica? Esa máquina infernal, como tú la llamas, fue la que hizo posible una elección libre, y aun ahora es la que mantiene a raya a la antigua organización de Koslo.

—John… —le aferró el brazo—. Con esa cosa siempre a tu disposición puedes controlar todo lo que existe sobre la Tierra. Nadie se te puede oponer, —Lo miró a los ojos—. Nadie puede! tener semejante poder, John. Ni siquiera tú. ¡Ningún ser humano debería ser sometido a una prueba como ésa!

La miró con expresión repentinamente seria.

—¿Acaso he hecho uso indebido de ese poder?

—Aún no. Por eso…

—¿Quieres decir que lo haré?

—Eres un hombre, con los fallos de un hombre.

—Propongo únicamente lo que es bueno para la gente de la Tierra —dijo él secamente—. ¿Quieres que me desprenda voluntariamente de la única arma capaz de proteger nuestra libertad tan arduamente ganada?

—Pero, John, ¿quién eres tú para ser el único arbitro de lo que conviene a los habitantes de la Tierra?

—Soy el Presidente de la República…

—Pero sigues siendo humano. Detente, mientras seas humano. La estudió detenidamente.

—Te molesta mi éxito, ¿no es cierto? ¿Y qué quieres que haga? ¿Que renuncie?

—Quiero que te deshagas de la máquina, que la mandes al lugar de donde vino.

Mallory lanzó una breve carcajada.

—¿Estás en tu sano juicio? Todavía no he empezado a extraer los secretos tecnológicos que la nave Ree representa.

—Aún no estamos listos para esos secretos, John. La raza humana no está lista. Tú ya has cambiado. En última instancia, lo único que hará será destruirte como hombre.

—Tonterías. Tengo pleno control sobre ella. Es como una prolongación de mi propia mente…

—John, te lo suplico. No solamente por ti o por mí, sino por Dian.

—¿Qué tiene que ver la niña con esto?

—Es tu hija. Apenas te ve una vez por semana.

—Ése es el precio que tiene que pagar por ser la heredera del hombre más grande… quiero decir, maldición, Mónica, mis responsabilidades no me permiten entregarme a los placeres suburbanos.

—John… —Su voz se convirtió en un susurro doloroso por su intensidad—. Échala de aquí.

—No. No la echaré. Estaba pálida.

—Muy bien, John. Como tú quieras.

—Sí. Como yo quiera.

Cuando hubo abandonado el cuarto, Mallory permaneció un largo rato contemplando desde la ventana la pequeña nave que flotaba en el aire, aguardando sus órdenes en silencio.

Luego envió el mandato: «Mente Ree, sondee los aposentos de la mujer, Mónica. Tengo motivos para sospechar que proyecta una traición contra el estado…»

* * *

El proceso de escribir una historia es a menudo tan revelador para mí como pueda serlo, espero, para el lector.

Empecé ésta con la idea básica de someter a un ser humano a una prueba definitiva, del mismo modo que un ingeniero sobrecargará una viga hasta que ceda, probándola hasta su destrucción. Es en las situaciones emocionales cuando afrontamos nuestras más severas pruebas: miedo, amor, cólera nos conducen a nuestros mayores esfuerzos. Así, la estructura de la historia queda sugerida en sí misma.

A medida que se desarrollaba el relato, se hizo evidente que cualquier poder tendente a poner a prueba a la humanidad —como lo hacen Koslo y el Ree— pone su propio destino en la balanza.

Al final, Mallory revela la auténtica fuerza del hombre que logra que el poder de sus enemigos se vuelva contra ellos. Consigue no sólo su libertad y su cordura…, sino también un inmenso y nuevo poder sobre los demás hombres.

Sólo entonces se hace evidente el peligro de una victoria tan total. La prueba definitiva del hombre en su habilidad para dominarse a sí mismo.

Es una prueba en la que hasta ahora siempre hemos fallado.

Ángeles del Carcinoma

Norman Spinrad

Ésta es la última introducción en ser escrita, aunque no la última del libro. La última, porque no he dejado de posponerla de un día para otro. Y no porque anduviera escaso de material para escribir acerca de Norman Spinrad, sino precisamente porque tenía demasiado. Un célebre director de una editorial de libros de tapa dura afirma que Norman es el más vehemente de los jóvenes talentos que han surgido en el campo de la ficción especulativa en bastantes años. Otro director, éste de una revista, dice que Norman es un escritor abominable (pero compra sus obras…, así que vayan a saber). Yo creo que escribe como un lunático. Cuando es malo, es ilegible, lo cual no es frecuente. Cuando es bueno, se lanza a temas y estilos que solo un loco se atrevería a intentar (sabiendo de antemano que la tarea es imposible), y tiene la audacia de salirse de ello de una forma espectacular.

Tomen por ejemplo su contribución a esta obra. Es una historia divertida acerca del cáncer. No me digan que no es un tema nuevo, jamás abordado por Leacock, Benchley o Thurber.

Spinrad es un producto del Bronx. Es un chico de la calle, con la clásica hambre de éxito, status y bienes materiales que empuja hasta la cima a los que nunca han tenido nada. Cree sinceramente que no hay nada que no pueda hacer, nada que no pueda escribir. No está escribiendo esta novela, o esta historia, está escribiendo una carrera, la cual pulsa fuera de él volumen tras volumen. A sus

veintiséis años, se está convirtiendo en el primer autor del género que se abre camino hacia la literatura general desde Bradbury y Clarke. Sus impulsos están gastados como un viejo traje, y se manifiestan de forma evidente. Si su cuenta bancaria desciende por debajo de los mil dólares, se pone nervioso, sufre un cambio real al estilo Jekyll-Hyde, se vuelve inaguantable, obcecado. Si se le ocurre una idea de oro puro, empieza a caminar arriba y abajo, hace girar los ojos, se rasca la cabeza, se planta inmóvil en medio de la habitación con las piernas enroscadas una en torno a la otra como algún gran pájaro de cabeza rojiza listo para emprender el vuelo. Es una criatura emotiva, tomando ese término en su sentido más amplio. El amor le hará cruzar todo un continente. La amistad lo sumergirá en un torbellino emocional antes que dejar caer a alguien. El odio lo empujará a excesos lingüísticos y a un deseo asesino de arrojar a todos los demás coches fuera de la calzada. Su curiosidad lo enviará a sitios donde ni los ángeles ni los estúpidos se atreverían a ir. Sus facultades críticas son tan agudas que le he visto postular correctamente una teoría acerca de un comportamiento social evocada por el más casual de los incidentes. Es crédulo. Es cínico. Sabe dónde está con relación a su tiempo, y no tiene ni la menor idea de cuándo lo están empujando. Es un auténtico hombre sabio, y es el mayor de los bufones. No se deja engañar por la gente, y sin embargo en ocasiones he visto a Norman dejándose engañar completamente por los más ineptos practicantes de la forma artística. Su primera novela, *The Solarians* (*Los solarianos*), publicada en 1966, es tan mala que es imposible leerla. Su tercera novela, *The Men in the Jungle* (*Los hombres en la jungla*) es tan brillante que quema como la superficie del sol.

Nació en Nueva York en 1940, graduándose tras el habitual número de años en la escuela superior técnica del Bronx, una «fábrica de pensar altamente sobrestimada debido a la producción de científicos locos, genios adolescentes neuróticos, anarquistas lanzadores de bombas, y Stokeley Carmichael, que terminó un año después que yo». Se graduó en el Colegio Universitario de la Ciudad de Nueva York, el CCNY en 1961, con el único diploma en Esotérica que jamás haya expedido esa institución. (Su especialización consistió en cursos tales como civilización japonesa, literatura asiática, redacción de relatos cortos y geología.)

Cuando, en el último año en el CCNY, su profesor de redacción de relatos

cortos pidió historias en las que realmente se prescindiera de toda inhibición, al estilo de lo que se ha pedido para este libro, Norman presentó una historia tan sucia que aún no ha sido publicada. Sin embargo, el profesor se sintió impresionado, y sugirió a Norman que la sometiera a Playboy. La Gaceta de los Amantes de las Conejitas la rechazó (aunque posteriormente rectificara su miopía de entonces en asuntos spinradianos; véase Deathwatch, en Playboy, noviembre de 1965), pero eso sirvió para que Spinrad cayera en el hábito de enviar sus escritos a las revistas. Parecía mucho más aconsejable que meterlos en las grietas de las paredes para evitar las corrientes de aire. (Una simple manifestación de lógica. Si la revista compra la historia, uno coge el dinero y lo mete en las grietas, para evitar las corrientes de aire.)

Tras su graduación se fue a México, donde contrajo varias enfermedades desconocidas y se le agravó una que sí era conocida. De alguna forma inexplicable, eso le convenció de que debía convertirse en escritor. Regresó a Nueva York, empezó a vivir y trabajar en Greenwich Village, y pasó una temporada en el hospital, donde contrajo algo llamado hepatitis tóxica, con temperaturas de más de 40°C durante cinco días seguidos, alucinaciones incesantes, y las enfermeras que le traían el orinal aguardando mientras llamaba al Pentágono (a cobro revertido, por supuesto, no estaba tan loco) y despertaba a un general a las dos de la madrugada, hallando así la idea para la historia que sigue…, la interacción entre universos mitico-subjetivos externos e internos. Y vayan a saber qué demonios significa eso.

Vendió su primera historia, *The Last of the Romany* (*El último de los gitanos*), en 1962 a Analog. Lo cual incitó el rumor de que era un «escritor Campbell», cosa que Spinrad niega vehementemente por todas partes salvo en presencia de John W. Campbell, director de Analog; en esas ocasiones se limita a sonreír tontamente y decir: «Sí, John». Eso no es una maledicencia. Sé que ningún escritor que sea un escritor Campbell, o incluso un escritor que escriba para Campbell (dos cosas muy distintas, se lo aseguro), es un SíJohn. Yo nunca he sido un Sí,John. Tampoco he vendido nunca nada a Analog.] Dejando aparte el paso por una agencia literaria y un mes como encuestador para la seguridad social (habiéndole robado tanto, se creía en la necesidad de reparar el daño intimidando a otros pobres tipos y a sus hijos tuberculosos), ha sido un escritor a tiempo completo desde entonces. (Algunos dicen que Norman es un escritor

solamente a tiempo parcial ¡siendo un simplón a tiempo completo!)

Tiene publicada una segunda novela en libros de bolsillo —aparte *The Solarians*, que ya he comentado desfavorablemente, y *The Men in the Jungle*, ambas este año—. La última es una experiencia realmente original, un libro publicado por Doubleday y nacido de una proyectada historia corta para esta antología, así como de una profunda preocupación por la moralidad y táctica de las llamadas «Guerras de Liberación Nacional» estilo Vietnam.

Mientras escnbo esto, está elaborando una nueva novela titulada *Bug Jack Barron* (*Incordie a Jack Barron*), que Spinrad llama «una novela síntesis escrita para satisfacer, aunque no necesariamente de forma conflictiva, las exigencias de la literatura seria de vanguardia para la juventud y la ciencia ficción; una Nova Express coherente, en un cierto sentido». He leído partes de *Bug Jack Barron*. No es una novela-síntesis acerca de todo eso que dice Norman, ni una obra de vanguardia, ni nada de eso. Lo que es principalmente *Bug Jack Barron* es horriblemente sucia. Se venderá como rosquillas.

Pero hasta que sus mentes puedan ensuciarse convenientemente con las asquerosidades surgidas de la pluma de Spinrad, les sugiero que se perviertan sólo un poquito con *Ángeles del Carcinoma*, una historia divertida sobre el cáncer.

* * *

A la edad de nueve años Harry Wintergreen descubrió por primera vez que el mundo era estupendo cuando se lo miraba de perfil. Aquél era el año en que los cromos de béisbol eran in. El chico que tenía la colección más grande de cromos de béisbol era el rey. Harry Wintergreen decidió ser el rey.

Harry ahorró un dólar y compró un centenar de cromos de béisbol al azar. Tuvo suerte…; uno de ellos era el muy raro Yogi Berra. En tres transacciones separadas intercambió sus otros noventa y nueve cromos por los únicos tres Yogi Berra que había en el vecindario aparte del suyo. Harry había reducido sus pertenencias a cuatro cromos, pero había acaparado el mercado de Yogi Berra. Forzó el precio de Yogi Berra a la exorbitante cantidad de ochenta cromos. Con

los fondos así acumulados, acaparó sucesivamente el mercado de Mickey Mantle, Willy Mays y Pee Wee Reese, y se convirtió en el J. P. Morgan de los cromos de béisbol.

Harry pasó por la escuela superior utilizando el simple expediente de dominar un solo tema…, el arte de superar los exámenes. En el último año podía engañar a cualquier examinador con las manos atadas a la espalda, y ganó siete bolsas de estudio con una ridícula facilidad.

En la universidad, Harry descubrió a las chicas. Siendo razonablemente bien parecido y razonablemente abordable, era lógico suponer que obtendría un número apreciable de conquistas, sólo con que las cosas se desarrollaran como de costumbre. Pero la mente de Harrison Wintergreen no funcionaba de esa forma.

Harry cultivaba cuidadosamente un tartamudeo, que podía conectar o desconectar a voluntad. Pocas chicas podían resistir el atractivo de un muchacho apuesto y bien equilibrado pero que sin embargo arrastraba consigo algún secreto dolor interno que le hacía tartamudear. Muchas fueron las chicas que intentaron ahondar en el secreto de Harry, mientras Harry las ahondaba a ellas.

En su segundo año universitario Harry empezó a aburrirse de la universidad, y razonó que lo que tenía que hacer era volverse Asquerosamente Rico. Estudió atentamente novelas porno durante un mes, escribió tres de ellas en los dos siguientes, y de inmediato las vendió a 1.000 dólares cada una.

Con los 3.000 dólares así reunidos compró un nuevo y resplandeciente descapotable. Condujo el nuevo coche hasta la frontera mexicana y la cruzó, llegando hasta una conocida ciudad fronteriza de mala nota. Inmediatamente contactó con un chico limpiabotas de inequívoco aspecto y le compró una libra de marihuana. Por supuesto, el limpiabotas había avisado a los guardias fronterizos, y cuando Harry intentó de nuevo cruzar el puente que unía las dos naciones, le hicieron desnudarse completamente y lo registraron con toda meticulosidad. No encontraron nada, y Harry cruzó la frontera. No había sacado nada fraudulentamente de México, y de hecho había tirado la marihuana apenas la había comprado.

Sin embargo, había sacado ventaja del embargo de México a los coches norteamericanos, y había vendido ilegalmente el descapotable en México por 15.000 dólares.

Harry llevó sus 15.000 dólares a Las Vegas y se pasó las siguientes seis semanas invitando a beber a la gente, prestando dinero a los jugadores sin suerte, actuando en general como un imberbe Santa Claus, ganándose así la confianza de algunos borrachos bien elegidos con una inversión de 5.000 dólares.

Al cabo de seis semanas tenía tres confidentes bursátiles infalibles que transformaron sus restantes 10.000 dólares en 40.000 en los siguientes dos meses.

Harry compró cuatrocientos jeeps usados de los excedentes del gobierno en cuatro lotes de cien jeeps cada uno por 10.000 dólares el lote, e inmediatamente los vendió a un altamente desacreditado gobierno centroamericano por 100.000 dólares.

Tomó los 100.000 dólares y compró una pequeña isla en el Pacífico, tan poco valiosa que ningún gobierno se había preocupado nunca de reclamarla. Se estableció allí como un gobierno independiente sin impuestos y vendió parcelas de media hectárea cada una a veinte millonarios en busca de un paraíso fiscal por 100.000 dólares la parcela. Se desprendió de la última parcela tres semanas antes de que los Estados Unidos, con el apoyo de la ONU, reclamaran la isla y la sometieran a la tutela del departamento de Impuestos.

Harry invirtió una pequeña parte de sus 2.000.000 de dólares y alquiló un gran ordenador por doce horas. El ordenador elaboró un esquema de posibilidades gracias a las cuales Harry transformó sus 2.000.000 en 20.000.000 de dólares haciendo varias apuestas a las quinielas de fútbol inglesas por la cantidad de 18.000.000 de dólares.

Por 5.000.000 de dólares compró un monstruoso trozo de desierto inutilizable a un sultanato árabe venido a menos. Con otros 2.000.000 de dólares creó una fuerte campaña de rumores de que aquella parte del desierto flotaba literalmente sobre petróleo. Con otros 3.000.000 de dólares creó una falsa corporación que actuó como una gran compañía petrolera y ofreció públicamente comprar aquel desierto por 75.000.000 de dólares. Tras un meticuloso regateo, una gran compañía petrolera norteamericana recibió el gran honor de que se le permitiera superar la oferta y compró mil kilómetros cuadrados de arena por 100.000.000 de dólares.

A la edad de veinticinco años Harrison Wintergreen era Asquerosamente Rico por sus propios méritos. Perdió su interés por el dinero.

Entonces decidió que lo que quería era Hacer el Bien. Hizo el Bien. Derrocó siete desagradables gobiernos latinoamericanos, y los reemplazó por seis socialdemocracias y una dictadura benevolente. Convirtió a la doctrina de los rosacruces a una tribu de cazadores de cabezas de Borneo. Hizo construir doce asilos para prostitutas retiradas, y organizó un programa de control de natalidad que esterilizó a doce millones de fecundas mujeres hindúes. Gracias a estas empresas consiguió ganar otros 100.000.000 de dólares.

A la edad de treinta anos Harrison Wintergreen estaba harto de Hacer el Bien. Decidió Dejar Su Huella en las Arenas del Tiempo. Dejó Su Huella en las Arenas del Tiempo. Escribió una novela que fue aclamada internacionalmente acerca del rey Faruk. Inventó el Filtro Wintergreen, una membrana por la que el agua pasaba libremente, pero que retenía todas las sales. Una vez construida, una Planta de Desalinización Wintergreen podía desalinizar una cantidad ilimitada de agua a un coste por litro que se aproximaba al cero absoluto. Pintó un cuadro e inmediatamente le ofrecieron 200.000 dólares por él. Lo donó al Museo de Arte Moderno, gratis. Desarrolló un virus mutante que destruía la sífilis bacteriana. Como la sífilis, se propagaba también por contacto sexual. Era un afrodisiaco leve. La sífilis desapareció en dieciocho meses. Compró una isla cerca de la costa de California, una roca de mil quinientos metros que brotaba del Pacífico. Hizo que la esculpieran en una estatua de mil quinientos metros de Harrison Wintergreen.

A la edad de treinta y ocho años Harrison Wintergreen había Dejado suficientes Huellas en las Arenas del Tiempo. Estaba aburrido. Miró ávidamente a su alrededor en busca de nuevos mundos que conquistar.

Éste era el hombre que, a la edad de cuarenta años, fue informado de que tenía un avanzado, muy extendido e incurable caso de cáncer, y que le quedaba tan sólo un año de vida.

Wintergreen pasó el primer mes de su último año buscando alguna cura existente para el cáncer terminal. Visitó laboratorios, escuelas médicas, hospitales, clínicas, Grandes Doctores, charlatanes, gente que se había recuperado milagrosamente del cáncer, sanadores y Pequeñas Viejas Damas en Zapatillas de Tenis. No existía ninguna cura conocida para el cáncer terminal, honorable o no. Era lo que sospechaba, lo que más o menos había esperado. Tendría que hacerlo por sí mismo.

Consagró el siguiente mes a preparar las cosas para hacerlo por sí mismo. Hizo erigir en mitad del desierto de Arizona una villa amurallada con aire acondicionado. La villa tenía una cocina completamente automatizada y comida suficiente para un año. Poseía un laboratorio biológico y bioquímico de 5.000.000 de dólares. Poseía una biblioteca microfilmada de 3.000.000 de dólares que contenía todas las palabras escritas sobre el tema del cáncer. Tenía la farmacia que terminaba con todas las farmacias; una reserva literal de literalmente todos los medicamentos que existían: venenos, calmantes, alucinógenos, anticaspas, antisépticos, antibióticos, viricidas, remedios contra el dolor de cabeza, heroína, quinina, curare, aceite de serpiente…, todo. La farmacia costó 20.000.000 de dólares.

La villa contenía también un radioteléfono unidireccional, una gran provisión de productos químicos básicos, incluidos los radiactivos, copias del Corán, la Biblia, la Torah, el Libro de los muertos, La ciencia y la salud con la llave de las escrituras, el I Ching, y las obras completas de Wilhelm Reich y Aldous Huxley. Contenía también un enorme y tremendamente caro ordenador. Cuando la villa estuvo lista, los fondos de Wintergreen en moneda pequeña estaban casi exhaustos.

Con diez meses para realizar lo que el mundo médico consideraba imposible, Harrison Wintergreen entró en su ciudadela.

Durante los primeros dos meses devoró la biblioteca, durmiendo tres horas cada veinticuatro y atiborrándose regularmente con bencedrina. La biblioteca no ofrecía más que datos. Digirió los datos y se dirigió a la farmacia.

Durante el siguiente mes probó la aureomocina, la bacitracina, el fluoruro de estaño, el hexilresorcinol, la cortisona, la penicilina, el hexaclorofeno, el extracto de hígado de tiburón y otros 7.312 milagros surtidos de la moderna ciencia médica, todo ello sin resultado.

Empezó a sentir dolor, que bloqueó inmediatamente y siguió bloqueando con morfina. La adicción a la morfina era tan sólo una molestia.

Probó productos químicos, radiactivos, viricidas. La ciencia cristiana, el yoga, las plegarias, los enemas, las especialidades médicas, los tés de hierbas, la brujería y la dieta de yogur. Aquello consumió otro mes, durante el cual Wintergreen continuó desmejorando, durmiendo menos y menos cada vez, y tomando más y más bencedrina y morfina. Nada funcionaba. Le quedaban seis

meses.

Estaba al borde de la desesperación. Intentó un ángulo de ataque distinto. Se sentó en un confortable sillón y se contempló el ombligo durante cuarenta y ocho horas consecutivas.

Sus meditaciones produjeron una seria tortícolis y dos significativas palabras: «remisión espontánea».

En sus dos primeros meses de investigaciones Wintergreen había conocido varios casos en los cuales un cáncer terminal había remitido bruscamente, y el paciente, para el cual se habían perdido todas las esperanzas, se había visto curado. Nadie sabía cómo ni por qué. No podía ser predicho, no podía ser producido artificialmente, pero ocurría de todos modos. A falta de una explicación, lo llamaban remisión espontánea. «Remisión» significaba cura. «Espontánea» significaba que nadie sabía lo que la causaba.

Lo cual no quería decir que esa causa no existiera.

Wintergreen se sintió nuevamente animado, incluso entusiasmado. Sabía que algunos pacientes de cáncer terminal habían sido curados. En consecuencia, el cáncer terminal podía ser curado. En consecuencia, el problema se trasladaba del reino de lo imposible al reino de lo altamente improbable.

Y hacer lo altamente improbable era la especialidad de Wintergreen.

Con seis meses de vida estimada ante él, Wintergreen se lanzó jubiloso al trabajo. Extrajo de su completa biblioteca sobre el cáncer todos los casos conocidos de remisión espontánea. Los codificó uno por uno en el ordenador: datos de los historiales médicos de los pacientes, de los tratamientos empleados, de sus edades, sexos, religiones, razas, creencias, colores, orígenes nacionales, temperamentos, estado civil, informes comerciales, neurosis, psicosis y cervezas favoritas. El ordenador de Harrison Wintergreen fue alimentado con los perfiles completos de cada ser humano que se sabía había sobrevivido a un cáncer terminal.

Wintergreen programó el ordenador para que efectuara una serie completa de correlaciones entre diez mil factores separados y distintos y la remisión espontánea. Si un solo factor —edad, crédito, comida preferida—, cualquiera, tenía alguna correlación con la remisión espontánea, el factor de espontaneidad podría ser eliminado.

Wintergreen había pagado 100.000.000 de dólares por el ordenador. Era el

mejor maldito ordenador del mundo. En dos minutos y 7,894 segundos había realizado su tarea. En una sucinta palabra le dijo a Wintergreen su respuesta: «Negativo».

La remisión espontánea no se correlacionaba con ningún factor externo. Seguía siendo espontánea; la causa era desconocida.

Un hombre con menos coraje se hubiera sentido abrumado. Un hombre más convencional se hubiera sentido desconcertado. Harrison Wintergreen sintió que sus energías aumentaban.

Había eliminado todo el universo entero como un factor de la remisión espontánea de un solo plumazo. En consecuencia, de alguna manera misteriosa, el cuerpo humano y/o la psique eran capaces de curarse por sí mismos.

Wintergreen empezó a explorar y conquistar su propio universo interior. Regresó a la farmacia y preparó una formidable poción. Decantó, en la jeringuilla más grande que encontró, lo siguiente: novocaína; morfina; curare, vlut, un raro veneno centroasiático que inducía una ceguera temporal; olfatorcaína, un desodorante secreto utilizado por los criadores de mofetas; timpanolina, una droga que mataba temporalmente los nervios auditivos (usada sobre todo por los senadores obstruccionistas); una generosa dosis de bencedrina; ácido lisérgico, psilocibina; mescalina; extracto de peyote; otros siete alucinógenos altamente experimentales y completamente ilegales; ojo de tritón, y uña de perro.

Wintergreen se echó en su más confortable sofá, limpió con alcohol el hueco de la vena de su codo izquierdo, y se inyectó el brebaje de bruja.

Su corazón empezó a palpitar fuertemente. Su sangre hirvió, arrastrando el arcano de productos químicos hacia todas las partes de su cuerpo. La novocaína neutralizó todos los nervios sensitivos de su cuerpo. La morfina eliminó todas las sensaciones de dolor. El vlut anuló su visión. La olfatorcaína cortó todo su sentido del olfato. La timpanolina lo volvió tan sordo como un juez de tráfico. El curare lo paralizó.

Wintergreen estaba solo con su propio cuerpo. Ningún estímulo externo lo alcanzaba. Estaba en un estado de total privación sensorial. El deseo de hundirse en una bendita inconsciencia era irresistible. Wintergreen, pese a su fuerza de voluntad, no hubiera podido permanecer consciente sin ayuda. Pero la dosis masiva de bencedrina no iba a dejarle dormir.

Estaba despierto, consciente, solo con el universo de su propio cuerpo, sin estímulos externos de los que ocuparse. Luego, uno y dos, y después en combinación, como los puños de un buen y rápido peso pesado, los alucinógenos golpearon.

Los órganos sensoriales de Wintergreen estaban neutralizados, pero los centros cerebrales que recibían los datos sensoriales seguían activos. Fue en uno de esos centros cerebrales donde actuó la tremenda carga de un buen surtido de alucinógenos. Empezó a ver espectrales colores, formas, cosas sin nombre o forma. Oyó extrañas sinfonías, fantasmales ecos, locos aullidos. Un millón de imposibles olores torbellinearon en su cerebro. Un millar de falsos dolores y tensiones lo retorcieron, como si todo su cuerpo estuviera siendo amputado. Los centros sensoriales del cerebro de Wintergreen eran como un poderoso receptor radiofónico sintonizado a una longitud de onda vacía…, llena con estática visual auditiva, olfativa y sensorial carente de significado.

Las drogas mantuvieron sus sentidos inertes. Le bencedrina lo mantuvo consciente. Cuarenta años de ser Harrison Wintergreen lo mantuvieron frío y dueño de sí.

Durante un indeterrninado período de tiempo rodó bajo los puñetazos, intentando encajarse en aquel extraño y nuevo no entorno. Luego, gradualmente, con vacilación al principio pero con una creciente confianza, Wintergreen alcanzó el control. Su mente construyó falsas pero útiles analogías para acciones que no eran acciones, estados de ánimo que no eran estados de ánimo, datos sensoriales distintos a cualquier dato sensorial recibido por un cerebro humano. Las analogías, construidas en una especie de calculada locura por su subconsciente para la ruda tarea de hacer palpable lo incomprensible, lo capacitaron también para enfrentarse con aquel no entorno como si fuera un entorno, traduciendo los cambios mentales a análogos de acción.

Tendió una mano analógica y sintonizó hacia el interior una radio figurativa, alejándola de las vacías longitudes de onda del lado externo del universo y dirigiéndola hacia la aún no utilizada longitud de onda de su propio cuerpo, el universo interno que era la única escapatoria posible del caos para su mente.

Sintonizó, ajustó, forzó, se debatió, sintió su mente apretarse contra una zona interfacial del grosor de un átomo. Golpeó contra aquella zona interfacial, una translúcida membrana analógica entre su mente y su universo interno, una

membrana que se estiraba se flexionaba, se hinchaba, se adelgazaba… y finalmente se rompió. Como Alicia a través del espejo, su cuerpo analógico la cruzó y se detuvo al otro lado.

Harrison Wintergreen estaba dentro de su propio cuerpo.

Era un mundo de maravillas y de horrores, de majestad y de ridiculez. El punto de vista de Wintergreen, que su mente analogizaba como un cuerpo dentro de su auténtico cuerpo, estaba en el interior de una enorme red de pulsantes arterias, como algún monstruoso sistema de autopistas. La analogía cristalizó. Era una autopista, y Wintergreen estaba conduciendo por ella. Hinchados sacos arrojaban cosas en el intenso tráfico: hormonas, desechos, nutrientes. Glóbulos blancos le adelantaban como taxis locos. Glóbulos rojos conducían reposadamente como estólidos burgueses. El tráfico refluía y se congestionaba como un cruce en hora punta. Wintergreen siguió conduciendo, buscando, buscando.

Giró a la izquierda a través de tres carriles y luego giró a la derecha hacia un nódulo linfático. Y entonces lo vio…, un montón de glóbulos blancos como una colisión de una docena de coches, y acelerando hacia ellos un carcajeante motorista.

Una moto negra. Un motorista vestido de cuero negro. Negra, siniestramente negra, la cara del conductor, excepto los dos resplandecientes ojos color rojo sangre. Y adornando la parte delantera y trasera de la cazadora negra del motorista, bordada en brillantes tachuelas escarlata, la leyenda: «Angeles del Carcinoma».

Con un salvaje grito, Wintergreen lanzó su coche analógico por la hipotética autopista directamente hacia el motorista imaginario, la célula cancerígena.

¡Plaf! ¡Pop! ¡Crush! El coche de Wintergreen aplastó a la moto, y el motorista estalló en una nube de fino polvo negro.

Arriba y abajo por las autopistas de su sistema circulatorio, Wintergreen patrulló, desviándose por las arterias, regresando por las venas, penetrando en los más angostos capilares, buscando a los motoristas vestidos de negro, a los Angeles del Carcinoma, convirtiéndolos en polvo entre sus ruedas…

Se encontró en el oscuro y húmedo bosque de sus pulmones, cabalgando un caballo analógico blanco como la nieve, con una imaginaria lanza de pura luz en su mano. Salvajes dragones negros con ojos inyectados de rojo y agitadas

lenguas rojas deslizándose sinuosamente entre los nudosos e hinchados troncos de los grandes árboles bronquiales. San Wintergreen espoleó a su caballo, bajó su lanza, y empaló silbante monstruo tras silbante monstruo hasta que finalmente el sagrado bosque-pulmón quedó libre de dragones…

Estaba volando en alguna enorme y húmeda caverna; sobre el colgaban las vagas formas de gigantescos órganos, bajo él una ilimitada extensión de brillante y resbaladiza llanura peritoneal.

De detrás del abrigo de su inmenso y latiente corazón surgió una formación de negros cazas, llevando la insignia de una «C»; escarlata en sus alas y fuselajes, rugiendo contra él.

Wintergreen dio toda la potencia a su motor y subió al ataque, volando por encima de los bandidos, disparándoles con sus ametralladoras, y primero uno por uno, luego a racimos, se estrellaron en llamas allá abajo, contra el peritoneo…

Bajo un millar de formas y tamaños, las cosas negras y rojas atacaron. Negro, el color del olvido, rojo, el color de la sangre. Dragones, motoristas, aviones, monstruos marinos, soldados, tanques y tigres en los vasos sanguíneos, pulmones, bazo, tórax, vejiga…, todos ellos Angeles del Carcinoma.

Y Wintergreen luchó en sus batallas analógicas en un número igual de encarnaciones, como conductor, caballero, piloto, jinete, soldado, domador, con una salvaje y profunda alegría, sembrando los campos de batalla de su cuerpo con el polvo negro de los Angeles del Carcinoma caídos.

Luchó y luchó, y mató y mató, y finalmente…

Finalmente se encontró hundido hasta las rodillas en el mar de los jugos digestivos, apoyado contra las paredes de la viscosa y chorreante caverna que era su estómago. Y tendiendo hacia él sus quitinosas patas, un monstruoso cangrejo negro con ojos rojo sangre, grotesco, rechoncho, primordial.

Haciendo cliquetear sus pinzas, arrastrándose sobre su estómago, el cangrejo avanzó hacia él. Wintergreen hizo una pausa, sonrió con una sonrisa de lobo, y saltó muy alto en el aire, aterrizando con ambos pies directamente encima del duro caparazón negro.

Como una calabaza deshidratada por el sol, frágil, seca, vacía, el cangrejo se aplastó bajo sus pies y se desmenuzó en un millón de polvorientos fragmentos.

Y Wintergreen estuvo solo, finalmente solo y victorioso, el primero y el último de los Angeles del Carcinoma definitivamente barridos, desaparecidos y

derrotados.

Harrison Wintergreen, solo en su propio cuerpo, victorioso y una vez más buscando nuevos mundo que conquistar, aguardando a que las drogas dejaran de actuar sobre él, aguardando el regreso del mundo que siempre había sido el suyo.

Aguardando, aguardando, aguardando…

Vayan al mejor sanatorio del mundo, y allí encontrarán a Harrison Wintergreen, que se hizo a sí mismo Asquerosamente Rico:

Harrison Wintergreen, que Hizo el Bien; Harrison Wintergreen, que Dejó su Huella en las Arenas del Tiempo; Harrison Wintergreen, el vegetal catatónico.

Harrison Wintergreen, que entró en su propio cuerpo para combatir a los Ángeles del Carcinoma, y venció.

Y no puede salir.

* * *

Cáncer. El cáncer se ha convertido en una palabra susurro, una palabra mito, una palabra mágica, una palabra sucia; el cáncer, perdónenme la expresión, es la sífilis del siglo XX. Sólo las Preeminentes Personalidades Públicas escapan a sus estragos, como podrán ver en cualquier columna necrológica de cualquier periódico: «murió tras una larga y penosa enfermedad», o «falleció de muerte natural». Cáncer el Cangrejo ha perdido incluso su jerarquía en algunas de las más sensibles columnas astrológicas, en las cuales su porción del pastel zodiacal ha sido ocupada por los «Niños de la Luna», ya que los poderes públicos han decidido que recordar a un doceavo de los lectores que han nacido bajo el signo de la locura celular es malo para la circulación, por no hablar del canal alimentario.

Entonces ¿qué ocurre con el cáncer? (Con ésta acaban de leer la palabra cáncer seis veces. ¿No han encontrado todavía ningún nódulo sospechoso?) Las encuestas Gallup revelan que siete de cada diez norteamericanos prefieren la sífilis terciaria al cáncer. Tal impopularidad debe de ser merecida, pero ¿por qué? ¿Sólo porque el cáncer es el propio cuerpo devorándose a sí mismo como una hiena herida? ¿Sólo porque el cáncer es inexplicable e incurable al nivel de la

realidad objetiva?

Ah, pero ¿qué hay que decir al nivel de la realidad mítica? ¿De qué otro modo esperan ustedes luchar con un mito? Uno lucha contra la Magia Negra con la Magia Blanca. ¿Puede ser el cáncer algo psicosomático (una palabra mágica, si es que hay alguna), la manifestación física de algún vampirismo psíquico? El cáncer, después de todo, es el Canibalismo Definitivo: nuestro cuerpo comiéndose a sí mismo, célula a célula.

¿No preferirían ustedes olvidar este morboso y desagradable tema y pensar en algo más alegre, como por ejemplo los hornos de gas, la talidomida o la Guerra Termonuclear Preventiva Limitada?

Después de todo, como dice Henry Miller en su prefacio a *The Subterraneans* (*Los subterráneos*): «¡Cáncer! ¡Schmanser! ¿Cuál es la diferencia, mientras uno esté sano?».

Auto-da-fe

Roger Zelazny

Es reconfortante ponerse uno periódicamente a prueba y descubrir lo firme que es la materia de que uno está compuesto. Una prueba semejante finaliza con este libro. La tentación de empezar esta antología con la A-de-Asimov y terminarla con la Z-de-Zelazny era casi suficiente para hacerle a uno babear de delicia. Pero he reservado el cierre del volumen para «Chip» Delany, por razones que explicaré en su introducción, y he adelantado el puesto de Roger Zelazny un lugar. El factor decisivo fue el reconocimiento. Delany necesitaba ser expuesto. Zelazny ha ascendido ya a la divinidad, y por lo tanto no necesita ninguna mano que le ayude.

Roger Zelazny es un hombre delgado, de aspecto ascético, de origen polaco-irlandés-Pennsylvania-holandés, de modales agradables y reservados que ocultan un sentido del humor que podría ser envidiado por Torquemada. Nació en Ohio, como el recopilador de esta antología. De hecho, muy cerca: Roger procede de Euclid, Ohio. Es una deprimente ciudad donde antes había una tienda de helados que te daba tres bolas por nueve centavos, pero eso era hace mucho tiempo. El comentario de Zelazny a su carrera antes de dedicarse a escribir es más o menos así: «Elevación rápida hacia la oscuridad en los círculos gubernamentales como especialista en reclamaciones en la "Administración de la Seguridad Social"». Frecuentó las universidades de Western Reserve y Columbia. Sólo Dios sabe si obtuvo algún título, y eso no importa demasiado. El único escritor existente con

un uso más singular de la lengua inglesa es Nabokov. Actualmente Roger reside en Baltimore con una esposa excepcionalmente hermosa llamada Judy, que es demasiado buena para él.

Zelazny, autor de historias tan premiadas como *He Who Shapes* (*El que da forma*), *A Rose for Ecclesiastes* (*Una rosa para el Eclesiastés*), *And Call Me Conrad* (*Y llámame Conrad*) y *The Doors of His Face*, *the Lamps of His Mouth* (*Las puertas de su rostro*, *las lámparas de su boca*), tiene el mal gusto de ser un glotón para los premios. Su novela Lord ofLight (El señor de la luz) será pronto publicada por Doubleday. A la edad de veintinueve años ha copado ya un Hugo y dos Nébula, humillando así a las venerables cabezas del género más viejas, más grises y más sabias que han estado trabajando tres veces más tiempo, cinco veces más duro, y escrito una veinteava parte tan bien. Es algo increíble para alguien tan joven.

Lo cual realmente es una cosa extraña. Porque no hay nada joven en la obra de Zelazny. Sus historias se hunden hasta las rodillas en la madurez y la sabiduría, en una bravura de estilo que rompe reglas de las cuales la mayoría de escritores sólo sospechan su existencia. Sus conceptos son frescos, sus ataques, osados, sus resoluciones, generalmente cortantes. Eso nos lleva inexorablemente a la conclusión de que Roger Zelazny es la reencarnación de Geoffrey Chaucer.

Rara vez un autor es tan reconocido y aplaudido en estos estadios de su desarrollo (particularmente en el inconstante y estúpido campo de la ciencia ficción) como lo ha sido Zelazny. Constituye un tributo a su tenacidad, su talento y sus visiones personales del mundo el que, en cualquier lista de los principales autores de ficción especulativa, el nombre de Roger Zelazny aparezca siempre de forma destacada. Podemos deleitarnos con la perspectiva de muchos años de excelentes historias surgidas de su máquina de escribir, como esta última entrega, considerando el comentario que sigue como una penetrante extrapolación de nuestra «cultura móvil».

* * *

Aún recuerdo el ardiente sol sobre las arenas de la Plaza de Autos, los gritos

de los vendedores de refrescos, las hileras de humanidad instaladas al otro lado frente a mí en el soleado tendido de la arena, las gafas de sol como cavidades en sus relucientes rostros.

Aún recuerdo los aromas y los colores: los rojos, azules y amarillos, el omnipresente olor de los vapores de petróleo en el aire.

Aún recuerdo aquel día, aquel día con su sol en medio del cielo y del signo de Aries, ardiendo en aquel inicio del año. Recuerdo los pequeños pasos de los bombistas, las cabezas echadas hacia atrás, los brazos agitándose, la deslumbrante blancura de sus dientes enmarcada en unos labios sonrientes, los trapos asomando como coloreadas colas por los bolsillos traseros de sus monos; y las bocinas…, recuerdo el resonar de mil bocinas por los altavoces, intermitentemente, a golpes, una y otra vez, y de nuevo, y luego una vibrante nota final, sostenida, para romper los tímpanos y el corazón con su infinita potencia, su pathos.

Y luego el silencio.

Lo veo de nuevo, como lo vi aquel día hace tanto tiempo…

Él entró en la arena, y el grito que resonó sacudió el cielo azul sobre sus pilares de mármol blanco.

—¡Viva! ¡El mechador! ¡Viva! ¡El mechador!

Recuerdo su rostro, oscuro, triste y sabio.

Largo de mandíbula y de nariz, su risa era como el rugir del viento, y sus movimientos, como la música del theramin y del tambor. Su mono era azul y plata, ajustado y adornado con galones de oro, y bordado por todas partes con trenzas negras. Su chaquetilla estaba engalanada con abalorios y resplandecientes lentejuelas sobre el pecho, los hombros y la espalda.

Sus labios se curvaron en la sonrisa de un hombre que ha conocido mucha gloria y ha retenido el poder que le aportará mucha más.

Avanzó, girando en un círculo, sin proteger sus ojos del sol.

Estaba por encima del sol. Era Manolo Stillete Dos Muertos, el mejor mechador que el mundo había visto nunca, botas negras cubriendo sus pies, pistones en sus muslos, dedos con la discreción de micrómetros, halo de oscuros rizos sobre su cabeza, y el ángel de la muerte en su brazo derecho, allí, en el centro de aquel círculo de la verdad manchado de grasa.

Agitó una mano, y el grito se elevó de nuevo.

—¡Manolo! ¡Manolo! ¡Dos Muertos! ¡Dos Muertos!

Tras dos años de ausencia del ruedo, había elegido aquel día, el aniversario de su muerte y retirada, para volver…, porque había gasolina y metilo en su sangre, y su corazón era una bruñida bomba rodeada de deseo y coraje. Había muerto dos veces en la arena, y dos veces los médicos lo habían resucitado. Tras su segunda muerte se había retirado, y alguien dijo que era porque había conocido el miedo. Aquello no podía ser cierto.

Agitó la mano, y su nombre resonó sobre él.

Las bocinas sonaron una vez más: tres largos acordes.

Luego se produjo de nuevo el silencio, y un bombista vestido de rojo y amarillo le trajo la capa y le quitó la chaquetilla.

El dorso aluminio brillante de la capa llameó al sol cuando Dos Muertos la hizo girar.

Entonces llegaron las últimas y cortas notas.

La gran puerta se abrió hacia arriba y hacia dentro en la pared. Dobló la capa sobre su brazo y se enfrentó a la abertura.

La luz de encima era roja, y desde la oscuridad le llegó el sonido de un motor.

La luz cambió a amarillo, luego a verde, y hubo el sonido de un precavido cambio de marchas.

El coche apareció lentamente en el ruedo, se detuvo, avanzó un poco más, se detuvo de nuevo.

Era un Pontiac rojo, el capó retirado, su motor como un nido de serpientes, silbando y agitándose tras el brillo circular de su invisible ventilador. Las alas de su estabilizador giraron y giraron, y finalmente se clavaron en Manolo y su capa.

Había elegido uno pesado para empezar, lento en el giro, para que le diera la posibilidad de desentumecer un poco sus miembros.

Los tambores del cerebro del Pontiac, que nunca antes habían registrado un hombre, estaban girando.

Luego la conciencia de su clase hizo presa en él, y avanzó.

Manolo hizo dar un molinete a su capa y pateó un guardabarros cuando pasó rugiendo por su lado.

La puerta del gran garaje se cerró.

Cuando alcanzó el lado opuesto del ruedo, el coche se detuvo, aparcado.

Gritos de disgusto, silbidos e insultos brotaron de la multitud.

El Pontiac seguía aparcado.

Dos bombistas, portando cubos, salieron de detrás de la barrera y lanzaron barro contra su parabrisas.

Entonces rugió y persiguió al más próximo, golpeando contra la barrera. Luego se volvió bruscamente, miró a Dos Muertos y cargó.

La verónica del mechador transformó a éste en una estatua bordada de plata. El entusiasmo de la multitud fue enorme.

El Pontiac se volvió y cargo de nuevo y me maravillé de la habilidad de Manolo, porque había dado la impresión de que sus botones rayaban la pintura color cereza de los paneles laterales del vehículo.

Luego éste hizo una pausa, giró sobre sus ruedas, rodó en un círculo en tomo al ruedo.

La multitud rugió cuando pasó cerca de ella y dio otra vuelta.

Luego se detuvo de nuevo, quizás a unos veinte metros de distancia.

Manolo le volvió la espalda y saludó a la multitud.

De nuevo los gritos y la repetición de su nombre.

Hizo un gesto a alguien detrás de la barrera.

Salió un bombista trayéndole su llave inglesa cromada, sobre un almohadón de terciopelo.

Entonces se volvió de nuevo hacia el Pontiac y avanzó hacia él.

El coche permaneció allí, estremeciéndose, y el hombre hizo saltar el tapón de su radiador.

Un chorro de vapor se alzó en el aire, y la multitud aulló. Entonces Manolo golpeó el frente del radiador y cada uno de los guardabarros.

Le dio nuevamente la espalda y se mantuvo inmóvil.

Cuando oyó el crujido de la caja de cambios, se volvió de nuevo y, con un elegante pase, lo dejó pasar, no sin antes golpear un par de veces su maletero con la llave inglesa.

El coche se dirigió al otro extremo del ruedo y aparcó.

Manolo alzó su mano al bombista al otro lado de la barrera.

El hombre con el almohadón saltó y corrió hacia él, llevándole el destornillador de mango largo y la capa corta. Se llevó consigo la llave inglesa, así como la capa larga.

De nuevo se hizo el silencio en la Plaza de Autos.

Como si captara todo aquello, el Pontiac se volvió una vez más e hizo sonar dos veces la bocina. Luego cargó.

Había manchas oscuras en la arena allí donde su radiador había soltado agua. Su tubo de escape se alzaba tras él como un fantasma. Cargó a una terrible velocidad.

Dos Muertos alzó la capa ante él y descansó el extremo del destornillador sobre su antebrazo izquierdo.

Cuando parecía que sin duda alguna iba a ser atropellado, su mano salió disparada hacia delante, tan rápida que los ojos apenas pudieron seguirla, y él saltó a un lado mientras el motor empezaba a toser.

El Pontiac siguió adelante por efecto de la inercia, giró bruscamente sin frenar, volcó de lado, se deslizó hacia la barrera y empezó a arder. Su motor tosió de nuevo y murió.

La Plaza se agitó con los vítores. Concedieron a Dos Muertos los dos faros y el tubo de escape. Los alzó ante él y avanzó en un lento paseo en tomo al perímetro de la Plaza. Sonaron las bocinas. Una dama le arrojó una flor de plástico, y él le hizo llevar por un bombista el tubo de escape, indicándole que le preguntara si quería cenar con él. La multitud le vitoreó más fuertemente, porque era bien sabido que era un gran mujeriego, y en aquellos tiempos de mi juventud no era algo tan poco usual como lo es hoy en día.

El siguiente era el Chevrolet azul; jugó con él como un niño juega con un gatito, atormentándolo hasta la locura, y luego parándolo para siempre. Recibió los dos faros. Para entonces el cielo se había nublado un poco, y sonaban a lo lejos algunos truenos.

El tercero era un Jaguar XKE negro, que requieren la mayor destreza posible y no proporcionan sino un brevísimo momento de la verdad. Había sangre además de gasolina sobre la arena antes de que lo despachara, porque su retrovisor lateral salía más de lo que parecía, y hubo una línea rojiza a lo largo de las costillas del mechador antes de que acabara con él. Sin embargo, le arrancó su sistema de ignición con tanta gracia y arte que la multitud hirvió en torno a la arena, y hubo que avisar a los guardias para que los hicieran retroceder a golpes de porra y aguijones eléctricos y los condujeran de vuelta a sus asientos.

Después de todo aquello, ya nadie podría decir que Dos Muertos había

conocido alguna vez el miedo.

Se levantó una fría brisa; compré un refresco aguardé al último.

Su último coche salió a toda velocidad cuando la luz estaba todavía amarilla.

Era un Ford descapotable color mostaza. Cuando pasó por su lado la primera vez, hizo sonar la bocina y puso en marcha los limpiaparabrisas. Todo el mundo aplaudió, porque aquello quería decir que tenía temple.

Luego se detuvo en seco, puso marcha atrás, y retrocedió hacia él a más de setenta por hora.

Manolo se salió de su camino, sacrificando la gracia a la rapidez, y el coche frenó en seco, pasó a primera y avanzó de nuevo.

Dos Muertos agitó la capa, y le fue arrancada de las manos. Si no se hubiera echado hacia atrás con toda rapidez, habría recibido un buen golpe.

Alguien gritó entonces:

—¡Está fuera de alineación!

Pero el mechador se puso en pie, recuperó su capa y lo enfrentó de nuevo.

Se habla aún de los tres pases que siguieron. ¡Nunca se había visto flirtear de tal modo con el parachoques! ¡Nunca en toda la Tierra se había visto un encuentro como aquél entre mechador y máquina! El descapotable rugió como diez siglos de muerte aerodinámica; el espíritu de san Detroit se sentaba en el asiento del conductor, sonriendo, mientras Dos Muertos se enfrentaba a él con su capa forrada de aluminio, citándole y reclamando su llave inglesa. El coche protegió su sobrecalentado motor e hizo subir y bajar los cristales, arriba y abajo, arriba y abajo, aclarando su tubo de escape con ruidos como de cisterna de water y mucho humo negro.

Entonces empezó a llover, lentamente, suavemente, y el trueno se acercó a nosotros. Terminé mi refresco.

Dos Muertos nunca había utilizado su llave inglesa con el motor antes, sólo con la carrocería. Pero esta vez la lanzó. Algunos expertos dicen que apuntaba al distribuidor; otros, que intentaba romper la bomba de la gasolina.

La multitud lo abucheó.

Algo viscoso goteaba del Ford sobre la arena. La línea roja se estaba ensanchando en el costado de Manolo. La lluvia seguía cayendo.

No miró a la multitud. No apartaba sus ojos del coche. Alzó la mano derecha, con la palma hacia arriba, y aguardó.

Un jadeante bombista colocó el destornillador en su mano y se alejó corriendo de vuelta a la barrera.

Manolo se echó a un lado y aguardó.

El coche saltó hacia él, y el mechador golpeó.

Hubo más abucheos.

Había fallado la muerte.

Nadie se fue, sin embargo. El Ford empezó a dar vueltas en torno a él en círculos cada vez más cerrados, con su motor ahora humeando. Manolo se frotó el brazo y recogió el destornillador y la capa que había dejado caer. Hubo más abucheos cuando lo hizo.

De pronto el coche estuvo sobre él, con su motor en llamas.

Algunos dicen que Manolo golpeó y falló de nuevo, perdiendo el equilibrio. Otros, que empezó a golpear, cogió miedo y retrocedió. Por último, hay quien dice que, quizá por un instante, sintió una fatal piedad hacia su valeroso adversario, y aquello retuvo su mano. Yo digo que el humo era demasiado denso para que nadie pudiera ver con seguridad lo que había ocurrido.

Lo cierto es que el coche hizo un giro y el hombre cayó hacia delante, y fue arrastrado sobre aquel motor, ardiendo como el catafalco de un dios, para ir al encuentro de su tercera muerte mientras ambos se estrellaban contra la barrera y desaparecían entre las llamas.

Hubo muchas disputas acerca de aquella última corrida, pero, lo que quedaba del tubo de escape y los dos faros fueron enterrados con lo que había quedado de él, bajo la arena de la plaza, y hubo muchos llantos entre las mujeres que lo habían conocido. Yo digo que no puede haber tenido miedo ni sentido piedad, porque su fuerza era como una ristra de cohetes, sus muslos eran pistones, y los dedos de sus manos tenían la discreción de micrómetros; su pelo era un halo negro, y el ángel de la muerte rondaba por su brazo derecho. Un hombre así, un hombre que ha conocido la verdad, es más poderoso que cualquier máquina. Un hombre así está por encima de todo excepto el poder y la gloria.

Ahora sin embargo está muerto, por tercera y última vez. Está tan muerto como todos los muertos que hayan muerto nunca ante un parachoques, bajo el morro, entre las ruedas. Y está bien que no pueda volver a levantarse, porque digo que ese último coche fue su apoteosis, y cualquier otra cosa sería un anticlímax. Una vez vi una brizna de hierba creciendo entre las hojas de metal

del mundo en un lugar donde habían quedado algo separadas, y la destruí porque sentí que debía de sentirse muy sola. A menudo he lamentado haber hecho eso, porque arranqué la gloria de su unicidad.

Durante todo el camino de vuelta a casa pensé en ello, y los cascos de mi montura resonaban sobre el suelo de la ciudad mientras cabalgaba bajo la lluvia hacia el anochecer, aquella primavera.

* * *

Ésta es la primera vez que tengo ocasión de dirigirme a los lectores de una de mis historias, directamente y no por medio de nuestro juego mimético. Aunque acepto la noción de que un escritor debería presentar un espejo de la realidad, no creo necesario que deba ser del tipo que uno utiliza para mirarse mientras se afeita o se depila las cejas, o ambas cosas a la vez si se da el caso. Si debo llevar a todas partes un espejo, para enfocarlo a la realidad si alguna vez la encuentro, no hay razón para que no disfrute la carga tanto como me sea posible. Mi forma de hacerlo es cargar con uno de esos espejos que uno podía ver en las casas de la risa, en los tiempos en que aún existían las casas de la risa. Naturalmente, nada de lo que refleja es tan atractivo o tan sombrío como puede llegar a serlo ante el ojo desnudo. A veces parece más atractivo, o más sombrío. Uno no lo sabe realmente, hasta que prueba el espejo deformante. Y es terriblemente difícil mantener fija esa resbaladiza cosa. Un parpadeo y —¿quién sabe?— tiene usted sesenta centímetros de altura. Un estornudo, y que el Buen Señor Dios les sonría. Vivo en un miedo mortal de dejarlo caer. No sabría qué hacer sin él. Vivir más alegre, probablemente. De todos modos, amo mi fría y brillante carga. Y no voy a decir nada de la precedente historia, porque si ella misma no ha dicho todo lo que se suponía tenía que decir, entonces es culpa mía, y no voy a intentar dignificarla con más palabras. Cualquier error es siempre atribuible al espejo —a la forma en que yo lo estoy sujetando, o a la forma en que ustedes se están mirando en él—, así que no me culpen. Yo simplemente trabajo aquí.

Por siempre y Gomorra

Samuel R. Delany

Ésta es la última historia del libro. Por una razón muy especial (y no simplemente porque es la última en ser impresa, chicos listos). Es el final de una aventura y el inicio de un viaje. El fin para esta antología y la necesidad de hacer un último esfuerzo y demostrar lo que se supone que el libro pretendía demostrar (si no ha sido así, Dios no lo quiera, todo el material que antecede sólo ha hecho el trabajo adecuadamente); una última salva de fuegos artificiales para iluminar la escena. El final. Lo último. Quizás una patada en el trasero, algo que les deje jadeantes, un fuera de combate.

El inicio de un viaje: la carrera de un nuevo escritor. Pueden ustedes presenciar la partida del barco, ofrecer el cesto de frutas, tirar los confetis, decir adiós agitando el pañuelo, y nosotros les estaremos mirando. El gran viaje al gran mundo. El periplo. Pero ¿por qué esta historia, por qué este escritor?

Toulouse-Lautrec dijo en una ocasión: «Uno nunca debería conocer a un hombre cuya obra admira. El hombre es siempre muy inferior a la obra». Lamentablemente, casi siempre es cierto. El gran novelista resulta ser un quejica. El penetrador de las debilidades humanas se mete los dedos en la nariz en público. La gran autoridad sobre Sudáfrica nunca ha estado más allá de Levittown. El escritor de apasionantes aventuras resulta ser un patético homosexual bajito que vive aún con su madre inválida. Oh, Henri el Loco, tenías tanta razón… Pero no ocurre así con el autor de la historia que he elegido para

cerrar este intento de provocación.

Muy pocas veces me he sentido tan impresionado con un escritor como cuando conocí por primera vez a Samuel R. Delany. Estar en la misma habitación con «Chip» Delany es saber que uno está en presencia de un acontecimiento inminente. No es su ingenio, que es considerable, o su intensidad, que es como una cálida luz, ni su erudición, que es asombrosa, ni su sinceridad, que es tan real que tiene forma y sustancia. Es una indefinible pero innegable impresión de que allí hay un hombre que lleva grandes obras en él. Hasta ahora no ha escrito casi nada excepto novelas, y ésas para una casa de libros de bolsillo alabada por dar a los recién llegados una oportunidad, pero criticada por la baja calidad de sus presentaciones. Los títulos son *Jewels of Aptor* (*Las joyas de Aptor*), *Captives of the Flame* (*Cautivos de la llama*), *The Towers of Toron* (*Las torres de Toron*), *City of a Thousand Suns* (*La ciudad de los mil soles*), *La balada de Beta-2*, *Empire Star* (*Estrella imperial*) y un increíble pequeño volumen titulado *Babel-17*, que ganó en 1966 el premio Nebula de la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de Norteamérica Ignoren los títulos. Son las lucubraciones de marketing de editores en las paredes de cuyas oficinas están pegados carteles recordando: ¡COMPETID!, Pero lean los libros. Demuestran un talento inquieto, intrincado, singular, e pleno proceso de desarrollo. Chip Delany está destinado a ser uno de los escritores auténticamente importantes surgidos en el campo de la literatura especulativa. Una clase de escritor que pasará a otros campos y se convertirá para la literatura general en algo importante, a su delanymanera, como Bradbury, Vonnegut o Sturgeon. Su talento es así de grande.

Nacido el 1 de abril de algún año durante la segunda guerra mundial, Delany creció en el Harlem de Nueva York. Una educación en una escuela primaria muy privada, muy progresista, luego la escuela superior de Ciencias del Bronx, una asistencia esporádica al City College, con un periodo como director de poesía de Promethean. Escribió su primera novela de ciencia ficción a los diecinueve años. Ha trabajado, entre novela y novela, como dependiente de una librería, en barcos langostineros en el golfo de Texas, como cantante folk en Grecia, y ha ido arriba abajo entre la ciudad de Nueva York y Estambul. Está casado. En la actualidad reside en el Lower East Side de la ciudad de Nueva York, y está trabajando en una enorme novela de ciencia ficción, *Nova*, que será publicada próximamente

por Doubleday. Muy pocas cosas respecto a alguien que escribe tan formidablemente como Delany. Pero al parecer es todo lo que él desea que se sepa.

Sin embargo, su ficción es lo bastante elocuente. Sus novelas abordan los clichés de la ficción especulativa gastados y envejecidos por el tiempo con una enorme y cautivante ingeniosidad Llevan frescura a un campo que ocasionalmente se hunde en la línea de menor resistencia. Esta frescura es manifiestamente visible en la historia que están a punto de leer, a su manera una de las mejores de las treinta y tres obras maestras incluidas aquí. Por supuesto se clasifica como una visión «peligrosa», y tanto Chip como yo pensamos que hubiera sido difícil incluirla en el mercado de las publicaciones periódicas establecidas. Quizás hayan visto ustedes algún relato corto o novela corta de Delany impresos antes de leer la historia que sigue, pero no olviden que ésta fue la primera historia corta escrita por Chip. No había hecho nada excepto novelas antes de aceptar escribir algo para este libro. Se sitúa, para mí, como un de los más memorables vuelos en solitario de la historia del género.

* * *

Y descendimos en París:

Donde recorrimos la calle Médicis con Bo, Lou y Muse dentro de la verja, Kelly y yo fuera, haciéndonos muecas entre los barrotes, haciendo ruidos, haciendo rugir los Jardines de Luxemburgo a las dos de la madrugada. Luego saltamos la verja y bajamos hasta la plaza frente a Saint-Sulpice, donde Bo intentó echarme a la fuente.

En cuyo momento Kelly observó lo que ocurría a nuestro alrededor, tomó la tapa de un cubo de basura, y corrió hacia los urinarios, golpeando sus paredes. Cinco chavales salieron precipitadamente; ni siquiera los urinarios más grandes pueden albergar a más de cuatro.

Un chico realmente rubio apoyó su mano sobre mi brazo y me sonrió.

—No crees, espaciano, que tu… gente debería irse?

Miré su mano sobre mi uniforme azul.

—Est’ce que tu es un frelk?

Alzó las cejas, luego agitó la cabeza.

—Une frelk —corrigió—. No, no lo soy. Desgraciadamente para mí. Tienes aspecto de haber sido un hombre alguna vez. Pero ahora… —Sonrió—. Ahora no tienes nada para mí. La policía. —Señaló con la cabeza al otro lado de la calle, donde observé por primera vez la gendarmería—. A nosotros no nos molestarán. Pero vosotros sois extranjeros…

Pero Muse estaba ya gritando:

—¡Eh, venid! Larguémonos de aquí.

Y nos fuimos. Hacia arriba de nuevo.

Y bajamos otra vez en Houston:

—¡Maldita sea! —dijo Muse—. Control de Vuelo Géminis… ¿Queréis decir que ahí es donde empezó todo? ¡Larguémonos fuera de aquí, por favor!

De modo que tomamos un autobús hasta Pasadena, y de allí la monolínea hasta Galveston; íbamos a bajar hasta el golfo, pero Lou encontró a una pareja con una camioneta…

—Encantados de llevaros, espacianos. La gente de ahí arriba en sus planetas y cosas, haciendo todo ese buen trabajo para el gobierno.

…que se dirigían hacia el sur, ellos y el bebé, de modo que subimos a la parte de atrás durante cuatrocientos kilómetros de sol y viento.

—¿Creéis que son frelks? —preguntó Lou, dándome con el codo—. Apostaría a que son frelks. Están simplemente esperando a echarnos el anzuelo.

—No digas tonterías. Tienen el aire encantador y estúpido de un par de chicos campesinos.

—¡Eso no quiere decir que no sean frelks!

—Tú no confías en nadie, ¿verdad?

—No.

Y finalmente un autobús de nuevo, que nos llevó a sacudidas cruzando Brownsville y la frontera hasta Matamoros, donde bajamos con rodillas temblorosas al polvo y al ardiente atardecer, con un montón de mexicanos y pollos y pescadores de langostinos del golfo de Texas —que olían aún peor—, y nosotros fuimos quienes gritamos más fuerte. Cuarenta y tres putas —las conté — se habían preparado para los langostineros, y para cuando rompimos dos de las ventanas de la estación de autobuses ya estaban todos riendo. Los

langostineros decían que no iban a pagarnos nada de comida, pero que nos emborracharían hasta las orejas si queríamos, porque ésa era la costumbre con los langostineros. Pero nosotros gritamos y rompimos otra ventana; luego, mientras yo estaba tendido de espaldas en los escalones de entrada de la oficina de telégrafos, cantando, una mujer de labios oscuros se inclinó sobre mí y puso sus manos sobre mis mejillas.

—Eres muy guapo. —Su densa mata de pelo cayó hacia delante—. Pero los hombres están todos por ahí observándote. Y eso les hace perder tiempo. Por desgracia, su tiempo es nuestro dinero. Espaciano, ¿no crees que… tu gente debería irse?

Sujeté su muñeca.

—¡Usted! —susurré en español—. ¿Usted es una frelka?

—Frelko en español. —Sonrió y palmeó el broche en forma de sol que colgaba de la hebilla de mi cinturón—. Lo siento. Pero tú no tienes nada que… pueda servirme a mí. Es una lástima, porque parece como si alguna vez hubieras sido una mujer, ¿no? Y a mi me gustan las mujeres también…

Me aparté del porche.

—¡Esto es un aburrimiento, un completo aburrimiento! —estaba gritando Muse—. ¡Venga! ¡Vámonos!

Conseguimos estar de vuelta en Houston antes del amanecer, no sé cómo. Y subimos.

Aquella mañana llovía en Istanbul:

En la cantina bebimos nuestro té en vasos en forma de pera, mirando afuera al otro lado del Bósforo. Las islas Príncipes parecían montones de basura ante la ciudad llena de agujas.

—¿Quién sabe su camino en esta ciudad? —preguntó Kelly.

—¿No vamos a ir juntos? —dijo Muse—. Creía que íbamos a ir todos juntos.

—Me han retenido mi cheque en la oficina del sobrecargo —explicó Kelly —. Estoy hecho polvo. Creo que el sobrecargo me tiene manía. —Se alzó de hombros—. No me apetece en lo más mínimo, pero voy a pescar a algún frelk rico y hacerme amigo suyo. —Volvió a su té; luego observó el pesado silencio que se había hecho—. ¡Oh, vamos! Me estáis mirando como si fuera a romperos cada uno de los huesos de vuestro cuerpo tan-cuidadosamente-condicionados-desde-la-pubertad. ¡Eh, tú! —dijo dirigiéndose a mi—. ¡No me mires con esa

cara de santurrón como si nunca hubieras ido con un frelk!

Ya empezaba.

—No te estoy mirando con ninguna cara —dije, irritándome tranquilamente.

El deseo, el viejo deseo.

Bo se echó a reír para romper la tensión.

—Mirad, la última vez que estuve en Istanbul, un año antes de unirme a esta compañía, recuerdo que salimos de la Plaza Taksim para bajar al Istiqlal. Justo pasados todos esos cines baratos encontramos un pasaje pequeño bordeado de flores. Frente a nosotros había otros dos espacianos. Hay un mercado allí dentro, y más abajo venden pescado; luego hay un patio con naranjas y caramelos y erizos de mar y coles. Pero sobre todo flores. De todos modos, observamos algo curioso en aquellos espacianos. No eran sus uniformes: eran perfectos. El corte de pelo: correcto. No fue hasta que los oímos hablar… Eran un hombre y una mujer vestidos como espacianos, ¡intentando pescar frelks! ¡Imaginad, vaya plan para los frelks!

—Sí —dijo Lou—. Ya he oído eso antes. Hay montones de ellos en Rio.

—Les dimos una buena paliza a aquellos dos —concluyó Bo—. Los llevamos a una calle lateral y ¡cómo nos lo pasamos!

El vaso de té de Muse chasqueó contra la superficie de la mesa.

—¿Desde Taksim bajando hasta el Istiqlal hasta que encuentras las flores? ¿Por qué no nos dijiste que era alli donde estaban los frelks, eh?

Una sonrisa en el rostro de Kelly hubiera arreglado las cosas. Pero no hubo ninguna sonrisa.

—Demonios —dijo Lou—, nadie ha tenido que decirme nunca dónde mirar. Salgo a la calle, y los frelks me huelen llegar. Los distingo a medio camino de Piccadilly. ¿No tienen nada más que té en este lugar? ¿Dónde podemos tomar una copa?

Bo sonrió.

—Es un pais musulmán, ¿recuerdas? Pero abajo, al final del Pasaje de las Flores, hay un montón de bares pequeños con puertecitas verdes y mostradores de mármol donde puedes conseguir un litro de cerveza por unos quince centavos en liras. Y están también todos esos puestos donde venden pescado frito y bocadillos de tripa de cerdo…

—¿Nunca habéis observado la cantidad que pueden meterse dentro los

frelks? Alcohol, quiero decir…, no tripas de cerdo.

Y nos lanzamos a contar un montón de apasionantes historias. Terminamos con aquella acerca del frelk al que un espaciano intentaba enrollar y que declaró: «Hay dos cosas que me gustan. Una son los espacianos; la otra, una buena pelea…».

Pero lo único que hacen es calmar. No curan nada. Ahora incluso Muse sabia que cada uno iba a pasar el día por su lado.

La lluvia había cesado, así que tomamos el ferry para el Cuerno de Oro. Kelly preguntó inmediatamente el camino de la plaza Taksim y el Istiqlal, y le aconsejaron que tomara un dolmush, lo cual descubrió que era un taxi, excepto que tan sólo va a un lugar y recoge montones y montones de gente por el camino. Y es barato.

Lou se dirigió al puente Ataturk para ver la Ciudad Nueva. Bo decidió ir a ver lo que era realmente el Dolma Boche; y cuando Muse descubrió que uno podía ir hasta Asia por quince centavos —una lira y cincuenta krush—, bien, Muse decidió ir a Asia.

Yo me metí en la confusión del tráfico a la entrada del puente, pasados los grises y chorreantes muros de la Ciudad Vieja, bajo los cables del trolebús. Hay veces en las que gritar y hacer tonterías no llena el vacío. Hay veces en las que uno debe caminar por si mismo porque duele mucho estar solo.

Caminé por un montón de callejuelas con mulos empapados y camellos empapados y mujeres con velos; y luego por un montón de grandes calles con autobuses y papeleras y hombres con trajes de negocios.

Alguna gente mira a los espacianos; otra no. Alguna gente mira o no mira de una forma que un espaciano aprende a reconocer una semana después de haber salido de la escuela de entrenamiento a los dieciséis años. Yo estaba andando por el parque cuando noté que me miraban. Ella vio que yo me había dado cuenta y desvió su mirada.

Me acerqué lentamente sobre el mojado asfalto. Estaba de pie bajo la arcada del pequeño y vacio cascarón de una mezquinta. Cuando pasé por su lado ella salió al patio entre los cañones.

—Disculpe.

Me detuve.

—¿Sabe usted si éste es o no el santuario de Santa Irene? —Su inglés tenía

un acento encantador—. Me he dejado la guía en casa.

—Lo siento. Yo también soy turista.

—Oh. —Sonrió—. Soy griega. Pensé que tal vez fuera usted turco por el tono oscuro de su piel.

—Piel roja norteamericano.

Hice una inclinación de cabeza. Ella me la devolvió.

—Entiendo. Acabo de entrar en la universidad, aquí en Istanbul. Su uniforme me dice que es usted —y en la pausa, todas las especulaciones resueltas— un espaciano.

Me sentía incómodo.

—Sí. —Me metí las manos en los bolsillos, agité un poco mis pies sobre la suela de mis botas, me chupé el tercer molar izquierdo empezando por detrás…, hice todas esas cosas que hace uno cuando se siente incómodo. «Eres tan excitante cuando te pones así», me dijo en una ocasión un frelk—. Si, lo soy —dije demasiado secamente, con voz demasiado fuerte, y ella se sobresaltó un poco.

Así que ella sabía que yo sabía que ella sabía que yo sabía; me pregunté cómo íbamos a jugar al juego Proust.

—Soy turca —dijo ella—. No griega. Y no empiezo la universidad. Me he graduado en historia del arte aquí en la universidad. Esas pequeñas mentiras que una inventa frente a los extraños para proteger su ego… ¿Por qué? A veces pienso que mi ego es muy pequeño.

Es una estrategia.

—¿Vive muy lejos de aquí? —pregunté—. ¿Y cuál es la tarifa en liras turcas?

—No puedo pagarle. —Apretó su impermeable en torno a sus caderas. Era muy hermosa—. Me gustaría. —Se alzó de hombros y sonrió—. Pero soy… una pobre estudiante. No una rica. Si desea usted irse ahora mismo, no se lo reprocharé. Pero me quedaré triste.

Me quedé. Pensé que ella iba a sugerir un precio al cabo de un rato. No lo hizo.

Me estaba preguntando «¿Y qué demonios piensas hacer con ese maldito dinero, de todos modos?», cuando un soplo de viento nos arrojó agua de uno de los grandes cipreses del parque.

—Creo que todo esto es triste. —Se secó unas gotas del rostro. Su voz se había roto por un momento, y por un momento miré los rastros de las gotas de agua demasiado cerca—. Creo que es triste que hayan tenido que alterarle para hacer de usted un espaciano. Si no lo hubieran hecho, entonces nosotros… Si los espacianos no hubieran existido, entonces nosotros no hubiéramos podido… ser como somos. ¿Al principio era usted masculino o femenino?

Una nueva ducha. Yo miraba al suelo, y las gotas se metieron por mi cuello.

—Masculino —dije—. No tiene importancia.

—¿Cuántos años tiene? ¿Veintitrés, veinticuatro?

—Veintitrés —mentí.

Es un reflejo. Tengo veinticinco, pero cuanto más joven creen que eres, más te pagan. Pero yo no deseaba su maldito dinero…

—Entonces he calculado bien —asintió—. La mayoría de nosotros somos expertos en espacianos. ¿No se ha dado cuenta? Supongo que tenemos que serlo. —Me miró con unos enormes ojos negros. Al final de su mirada, parpadeó rápidamente—. Debió de ser usted un hombre muy apuesto. Pero ahora es usted un espaciano, construyendo unidades de conservación del agua en Marte, programando ordenadores de prospección minera en Ganímedes, ocupándose de las torres repetidoras de comunicaciones en la Luna. La alteración… —Los frelks son las únicas personas a las que he oído decir «la alteración» con tanta fascinación y lástima—. Creo que hubieran podido hallar alguna otra solución. Que podrían haber hallado otro medio distinto a neutralizarles, convirtiéndoles en criaturas ni siquiera andróginas; cosas que son…

Puse mi mano en su hombro, y ella se detuvo como si la hubiera golpeado. Miró si había alguien cerca. Entonces, ligeramente, muy ligeramente, alzó su mano hacia la mía.

Retiré rápidamente mi mano.

—¿Que son qué?

—Podrían haber hallado otra forma.

Sus dos manos estaban en los bolsillos ahora.

—Hubieran podido. Sí. Allá arriba, más allá de la ionosfera, muchacha, hay demasiadas radiaciones para esas preciosas gónadas, si hay que trabajar en algo que te obliga a permanecer allí veinticuatro horas al día, como en la Luna, o Marte, o los satélites de Júpiter…

—Hubieran podido fabricar escudos protectores. Hubieran podido efectuar más investigaciones en adaptación biológica…

—La era de la Explosión Demográfica —dije—. No, estaban buscando una excusa para cortar la producción de niños aquí abajo…, especialmente los malformados.

—Oh, sí. Aún seguimos luchando para librarnos de la reacción neopuritana de la libertad sexual del siglo veinte.

—Fue una excelente solución. —Sonreí, y me di unas palmadas en la entrepierna—. Estoy contento con ella.

Nunca he sabido por qué ese gesto es mucho más obsceno cuando lo hace un espaciano.

—Ya basta —estalló ella, apartándose.

—¿Qué le ocurre?

—Ya basta —repitió—. ¡No lo haga! Es usted un niño.

—Pero ellos nos han elegido entre los niños cuyas respuestas sexuales eran irreversiblemente retardadas en la pubertad.

—¿Y sus infantiles y violentos sustitutos del amor? Supongo que ésa es una de las cosas que consideran más atractivas. Si, sé que es usted un niño.

—¿De veras? ¿Y qué hay de los frelks?

Pensó un instante.

—Creo que son los retardados sexuales que han sido olvidados. Quizá fuera la solución correcta. ¿Realmente no lamenta no tener sexo?

—Los tenemos a ustedes —dije.

—Si. —Bajó la vista. Miré para ver la expresión que estaba ocultando. Era una sonrisa—. Tienen ustedes su gloriosa y exultante vida, y nos tienen a nosotros. —Volvió a alzar el rostro. Resplandecía—. Giran ustedes en el cielo, el mundo gira bajo ustedes, y saltan de país en país, mientras nosotros… —Volvió la cabeza a la derecha, luego a la izquierda, y su negro cabello se enroscó y se desenroscó en el cuello de su impermeable—. Nosotros tenemos nuestras vidas tristes, cerradas, atadas a la gravedad, ¡adorándoles!

Me miró directamente.

—Pervertidos, ¿no? ¡Enamorados de una pandilla de cadáveres en caída libre! —Repentinamente, hundió los hombros—. No me gusta tener un complejo de desplazamiento-sexual-en-caída-libre.

—Eso siempre me ha sonado muy fuerte.

Apartó la mirada.

—No me gusta ser un frelk. ¿Es mejor así? —Tampoco me gustaría a mí. Sea otra cosa.

—Uno no eligen sus perversiones. Usted no tiene perversiones. Usted está libre de todo eso. Le amo por eso, espaciano. Mi amor empieza con el miedo al amor. ¿No es eso maravilloso? Un pervertido sustituye algo inalcanzable para el amor «normal»: el homosexual, un espejo, el fetichista, un zapato, un reloj o un cinturón. Aquellos que sufren un complejo de desplazamiento-sexual-en…

—Frelks —la corregí. —Los frelks sustituyen —me miró de nuevo intensamente —la carne fláccida y colgante.

—Eso no me ofende.

—Lo hubiera preferido.

—¿Por qué?

—Usted no tiene deseos. No lo comprendería.

—Inténtelo. —Le deseo porque usted no puede desearme. Eso es el placer. Si alguien tuviera realmente una reacción sexual ante… nosotros nos sentiríamos aterrados. Me pregunto cuánta gente había antes que ustedes, aguardando su creación. Somos necrófilos. Estoy segura de que ya no se violan más tumbas desde que ustedes aparecieron. Pero no comprenden… —Hizo una pausa—. Si lo hicieran entonces yo no estaría ahora aquí removiendo las hojas con la punta del pie e intentando pensar dónde podría conseguir sesenta liras —Apoyó un pie sobre la protuberancia de una raíz que había roto el pavimento—. Incidentalmente, ésa es la tarifa en Istanbul. Calculé.

—Las cosas no son más baratas a medida que uno va hacia el este.

—Ya sabe —dijo, y dejó que su impermeable se abriera—, usted es diferente de los demás. Usted al menos desea saber…

—Si escupiera sobre usted por cada vez que le ha dicho eso a un espaciano, se ahogaría.

—Vuelva a la Luna, trozo de carne fláccida. —Cerró los ojos—. Cuélguese en Marte. Hay satélites en Júpiter donde podría hacer algo bueno. Vuelva arriba y descienda sobre alguna otra ciudad.

—¿Dónde vive usted?

—¿Quiere venir conmigo?

—Deme algo —dije—. Deme algo…; no es necesario que valga sesenta liras. Deme algo que usted aprecie, algo suyo que signifique algo para usted.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque yo…

—…no desea tener que entregar parte de ese ego. ¡Ninguno de ustedes, frelks, lo desea!

—¿No comprende realmente que no deseo comprarle?

—No tiene nada con que comprarme.

—Es usted un chiquillo —dijo ella—. Le quiero.

Llegamos a la puerta del parque; Ella se detuvo y permanecimos allí lo suficiente para que una brisa se levantara y muriera en el césped.

—Yo… —ofreció tentativamente, señalando sin sacar las manos de los bolsillos de su impermeable—. Vivo ahí abajo.

—Está bien —dije—. Vamos.

Una conducción de gas había estallado en una ocasión en aquella calle, me explicó, un chorro de llamas siguiendo la calle hasta los almacenes del fondo, demasiado rápido y demasiado ardiente. Había sido dominado en unos pocos minutos, ninguna casa se había derrumbado, pero las fachadas ennegrecidas relucían.

—Es una especie de barrio de artistas y estudiantes. Cruzamos los adoquines —. Yuri Pasha, número catorce. En caso de que vuelva usted alguna vez a Istanbul.

La puerta estaba cubierta de escamosidades negras; la alcantarilla, llena de basura.

—Muchos artistas y gente profesional son frelks —dije, intentando parecer estúpido.

—Y también montones de otra gente. —Entró y sujetó la puerta—. Sólo que nosotros no somos tan discretos.

En el vestíbulo habia un retrato de Ataturk. Su habitación estaba en el segundo piso.

—Un momento, mientras busco la llave…

¡Paisajes de Marte! ¡Paisajes de la Luna! ¡En la cabecera de su cama había un cuadro de dos metros mostrando un amanecer desde un cráter! Había

reproducciones de las fotos originales de la Luna realizadas por el Observer, clavadas con chinchetas en las paredes, y fotos de todos los generales de mirada impávida del Cuerpo Espaciano Internacional.

En una esquina de su escritorio había un montón de esas fotonovelas sobre espacianos que uno puede encontrar en todos los quioscos del mundo: he oído a gente decir seriamente que son publicadas para los niños de las escuelas superiores del espíritu aventurero. Nunca había visto las danesas. Ella tenia unas pocas también. Había una estantería con libros de arte, textos de historia del arte. Sobre ellos había gran cantidad de aventuras espaciales impresas en papel barato: Vicio en la estación espacial n° 12, Cohete explorador, Orbita salvaje.

—¿Raque, ouzo o pernod? —preguntó—. Puedes elegir. Pero es posible que todos salgan de la misma botella.

Sacó unos vasos del escritorio, luego abrió un pequeño mueble que resultó ser una nevera. Sacó una bandeja de cosas: pasteles de frutas, delicias turcas, carnes braseadas.

—¿Qué es eso?

—Dolmades. Hojas de vid rellenas con arroz y piñones.

—Repitalo.

—Dolmades. Procede de la misma palabra turca que dolmush. Ambas significan «relleno». —Puso la bandeja junto a los vasos—. —Siéntese.

Me senté en el sofá cama. Bajo el brocado sentí la profunda y fluida elasticidad de un colchón de glycogel. Tienen la idea de que eso se aproxima a la sensación de caída libre.

—¿Está cómodo?… ¿Me disculpa un momento? Tengo algunos amigos al otro lado del descansillo. Desearía decirles algo. —Me guiñó un ojo—. Les gustan los espacianos.

—¿Va a hacer una colecta para mi? —pregunté—. ¿O desea que hagan cola al otro lado de la puerta y aguarden su turno?

Inspiró profundamente.

—En realidad iba a sugerir ambas cosas. —De pronto meneó la cabeza—. Oh ¿qué es

lo que quiere?

—¿Qué me dará usted? Quiero algo —dije—. Por eso vine; me siento solo. Quizá desee descubrir hasta dónde llega esto. Aún no lo sé.

—Llegará tan lejos como usted quiera. En cuanto a mi…, estudio, leo, pinto, hablo con mis amigos… —Se acercó a la cama, se sentó en el suelo—. Voy al teatro, miro a los espacianos que se cruzan conmigo por la calle hasta que uno me devuelve la mirada; yo también estoy sola. —Puso una mano sobre mi rodilla —. Deseo algo. —Al cabo de un minuto ninguno de los dos se había movido—. Pero no es usted quien puede dármelo.

—No va a pagarme por ello —respondí yo—. No va a hacerlo, ¿verdad?

Su cabeza tembló en mi rodilla. Tras un instante dijo en un susurro, casi sin voz:

—¿No cree que… debería irse?

—De acuerdo —dije, y me puse en pie.

Ella permanecía sentada sobre el borde de su impermeable. Aún no se lo había quitado.

Me dirigí a la puerta.

—Incidentalmente —cruzó las manos sobre su regazo—, hay un lugar donde quizás encuentre lo que está buscando; se llama el Pasaje de las Flores…

Me volví hacia ella, furioso.

—¿El punto de cita de los frelks? Escuche, ¡no necesito dinero! ¡Dije que cualquier cosa serviría! No deseo…

Ella había empezado a menear la cabeza, sonriendo suavemente. Luego apoyó su mejilla en las arrugas del lugar donde yo había estado sentado.

¿Persiste usted en no querer comprender? Es un lugar de citas de espacianos. Cuando usted se vaya, iré a visitar a mis amigos y hablaremos de…, oh, si, del apuesto espaciano que se nos ha escapado. Pensé que tal vez hallaría usted… a alguien a quien conozca.

Con rabia, todo terminó.

—Oh —dije—. Oh, es un lugar de reunión de espacianos. Si. Bien, gracias.

Y salí. Y encontré el Pasaje de las Flores, y a Kelly, Lou, Bo y Muse. Kelly estaba comprando cerveza a fin de que todos pudiéramos emborracharnos, y comimos pescado frito y almejas fritas y salchichas fritas, y Kelly estaba agitando su dinero por todos lados y diciendo.

—¡Deberíais haberlo visto! ¡Los cambios por los que hice pasar a ese frelk, deberíais haberlo visto! Ochenta liras es la tarifa aquí, ¡y me dio ciento cincuenta!

Y bebimos más cerveza. Y subimos.

* * *

¿Qué es lo que entra en una historia de ciencia ficción…, en esta historia de ciencia ficción?

Un mes a toda marcha en París, un verano pescando langostinos en el golfo de Texas, otro mes pasado en Istanbul. En otra ciudad oí a dos mujeres en un cóctel discutir sobre el último astronauta:

—…Tan aséptico, tan inhumano… ¡casi asexuado!

—¡Oh, no! ¡Es absolutamente divino!

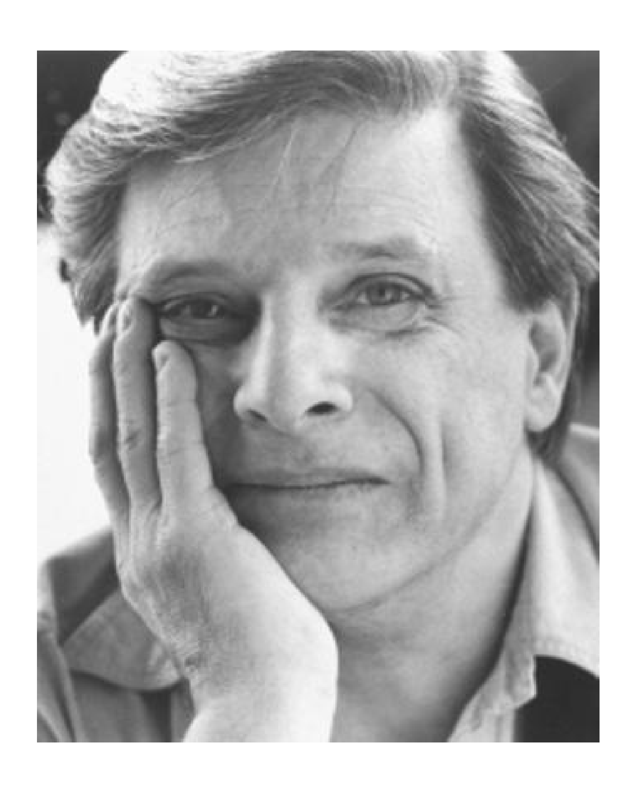
¿Por qué poner todo esto en una historia de ciencia ficción? Sinceramente, creo que es el medio más adecuado para integrar el disparate y la técnica con lo desesperado y humano.

Alguien preguntó sobre esta historia en particular:

—Pero ¿qué pueden hacer entre ellos?

A riesgo de traicionarme, déjenme decirles que ésta es básicamente una historia de horror. No hay nada que puedan hacer. Excepto subir y bajar.

FIN



HARLAN JAY ELLISON, nacido en Cleveland (Ohio, el 27 de mayo de 1934), es un prolífico y destacado escritor de novelas e historias cortas especializado en literatura fantástica, de terror y, sobre todo, de ciencia ficción.

En 1956 comenzó a enviar historias de ciencia ficción a diversas revistas (más de cien relatos cortos y artículos) hasta que al año siguiente lo llamaron para servir dos años en el ejército de los EE. UU. (desde 1957 hasta 1959). Posteriormente, en 1962, se mudó a California y comenzó a tener contacto con el mundo de la televisión, para la que ha escrito numeroso material para series de ciencia ficción como *The Outer Limits*, *The twilight zone*, *Star Trek* (*la serie original*) o *Babylon 5*.

A lo largo de cuarenta años de carrera ha ganado multitud de premios por la gran cantidad de libros que ha escrito o editado, así como por sus historias, ensayos artículos y columnas periodísticas, series de televisión. Entre dichos premios cabe destacar los premios Hugo (el mayor que se concede en literatura de ciencia-ficción), Nébula, Bram Stoker, el premio de la Horror Writers Association, varios Edgar Allan Poe y varios Audie.

Sus cuentos más famosos son *La bestia que gritaba amor en el corazón del universo* (*The beast that shouted love at the heart of the world*), *No tengo boca y*

debo gritar (*I have no mouth and I must scream*) y ¡*Arrepiéntete, Arlequín*!, *dijo el señor Tic-tac* (*Repent*, *Harlequin*! *Said the Ticktockman*).

Su obra ha sido adaptada a otros medios, incluyendo un videojuego basado en *I have no mouth*… en el que su voz aparecía como representación del ordenador.

Cabe destacar que no resulta sencillo realizar una biografía rigurosamente cierta sobre el autor, pues existen multitud de versiones distintas de su vida, totalmente disparatadas algunas, pero muy creíbles otras. Es difícil distinguir los hechos reales de los que no lo son, pues al autor le gusta bromear (en su página web podemos incluso ver una recopilación de biografías ficticias muy imaginativas).